

UN DÍA CASI PERFECTO



MAREIKE KRÜGEL



UN DÍA
CASI PERFECTO

MAREIKE KRÜGEL

Traducción de Irene Saslavsky



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Al final, todo da igual: no importa si acabas asfixiándote o si te mueres de hambre, la cuestión es que un día hay que pasar a mejor vida.

J. K. MUSÄUS,
Volksmärchen der Deutschen
[Cuentos populares de los alemanes]

No quiero morir y tampoco quiero cruzar este umbral. Las puertas del instituto son la entrada al infierno, pero no queda más remedio: mi hija me necesita.

La hoja es pesada y se abre hacia fuera. El olor me golpea de inmediato, pues al igual que todos los otros centros educativos que conozco, excepto la escuela de música donde trabajo, este huele a polvo y colofonia. El olor me asquea, es una reacción psicósomática que no desaparece con los años. He pasado a recoger a Helli innumerables veces y mi estómago sigue rebelándose.

El pasillo, decorado con las obras de uno de los cursos de dibujo, es recto, luego forma un codo y después, otro. Tras recorrerlo, ya te encuentras ante la puerta de cristal que separa la parte con olor a escuela y suelo de linóleo de la zona confortable con olor a café y alfombras. Veo a Helli de inmediato. Está sentada en una silla ante la secretaría y lleva unos extraños cuernitos en la nariz. Me resulta raro verla tan quieta y acelero mis pasos.

Antes de la pubertad, cuando tenía más o menos la edad de Helli, sufrí un síndrome cuyo origen nadie fue capaz de descubrir, solo aludieron a vagas sospechas relacionadas con las hormonas y el desarrollo: cada dos semanas, sin previo aviso y de manera regular, sufría un ataque de vómitos en la escuela. Tras un par de escenas horribles durante la clase y el recreo, aprendí a hacer un ejercicio de introspección tan intenso que logré descifrar los sutiles mensajes que me enviaba mi cuerpo y, a partir de entonces, siempre conseguía llegar al váter a tiempo. Allí vomitaba sin hacer ruido en diversas oleadas, algo que solo volvió a ocurrir más adelante, durante el embarazo. Sin

embargo, en esos momentos creía morir. Aunque la razón me decía que eso era imposible, la sensación era inequívoca y nunca dejó de aterrarme. Horas e incluso días después me sentía débil y temblorosa, los estímulos más normales me abrumaban: la luz era demasiado intensa; las voces, demasiado altas. En esos momentos me sentía como una zombi, como si no hubiera muerto del todo, y me parecía imposible superar la vida, que continuaba, como si con cada ataque no se hubiese cumplido una promesa y solo hubiera sobrevivido por un precio que en realidad no estaba dispuesta a pagar.

Cuando me acerco, resulta que los cuernitos de la nariz de Helli son trozos de pañuelos de papel retorcidos para taponarla. Ya están teñidos de rojo, y cuando se pone de pie para saludarme caen al suelo.

—Por fin —dice ella.

—Estaba comprando. No he podido llegar antes.

Helli aún sangra, se inclina hacia delante y las gotas caen de la nariz a la alfombra.

Mi hija no es como yo, no le importa vomitar, sangrar o causar cualquier otro tipo de inconveniente.

Le alcanzo un paquete de pañuelos de papel que he traído del coche, ella arranca unos cuantos y los presiona contra la nariz. Bajo la vista lentamente para evaluar los daños: los zapatos de Helli están un poco manchados y en la alfombra hay un rastro de sangre desde la puerta de cristal hasta la secretaría. Lo sigo y asomo la cabeza al despacho para avisar de que he llegado y que me llevo a mi hija.

—¡Señora Theodoroulakis! —grita la secretaria, cuyo apellido es tan banal que siempre se me olvida.

¿Cuál es: Kaufmann, Neumann...?

—¿Sí?

—Entre, por favor, quisiera mostrarle una cosa.

Es lo que me temía. Mientras Helli aguarda en el pasillo, entro en la secretaría, donde veo a la señora Neumann agachada, limpiando el suelo.

—Señora Theodoroulakis, no puede ser que su hija lo manche todo de sangre. No tengo tiempo para estas cosas. Ahora habré de fregar toda la mañana y las manchas no salen. Me parece absurdo que deba hacerlo yo, no soy una empleada de la limpieza.

Por lo visto, Helli se quedó de pie ante el escritorio de la señora Neumann durante un buen rato. Puedo imaginármelo: Helli inclinada hacia delante, goteando y alegrándose del mal ajeno mientras la señora Neumann marcaba mi número con desesperación y hurgaba en los cajones en busca de pañuelos. En el suelo descubro un montoncito blanco: al parecer, la señora Neumann lo ha intentado con sal, como en el caso del vino tinto.

—La sangre solo sale con agua fría —digo.

Soy una experta en manchas desde que Helli nació. La señora Neumann se endereza y me tiende el trapo.

—Entonces, ocúpese usted misma, ya que sabe cómo se hace. Ya estoy harta de esta actitud: la gente siempre da buenos consejos, pero el trabajo que lo hagan otros.

Un tanto sorprendida cojo el trapo: está caliente y por tanto resulta inútil. La señora Neumann ha cruzado los brazos con expresión severa; aunque es menuda y regordeta resulta amenazante.

No sé qué hacer, solo pienso que fuera, en el pasillo, Helli espera con impaciencia y que sigue sangrando. Lo que sí sé es que he de borrar todo un rastro de sangre que no acabará en la puerta de cristal, sino en una de las aulas, en lo más profundo del instituto, donde huele a ataques de vómito. También sé que el timbre sonará de inmediato, que los maestros aparecerán por todas partes, y no tengo la menor intención de frotar el suelo a sus pies: en este momento es lo peor que puedo imaginarme.

Ante mí, la señora Neumann hace chasquear la lengua con irritación porque todavía no he empezado. Tiene razón, desde luego: no es una empleada de la limpieza y es muy posible que para ella tampoco haya nada peor que arrastrarse por el suelo ante todos los maestros. Lo siento en el alma, pero limpiar la alfombra de la escuela tampoco figura entre mis deberes, que se centran en uno solo: ocuparme de mi hija. Le devuelvo el trapo y me apresuro a abandonar el despacho. Fuera, cojo la cartera y la chaqueta de Helli, la agarro del brazo y la arrastro a lo largo del pasillo.

—¡Eh, oiga! —grita la señora Neumann—. Esto es el colmo. Haga el favor de volver aquí y limpiar todo esto. ¡No soy una empleada de la limpieza!

Helli y yo echamos a correr, doblamos por las esquinas del pasillo, atravesamos la pesada puerta hasta alcanzar el coche, que, pese a todas las prohibiciones, aparqué delante del edificio de la escuela, y ambas nos apresuramos a subir.

—¡Date prisa y arranca! —grita Helli, riendo—. Si no, la vieja bruja nos bombardeará con trapos por la ventana.

Ha ocupado el asiento del acompañante y la miro con las cejas alzadas. Ya no le sangra la nariz, tal vez dejó de hacerlo en cuanto abandonamos la escuela.

—Inclina la cabeza hacia atrás —digo.

—No.

No estoy segura de si el movimiento que he captado con el rabillo del ojo es el de la secretaria de la escuela, que en ese instante quizá se encarama a la ventana para insistir en que no es ninguna empleada de la limpieza, pero decido que no hay tiempo para discutir con mi hija y piso el acelerador.

Aunque el parabrisas se empaña y pronto ya no veo nada, abandono el terreno de la escuela y solo me siento a salvo cuando alcanzamos la zona de velocidad limitada a 30 kilómetros por hora ante la parada del bus. Detengo el

coche y enciendo la calefacción. El aire caliente sale con fuerza. Parece una batalla perdida, pero sé que al final el aire caliente siempre consigue vencer.

—¿Qué le pasa a la señora Neumann? —pregunto—. En general no se comporta así.

—Su marido desapareció, así que está un poco loca —contesta Helli.

—¿Qué quieres decir?

—Se largó o se murió, no lo sé.

—Pues no es lo mismo.

—En todo caso ya no está, y desde entonces ella se porta de forma rara. Por cierto: se llama Kaufmann.

—Supongo que para la psique da igual, tanto si el marido se largó como si murió —digo.

Pero en el mismo instante pienso que la psique se equivoca: la diferencia es enorme y, en general, vivir es la mejor variante.

Helli asiente, como si comprendiera lo que digo. Y a lo mejor lo comprende.

Saco el móvil y busco el número del parvulario. Mi clase de música, que de todos modos solo dura media hora, debe comenzar dentro de tres minutos. Ya no merece la pena conducir hasta allí.

Kirsten atiende.

—Soy Katharina —digo—. Hoy no puedo ir. Mi hija se ha hecho daño y he de ir a buscarla al colegio. Una urgencia.

—Podrías haber avisado antes, ¿no?

—Tal vez tengamos que ir al hospital. Recuperaré la clase si los padres lo desean. Pero solo después de Navidad.

—Informaré de ello —dice Kirsten, y cuelga, así sin más.

Solo es amable con los padres de los alumnos y con sus superiores.

En el parabrisas se han formado dos islas transparentes, lo bastante extensas

como para ver la calle si me inclino hacia delante. Parpadeo y arranco. Helli ha encontrado la espátula de rascar hielo que esta mañana arrojé a los pies del asiento del acompañante. Está metida en una especie de guante en forma de castor para proteger las manos del frío. Helli mete la mano en el castor, lo hace bailar como si fuera un títere y lo hace hablar con voz nasal.

—Cuánto lo siento, señora del parvulario, pero tenemos que ir enseguida al hospital. A mi hija le sangra la nariz, el cerebro se le derrama por ahí y se vuelve más tonta a cada minuto que pasa. Lo siento muchísimo. De verdad.

Helli parece salida de una película de terror barata. En su rostro redondo y pálido hay manchas de sangre seca, en el mentón y la nariz. En su prenda superior —cuya denominación precisa ignoro porque hoy todo se llama de otra manera— hay manchas de sangre del tamaño de monedas, justo allí donde apuntan unos pequeños pechos; no sé si ya son un indicio de la pubertad o un resto de la grasa infantil. También hay salpicaduras de sangre en el pantalón, que quizá también posee un nombre propio: chinos, o cargos o piel de salchicha. Va desgredada y su pelo necesita un lavado urgente: parece aún más descolorido que de costumbre.

Seguro que Helli llevaría mejor el hecho de no ser atractiva si no se llamara Helena, pero quién podría haberlo adivinado. Costas es un griego de tez olivácea y cabellos negros. En todo caso, Alex se le parece, también en el carácter: él sería demasiado orgulloso como para organizar semejante hemorragia solo para volver a casa un par de horas antes.

Pero por lo visto, Helli tiene en la nariz alguna clase de vaso sanguíneo mágico que reacciona ante un golpe fuerte. Cuando se aburre en clase, se la aprieta hasta que brota la sangre. Y se derrama de verdad, brota, gotea y, tras unos minutos, su cara adquiere tal aspecto que cuantos se encuentran a su lado entran en acción.

Es la cuarta vez en dos semanas que me veo obligada a recogerla debido a

una hemorragia nasal. Además, ella añade mareos y dolor de cabeza para inquietar a la secretaria hasta tal punto que la mujer me llama por teléfono y me insta a que acuda a toda prisa. Ahora mismo podría dar la vuelta y volver a llevar a Helli al instituto para que asistiera a las últimas horas de clase, pero lo más probable es que la nariz le volviera a sangrar en el acto. Además, la señora Kaufmann y su psique me dan miedo.

Tal vez debería llevar a Helli a urgencias, solo para mostrarle con lo que está jugando. Podría hacer que le cauterizaran el vaso sanguíneo amaestrado para poner fin a su truco de una vez por todas. Pero me basta con imaginar la cara de Helli cuando se le acercara un médico con un aparato que parece un soldador para descartar ese plan. Helli y los médicos son una historia aparte y un motivo por el cual yo tampoco voy nunca al médico; hace once años que mi hija ha satisfecho sobradamente mi necesidad de frecuentar el sector sanitario. Sin embargo, no puedo evitar vengarme un poco por el estúpido comentario de la espátula-castor.

—Vale, vamos al hospital —anuncio—. Es hora de que resolvamos el tema de tu nariz, no vaya a ser que tengas algún problema en las venas o en los senos nasales.

Ella se echa a llorar de inmediato. Yo no quería eso, por supuesto; intento acariciarla mientras conduzco, pero me esquivo, solloza dramáticamente y me golpea.

—De acuerdo, no vamos al hospital —murmuro.

Helli suelta un par de sollozos más y entonces de pronto exclama:

—¡Mira qué gorro más tonto lleva ese tipo!

Y sé que la crisis ha pasado. Costas siempre dice que los estados de ánimo de Helli son como el clima irlandés: si te desagrada, solo has de esperar un par de minutos.

Nos abrimos paso a través de los suburbios y el tramo que recorre el

campo, pasamos junto a los molinos, las granjas, cruzamos aldeas y avenidas. Tomo el camino más largo para evitar el tráfico, después alcanzamos el límite del pueblo, casas unifamiliares de ladrillo rojo, al igual que en todas partes. El cielo, que diviso por el parabrisas, es amplio y claro. Sé que allí en el borde, donde se vuelve más pálido, se encuentra el mar. Allí la tierra se acaba.

Suena mi móvil. Es Costas, así que me ahorro de tener que detener el coche y le tiendo el teléfono a Helli. Ella se alegra, le gusta hablar por teléfono.

—¡Hola, papá! —grita. Luego escucha unos momentos y dice—: No, estamos en el coche, acaba de recogerme. Hemorragia nasal. —Entonces añade—: Sí, otra vez. Pero ya pasó. Sí, claro, todo normal. ¿Y tú? Vale, hasta ahora.

Ella empieza a presionar las teclas de mi móvil y parece haberme olvidado por completo.

—¿Helli? —pregunto—. ¿Qué quería papá?

—Estaba preocupado porque no contestabas o qué sé yo. Bueno, le he dicho que aquí todo es completamente normal.

Casi me conmueve que a ella le parezca normal que haya suspendido mi clase de música porque su nariz manchó una alfombra y que hayamos tenido que huir de una secretaria de escuela enloquecida de pena.

Cuando todo debe ser normal no es bueno tener un marido que prácticamente solo está disponible para su familia por teléfono. Desde que Costas tiene ese trabajo en Berlín discutimos mucho. Las peleas son el precio que uno paga por una relación de fin de semana; hace que las despedidas sean más fáciles. De hecho, si el fin de semana ha sido más o menos armónico, durante los últimos minutos él y yo sacamos un par de temas que siempre

generan una discusión. Después nos perdonamos mutuamente a lo largo de la semana mediante SMS, correo electrónico, Skype o por teléfono; dejamos aumentar y actuar la nostalgia hasta que el reencuentro el viernes por la noche da paso invariablemente a la desilusión. Entonces se monta una gran bronca que se diluye a lo largo de la noche y nos brinda un sábado pacífico. Solo el domingo por la noche, antes de que Costas vuelva a montar en el tren, volvemos a pelearnos para que durante los siguientes días dispongamos de algo que podamos perdonarnos.

Pero esta vez disponemos de más tiempo que de costumbre hasta el próximo fin de semana, por eso la reconciliación también tarda más de lo habitual. Nos encontramos en pleno proceso y eso significa que tardo lo mío en contestar sus SMS y que me limito a mantener llamadas telefónicas breves e informativas. Y eso que hay mucho que comentar sobre las pruebas de Helli, además de que le he dado varias listas con ideas sobre los regalos de Navidad, que seguramente serán más fáciles de encontrar en Berlín.

Al menos, a Costas le llama la atención mi laconismo y lo hace cavilar, de lo contrario no hubiera llamado a media mañana. Yo solo pretendo que note mi mal humor, no que se preocupe. No es necesario que nadie se preocupe por mí.

Entre tanto, Helli ha perdido interés por el móvil. El aparato aterriza en mi regazo y se desliza hasta mis pies. Los dedos de Helli son incansables: cambian la temperatura de la calefacción y la dirección de la corriente de aire; activa el intermitente mientras observa sus dedos, como una madre vigila a sus hijos mientras estos juegan en la arena. Al final enciende el equipo de música. El CD es una grabación de *Amor de Poeta* de Schumann, interpretado por Josef Protschka y Helmut Deutsch. Lo puse esta mañana; la música comienza y debo esforzarme por mantener los ojos abiertos, porque cuando oigo el primer acorde siempre los cierro e inspiro con un siseo. Protschka está cantando la tercera pieza: «La rosa, el lirio, la paloma, el sol...»

Cuando era estudiante y empecé a sopesar cada acorde, cada palabra, de pronto comprendí la relación entre esta canción y la *Divina Comedia* de Dante. Ese pequeño poema no hablaba de flores y avecillas, tal como intentaban convencerme los libros de texto, sino de símbolos cristianos y de que es posible amar a alguien con tanta intensidad que uno está dispuesto a renunciar a todo lo que hasta entonces le brindaba apoyo. Yo había leído a Dante porque por entonces disponía del sosiego necesario para acercarme a textos difíciles, mientras que hoy en día casi siempre he de conformarme con echarle un vistazo al periódico y dormirme leyendo cualquier libro.

En el pasado, cuando empecé a escuchar con atención, de modo que descubrí el vínculo entre Heine, Schumann y Dante, el hallazgo de una relación entre cosas que antes flotaban en mi cabeza sin conexión alguna me excitaba durante días enteros. Ahora ya no sé si todo está relacionado con todo o si, por el contrario, todos los vínculos son una mera ilusión de mi consciencia, que anhela la existencia de algo parecido a la lógica o, al menos, una afinidad electiva entre las cosas y los acontecimientos. En todo caso, Schumann siempre trató de entretejer vida y obra hasta tal punto que lo uno sin lo otro se volvía impensable. Sería difícil que se tratara de una casualidad cuando los motivos se asemejan. Eso siempre me impresionó y me habría gustado hacer lo mismo, pero me temo que, en mi caso, no hay nada que anudar y entretejer. No hay obra, solo vida. Ya comienza la quinta canción, esa que habla del cáliz del lirio. El principio es maravilloso: delicado, denso e intenso. Costas considera que hablo de la música como otros de la comida.

—¡Mierda, mamá! —chilla Helli.

Hay un estruendo y un desagradable chirrido del lado de Helli; freno y abro los ojos. El coche se ha subido a la acera y Helli me grita.

—¿Qué estás haciendo?! Podríamos estar muertas.

Con gesto indignado indica la farola, que debemos de haber rozado con el

espejo retrovisor exterior.

Siempre he pensado que sería práctico que todos supiéramos cómo íbamos a morir. Sería un remedio imbatible en la terapia de pacientes que sufren terrores. Por ejemplo: sé que en este instante debería estar furiosa y al mismo tiempo profundamente aliviada, porque al fin y al cabo podría haber ocurrido algo grave, pero de hecho estoy sentada y noto algo así como una indiferencia interior, porque sé cómo será mi propio final, y no tiene nada que ver con un accidente de coche. Hace dos semanas que lo sé y he descubierto ese Algo. Desde entonces, el asunto está claro. Esa cosa se encuentra en mi pecho izquierdo y hace todo lo que no debe hacer. No se reduce, no se mueve y no es doloroso. Es lo que es. Pero por otra parte, no tiene la obligación de darme esperanzas.

Supongo que para cuando una mujer cumple los cuarenta años, lo más habitual es que ya tenga un ginecólogo de confianza. Yo no. Lo dicho: no voy a ver a los médicos. Ahora eso cambiará y tendré que aprender a volverme como Helli, pues ensuciaré y causaré molestias. Me consumiré poco a poco, me alejaré cada vez más de la persona que ahora soy. Y en algún momento, los demás también comprenderán lo que yo ya tengo claro, porque hace tiempo que ha comenzado oculto en mi interior: que se trata de morir.

Sé todo eso. Pero hay un momento para reprimir y un momento para actuar, más o menos como dice la Biblia, y aún no ha llegado la hora. Tal vez empiece el lunes. Entonces seré sensata y llamaré a una de las ginecólogas cuya dirección encontré en el listín hace unos días. Hay una consulta de la comunidad donde trabajan dos médicas, el nombre de pila de ambas es Birte, una con «th» y la otra no. Me imagino que las dos se conocieron en la universidad y casualmente llegaron desde la misma región, esta región de aquí

arriba, junto al mar Báltico, donde hace una eternidad que los padres les ponen el nombre de Birte a sus hijas haciendo caso omiso de las modas, de manera que se desarrolló una amistad cuyo resultado final fue que ambas abrieron una consulta en su ciudad natal. Si no me queda más remedio que ir al médico, quiero que sea alguien así. Quizás escoja la Birte sin «th», porque ya hay demasiadas «th» en mi propio nombre.

Así que el lunes pondré en marcha la maquinaria, me someteré y recorreré el camino prescrito. A partir del lunes todo puede cambiar. Los lunes son días umbral; hoy es viernes y el deber de los viernes es dejar que la semana llegue a su fin con suavidad. Hay que evitar que surja cualquier problema. Hay que detener los pensamientos antes de que empiecen a saltar como las pulgas y brincar de exámenes a diagnósticos, a operaciones, quimioterapias, radioterapias y a otras ideas inútiles para los fines de semana, ideas que impiden la paz de espíritu.

Al menos la situación brindará a Helli cierto drama. Baja del coche y se pone a gritar en la acera que podríamos estar muertas o, como mínimo, haber sufrido un traumatismo cervical o un siniestro total, de modo que esta tarde no hubiese podido montar a caballo. Me acusa de ser una irresponsable y de no conducir tan bien como su padre, me chilla que quizás habríamos tenido que pagar la farola y que nunca más en toda su vida volverá a montar en el coche conmigo. Hace frío y de su boca surgen nubecillas: parece un pequeño dragón regordete y de rostro redondo como un panecillo.

Detrás de nosotras se detiene un SUV con matrícula de Bamberg, ocupado por toda una familia. A lo mejor son turistas que o visitan el mar Báltico en invierno, o bien más adelante piensan viajar a Escandinavia en uno de los inmensos barcos. Helli no tarda en estar rodeada de un grupo de niños y un perro peludo que ladra furioso. La joven madre, que lleva un enorme chal alrededor del cuello, se retuerce las manos y después intenta limpiarle la cara

ensangrentada a Helli con un pañuelo. No lo logra, porque a mi hija todavía no se le ha pasado la pataleta y no se queda quieta. El padre, que parece demasiado joven para tener tantos hijos, me dirige la mirada y pregunta:

—¿Se encuentra bien? ¿Cómo ha ocurrido esto?

—Schumann —digo—, y tal vez una placa de hielo.

—Ja, ja —ríe el hombre—. Los alemanes del norte y el clima frío.

Por fin yo también me apeo y me abro paso entre los niños hasta encontrarme ante Helli, que patalea y está roja como un tomate. La abrazo, ella se resiste y se debate, después se tranquiliza. La madre de Bamberg aún le tiende el pañuelo; yo lo cojo y sonrío, agradecida.

—Le sangró la nariz —digo a modo de explicación, pero la mujer solo me lanza una mirada escéptica.

Entre tanto, su marido evalúa los daños. Se agacha y me alcanza el espejo retrovisor que se desprendió al chocar contra la farola.

—En los modelos nuevos los espejos se doblan a un lado —dice—. Usted lleva un modelo más antiguo, de los que aún se desprenden las cosas.

Mientras su mujer vuelve a meter a sus hijos y al perro en el SUV, él se acerca a Helli y a mí y nos abraza. A lo mejor es lo que hacen en Baviera.

—Lo mejor es que vayan a casa de inmediato y se relajen —dice con los labios apoyados en mi cabello—. Los accidentes de coche son como el dentista: afectan al sistema inmune. No se sorprenda si mañana se siente resfriada.

—Muchas gracias —digo con voz débil.

Los abrazos me afectan la voz, le quitan la energía.

Cuando el SUV arranca, los niños saludan a través de las ventanillas. Helli también parece alegre y ríe.

Una vez en el coche, le alcanzo el espejo desprendido. Ella frunce el entrecejo, pone el espejo de cara a ella, contempla su imagen, y casi espero que de inmediato le pregunte quién es la más bella del reino.

—¿Se puede conducir con un solo retrovisor? —pregunta.

—Sí, claro —digo cuando vuelvo a arrancar.

Uno puede hacer todo tipo de cosas si no queda más remedio.

Cuando Helli se harta de contemplar su imagen, de pronto la música le llama la atención.

—¿Qué es esa porquería que estás escuchando? —pregunta.

Presiona un botoncito y pone fin a la pieza. Mi corazón pega un brinco como siempre en estos casos: todavía no se ha acostumbrado, tras todos estos años, a que los acontecimientos se interrumpan, que las situaciones no concluyan, sino que solo se conviertan en otras situaciones. Mi corazón adora los acordes finales.

Los dedos de Helli encuentran un dial, buscan una emisora, después otra y aumentan el volumen. Mantengo la vista clavada en la calle y conduzco, solo conduzco, no me dejo distraer por esos dedos inquietos ni por la música que surge por los altavoces y que al parecer a Helli le gusta tanto que dirige los dedos a la manivela de la ventanilla.

«Echarnos la culpa a nosotros, quedaros con el resto», cantan Die Fantastischen Vier, a los que incluso yo conozco, y noto que Helli apenas se mece al compás de la canción.

En mi cuaderno de notas hay una lista que ahora me gustaría completar. Se titula: «Errores gramaticales en los textos de las canciones que podrían evitarse si alguien en la compañía discográfica supiera lo suficiente para advertir a los artistas.»

La lista ocupa una página entera.

Los últimos compases de la canción pasan directamente a *Last Christmas* y

me alegro cuando poco después diviso nuestra casa.

Helli tironea de la tapa de la guantera, luego se inclina hacia mí y empieza a manipular los indicadores digitales de detrás del volante. Echo un vistazo al reloj mientras enfilo nuestro camino de entrada: son las diez y treinta y tres. Veo que desaparece la hora y aparece la temperatura, porque Helli ha encontrado el botón correspondiente. Tres grados bajo cero. Después me informan de que consumo un promedio de cinco coma cuatro litros. Entonces, finalmente, puedo apagar el motor y acallar la voz de George Michael. Recojo el móvil de debajo del asiento y lo meto en el bolsillo del abrigo. Helli se apea del coche y abandona su espátula-castor en el asiento del acompañante, junto con un pañuelo arrugado y ensangrentado y un espejo retrovisor.

En el interior, además de una taza de café frío, me recibe una lista de «tareas pendientes» sobre la mesa de la cocina, donde pone:

Lo que debo hacer hoy antes de que llegue Kilian:

- Pasar la aspiradora (también en el piso de arriba, imprescindible).
- Poner la lavadora (vaciarla, volver a cargarla, secadora).
- Hacer la cama de invitados (planchar las sábanas: ¿es una actitud burguesa o simple amabilidad?).
- Comprar (véase lista aparte).

Eso debería resultar fácil, aunque estén en casa Helli y Alex, que hoy sale temprano de clase.

Echo un vistazo a los conejillos de Indias y les abro la jaula para que puedan salir. A este respecto, ellos viven a su aire y deciden cuándo tienen demasiado frío. Después saco las compras del coche; Helli corre a mi lado y

mira lo que he comprado. Llevo las lasañas congeladas a la nevera. Helli coge el Martini de la cesta y pregunta:

—¿Quieres emborracharte porque papá no está y va a la celebración sin ti?

Costas bebe poco alcohol, así que no es ningún milagro que le llame la atención. Es cómico que en cuanto Helli ve una botella de Martini inmediatamente piense en una borrachera: aún carece de experiencia con las funciones sociales de consumir bebidas alcohólicas.

—Esta noche vendrá Kilian —digo—, y tu padre puede asistir a la celebración sin que yo tenga que emborracharme para olvidar la soledad.

Mi plan consiste en instalar a Helli —con o sin Alex— delante del televisor para disponer de tiempo para Kilian, que me visita por primera vez desde que éramos estudiantes, hace quince años. Aún no tengo una estrategia para el momento en que apagaré la tele, pues en general ello desencadena un ataque mayúsculo, que Costas denomina amablemente *grand mal*. La única manera de evitarlo consiste en dejar que Helli vea la tele hasta que se queda dormida en el sofá. Hoy eso podría ser una buena estrategia, porque después tiene clase de equitación. Con un poco de suerte llegará cansada.

En algún momento pierde interés por las compras y desaparece en su habitación para llamar a sus compañeras a través de su smartphone, mientras están en clase. Los aparatos electrónicos privados están prohibidos en su escuela, pero ella lo intentará de todos modos, porque seguro que es lo único que se le ocurre. Con nostalgia, recuerdo las mañanas de mi infancia en las que me quedaba en casa, tendida en el sofá, cuando estaba enferma. Para esas ocasiones tenía una especie de biblioteca de libros que conocía y que me fascinaban y alegraban tanto que incluso los leía cuando tenía dolor de cabeza. Helli solo lee libros si está segura de que existe una teleserie del mismo nombre que le permita recuperar, mientras la ve o después, lo que ha pasado por alto durante la lectura.

Tacho «comprar» de la lista de tareas pendientes. Tachar porque algo está resuelto es una sensación agradable, sobre todo cuando luego hay que dedicarse de inmediato a otra tarea, una normal y cotidiana. Quien afirma que lo normal resulta aburrido, o es muy joven o bien atraviesa la crisis de los cuarenta.

La lista de tareas pendientes y la de las compras son las únicas que dejo a la vista. Todas las otras están en mi cuaderno de notas, y estoy bastante segura de que mis hijos ignoran su existencia. Solo escribo en secreto. Si no puedo apuntar porque me observan, recorro a un sistema que consiste en recorrer mentalmente la casa de mi infancia habitación tras habitación, y en cada una dejo un ítem de mi lista. Después, cuando dispongo de tiempo, vuelvo a recorrer la casa, me llevo los ítems de las habitaciones y los anoto todos. Vivíamos en una casa adosada en el barrio de Projensdorf de Kiel. En mi memoria, tenía unas escaleras larguísimas.

Dejo el Martini en la nevera, porque supongo que hay que enfriarlo. Tal vez lo que le he dicho a Helli no sea verdad, a lo mejor me sentaría bien alegrarme la velada que pasaré sin Costas bebiendo un poco.

—Debo hacer acto de presencia —me dijo el fin de semana cuando en el último momento saqué a colación el tema de su estúpida celebración, más que nada para provocar una pelea de despedida.

«Debo hacer acto de presencia.»

Una frase a la que no logro sobreponerme. Parece abarcar la superficialidad y las decisiones ajenas de toda una sociedad. Que fuera precisamente Costas quien pronunciara esa frase casi me resulta doloroso. La superficialidad y las decisiones ajenas son dos características que él desprecia más que cualquier otra cosa.

—Es que no es solo una fiesta, sino también una obligación empresarial. Toda la gente importante para la empresa ha de estar presente.

Costas siempre dice «la empresa», como en una novela de suspense.

—Pero tú no eres importante para la empresa, como siempre dices a la menor oportunidad. Eres un esclavo intercambiable o... ¿cómo lo llamas tú?

—Una puta —dijo Costas, en tono lúgubre.

—Pues eso, a fin de cuentas ellos te pagan. Así que hacer acto de presencia y dejarse ver forma parte del asunto, ¿no? ¿Y eso en qué me convierte? ¿En un chulo que todas las semanas te envía allí, te guarda la espalda y por eso se queda una parte de tus ingresos?

—Déjate de tonterías. No quiero discutir, y menos por algo así.

—¿Es que existe una palabra especial para referirse a alguien que está casado con una puta y se encarga de las tareas del hogar, acompaña a sus hijos a todas partes en coche y se ocupa de que todo funcione mientras la puta en cuestión asiste a fiestas y se dedica a establecer contactos?

Al menos se enfadó.

—En primer lugar, te pedí que me acompañaras. Siempre es mejor acudir con la esposa...

Me limité a resoplar.

—... Siempre es mejor acudir con la esposa —prosiguió él—, así que nadie te obliga a quedarte aquí ocupándote de la casa. Pero no concibes que las cosas puedan funcionar si tú no estás presente, ¿verdad? Siempre supones que puede ocurrir cualquier catástrofe si no patrullas a todas horas, ¿verdad?

—¿Y en segundo lugar?

—¿Segundo?

—Ese fue el primero. ¿Cuál es el segundo?

Costas me fulminó con la mirada y disfruté del momento. Es mucho más corpulento y fuerte que yo, tan ancho de hombros, de cabello moreno y tan imponente, en todo caso desde mi punto de vista, que siempre me alegro cuando logro desarmarlo. Sin embargo, sabía lo que vendría después, todo

tiene su precio. Si decido abandonar el terreno práctico y acorrallar a Costas, empiezan los gritos.

—En segundo lugar, me es absolutamente indiferente, pero si crees que es divertido asistir a una celebración de mierda de esa empresa de mierda te equivocas.

—Entonces no vayas, y punto. Aquí nos serías muy útil. O al menos vuelve a casa el domingo por la mañana. No queda tan lejos.

—La celebración es el sábado y todavía tengo un montón de trabajo sobre la mesa. De todos modos, esos me miran mal porque nunca estoy los fines de semana. No puedo permitirme perder el empleo. Uno de los dos debe ganar dinero, Kath. ¿O crees que podríamos salir adelante con el tuyo? Tocar el triángulo con niños de parvulario dos o tres veces por semana... Con eso ni siquiera podemos pagar la comida.

Costas acababa de ponerse su abrigo con hombreras, fuera aguardaba el taxi que debía llevarlo a la estación de tren. En la penumbra del pasillo parecía un oso herido que se tambaleaba un poco de rabia y de dolor. Más que nada, él adora la armonía y considera que cuando un matrimonio se grita ya ha alcanzado la zona roja de alarma: la última estación antes de la terapia de pareja. En relación con eso, el último año ha sido muy malo para él. En cambio, yo no tengo miedo cuando Costas se convierte en un oso tambaleante, al contrario. Pero quizás esa sea la pequeña y triste alegría del ama de casa cuyos esfuerzos cotidianos no producen nada visible, no dan ganancias, nunca acaban y tampoco merecen un reconocimiento... ser al menos capaz de provocar al marido hasta tal punto que se observa un efecto.

Cuando me apunta a mí rara vez da en el blanco. Cuando trata de ser malvado es tan torpe que casi me da risa. Puede que se deba a que él, a diferencia de mí, no es un auténtico malvado. Solo es un aficionado, trata de herir porque cree que es lo que se espera de él, pero no lo logra. En todo caso,

la mención a mis niños de parvulario y mi aportación cada vez menor a los ingresos familiares no consiguieron enfurecerme. Hay verdades tan evidentes que pronunciarlas en voz alta no resulta doloroso.

—Solo te recuerdo lo que tú mismo dices. El que se denomina «puta» a sí mismo eres tú. El que todos los sábados protesta porque al día siguiente ha de volver a partir y vender su alma eres tú. Puede que mis triángulos no sean importantes, pero al menos sé que lo que hago tiene sentido.

—¿Y lo que hago yo no? ¿Es eso lo que quieres decir? Trabajo, mantengo a mi familia y además creo casas...

—Despachos, no casas. Creas cosas feas para personas feas y con ello contribuyes a que nuestras ciudades sean cada vez más feas. Tú mismo lo has dicho.

—¿Cuál es la alternativa? ¿Dimitir? Ojalá viviera en tu mundo, Kath. Debe de ser bonito poder imaginarse lo que a uno le gusta.

—Te regalo ese mundo cuando quieras. Y si eso es lo que deseas oír, no tengo inconveniente en asegurarte que tu familia te está muy agradecida de que te prostituyas por ella. Pero haz el favor de ir a llorar a otra parte. No quiero ser tu alcahueta y encima acariciarte la mejilla o asistir a una ridícula fiesta vestida para la ocasión y poniendo buena cara.

En vez de contestar, Costas intentó abotonarse su abrigo de arquitecto sin mirarme, abandonó el intento y salió al frío exterior con los faldones ondeando y sin los guantes. Me habría gustado detenerlo, agarrarlo, obligarlo a quedarse con nosotros. Que se ausente durante tanto tiempo me atemoriza. Y que no esté a mi lado en estos días me parece un error. Pero no puedo decírselo. Tal vez un día merezca una investigación científica descubrir por qué la maldad ayuda a combatir el temor.

Mi móvil suena en el pasillo, en el bolsillo de mi abrigo. Mientras lo abro para leer el mensaje llega otro. Alex escribe: «¿Qué hay para almorzar?» Sissi escribe: «¿Puedo llamarte más tarde? Hemos de hablar.» De pie ante la cómoda del pasillo, me esfuerzo por darle a las pequeñas teclas: «Hola, Alex, aún no lo he decidido. Tal vez sopa. Muchos saludos y hasta ahora. Mamá.» Después escribo: «Querida Sissi, llámame al móvil a eso de las tres, entonces Helli estará en hípica y tendré tiempo. Cariños, Kathi.»

Me suenan las tripas porque hace demasiadas horas que tomé el desayuno. He leído que, en nuestra sociedad del bienestar occidental, muchos ya no sienten hambre. Supongo que las madres de niños pequeños no cuentan. Además del borborigmo —que solucionaré más tarde, debo ocuparme de una lista—, se añade el típico pinchazo en el diafragma que siempre sufro cuando un niño está enfermo y debo atenderlo a intervalos regulares. Y no se trata de que crea que la hemorragia nasal de Helli sea un síntoma funesto, me basta con saber que se encuentra en su habitación ahora, cuando debería estar en la escuela. Y también me basta con que Alex ya me pregunte por el almuerzo vía SMS y con pensar que por tanto debe de estar hambriento, para activar mi diafragma.

A veces me parece que soy una especie de araña en su tela, cuyos hilos se extienden hasta todas las personas que le resultan importantes: en cuanto una se mueve, el hilo tiembla o se agita. Sin embargo, la imagen es errónea: las telarañas sirven para atrapar presas. Si los hilos se agitan, significa que hay algo para comer. No obstante, me siento como una araña, pues reacciono ante todas las sacudidas de mi red. Yo misma he tejido los hilos que me vinculan con todos los demás. Sin esa red en la que estoy sentada no tendría hogar y estaría perdida, pero los demás también lo estarían si yo dejara de existir: estarían condenados a patalear y gritar sin que nadie acudiera para ocuparse de ellos.

Tengo una relación ambigua con el lavado de la ropa. Por una parte es la más maternal de todas las tareas del hogar: todas esas prendas diminutas, todos los pantalones favoritos y las camisas de las que una se hace responsable a lo largo de los años... Y por la otra, el acontecimiento siempre me da miedo.

Me gustaría postergarlo, pero carezco de una buena excusa. Por algún motivo, en nuestra casa el cuarto de baño, donde se encuentran la lavadora y la secadora, está en la planta baja y yo ya estoy en el pasillo junto al armario ropero. El hecho de que una tarea no te guste no es motivo para no realizarla; esa es la primera lección que se aprende a medida que uno se convierte en adulto y el principio que, a más tardar cuando se tiene un bebé, uno acaba por interiorizar. Dejo el móvil en la cómoda con un gesto demasiado brusco y acto seguido entro en el cuarto de baño para ocuparme de la ropa.

Me agacho ante los aparatos, me crujen las rodillas. Una de las máquinas ya ha acabado el ciclo, parpadea una lucecita roja e indica que puedo abrir la puerta. Primero conecto la secadora, después introduzco el montón de ropa e inicio el programa. El suelo vibra, hay un zumbido y un rumor.

Y puesto que ya estoy en el cuarto de baño, me apresuro a sentarme en el váter; tarde o temprano el café de esta mañana surtirá efecto, quizá pueda adelantarme antes de que el tema se vuelva urgente. En mi cabeza resuena *Last Christmas*. También tengo una relación ambigua con la Navidad.

Al principio, mi madre no me dijo nada. Solo cuando ya no podía ocultar que estaba enferma, cuando la operaron y poco después se sometió a la primera sesión de quimioterapia, admitió de mala gana que tenía algo. Me pidió ayuda y de algún modo se las arregló para que me ocupara de ella sin malgastar tiempo pensando en la totalidad. Solo cuando de la noche a la mañana tuvo que ingresar en el hospital por una temporada me reveló el alcance de los problemas. Mi padre ni siquiera sabía cocinar un huevo y,

además, era impensable que lo intentara. Y Sissi vivía en su esfera musical, para ella los temas mundanos se limitaban a ser fastidiosas distracciones de lo fundamental. No podía hacerles preguntas a ninguna de mis amigas, por no hablar de Ann-Britt, porque ella era tan ignorante como yo y no tenía intención de cargar con los problemas triviales del hogar.

Cocinar, comprar y pasar la aspiradora no resultaban tareas difíciles de aprender, en comparación con lavar la ropa. Con regularidad, me encontraba desesperada ante una montaña de ropa, ante una lavadora demasiado pequeña y un tendedero cojo en el sótano de la casa adosada, donde en otoño la ropa tardaba muchos días en secarse. Todavía no existía internet, que podría haberme proporcionado consejos, así que yo iniciaba una prolongada serie de intentos. Distribuía jabón en polvo en los diversos cajetines, hacía girar los mandos y probaba un programa tras otro. Mi padre no hacía el menor comentario sobre los calcetines apelmazados y encogidos que encontraba en su cajón, y yo tampoco le comenté que su ropa interior estaba agujereada. Compré el suavizante y el jabón líquido que aparecían en la publicidad y tardé mucho tiempo en descubrir que las prendas tenían etiquetas con instrucciones para el lavado. Hasta entonces había supuesto que sesenta grados era una temperatura media con la que uno no podía equivocarse.

Libraba una solitaria batalla con la ropa, allí abajo en el sótano. La expresión de mi padre, seria y preocupada, me indicaba claramente que no podía preguntarle algo tan banal como si consideraba que el prelavado era algo importante. Todos los días él visitaba a mi madre en el hospital, casi siempre después del trabajo o al mediodía, y en casa intentaba guardar silencio. También Sissi, en todo caso respecto de todos los temas de este mundo no relacionados con la música. Para entablar una conversación durante la cena yo hacía comentarios idóneos que ella aceptaba con entusiasmo. Hablábamos de Liszt comparándolo con Brahms, de versiones fieles a la obra

y al texto original, de lo interesantes que podían resultar las viejas técnicas interpretativas y de si las suites de violoncelo de Bach interpretadas por Rostropovich eran bellas o cursis y absolutamente incomprendidas. Esos eran los temas que entusiasmaban a Sissi. Por supuesto que no dejaban de ser conversaciones de adolescentes, muy lejos de estar bien fundamentadas o de ser originales, pero lo principal es que servían a mi propósito. A mí —que era la única de los tres que por lo visto no podía trasladarme a otros mundos— el silencio en la mesa me resultaba insoportable.

Entre tanto, mi madre volvió a casa durante unas semanas, después tuvo que regresar a la clínica. ¿Había complicaciones? ¿Debían vigilarla? A mis dieciséis años, tendría que haberme interesado por los detalles de su enfermedad, pero no lo hice, ni siquiera un poco. En cuanto el tema de conversación derivaba hacia cuestiones médicas, desconectaba los oídos. Supongo que, en el fondo, consideraba que de todos modos no comprendería nada.

En el tiempo transcurrido, la medicina sin duda ha seguido avanzando. No tengo ni idea de qué clase de diagnóstico sigue equivaliendo a una sentencia de muerte en la actualidad y cuáles solo se consideran un reto. Al final no tiene importancia cuándo llega la fecha de caducidad personal. Al cuerpo ya se le ocurrirá algo para engañar a los médicos.

Aunque mi madre nos lo había prometido firmemente a Sissi y a mí, no logró aguantar hasta Navidad.

—¿Has comprado tampones?

Me sobresalto. ¿Cuánto hace que no oigo los pisotones de Helli en la escalera? ¿Cuánto hace que puede pillarme por sorpresa con tanta frialdad? Al menos se ha cambiado y aseado, de lo contrario su aparición hubiera resultado aún más desagradable.

—¿Te vuelve a sangrar la nariz? —pregunto. Me subo los pantalones y tiro

de la cadena.

—No son para la nariz.

—¿Para ahí abajo?

Quiero resultar graciosa, pero más bien parezco cohibida. Cuando Helli nació, decidí que un día hablaría de estos asuntos con ella de un modo libre y espontáneo, no como mis padres hicieron conmigo. Y ahora resulta que me descalifico a mí misma como interlocutora diciendo «ahí abajo».

—Ja, ja, ja.

—¿Es que ya los necesitas? ¿O solo lo preguntas por si acaso, para más adelante?

—Para ahora —dice. Abre el armario y empieza a revolver en los estantes.

—¡Alto! —grito—. Deja de desordenarlo todo y háblame. Hemos de informarnos mutuamente cuando algo cambia, ¿comprendes? No soy adivina.

Hablo como la señora Kaufmann, que considera que no es una empleada de la limpieza.

Tal vez debería estarle agradecida a Cindi, la amiga de Helli, porque —tal como averiguo— ayer por la tarde, mientras las dos estaban viendo la tele, la ayudó cuando de pronto le vino la regla. Pero no lo estoy. Es como si me hubiera robado algo que me correspondía. Al parecer, Cindi también se lució gracias a sus conocimientos, de modo que ante mis comentarios Helli se limita a dirigirme una sonrisa paciente. Le muestro la caja en la parte inferior del estante, ella comprueba el contenido y asiente. Luego me palmea el hombro, sube las escaleras con pasos pesados y desaparece en su habitación. Permanezco en el cuarto de baño con los brazos colgando, sintiéndome innecesaria.

Para postergar un poco más el cocinar —que aborrezco más que nada—

salgo al frío exterior y recojo el correo. Junto a un sobre que quizá contiene extractos bancarios y otro dirigido a «los habitantes de la casa que tienen en cuenta la diferencia entre precios», encuentro una tarjeta postal de Ann-Britt, en la que aparece un grupo de maoríes tatuados con los ojos muy abiertos y mostrando la lengua. Cuando estoy a punto de girar la tarjeta para leer lo que Ann-Britt ha escrito, con el rabllo del ojo percibo un movimiento que me llama la atención.

Al volver la cabeza, mi aliento se condensa y flota delante de mi vista como una bruma. En el jardín vecino Theo está de pie en el césped y me saluda con la mano. A cierta distancia está su tractor cortacéspedes. Eso no me hace concluir que piensa segar el césped en medio de la helada, sino que se dedica a su actividad predilecta: reparar y mejorar aparatos eléctricos y vehículos motorizados. Sin embargo, ya no le permito que toque nuestras cosas desde que se ocupó de la tostadora, que después produjo una enorme llamarada en medio de la mesa del desayuno. Theo grita unas palabras que no comprendo, el ruido del motor acalla su voz. Junto a la ventana, detrás de la cortina de la consulta, está Heinz, que también me saluda con la mano. Sonríe y asiente con la cabeza mientras el gesto de Theo se vuelve insistente: más que un saludo afectuoso parece un caso de urgencia. Vuelvo a dejar el correo en el buzón, subo la escalera de entrada a toda prisa, cruzo el camino y salto por encima de la cerca que separa nuestras propiedades. Cuando me encuentro delante de Theo, me doy cuenta de lo que ocurre: le falta el pulgar de la mano derecha.

—Theo —digo, y lo vuelvo hacia mí con suavidad para que pueda mirarme a la cara—. ¿Dónde está el pulgar?

Me lanza una mirada dolorida, tiene los ojos empañados.

—Lo he perdido —contesta, y hace un gesto de impotencia con la mano mutilada.

—Primero te vendaremos la herida, ¿de acuerdo? Y después buscaremos el

dedo. Ven, déjame ver.

Alarga el brazo como si quisiera saludarme formalmente. Me llevo la mano al cuello, pero precisamente hoy no llevo bufanda, y eso que en invierno siempre me pongo un pañuelo alrededor del cuello. Tengo toda una colección en el armario. Suelto la mano de Theo, me quito el jersey y después el top que llevo como camiseta. Noto el frío, pero en ese momento no me preocupa y tampoco el hecho de que estoy desnuda de cintura hacia arriba, a la vista de todos, en uno de los jardines del barrio. Mi cerebro no lo considera importante. No obstante, vuelvo a ponerme el jersey antes de doblar el top y envolver la mano de Theo con él. Los vasos sanguíneos están en estado de shock y la hemorragia todavía no ha empezado, pero puede iniciarse en cualquier momento. Mientras le vendo la mano no dejo de hablarle a Theo, eso nos tranquiliza a ambos.

Helli y Heinz aparecen casi en el mismo instante, cada uno desde una dirección distinta. Un vistazo al rostro desencajado de Heinz basta para saber que no me será de ayuda. Y Helli es una niña de once años con TDAH, a la que no puedo dejar sola. Decido que ni Heinz ni yo conduciremos a Theo al hospital.

—Nada de preguntas —digo—. Heinz, llama a la ambulancia, diles que no puedes conducir porque estás demasiado afectado. Helli, tú y yo buscaremos el pulgar de Theo.

Mientras Theo se queda ahí con una sonrisa confusa y Heinz echa a correr hacia la casa, Helli empieza a arrastrarse a cuatro patas por el césped helado en busca del dedo perdido. Sigo a Heinz con la vista y advierto que camina de un modo extraño, luego se vuelve y vomita sobre un miniciprés antes de desaparecer en la casa. Me acerco al tractor cortacéspedes y apago el motor. Inmediatamente se impone un silencio atronador, algo que puede ocurrir en esta zona y es un alivio cuando un autobús pasa por la calle. Yo también me

agacho y empiezo a buscar. El pulgar podría estar en cualquier parte si — como supongo— el culpable es el cortacéspedes. El tiempo no corre a nuestro favor, aunque no estoy segura de si el clima frío es una ventaja o un inconveniente. ¿No es mejor guardar los miembros cercenados en hielo? ¿O ello supone arriesgarse a que se congelen de manera irreversible? Recuerdo un artículo periodístico sobre la donación de unos órganos que sufrieron un shock de frío en una nevera portátil. Allí ponía que un riñón tardó semanas en volver a funcionar debido a ello. No tengo ni idea de cómo reacciona algo tan sencillo como un pulgar.

Theo dice algo, pero en voz demasiado baja y no lo comprendo. Lo repite varias veces y finalmente lo capto.

—Por favor, no te tomes tantas molestias por mí.

Me pongo de pie y le paso la mano por la espalda para calmarlo. Heinz sale de la casa andando como un pato, tiene los ojos enrojecidos y la voz ronca.

—Están de camino —dice.

Theo sigue murmurando, siempre las mismas palabras.

—No os toméis tantas molestias por mí. Lo siento de verdad.

Helli, que al menos siguió buscando unos minutos, se echa a llorar, se tiende en el suelo y exclama en tono teatral:

—Es inútil, no lo encuentro.

No sé a quién debo consolar primero.

Cuando llega la ambulancia todos se han recuperado un poco, pero por desgracia aún no hemos encontrado el pulgar. Los enfermeros ejercen un efecto tranquilizador, irradian una amable competencia y me pregunto por qué los que acuden siempre son hombres, mientras que en el hospital las que corretean por todas partes son mujeres. ¿Se trata de la vieja división, según la cual las mujeres son las responsables de todo cuanto ocurre entre las paredes? Supongo que debe de haber una explicación completamente diferente, algo

relacionado con la formación. Además, no debería pensar en esas cosas, sino estar a lo que se está, aquí y ahora sucede todo, mi cabeza siempre se desconecta y hace preguntas tontas para impedir que actúe, para llamar mi atención sobre mí misma, porque en realidad mi cabeza es un pequeño y asqueroso ser egoísta que considera que el mundo debería girar en torno a él.

Los enfermeros acompañan a Theo a la ambulancia. De camino, mi vecino se vuelve a medias y me saluda amablemente con la mano envuelta en mi top. Heinz permanece a mi lado. Lo hemos convencido de que no acompañe a Theo; les prometí a los enfermeros que me ocuparía de él, nos pareció la mejor solución. Como patitos, él y Helli me siguen al trote cuando paso por encima de la valla y entro en nuestro jardín.

En ese momento veo que Alex se acerca por el camino de acceso; ignoro por qué hoy sus clases han terminado más temprano, a lo mejor se debe a uno de esos cursos de capacitación profesional para los maestros o algo parecido. Que me sorprenda al verlo no es una buena señal, hace una hora aún sabía muy bien en qué día de la semana estaba y cuándo regresan mis hijos. Oigo que suena mi móvil a través de la puerta abierta, siento una tensión en la nuca: puede indicar que estoy a punto de sufrir migrañas.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Alex, que parece de buen humor.

Siempre lo está. Y si alguna vez no es así, su manera de ponerse de mal humor es tan agradable que resulta casi increíble. Es lo que se denomina el yerno ideal, siempre lo ha sido. Pero no soy su suegra, por desgracia.

La tensión en la nuca desaparecería, lo sé, si pudiese quedarme sola un momento y escribir una lista. Cualquier lista.

Me acerco a la cocina tras comprobar la llamada perdida. Era de Sissi. Me apresuro a añadir lo siguiente a la lista de cosas para hacer: «Devolver la llamada de Sissi (urgente = no hay excusas).»

Alex pasa a mi lado, echa un vistazo a la nota, me quita el lápiz de la mano y escribe: «No olvidar: llamar a los exterminadores para lo del monstruo del sótano.»

En casa no tenemos sótano y en realidad mis listas son tabú para todos los demás, pero perdono a Alex porque aunque tiene diecisiete años, en una época en la que muy pocos jóvenes conocen la palabra «gramática», siempre habla correctamente.

Puedes preparar sopa de verduras con amor o ahorrando tiempo. Puedes picar verduras frescas y hervirlas lentamente. Puedes preparar antes un caldo con hortalizas, idealmente compradas en el mercado, en el tenderete de productos biológicos, directamente del agricultor. Lo sé. Y tal vez también podría hacerlo, no es muy difícil, pero no aquí y no hoy y quizá nunca más en esta vida. Esparzo caldo instantáneo en el agua que antes he calentado en la olla. El polvo flota en la superficie; por debajo, pequeñas escamas de calcio, que se han despegado del interior de la olla, trazan círculos. Espero que se disuelvan junto con el polvo si no dejo de revolver. Enfrío el agua incorporando un grueso mazacote de verdura congelada. Entonces se trata de esperar, echarle un vistazo a la olla de vez en cuando y revolver. Durante ese tiempo puedo hacer cientos de otras cosas y creo que ese es el motivo por el que hace generaciones que las mujeres adoran las sopas, los estofados y los guisos.

Cuando cocina Costas todo es muy distinto. Mientras prepara la comida no se le ocurriría ordenar las compras en los estantes, pasar la aspiradora por el salón, llamar al banco o limitarse a limpiar la encimera. El tiempo de espera da igual. A diferencia de mí, quizás aprovecharía el tiempo para preparar una

ensalada o un postre que pueda acabar en un minuto durante la comida. Antaño, Costas a menudo cocinaba para todos nosotros, por la noche, cuando volvía a tiempo del trabajo. Siempre eran platos abundantes, aromáticos, frescos, asombrosos y con mucho ajo. A los niños les encantaba toda esa carne que les servía, todas esas características griegas de Costas que admiraban, de las que se enorgullecían. Hasta que por motivos éticos Alex se hizo vegetariano y cayó en la cuenta de que su padre había nacido y se había criado en nuestro país y, por tanto, seguramente había aprendido cocina mediterránea en recetarios. Debería haberlo sospechado mucho antes, puesto que en casa de la abuela Chara, en Bochum, lo único que servían eran tallarines.

Los padres de Costas se trasladaron cerca de su hermano, en la región del Ruhr, cuando su padre cobró la pensión de jubilación anticipada. Aquí en el norte la casa les resultaba demasiado cara y mantenerla suponía demasiado esfuerzo, estaban hartos del mar Báltico, del viento gélido y de la lluvia, hartos de barcos grasientos y oxidados. Cada vez que se presenta la ocasión, mi suegro dice que nunca quiere volver a ver un puerto. En cuanto ve una grúa o una terminal de pasajeros empieza a sufrir problemas digestivos, por lo visto los treinta años como funcionario de un puerto lo han vuelto alérgico. En ese sentido, está a buen resguardo en Bochum, y que nosotros lo visitamos dos veces por año a él y a su mujer es una leyenda familiar que nos contamos mutuamente. En realidad, hace más de tres años que no vamos a verlos, y desde que Costas trabaja en Berlín, aún me apetece menos malgastar el precioso tiempo de las vacaciones en Bochum. Para los niños es una pena que sus abuelos vivan tan lejos. En todo caso, yo y mi Algo ya hemos planeado en secreto que, próximamente, causaremos cierto tambaleo en la microestructura de la familia. En esos casos a menudo surgen nuevas oportunidades, quién sabe. Heinz, que sabe mucho sobre la formación de una familia, me lo ha explicado con frecuencia.

Entre tanto, Heinz se ha sentado en el sofá para palidecer con tranquilidad y es una de las cosas de las que puedo ocuparme mientras el agua se vuelve a calentar.

Para alcanzar la sala de estar debo recorrer el pasillo, pasar junto a mi teléfono y a la jaula siempre apestosa de los conejillos de Indias. Tras la puerta del cuarto de baño oigo el ruido satisfactorio de la lavadora, allí gira un tambor, allí se limpia y se bombea y se trabaja con vigor. La disposición de la planta baja es laberíntica. Conozco la distribución de las habitaciones de las casas vecinas construidas en una época similar y siempre me sorprenden los conocimientos que demuestran en cuanto a este tema: parecen mucho mayores que los que se aplicaron en la mía. Todo lo bonito y práctico de nuestra casa es obra de Costas.

Supongo que la mayoría de los arquitectos son artesanos bastante diestros. Deben construir maquetas, al menos mientras estudian, manipulan materiales, realizan mediciones y ofrecen soluciones espaciales viables. Por otra parte, supongo que nadie da por hecho que un cirujano será un trinchador especialmente competente cuando se trata del pavo asado navideño o que un dentista será muy diestro extrayendo piezas de Lego de las ranuras del sofá. Al menos, Costas es —ya sea debido a la profesión, o no— imaginativo y aplicado, y al principio dedicó mucho trabajo y fantasía a nuestro pequeño hogar. Yo ya había imaginado que eso iría disminuyendo con el tiempo, desde luego, pero hace varios años que ya no se ocupa ni de las reparaciones más sencillas. Este otoño rompí un peldaño de la terraza con el pie porque la madera estaba tan podrida que...

Es una casa de ladrillo, la que habitamos, de ladrillo rojo y tejado negro, como muchas de esta zona construidas en los años setenta. Parece pequeña y vieja, sobre todo comparada con los amplios chalés que la rodean o con las acristaladas mansiones de la playa de los nuevos ricos, que además abundan

por aquí. En la pared norte, expuesta al viento, el moho aparece con mayor rapidez de la necesaria para eliminarlo. Además, el edificio queda a unos metros de la calle, de modo que hay que recorrer un largo y crujiente camino de gravilla si alguien quiere visitarnos. Nadie que tenga un camino de gravilla delante de la casa necesita sensores de movimiento o una alarma. El jardín delantero está lleno de coníferas y por eso tiene un aspecto reservado, típico del norte de Alemania, sin tapias poco amables o despóticas rejas. A menudo tengo la sensación de que la casa se basta a sí misma y está encantada de mantenerse lejos del mundanal ruido. Costas se crio aquí, y cuando sus padres se trasladaron a Bochum nosotros les compramos la propiedad. Alex acababa de cumplir dos años y era nuestra oportunidad de poseer una casa con jardín cerca de Lübeck, donde Costas tenía un empleo y a cuya universidad yo seguía asistiendo porque preparaba mi tesis. Una tesis que todavía no he acabado. El tema: *Cuando el piano sabe más que el canto: La relación entre la lírica y la interpretación musical en los ciclos melódicos del Romanticismo*. Originalmente debía ser otro, pero hace tiempo que me he acostumbrado a que lo que me propongo no coincida con lo que la vida me permite. Cuando acudí a mi director de tesis para comentar el tema con él, se burló de mí.

—¿Clara Schumann? —dijo—. ¿De verdad cree que eso es original? Todos los doctorandos que llevan falda vienen con esta propuesta, ¿no lo sabía? Si quiere escribir sobre mujeres, haga una tesis doctoral sobre estudios de género; pero donde se crea arte, arte de verdad y sobre todo música, no hay mujeres.

Más de ochenta páginas que ya he escrito están en la segunda planta, en los cajones de mi viejo escritorio, cubriéndose de moho, al igual que los peldaños de la terraza que quizá fueron fabricados en la misma época en la que arrinconé la tesis. De vez en cuando me siento ante el escritorio, leo y contesto correos electrónicos, escribo tarjetas postales a Nueva Zelanda o apunto notas

para mis cursos e intento ignorar los susurros maliciosos de mi profesor que resuenan en mi cabeza: «No me extraña, señora Theodoroulakis, eso podría habérselo dicho desde el principio.»

Heinz se alegra de que me siente a su lado; me coge la mano y la apoya en su regazo sin dejar de amasarla, mientras habla como si se hubiera abierto una compuerta.

Me explica que Theo tiene problemas con los papeles de género, en el sentido de que para él solo parecen existir en su forma más tradicional. Los hombres son vaqueros o machos y se ocupan de motos; las mujeres quieren hijos y son aficionadas a los pañuelos de color rosa y a los grupos musicales de chicos. Todo ello resulta un tanto difícil de comprender, dado que en el pasado Theo se llamaba Susanne. Heinz se llamaba Franziska, y en aquel entonces ya vivía aquí. Su marido la abandonó y se llevó al hijo de ambos; Franziska se quedó en la casa y poco a poco se fue convirtiendo en Heinz. En algún momento, Heinz apareció con Theo, al que aún le esperaba el cambio de sexo, brindando a todo el vecindario algo sobre lo cual cavilar. Después, hace cuatro años, celebraron una gran barbacoa con motivo de la transformación oficial de Theo en hombre. Durante gran parte de su vida, me explica Heinz sin soltarme la mano, Theo intentó ser una buena chica: jugaba con muñecas Barbie y hacía dictados sin errores, se dejó crecer el cabello y se dedicó a cuidar ancianos. Lo hacía todo al ciento cincuenta por ciento. Pero desde que Susanne se convirtió en Theo, se había esforzado por transformarse en un auténtico macho y por lo visto eso, según su opinión, implicaba reparar aparatos eléctricos y vehículos. Este otoño, Theo se regaló el cortacéspedes a sí mismo, por su cumpleaños, poco antes de que acabara la estación de la siega. Heinz se opuso, solo le regaló calcetines de lana y jabón de afeitar, y no

lo acompañó al mercado de materiales para la construcción para escoger el aparato, pues de vez en cuando Heinz tiene la sensación de que puede prever el futuro, lo que en última instancia lo convierte en un excelente homeópata. Así que Theo se dedicó a segar —este año el otoño ha sido muy seco— y estaba más feliz que nunca, solo le ponía nervioso el mecanismo que desconectaba el motor en cuanto uno se apeaba del asiento del cortacéspedes. Pero para alguien como Theo, ese mecanismo no suponía un problema; hizo un puente y desde entonces puede dejar el motor encendido, aunque solo se baja para quitar un rastrillo del camino. Sin embargo, Heinz no sabe qué diablos estaba haciendo Theo en una mañana como esta sentado en el tractor. Quizá la mañana resultaba problemática para ambos y por tanto es de suponer que Theo fue en busca de su cortacéspedes por motivos terapéuticos, pues nada lo consuela y lo tranquiliza más que una reparación exitosa, dice Heinz, y por eso también se siente culpable por la pérdida del pulgar. En ese momento, cuando baja la mirada y ve mi mano intacta apoyada en su regazo, tiene que volver a ponerse de pie e ir al lavabo.

Aprovecho la oportunidad, corro a la cocina y evito que la sopa desborde la olla. La tapa traquetea con tanta violencia que temo que caiga, y la sopa hierve y sisea, tanto como para asustar a cualquiera. Al menos nadie espera que prepare una comida perfecta; reduzco la temperatura de la placa eléctrica y, de mala gana, meto una cuchara en la sopa para probarla. Sé que no resultará sabrosa, mi meta es «solo aceptable», pero no sabe aceptable, solo insulsa y triste. Deslizo la mirada por el estante de las especias en busca de inspiración. Entonces añado más caldo instantáneo, una pizca de nuez moscada, pimienta y media cucharada de una mezcla de hierbas con el bonito nombre de El Mágico Secreto de Cocina de Sibylle, que en cierta oportunidad me regaló mi hermana. Considero que después la sopa sabe mejor y pongo la mesa.

Formamos una extraña familia cuando nos sentamos a la mesa. Llamé a los de la primera planta, Heinz salió del cuarto de baño y Alex fue tan amable de traer a su hermana. Llamarla no sirve de nada, hay que ir a buscarla a su habitación y vigilarla hasta que encuentra el camino a la cocina. En general, Alex se encarga de ello cuando está en casa sin que yo deba pedírselo. Cuando mi hijo se sienta, canturrea en voz baja y yo trato de no escuchar. Sus melodías pegadizas son más insistentes que las mías, y no las quiero.

Helli ha traído su smartphone y ni siquiera despega la vista de la pantalla para acomodar la silla. Se sienta y de un modo milagroso su trasero se apoya en el asiento. Tal vez yo también podría hacerlo si practicara lo suficiente, pero no estoy segura de si saber hacer tantas cosas al mismo tiempo es una habilidad deseable, si no se hace ninguna correctamente y bien. En general, cuanto más envejeces, tanto más intentas centrarte y enfrentarte al momento con atención. Toda una industria de entrenadores, ofertas de seminarios y consejeros vive de nosotros, las personas que envejecemos y a quienes el tiempo se les escapa, de modo que confían en que mediante interrupciones y reducciones el resto que queda se vuelva más valioso. Es uno de los motivos por los que no me deshago de mi viejo móvil. Es para reducir las posibilidades de estar disponible y de que me distraigan, pues eso degrada los momentos y los convierte en una variante de muchas cosas, los desprovee de profundidad y del curso inevitable de las cosas. No obstante, presto atención a cualquier sonido procedente del pasillo y espero que Costas todavía me envíe un SMS antes del almuerzo. Sin embargo, seguiré siendo brusca y lo dejaré sobre ascuas, pues eso me fortalece y me da la sensación de estar al control, un control que en realidad no tengo, ni sobre él ni sobre nadie más. Pero por supuesto que lo echo de menos y también sus breves mensajes. Cuanto más tiempo está ausente, tanto más joven se vuelve en mi fantasía y, poco antes de que aparezca en el umbral, se ha transformado en el Costas de nuestra época

de estudiantes, al que podía amar de manera incondicional e inigualable. Luego, el sobresalto de verlo ante mí como es en realidad pasa lo bastante rápido como para volver a iniciar el juego con cada separación. En todo caso, mi fantasía es incapaz de aprender.

Heinz ya no está pálido como la nieve y en cambio huele a una colonia masculina que me resulta conocida y que debe de haber encontrado en nuestro cuarto de baño. Está sentado en su silla con las piernas abiertas.

Sirvo la sopa; digo «Buen provecho» en voz alta y luego le lanzo una mirada a Alex, que él interpreta como una señal de que diga algo que pueda dar pie a una conversación interesante.

—¿Habéis encontrado el pulgar de Theo? —pregunta.

Helli alza la vista y yo aprovecho la oportunidad y le tiendo la mano abierta. Está tan distraída que deposita el smartphone en mi mano. En realidad, no debería tenerlo durante la comida, pero como en general se niega a soltarlo y ni Alex ni yo tenemos ganas de soportar un ataque de furia o una interminable y agotadora discusión durante el almuerzo, recurrimos al truco de la distracción. Quien debe hacer una pregunta o plantear una cuestión es Alex, porque ella lo admira y por lo visto todavía confía en que resulte más interesante que el smartphone. Por desgracia, para ella yo quedo descartada. El truco no tardaría en dejar de surtir efecto si lo usáramos de forma sistemática, pero de hecho solo comemos juntos los fines de semana. El resto de los días es más difícil hacerse con el smartphone, por más que procure encontrar el momento idóneo para hacerlo desaparecer de la vista. Durante el día, deberían prevalecer las horas en las que no se pueden reenviar fotos peligrosas para los menores o realizar acoso cibernético, sobre todo en caso de niños de once años. Si dejo escapar el momento correcto y recurro al papel de madre autoritaria insistiendo en reglas mil veces repetidas, me arriesgo a sufrir daños colaterales considerables. En cierta ocasión, en semejantes

circunstancias, Helli cogió todo lo que estaba a su alcance y lo lanzó por la ventana abierta. Media hora después tuve que consolarla porque el arrepentimiento la abrumaba, pero al menos empezó a ayudarme a recoger los objetos, aunque solo durante cinco minutos. Tuve que colocar encima de los radiadores todo lo que había tirado, porque llovía a mares. El asunto se llevó más de dos horas de mi vida.

—No —dice Heinz—, el pulgar todavía está allí fuera, en alguna parte.

—¿Es posible volver a coserlo si lo encontramos?

Apenado, Heinz niega con la cabeza.

—Quizá solo lo encontremos en primavera —dice Alex—. ¿Crees que entonces Theo aún querrá tenerlo, o podría quedármelo yo?

—¿De qué te sirve un pulgar ajeno? —pregunto.

—Puaj —dice Helli, y no sé si participa en la conversación o hace un comentario sobre mi sopa.

No entiendo cómo puede seguir siendo tan regordeta, pues en mi presencia todo le parece asqueroso.

De hecho, la sopa sabe tan mal que no me ofendería si después todos cogieran un taxi y se dirigieran al bar del puerto.

Helli se pone de pie y sale de la cocina arrastrando los pies. Su smartphone está a buen recaudo en mi bolsillo y procuro no tomarme en serio el alivio que me causa su ausencia.

Quiero a Helli un poco más que los demás miembros de la familia y no porque resulta fácil quererla, al contrario. Quizás aumenté la temperatura y la persistencia de mi amor maternal para compensar. Además, alguien debe hacerse cargo del amor. Siempre se me ha dado bien hacer lo que hay que hacer y, desde el principio, esta niña estaba tan roja y furiosa y gritaba tanto

que intenté crear una coraza protectora con mi amor maternal, una barrera que impidiera que al mundo se le pasara por la cabeza soltar un comentario estúpido. Su nacimiento fue una tortura porque llegó boca arriba, un bebé «mira-estrellas» que se negaba a adoptar la posición correcta, con lo cual convirtió el parto en un proceso sumamente trabajoso para ambas. Cuando por fin se deslizó fuera de mí, no soltó un gemido sorprendido, tal como había hecho Alex, sino un grito indignado y furibundo. Tampoco dejó de chillar cuando la comadrona la tendió sobre mi vientre. Me sentí impotente y también un poco disgustada porque seguía aullando aunque yo estaba allí y estábamos en contacto, y ese debería ser el momento más bonito. Pero al mismo tiempo su tozudez me despertó cierto respeto: al parecer, no le gustaba haber nacido y no cambiaba de idea con facilidad. Era un ovillo de vida gordo y gritón, y eso me llenaba de una gran alegría.

Esa mezcla de sentimientos nos acompaña hasta hoy: desamparo, disgusto, la imposibilidad de descubrir qué le causa tanta ira y una extraña admiración por la insistencia con la que se aferra a su derecho a ser ella misma.

Por otra parte, los motivos para sentir alegría rara vez han resultado sencillos; ni cuando era un bebé, una época en la que se dedicaba a soltar gritos ensordecedores; ni en sus obstinadas ocupaciones cuando era una niña pequeña. Por no mencionar el precio que implicaba. Siempre teníamos que echar mano de nuestra responsabilidad civil y del seguro del hogar. Era una visitante habitual de urgencias. Cuando Helli estaba en casa, el silencio no presagiaba nada bueno. Podía ser que hubiese decidido poner la mesa del desayuno para todos, pero que por algún motivo hubiera abandonado el plan y hubiese resuelto dibujar bonitos motivos en la alfombra derramando aceite de oliva. Todo cuanto la rodeaba despertaba su curiosidad, y el hecho de saber que su edredón estaba lleno de plumas no le bastaba para llegar a la conclusión de que los de los otros miembros de la familia eran iguales. Nunca

logré descubrir de dónde sacaba las tijeras, los cuchillos y los otros instrumentos con los que cortaba, perforaba y rasgaba todos los objetos que despertaban su interés, para examinar su interior, porque yo siempre procuraba guardar todos los objetos afilados y puntiagudos bajo llave. Cuando era una niña pequeñita ya era capaz de vaciar un armario ropero más rápidamente de lo que yo subía la escalera. Y se cayó de todos los muebles de la casa, aunque no recuerdo haber estado distraída. Cuando se cayó de la mesa de la cocina yo estaba a su lado y podría haber jurado que estaba sentada en el suelo a mis espaldas esparciendo una mancha de harina. Sufrió conmociones cerebrales, heridas abiertas y grandes hematomas, mordeduras de perros y cisnes, y siempre encontraba la rama podrida de todos los árboles a los que trepaba.

Alcanzó la edad de la tozudez mucho antes de lo que señalaban los manuales de los educadores que yo estudiaba a destajo. A la mezcla de mis sentimientos por ella se añadió un trágico anhelo de tranquilidad, a cualquier precio, lo que por supuesto suscitaba sentimientos de culpa y la necesidad de justificarme. Al igual que Helli, que oscilaba entre la rabia y el entusiasmo, la intensa alegría y la más profunda desesperación, las buenas intenciones y los planes de venganza, yo rebotaba de un sentimiento a otro como la bola de un *pinball*. A veces la quería y la envidiaba por su vitalidad y alegría de vivir, otras me descubría escuchando el silencio —que de vez en cuando duraba segundos— tras un estrepitoso ruido antes de que se desencadenara el aullido de dolor. Y, en lo más hondo de mí, deseaba no llegar a oírlo. Había días en los que casi me parecía más fácil llorar la muerte de Helli toda una vida que ocuparme de ella durante veinticuatro horas más.

Juntas visitábamos un médico tras otro, pero no detectaban ningún problema; la opinión unánime era que debía educarla mejor. En eso coincidían con las maestras del parvulario y de la escuela, a las que no se les ocurría nada mejor que echarla de clase o llamarme por teléfono para que fuera a

recogerla porque se volvía insoportable para el grupo. Así que hacía tiempo que yo había abandonado la tesis doctoral, así como la idea de ocupar un puesto a tiempo parcial en la universidad o cualquier otra actividad en la que mi presencia ininterrumpida resultara necesaria.

Había confiado en que cuando empezara el instituto cambiarían algunas cosas. Helli estaba muy orgullosa por haber obtenido un buen resultado en las notas pese a todo, y yo esperaba que alcanzara cierto grado de sensatez y se volviera más comprensiva. Pero todo continuó igual que antes, claro está, y del nuevo instituto también regresaba con montones de deberes como castigo, olvidaba todas las tareas, perdía todos los lápices y rotuladores de su plumier y se enredaba en mentiras tan pasmosas que la primera reunión de padres fue un auténtico calvario para mí. Finalmente, su profesor de alemán me indicó el camino correcto y yo establecí plazos, mantuve conversaciones e introduje unas pruebas a las que Helli se somete desde hace unos cuantos meses. Aún falta otro test de inteligencia, porque la primera vez, cuando iba por la mitad de la prueba, solo coloreó los huecos de las letras de los ejercicios, pero en el fondo el diagnóstico es casi seguro: Helli sufre un trastorno por déficit de atención con hiperactividad. TDAH. Qué pasará después, qué significa eso para ella es algo que aún ignoro. Me gustaría hablar del tema con Costas, pero últimamente se niega a comentarlo en cuanto empiezo a mencionar a Helli. Le faltan las fuerzas para incorporar una gran porción de Helli en su vida.

¿Qué hay que hacer cuando una tiene un Algo en el pecho y una hija con TDAH que tal vez haya de abandonar el instituto si su conducta no cambia? Porque una no puede morir, así sin más, mientras las cosas todavía están tan confusas.

Heinz considera que el diagnóstico de Helli es un disparate. En este

momento solo espera a que ella salga de la cocina para apelar a mi conciencia. Por la manera en que observa minuciosamente a mi hija mientras ella se marcha, me doy cuenta de que evalúa cuándo dejará de oír nuestra conversación. Podría adelantarme, impedir que hable, pero creo que soltarme un sermón le hará bien. Este día debe asimilar muchas cosas, necesita que le den ánimos.

Alex abandona la mesa, lleva su plato al fregadero y, canturreando, se dirige al pasillo. Oigo que sube las escaleras sin dejar de canturrear. Incluso su canturreo es maravilloso, tiene una voz con la que podría llegar a ser lo que quisiera.

Heinz se vuelve hacia mí y me inclino hacia atrás, dispuesta a convertirme en un buen público.

—Vi que antes fuiste a recoger a Helena en el coche —dice, como introducción.

Claro que lo vio: siempre está detrás de la cortina cuando se presenta la ocasión.

—¿Vuelve a tener problemas en el instituto?

Es una pregunta trampa, la mera formulación lo evidencia. Para Heinz, soy una madre sin carácter que escucha a dudosos médicos que, sin avergonzarse, se ganan la vida administrando tranquilizantes a niños inquietos, pero asiento con la cabeza, pues quiero ser amable y distraerlo de sus tribulaciones.

—Deberías darle aurelia, aunque solo sea por probar —dice Heinz.

Siempre habla de sus remedios como si su nombre y su efecto formaran parte de la cultura general. No sé si se trata de un intento descarado de parecer superior o si vive tan sumido en su propio mundo que olvida qué les interesa a los seres humanos normales.

—Porque el problema principal no deja de ser que Helena no encaja en su entorno y que este ahora quiere obligarla a adaptarse. Por desgracia, eso es lo

habitual en nuestra sociedad, sobre todo en el sistema escolar. Los niños que no encajan en el esquema se someten a una terapia y son adaptados o declarados inútiles, en vez de que el entorno se modifique para que esos niños puedan ser como son. ¿No se podría crear un ambiente de aprendizaje para Helena? Pues parece que no: eso cuesta demasiado dinero y esfuerzo y, además, adónde iríamos a parar entonces...

Heinz toma impulso. Considero la idea de preparar un café para él y para mí, pero prefiero quedarme sentada para no distraerlo. De todos modos, su opinión respecto a la cafeína es negativa.

—Antes de dejar que te cuelen la enfermedad de moda, deberías explorar los caminos alternativos. ¿Qué pierdes con ello? Pruébalo, y punto. Tampoco tengo inconveniente en realizar una anamnesis, pero estoy casi seguro de que la aurelia es lo más indicado para ella.

Heinz es un gran aficionado a los experimentos con humanos, aunque lo negaría, desde luego.

—Todos cantamos una canción, Katja —prosigue, y entonces sí despierta mi interés.

Es la primera vez que lo dice, debe de haber leído un libro nuevo.

—Solo hay que escuchar con atención. Cuanto más tiempo atiendo en mi consulta, tanto más se cristaliza una única experiencia. Pronto daré una conferencia sobre este tema en Kiel.

Así que quizás ahora esté ensayando conmigo; al menos, el evento no me cuesta nada, aparte del tiempo que paso con Heinz ante la mesa de la cocina, que podría aprovechar para confeccionar mi lista.

—Te lo digo: aquí en el norte somos plantas costeras, seres humanos de agua salada. Los que no encajan no se quedan mucho tiempo. El clima es demasiado frío, demasiado ventoso; los inviernos son demasiado largos y oscuros, solo se quedan quienes pertenecen aquí, solo aquellos cuyas

canciones encajan aquí en el norte, en la costa. En los últimos años he recetado numerosos remedios marinos con mucha frecuencia. No entiendo cómo no me di cuenta mucho antes. Todos los que vivimos aquí cantamos canciones del agua; desde un punto de vista homeopático, somos animales marítimos, minerales, algas, etcétera. Hace seis semanas tenía una paciente que, sin duda, cantaba la canción del gavión atlántico.

Entonces narra una de sus increíbles historias de éxito que me gusta oír, tanto como a todos los demás. Es demasiado bonito que existan unos métodos de curación tan sencillos y médicos tan sensibles y perspicaces. Todos necesitamos esas historias, porque los periódicos están llenos de noticias sobre lo contrario.

—Estudí el tema durante muchos días, existen numerosos tipos de gaviotas en el mundo, pero al final quedó claro: un gavión atlántico. Solo que eso aún no existe como remedio, ni siquiera puedes encargarlo en India. Y los gaviones atlánticos escasean en el mar Báltico. Por eso escribí a la Universidad de Bremen, ellos se pusieron en contacto con los ornitólogos de las islas del Norte y al final me enviaron la pluma de un gavión. Entonces pulvericé la pluma con un par de colegas y confeccioné los glóbulos con el polvo. Qué quieres que te diga: dos días después la mujer se encontraba tan bien que al principio ni yo mismo me lo creía. Antes tenía abscesos por todas partes, se le caía el cabello, sufría una depresión y hacía años que no podía trabajar; pero en cuanto surtieron efecto los glóbulos, los abscesos desaparecieron, su cabello se volvió lustroso, se encontraba estupendamente y se sentía libre como un pájaro. A lo mejor también hubiese funcionado con otras especies de gaviotas, pero creo que mi investigación mereció la pena. Cuando un remedio es eficaz se nota de inmediato, y en este caso di en el blanco.

—¿Cómo se hace para oír la canción, Heinz?

—Es un arte.

—¿Y qué es la aurelia?

—Una medusa —contesta en tono ceremonioso.

Quizá no debería sorprenderme que, al ver a mi hija, alguien piense inmediatamente en una medusa, pero resulta que me ofendo.

—Hace tiempo que quiero preguntarte una cosa —digo, y es una mentira, porque solo hace dos semanas que quiero preguntárselo—. ¿También tratarías enfermedades muy graves con glóbulos? ¿Fracturas de huesos? ¿Psicosis? ¿O cáncer?

Evito adrede la mención de miembros cercenados.

—En primer lugar, querida Katja, un tumor solo es una proliferación en el ámbito celular. En el fondo, un embarazo también es un tumor, pero en ese caso me gusta decir: solo en el futuro se sabrá si es maligno.

Se ríe de su propia broma y río con él para darle ánimos.

—En la mayoría de los casos, los tumores malignos son señales de un conflicto no resuelto. Considerándolo así, incluso es una muy buena idea tratarlo desde un enfoque homeopático. Los conflictos no resueltos son mi especialidad, por así decirlo. Ayudo al cuerpo a ayudarse a sí mismo. En esos casos, la medicina académica es demasiado unilateral, todo se bombardea con artillería pesada sin excepción y cuando se ha aplastado todo, al final resulta que el enemigo también está muerto y entonces se vende el resultado como un éxito. Y eso que las células cancerosas del hígado narran una historia completamente diferente que las de la próstata. Las personas no escuchan, no oyen cuál es la canción que entona el paciente. En vez de eso, tratan los síntomas, que solo son los mensajes del cuerpo. Es como matar al mensajero que trae malas noticias y confiar en que así el asunto quede resuelto. Aplastar el mensaje y esperar lo mejor, así es como se trata el cáncer hoy en día y el lamentable motivo de que esta enfermedad a menudo resulte tan mortífera.

—Y en tu opinión, ¿qué canción canto yo?

—Tú, Katja, entonas la canción de la virgen marina. Bella y misteriosa como una sirena, y también una excelente cocinera; un consuelo en la desesperación de todos los pobres marineros que flotan completamente solos en medio del océano.

Alza el índice para indicarme que calle. Prestamos atención y, en efecto, oímos el crujido de la gravilla y el golpe de la puerta. Theo ha regresado en un taxi.

¿Qué canción canto yo? ¿Y qué mensaje quiere enviarme mi pecho izquierdo? ¿Acaso en los últimos años no fui lo bastante femenina para su gusto? ¿No amamanté a mis hijos el tiempo suficiente? ¿Soy demasiado poco emancipada y por eso mi cuerpo opina que es bueno para mí y para mi desarrollo que en el futuro vaya por ahí como una amazona? ¿O solo se trata de que llevé sujetadores demasiado ceñidos, usé demasiados desodorantes con sales de aluminio y tomé demasiado pocos fitonutrientes? ¿Entono la misma canción que mi madre, mi prima y quizá mi abuela? ¿La canción del alga marina *Fucus vesiculosus*? Sea cual sea el conflicto no resuelto causante del Algo, no tengo muchas ganas de ocuparme de ese Algo o tal vez de eliminarlo con gran esfuerzo. En este momento no sé qué me parece peor: la quimioterapia o la solución del conflicto. Estoy demasiado exhausta para ponerlos en marcha. En realidad, solo deseo una cosa: que el Algo sea completamente benigno o que ya esté tan avanzado y convertido en metástasis que me dirija a la muerte de un modo directo. Estoy demasiado cansada para la esperanza y el temor.

Mientras Heinz se precipita hasta la puerta para recibir a Theo, me

escabullo por el pasillo en busca de mi cuaderno de notas y la página titulada «Epitafios». Allí pone:

Katharina Theodoroulakis:

De todas maneras no quería ir a la universidad

No me lo imaginaba así

Hubiera, hubiera, cadena de pantera

Añado: «Cantaba la canción del fucus.»

Suena el teléfono, esta vez el fijo. O más bien suena una musiquita. Hace ya un par de años que el timbre de los teléfonos ha desaparecido y lo echo mucho de menos. En nuestro aparato suena un horrendo sonido electrónico: la melodía de los títulos de alguna serie de dibujos animados que los niños seguramente conocen, pero yo no. Se diría que en la propia casa uno podría opinar sobre la elección de la señal del teléfono, al fin y al cabo casi siempre estoy aquí y no me queda más remedio que oírla, pero resultó que las melodías que podía escoger no eran mejores, así que al menos el cincuenta por ciento de los miembros de la familia está conforme. Por otra parte, Costas se negó a participar en la elección; me pregunto cómo suena su teléfono de Berlín y si él pudo elegir la melodía, y descubro que siento una pizca de celos y envidia ante tanta autonomía.

En la pantalla aparece un número que desconozco. Descuelgo el auricular y digo mi nombre mientras bajo la vista, y constato que sería mejor que me cambiara de ropa. No solo estoy empapada en sudor sino también manchada de sangre y cubierta de restos de sopa de verdura.

—Buenos días —dice una voz masculina al otro lado de la línea—. Soy Müller, el padre de Lorelei, una alumna suya.

Suspiro, pero alejo el auricular y espero que no me haya oído.

—Lorelei dice que no tiene deberes, pero creo que es mejor preguntárselo a usted. Últimamente está muy olvidadiza.

—No, señor Müller, es verdad —digo—. Durante la formación musical infantil no se ponen deberes.

Al principio les puse nombres divertidos a mis grupos de la escuela de música: ranas cantoras, ratones musicales, enanos de los instrumentos... Pero la asistencia ha aumentado muchísimo desde que utilizo las denominaciones pedagógicamente correctas: formación musical temprana, curso básico de comprensión musical... Aunque no todos los padres son como el señor Müller, me temo que mediante mis cursos atraigo a un tipo de persona muy particular: trataría con padres muy diferentes si ofreciera obras pedagógicas sobre la arcilla o el bosque.

—Pues estaría bien que pusieran trabajos para casa —dice el señor Müller—. Lorelei no sabe qué debe ensayar hasta el próximo jueves y eso la desconcierta mucho.

—Pero resulta que ese es justamente el propósito del asunto, señor Müller —digo.

—¿Que se sienta desconcertada? ¿Por qué?

—No: que no tenga que ensayar nada. El curso debe ser entretenido y no someter a los niños a presión. En general, los niños ensayan por su cuenta todo lo que aprendemos en clase. Cantan las canciones en casa, o dan palmadas siguiendo el compás o les enseñan los pasos de baile a sus hermanos. Y si no lo hacen tampoco importa. Deben elaborar todo eso siguiendo su propio ritmo.

—Sí, comprendo —dice el señor Müller—, pero es que en la carpeta ni siquiera hay información sobre lo que usted hace. A mi mujer y a mí nos resulta imposible saber si Lorelei canta las canciones correctamente.

—Y no tienen por qué saberlo. Todas las maneras de cantar son correctas.

—En eso no estamos de acuerdo, señora Theodoroulakis. Me pregunto si

entiende usted a qué me refiero.

—Lo entiendo muy bien, créame...

—La verdad es que imaginábamos que el curso sería muy diferente.

—Las investigaciones han demostrado que...

—Creo que voy a averiguar si la escuela de música ofrece algo más en ese ámbito. Muchas gracias por haberme atendido. Ahora comprendo mejor dónde reside el problema. Buen fin de semana.

—No tengo inconveniente, señor Müller, si usted... —digo, pero él ya ha colgado.

Suelto un sonoro suspiro sin la menor consideración. Quizá debería darle el número de Kirsten; ella tiene formación pedagógica, pero seguro que estaría encantada de poner deberes.

—¿Qué pasa? —pregunta Alex a mis espaldas.

Me sobresalto y creo que suelto un grito de espanto. A veces lo hago y supongo que precisamente por eso Alex aprovecha cualquier oportunidad para asustarme. Aunque ahora ya no grita «buuu» y se esconde detrás del sofá, sino que va con tanto disimulo que nadie podría acusarlo de hacerlo adrede.

—¿Quién era?

—Un padre de la escuela de música.

—¿El padre de quién?

—De Lorelei.

—Pobrecita. Y pobrecita tú, ya puedo imaginármelo —dice Alex.

Y me pregunto qué diría un terapeuta de familia de este hecho: que mi hijo de diecisiete años conozca los nombres de mis alumnos y se interese por mis fallas emocionales y las de ellos.

—¿Querías algo? —pregunto.

—Solo comprobar si sonó el teléfono.

—¿Esperas una llamada? ¿En el fijo?

—No me funciona el móvil.

En general, hablar por teléfono no le interesa en absoluto, no hace falta ser un detective para alcanzar la conclusión correspondiente.

—Cuenta, ¿quién es ella?

—Pues una chica.

Alex clava la vista en la alfombra; debe de ser algo serio si lo pone tan incómodo.

—¿De tu clase?

—De una superior.

—¿Solo estás enamorado o estáis juntos?

—Lo último.

Este día está lleno de sorpresas. Debiera alegrarme por Alex, pero me siento paralizada. Durante mucho tiempo creí que mi hijo era gay. Su interés por las chicas era asombrosamente moderado y por eso para mí suponía un misterio, porque yo a su edad tropezaba de un amor al siguiente. Había preparado un discursito idóneo para su salida del armario, pero ahora no sé qué decir. Primero me entero de que mi hija tiene su primer período y después, de la primera novia de mi hijo, y en ambas ocasiones solo me quedo a un lado, observando.

Uno puede enfadar a sus padres de mil maneras distintas. Lo lógico consiste en averiguar a qué le dan una importancia especial y después hacer exactamente lo contrario. De ese modo se inician carreras artísticas en hogares de funcionarios y se dan cortes de pelo iroqueses en familias que adjudican un valor especial a la opinión pública. Si hace años me hubiesen preguntado cuál es mi punto más sensible en ese aspecto, habría mencionado mi desesperanzado romanticismo. Si Alex se hubiera convertido en un mujeriego

al estilo moderno, en alguien que se dedica a follar por ahí de manera irresponsable, embaraza adolescentes, publica vídeos eróticos en YouTube protagonizados por él, o en alguien que proclama que no cree en el gran amor y está convencido de que, desde un punto de vista meramente biológico, el ser humano no es una criatura monógama, no me hubiese sorprendido. Pero me equivoqué: en realidad, mi punto flaco es la música. Alex lo encontró con asombrosa seguridad y me exige la máxima tolerancia.

Siempre ha tenido talento para cantar. Entonaba bien, ya de niño cantaba melodías complicadas, era lógico inscribirlo en la escuela de música, donde con gran alegría y de un modo absolutamente voluntario primero tomó clases de violín y después de guitarra. Entonces cantaba en su habitación acompañándose con la guitarra y en algún momento nos comunicó a Costas y a mí que quería abandonar las clases de guitarra y de violín e intentarlo con clases de canto. En ese momento debería haber impuesto mi veto. Tenía doce años, todo eso no podía salir bien. Desde entonces toma clases de canto con una cantante gordísima que lleva brazaletes tintineantes y pendientes que le rozan los hombros. Quiere ser cantante de musicales. No se me ocurre nada peor. *Cats*, *El Rey León* y *Tarzán*, últimamente hay un musical con canciones de Udo Jürgens.

—En todo caso, el teléfono vuelve a estar libre. Voy a cambiarme. ¿Te las arreglarás? —digo.

Es una pregunta retórica, sobre todo en el caso de una persona como Alex, que incluso se las arreglaría si una horda de zombis asediara nuestra pequeña ciudad, pero las madres deben plantear esa pregunta una y otra vez, para no perderse el momento en el que la respuesta sea «No». No basta con observar para averiguar qué pasa con nuestros hijos.

En el pasillo echo un breve vistazo a los conejillos de Indias, que hacen ruido en su jaula y solo me miran sorprendidos cuando aparezco, como si dijeran: «¿Sí, qué quieres?» Los dejo tranquilos, no me necesitan y precisamente hoy ese es motivo suficiente para apreciarlos.

Después controlo mi móvil y compruebo que he recibido un SMS de Costas, no debo de haber oído la señal. Pone: «Esto es aburrido. Os echo de menos. ¿Qué hay de rico para el almuerzo? Para mí, comida de rancho sin postre. Saludos y beso, C.»

Es un hipócrita, sabe muy bien que mi comida le habría gustado tan poco como a los demás, y el hecho de que suponga que en casa hay algo para almorzar en la mesa a pesar de la escuela a jornada completa, pulgares cortados, nariz y útero sangrantes, listas inacabadas de tareas pendientes y montañas de ropa sucia me demuestra cuánto se ha alejado interiormente de nuestro día a día familiar.

Me llevo la tarjeta postal de Ann-Britt a la habitación. Claro que me cambiaré de ropa, porque tengo el jersey manchado de sopa, pero sobre todo disfrutaré de la tranquilidad de la que ahora también dispongo aquí.

Me siento ante mi escritorio y abro el viejo portátil que ahora es solo mío. Antes era el ordenador de la familia, en el que los niños tenían permiso para jugar a juegos educativos, mirar dibujos animados en línea o de vez en cuando escribir un mail a mi padre. Desde que tienen sus propios smartphones, la única que utiliza este viejo portátil soy yo; Costas tiene un ordenador caro de pantalla grande en su desierto estudio, pero ese es tabú para todos los demás, pues se trata de un valioso aparato de arquitecto que tal vez podría perder su aura y su efecto inspirador por culpa de los dibujos animados. Prefiero no preguntarme por qué mi marido conserva un estudio en casa si hace más de un año que tiene su propio despacho en Berlín, en el que probablemente haya otro caro ordenador de arquitecto que nunca ha sido contaminado con dibujos

animados, mientras que yo me conformo con un escritorio cerrado con llave en la habitación de matrimonio y con el viejo portátil de la familia. Algunas preguntas suscitarían tantas otras que es mejor no plantearlas. Resulta que la vida no es ideal y pese a toda la buena voluntad para alcanzar los mismos derechos, al fin y al cabo de algún lugar debe surgir la fuerza para exigir privilegios e imponerlos. Desde el principio el error ha sido considerar que la emancipación debía ser un asunto solo de las mujeres. Es imposible decir «¿Por qué no lo hacéis exactamente como ellos?» y creer que una no debe ceder un poco. En esta vida me basta con haber encontrado un hombre al que pude amar sinceramente. Si me adjudicaran otras vidas no tengo inconveniente en tratar de arrancarle un estudio propio a mi futura pareja y a la sociedad.

Ann-Britt se burlaría de mí por ello, pero nunca se le ha dado muy bien ponerse en el lugar del prójimo. Creo que aprendí a dar tanto valor a su amistad precisamente por eso, pero también gracias a los muchos kilómetros que nos separan. Ella me muestra el aspecto que podría tener otra vida y me siento mejor con mis decisiones cuando compruebo hasta qué punto mi envidia no se extralimita. Necesito a Ann-Britt para apreciar mi vida, y sospecho que a ella le pasa algo bastante parecido.

Durante unos momentos contemplo a los maoríes de la tarjeta postal para aumentar la tensión, después giro la tarjeta y leo: «Querida Katha, aquí empieza el verano y echaré de menos mi jersey. Ahora duerme en la parte posterior del ropero. Últimamente tengo orquídeas ante las ventanas, parecen de plástico y casi no necesitan cuidados: solo puedo recomendarlas. Encajarían contigo. ¿Qué tal está el Báltico? ¿Ya se ha helado? ¿Y tú? ¿Ya has despertado a tu jersey? Saludos de Rob y Leyla, como siempre. Tu Anni.»

Su escritura es precisa y muy trabajada, como también he observado en otros que se educaron en la antigua RDA. Le encanta escribir y lo hace muy despacio, se enorgullece cuando sus textos resultan un tanto crípticos y

entonces los considera especialmente valiosos. Eso siempre fue así, incluso en la época en la que nos enviábamos noticias y las escondíamos antes de clase en nuestro buzón privado, las recogíamos después de clase y las leíamos; todos los días una carta, una vez dirigida a ella; la otra, a mí. Y eso que de todos modos nos veíamos en clase y podríamos habérselo contado todo, pero el hecho de escribir era importante para nosotras. Nos daba la sensación de ser adultas, manteníamos una correspondencia y era estupendo incorporar indicios y códigos en los textos que nadie más hubiera entendido. Ann-Britt les ponía apodos estúpidos a los muchachos y hombres de los que me enamoraba, y procuraba ridiculizarlos. Se llamaban «Cuello de Polo» o «Peinado con Gel», otro se llamaba «Somnífero» y uno, «Tarzán-Espárrago». No me lo tomaba a mal, sabía que ella me quería solo para sí y ninguno de esos chicos me importaba tanto como para convertirse en un auténtico peligro. Hoy, de vez en cuando nos enviamos tarjetas postales y con mayor frecuencia, mensajes por correo electrónico. Ella me manda fotos de su gata *Leyla* y de su casa, en la que siempre están haciendo reformas. Yo le correspondo con fotos de los niños y mías en las que siempre aparezco borrosa porque estoy ocupada en distraer a Helli hasta que toman la foto.

Ann-Britt sabe muy bien que las orquídeas no encajan conmigo. O no lo sabe, pero después de tantos años ya debería conocerme, es imposible que no sea así. Nadie puede pasar treinta años ignorando a una persona, ni siquiera Ann-Britt. Supongo que el sentido es irónico.

Nos conocemos desde quinto curso, desde que ingresé en el instituto. Ella se trasladó desde otro lugar muy distinto —como decían en aquel entonces— y solo más adelante descubrí que había emigrado de la RDA junto con su familia. Era término medio en todo, quizás a excepción de su aspecto físico. Era bonita, pero todas lo éramos de un modo u otro, solo porque éramos jóvenes y nos esforzábamos. Era muy delgada, pero no con la esbeltez propia

de la juventud, sino frágil y femenina como una ninfa hasta que alcanzó la edad adulta. Le gustaba dibujar, era deportista y también eso que suelen llamar «despierta» cuando tratan de describir a alguien para quien la palabra «inteligente» resulta un tanto exagerada, pero que lo comprende todo con mucha rapidez. Era increíblemente meticulosa y siempre procuraba alcanzar las metas que se proponía. Me resultaba graciosa y me sorprendía la dedicación con la que realizaba los deberes. No comprendía qué sentido tenía hacer siempre un poco más de lo necesario.

Ella me envidiaba por numerosas razones y yo consideraba que tenía todo el derecho a hacerlo, pues al menos mis padres poseían una casa adosada con jardín, mientras que ella vivía en un apartamento de un edificio habitado por numerosas familias. Yo recibía una paga suficiente; en cambio, ella empezó muy pronto a aceptar diversos empleos para pagarse sus caprichos: un jersey de angora que había que lavar a mano, un pequeño televisor para su habitación, entradas al cine y el dinero suficiente para después tomar una pizza. A mí no me llamaba la atención que, aunque yo dispusiera del dinero suficiente para todo eso, aparte de ir al cine nada de eso me interesara. Comía pizza con ella, admiraba su jersey, le daba la enhorabuena por el televisor, comprendía su envidia y la toleraba con simpatía.

Finalmente me confesó que también envidiaba mis talentos, pero eso fue mucho más adelante, cuando ya éramos adultas y ella me había superado profesionalmente hasta tal punto que para entonces yo no podría haberle dado alcance, aunque hubiese echado mano de todos mis talentos a la vez. Ella tenía talento para ciertas cosas, pero hubo una época en la que a mí me resultaba difícil decidir a cuál de mis habilidades debía prestar más atención para desarrollarla. Recibía clases de música desde que tenía seis años, al principio clases de flauta dulce de diversos tipos, después de flauta travesera y, más adelante, también clases de oboe. Pintar y dibujar formaba parte de mis

aficiones y pintaba cuadros solo para mí misma, porque la acción de pintar estaba vinculada a una profunda satisfacción, una quietud interior que no me proporcionaba ninguna otra actividad. También sabía que los resultados eran bastante aceptables, pero lo que más me gustaba era no dar por terminado ninguno de mis cuadros, por eso tampoco consideraba que merecieran ser mostrados. Saltaba de un proyecto pictórico al siguiente y con eso me conformaba. Tenía facilidad para los idiomas, era capaz de recordar centenares de palabras y comprendía la gramática sin que tuvieran que explicármela. Durante algunos años tomé clases de danza clásica y de equitación, leía todos los libros que me caían en las manos y gracias a ello adquirí una amplia cultura general. De algún modo todo eso se había dado por sí solo, nada me suponía un esfuerzo especial. Sentía pena por Ann-Britt, porque por las noches debía sentarse en su cama y estudiar cuando al día siguiente debía entregar alguna tarea escolar. No comprendía muy bien para qué serviría, pues al fin y al cabo todo lo que debíamos saber ya nos lo habían enseñado en clase. Así que, ¿para qué estudiar?

Cuando estábamos juntas me parecía normal que AnnBritt decidiera qué haríamos, pues ella no poseía lo mismo que yo, ni una casa adosada ni clases de equitación, y si decidir la hacía feliz, entonces eso era un sacrificio menor que yo no tenía inconveniente en hacer, porque para eso estaban las amigas, ¿no?

Pero Ann-Britt sí tenía un talento: era capaz de adaptarse como un camaleón. Y tenía planes. Cuando hablábamos del futuro ella sabía muy bien qué quería. Deseaba vivir en el extranjero, sin hijos y, a poder, ser también sin marido. Quería llevar trajes y zapatos de tacón, tener un empleo importante, uno en el que la respetaran; quería un gran apartamento y dinero suficiente para amueblarlo y decorarlo a su gusto. Y quizá también una gata.

Yo todavía no sabía exactamente qué deseaba. Una parte de mí quería viajar

y ver mundo, otra deseaba disfrutar de vacaciones permanentes en *Saltkrokan* (una serie de televisión sueca). Pero por lo general quería dedicarme a la música, llevar una vida bohemia sin que en aquel entonces supiera qué significaba; otras veces quería ser escritora, a lo mejor cantante lírica, de vez en cuando pensaba que también podría ser actriz. En todo caso, no quería zapatos de tacón y un empleo importante, sino crear o hacer algo. En última instancia me daba igual qué.

En aquel año, mientras mi madre moría poco a poco, Ann-Britt viajó a Estados Unidos como estudiante de intercambio. Cuando regresó, ninguna de las dos era ya la de antes.

En realidad, su familia no tenía dinero para pagarle una estancia en Estados Unidos, pero Ann-Britt era muy testaruda. Por primera vez comprendí en qué residía su talento especial y cuánto más útil le resultaría que todos los dones que me habían tocado en suerte. Se inscribió en un concurso del gobierno federal para una beca y se preparó como si fuera el examen más importante de su vida. En aquel entonces, a mí ni se me había pasado por la cabeza que algo así fuera posible: prepararse para un concurso, que había criterios y preguntas frente a las cuales uno podía reaccionar correcta o incorrectamente y, sobre todo, jamás me había dado cuenta de que mi pobre, desfavorecida y en tantos aspectos bastante mediocre amiga sabía muy bien qué aspecto debía presentar para transmitir al jurado que ella era más idónea que todos los demás. Pues eso fue precisamente lo que hizo. Dejó atrás a todos los otros aspirantes y fue la única de todo el estado federal que recibió la beca. Me escribía cartas desde Estados Unidos; parecía muy feliz y, al parecer, escogió una familia de acogida muy agradable. Por fin tenía una casa con jardín y vivía una vida que le agradaba. Entre tanto, yo luchaba con la lavadora y los platos preparados que Sissi y yo nos comíamos —nuestro padre generalmente comía en su lugar

de trabajo—, con los silencios y la pubertad de mi hermana, que se rebelaba contra la agonía de la madre y me complicaba la vida aún más.

Años después, los padres de acogida de Ann-Britt vinieron a visitarla a Alemania y, por casualidad, yo me encontraba cerca, de modo que tuve la oportunidad de conocerlos. Eran las personas más difíciles que jamás he conocido y resultó que, también en Estados Unidos, el mayor triunfo de Ann-Britt fue su capacidad de adaptación. Siempre supo lo que se esperaba de ella; si quería, podía convertirse en la hija perfecta para cualquiera. En cambio, yo seguía negándome a comprender por qué no bastaba con tener talento y motivación.

Tras la selectividad, para la que casi no estudié nada, y mientras que Ann-Britt se atuvo a un plan sistemático que abarcó varias semanas dedicadas al estudio en las que me consideró su asistente personal, nuestros caminos se separaron, pero las tarjetas postales empezaron a ir y venir y nos mantuvieron mutuamente al corriente. De vez en cuando también nos escribíamos y hablábamos por teléfono, más adelante nos enviábamos mails, pero seguimos intercambiando tarjetas postales. Ann-Britt estudió literatura inglesa y ciencias políticas, hizo prácticas en Londres y Ciudad del Cabo, y encontró un empleo en un instituto alemán en Nueva Zelanda. Pronto consiguió un bonito apartamento, empezó a llevar trajes en el lugar de trabajo y se compró una gata. Contrató a un profesor particular para aprender español, así, sin más; fundó un club de lectores y durante las vacaciones volaba a una isla del Mediterráneo y asistía a clases de pintura a la acuarela y dibujo al carboncillo. Cuando le ofrecieron un empleo mejor para el que necesitaba un permiso de trabajo, encontró a un hombre atractivo y culto que la amaba sinceramente y le propuso matrimonio. A mi amiga no se le ocurrió que aquello se apartaba de los proyectos que ella misma se había trazado. Ann-Britt obtuvo el permiso de residencia y el empleo, y me escribió que, aunque

en realidad tener un marido no formaba parte de su plan de vida, el matrimonio resultaba auténticamente enriquecedor. Le contesté que yo había retomado mi tesis doctoral, que volvía a estar embarazada y que aguardaba con alegría los fines de semana, cuando Costas cocinaba algo rico para todos nosotros.

Vuelvo a leer la tarjeta postal. Durante un momento me siento débil y pienso en enviarle una tarjeta ahora mismo y ponerla al corriente del Algo. Me parece que en Nueva Zelanda dicha información estará a buen resguardo. Pero no lo hago, pues no cambiaría nada y quizá solo haría que al Algo se le ocurrieran tonterías al notar que lo tomaban en serio.

Abro el programa del correo en el portátil, pero no hay ningún mail de Ann-Britt en el buzón. Tendré que conformarme con la tarjeta durante un tiempo. En cambio, encuentro un mensaje de la directora del segundo parvulario en el que doy clases todas las semanas: quiere saber si el grupo de música planea presentar un pequeño espectáculo en Navidad, y dos mails de padres de alumnos en los que ambos preguntan por qué no hay una celebración navideña para los alumnos menores. Pienso en el maratón de celebraciones que recorrí cuando Alex y Helli eran más pequeños, todos los bollitos grumosos y ponches dulzones infantiles en el pabellón de deportes, en el parvulario, en la escuela o en la comunidad. ¿Es que esos padres se han vuelto locos? Cojo mi agenda y compruebo cuántas tardes musicales quedan aún hasta Navidad y qué fechas serían apropiadas para celebrar una fiesta. Y me pregunto si todavía seré yo misma cuando llegue el momento, o si ya estaré mutilada y derrotada.

Cierro el portátil sin contestar los mails. Es viernes por la tarde, casi el fin de semana, y los padres bien pueden esperar hasta el lunes. Es hora de volver a transformarme en una buena madre y expulsar a Helli de su habitación. Me llevo la tarjeta postal de Ann-Britt, quiero bajar a la cocina y pegarla a la nevera con un imán.

Hace tiempo que solo miro su habitación cuando no queda más remedio; en general, permanezco ante la puerta, llamo y doy órdenes desde ahí cuando quiero algo de Helli. Cada dos semanas la ayudo a despejar un par de senderos para que le resulte más fácil alcanzar la cama, el armario o la puerta sin aplastar nada. Entonces entro con una gran bolsa de basura y elimino mohosos restos de comida. No tengo fuerza para todo lo demás y, por otra parte, estoy demasiado imbuida de la suposición occidental de que todas las personas tienen derecho a un ámbito privado. Quien se cría en un barrio de casas adosadas nunca olvida ese concepto. Para las entrevistas preliminares al test de Helli llevé fotos de la habitación de mi hija porque temía que no me creerían cuando describiera el alcance del asunto.

Llamo a la puerta porque es hora de prepararse para la clase de equitación. Me he cambiado la camiseta, me he puesto una especie de camisa de leñador, entallada y corta pero con el típico estampado a cuadros, y de la agradable franela que, hasta hace poco tiempo, era exclusiva del mundo masculino. Mientras me cambiaba logré no tocarme el pecho y pensar en algo bonito. Cuando me visto y el impulso de explorar el Algo se vuelve abrumador, canto el maravilloso terceto de *Così fan tutte*, casi siempre con la voz de Dorabella, lo cual exige tanta concentración que el Algo desaparece de mis pensamientos. Eso ya funcionó hace dos semanas, en la situación espantosamente banal mientras me enjabonaba bajo la ducha y me pareció tocar el Algo por primera vez. Me pregunto si Kilian considerará que las camisas de leñador son adecuadas para las mujeres de mi edad. Recuerdo que en el pasado a menudo se burlaba de mis zapatos porque le parecían demasiado prácticos. Quizá más adelante vuelva a cambiarme de ropa para él.

Vuelvo a llamar con energía para que me oiga pese a la música que suena a través de los auriculares. Debemos ser puntuales y he calculado el tiempo justo. Si nos retrasamos, llegaremos tarde. Hemos de recoger a Cindi y aún ha

de quedarnos tiempo suficiente para el almohazado antes de que comience la clase. Cabalgar le hace bien a Helli. Aún no me explico cómo no se me ocurrió antes ponerla en contacto con caballos. Los pobres caballos de las clases de equitación son como ella y comprenden su impulsividad. Algunos están sobreexcitados, otros se han vuelto insensibles, pero ninguno se siente como debería sentirse un caballo. Puede que ni siquiera sepan quién o qué son. Tratan a mi hija como si fuera uno de ellos, lo que por desgracia también hace que a veces le indiquen a Helli cuál es su puesto mediante mordiscos precisos. En general, Helli disfruta de tres cuartos de hora de concentración, supongo que eso se debe a que todo ese rato está en movimiento y no dejan de zarandearla. Tal vez deberíamos sentarla en una silla vibradora cuando hace los deberes.

Guardo el equipo de equitación en un trastero junto al guardarropa, en parte porque huele y también porque así no he de buscarlo bajo montañas de otras cosas. He logrado que Helli se vista sola, con mi supervisión. Abro la puerta de su habitación, ella alza la vista y sonrío. Está sentada en la cama, con los auriculares puestos y una revista apoyada en las rodillas y que lee mientras se pinta las uñas. Chasqueo la lengua, doblo las rodillas y alzo las manos como si sostuviera las riendas. Surte efecto: Helli se pone de pie y se quita los auriculares, deja la botellita abierta de esmalte de uñas en la mesilla, la revista cae al suelo en medio del sendero despejado entre la cama y la puerta. Al acercarse a mí, Helli la pisa.

Ambas bajamos las escaleras, le alcanzo los pantalones y las botas de montar. Ella habla sin parar, de cantantes que no conozco y de parejas de actores que se han separado o vuelto a encontrar, empleando palabras que me disgusta oír en boca de una niña de once años, pero me he acostumbrado a ello; por lo visto, hoy en día la mala educación y los comentarios despectivos sobre miembros de tu mismo sexo están de moda.

Se quita los tejanos, una pernera tras otra sin dejar de hablar. Entonces se interrumpe porque descubre un paraguas en el paragüero que le resulta desconocido. Lo coge, lo abre, pasea de un lado a otro y pregunta:

—¿De dónde ha salido? ¿Es nuevo?

—¡Pantalones de montar! —exclamo.

Helli suspira y deja el paraguas. Lo cierro y vuelvo a meterlo en el paragüero mientras ella obedece y se pone los pantalones. Sus muslos son enormes, blancos y blandos. El pantalón tiene un refuerzo de cuero en la entrepierna, justo en el lugar donde los pantalones de Helli suelen desgastarse. Son tan estrechos que transforman sus piernas en columnas fuertes y bien formadas. A Helli le da igual, de todos modos ella se considera bonita. Temo el día en el que se desprenda de la mirada infantil sobre su propio cuerpo y se vea a sí misma a través de las gafas de nuestra sociedad. Casi todos los niños se consideran agraciados, les gustan los vientres redondeados y la piel suave, y se enorgullecen de la seductora funcionalidad de su vestimenta. Sus piernas pueden correr y brincar; sus manos, construir y saludar, así que ¿cómo van a pensar que no son bellos?

Como si Helli me hubiese leído el pensamiento, se acerca al espejo y empieza a hacerse una coleta, la trenza, se deja unos mechones sueltos en la frente y se contempla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te parece?, ¿me dejo crecer el pelo?

—¡Botón del pantalón! —digo.

Se lo abrocha y se dispone a ponerse las botas de montar. Logra ponerse la primera, pero luego descubre un agujero en el calcetín izquierdo, se deja caer sobre el trasero y empieza hurgar en el agujero con el dedo.

—¡Botas! —digo.

En ese momento aparece Alex, baja las escaleras como una fiera indolente,

me lanza una sonrisa y desaparece en el cuarto de baño. Helli se levanta con una bota puesta y cojea tras él.

—No, Helli, hemos de darnos prisa —insisto.

Pero ella grita:

—¡He de ir al lavabo, ya sabes!

No hay manera de detenerla cuando puede encontrarse con su hermano en el baño. Ambos se esquivan durante todo el día, apenas se prestan atención, pero en cuanto uno de ellos se queda en el baño durante un ratito, de pronto el otro también tiene que ir. Entonces se esperan mutuamente, vuelven la cabeza simulando discreción o fingen buscar algo en el estante mientras conversan sobre Dios y el mundo.

—¿La camiseta azul ya está en la secadora? —grita Alex a través de la puerta cerrada.

—No —respondo.

—Mierda. ¿Puedes secármela con la plancha o algo por el estilo?

—No.

Ambos hacen ruido en el cuarto de baño, yo aprovecho para reunir mis propias cosas: el abrigo, el cuaderno de notas, el móvil y el bolso. Busco un pañuelo o un chal en el cajón de la cómoda, pero lo único que encuentro es una bufanda que Alex llevaba cuando era pequeño. Tendré que levantarme el cuello del abrigo, la garganta siempre es lo primero que se me enfría.

Oigo que Alex proclama lo siguiente desde el baño:

—*Is this a tampon that I see before me?*^[1]

—¿Qué va a ser, si no?

Entonces oigo el ruido del agua corriente, abren el grifo y Alex canta con voz sonora:

—«*Here's the smell of blood still. All the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.*»^[2]

—Idiota —replica Helli.

A veces pienso que tener hermanos es más importante que tener padres. Los padres aman a ciegas, pero los hermanos te ven como eres en realidad.

Cuando finalmente ponen punto final a su conferencia en el baño, le tiendo las dos botas de montar a Helli.

—¿Es que han hecho una versión musical de *Macbeth*? —le pregunto a Alex, que sube la escalera con pasos de fiera.

—No —contesta—. Aún no. Pero sería muy divertido, ¿no crees?

Cuando por fin nos sentamos en el coche son las dos y cuarto y todavía no he ordenado la habitación de invitados.

Nuestra calle es muy tranquila, algo muy deseable cuando tienes hijos. En los jardines delanteros crecen viejos árboles, hay caminos de entrada despejados, además de farolas simpáticas y anticuadas que de noche iluminan las aceras. En días como este flota el aroma de los fuegos en el aire claro y glacial, los que arden en las estufas danesas de hierro forjado y en las chimeneas de las salas de estar, proporcionando una pincelada nostálgica de confort y placidez típica del norte de Alemania. Cindi vive en un barrio familiar de otra clase. Su casa se encuentra en una urbanización en cuya entrada instalaron un plano, porque de lo contrario los que no conocen la zona podrían perderse. Casi el ochenta por ciento de las calles acaban en un punto de giro. Sé exactamente dónde vive Cindi y sin embargo me equivoco dos veces al poner el intermitente porque todas las bifurcaciones parecen iguales.

No obstante, su casa es diferente de las otras. El terreno es amplio y está repleto de juguetes, herramientas de jardinería, barriles para recoger el agua de lluvia, cajones y montones de gravilla, madera y arena. El padre de Cindi siempre tiene en marcha algún proyecto para mejorar la casa, a veces el exterior, otras el interior, pero a diferencia de Costas —que suele emprenderlo con el perfeccionismo de un arquitecto experto y procura que la vivienda

quede lo más agradable y elegante posible—, en el caso del padre de Cindi suele tratarse de una mera huida al hacer por hacer. Cada uno de sus proyectos le brinda la oportunidad de apartarse de su familia y, al mismo tiempo, de parecer que se ocupa de ella estupendamente.

Cindi ya espera ante la puerta y se acerca al coche antes de que lo haya detenido. Sin saludarme, se sienta en el asiento trasero junto a Helli y empieza a hablar en el acto.

—Hoy montaste un auténtico espectáculo. Te felicito. Incluso había un rastro de sangre que llegaba hasta el aula.

Mi hija es demasiado grande y pesa demasiado para ocupar una silla infantil, Cindi ya no tiene edad, pero todavía no logro acostumbrarme a que los niños ocupen el asiento trasero sin protección alguna. Me da la impresión de que los cinturones podrían estrangular a las chicas si tuviera que frenar bruscamente. Este año, Alex ya podría sacarse el carnet y conducir acompañado, pero dice que no tiene tiempo para eso. Dentro de un año y medio pasará la prueba de la selectividad y después el asunto se pondrá serio. Su maestra de canto asegura que son años decisivos para el desarrollo de su voz. Si quiere ingresar en la escuela de música, debe hacerlo pronto y estar perfectamente preparado.

En aquel entonces, Sissi se preparó para el examen de ingreso en el más absoluto de los secretos. Hacía tiempo que nuestro padre no demostraba interés por ella, a menos que gritara y rompiera cosas. Siempre he detestado esa clase de rebeldía, pero también la he admirado. Sissi debió de hablar con su profesor, tal vez con un par de otros maestros de su escuela de música o con su única amiga, a la que conocía de las Juventudes Musicales y con la que solía mantener largas conversaciones telefónicas. En todo caso, en ese

momento yo ya estaba sumida en mis propios estudios y no me enteré de nada, hasta que un día Sissi apareció con un gigantesco violoncelo para tocar sus piezas y pedir mi opinión. Interpretó a Haydn, la segunda suite de Bach y la sonata de Chopin; tuve que imaginarme el acompañamiento del piano y fue como si me inyectaran la música directamente en el alma. Dolorosa, amarga como una medicina y al mismo tiempo bella y conmovedora. Nunca la había oído de esa manera y me suscitó la extraña idea de que la muerte de nuestra madre había supuesto una oportunidad para Sissi: la de convertirse en música, una que otros artistas de su edad no habían tenido. Me dio miedo, miedo por ella, que detrás del violoncelo parecía tan frágil y que mediante la música revelaba una sensibilidad que me parecía completamente incompatible con una vida tranquila, miedo de que al optar por la música también hubiera encontrado la manera de enfrentarse de forma permanente a un trauma. Removería sus sentimientos una y otra vez, su pena nunca acabaría ni pasaría a un segundo plano. Quienes deciden interpretar música clásica seriamente siempre se colocan a sí mismos en la balanza.

Aceptaron a Sissi en la escuela de música, desde luego, solo tocó en público en Lübeck, así que durante los años siguientes nos vimos con mucha frecuencia. Ella se entregaba por entero a su existencia de artista, si bien no en el sentido que yo había supuesto. Con el tiempo, Sissi desarrolló un profundo desprecio por los puestos fijos y por la vida como música de orquesta; en cambio, siempre volvía a escenificar todos los traumas una y otra vez, arrojándose en brazos de hombres, cuanto más egocéntricos, mejor.

El camino a la escuela de equitación es sinuoso y estrecho. Las carreteras del norte de Alemania tienen sus propias reglas y una de ellas establece que los tramos rectos nunca deben ser más largos de lo necesario para una rápida

maniobra de adelanto. En las curvas a derecha e izquierda de la carretera han podado los árboles hace poco y las ramas cortadas todavía están en los prados, donde, románticamente cubiertas de escarcha, protegen a los erizos que hibernan y al mismo tiempo atestiguan la brutalidad de la intervención humana en la naturaleza. Cada veinte metros hay un superviviente, un arbolito que no puede ser podado para que, cuando vuelvan a crecer las ramas, se vea claramente el trazado de la curva. Todos los arbustos, matorrales y árboles volverán a crecer más adelante en primavera, año tras año, incansablemente, aunque luego los cercenarán de nuevo. Aquí nada tiene derecho a crecer como quiera y, sin embargo, hay escasos paisajes que ejerzan un efecto tan apaciguador en el alma humana como el de Schleswig-Holstein.

Cuando observo a Helli a solas con su smartphone tengo la impresión de que, para la juventud actual, la comunicación verbal debe de representar un auténtico reto. Pero esas dos muchachas sentadas en el asiento trasero me demuestran que, hoy en día, las chicas —al igual que en el pasado— son capaces de hablar y de soltar risitas de manera ininterrumpida. Se acercan la una a la otra hasta donde los cinturones de seguridad se lo permiten y se inclinan por encima del smartphone de Cindi. No miran por la ventanilla, se pierden la escarcha y los surcos del arado, las zanjas congeladas y el sol invernal próximo al horizonte que parece estar tras un cristal empañado.

En realidad, Cindi se llama Cinderella; semejante nombre es el mejor camuflaje para alguien de gran talento que se desentiende de su propia inteligencia. A nadie se le ocurriría que una niña llamada Cinderella pueda ser inteligente. Desde el primer día de la escuela primaria su expediente ocupó la carpeta que las maestras entusiastas marcan con el rótulo de «circunstancias sociales difíciles», aunque eso no concuerda con los hechos en absoluto. Los padres de Cindi son profesores universitarios y tienen una gran conciencia ecológica, además de cuatro hijos, por eso casi todas las pertenencias de la

niña están muy usadas. Pero como Cindi no solo es muy inteligente, sino también una buena chica, se adaptó con rapidez a las expectativas y se acomodó a la etiqueta que le habían colgado. Su destino estaba sellado cuando se juntó con Helli, que tiene casi dos años menos que ella. Por ella repitió el sexto curso, para que finalmente ambas pudieran molestar a su antojo, también en clase.

Las dos se divierten muchísimo con unas fotos que acaban de recibir, después chillan al unísono y poco después se fotografían a ellas mismas uniendo sus cabezas y sosteniendo el móvil con el brazo estirado. Es de suponer que enviarán el selfi de inmediato a todas sus compañeras de clase, o a casi todas, porque seguro que hay dos chicas cuyos padres son más coherentes que yo, que no les han comprado un smartphone a sus hijas o que respetan el límite de edad para la App pertinente. Y seguro que también hay otras dos chicas que no forman parte del grupo y que no reciben respuesta alguna a sus solicitudes de amistad —incluso puede ser que esas personas cambien semanalmente—, y con toda seguridad también existe una chica soñadora que no lleva móvil por propia voluntad, porque se considera a sí misma como un personaje de *Harry Potter* y está completamente ocupada en pasar lo más desapercibida posible en este mundo de *muggles*, una chica que no comprende que alguien pueda sentir interés por una foto de escotes y pizzas vomitadas, informes no confirmados acerca de la orientación sexual de la profesora de historia o selfis tomados en el asiento trasero de un coche de camino a la escuela de equitación.

Si hoy fuese joven, supongo que sería esta última chica. Hasta la muerte de mi madre vivía en un mundo de ilusiones y era incapaz de interpretar las señales de la realidad de manera correcta. A la edad de Helli me enamoré eternamente por primera vez; era una sensación maravillosa y desconcertante que me impedía conciliar el sueño por las noches. El chico en cuestión se

llamaba Dirk, era bastante mayor que yo y guapísimo. Una vez por semana cantábamos juntos en el coro de la escuela, uno al lado del otro, en la línea donde el segundo soprano lindaba con el tenor. Procuraba cantar especialmente bien para él. Y me ponía el perfume de mi madre antes de montar en bicicleta y pedalear hasta el ensayo. Era también para él que me dejaba el cabello suelto, aunque por entonces lo llevaba muy largo y en general me hacía trenzas, porque así era más práctico. Nunca se me hubiera ocurrido revelarle mis sentimientos y aún menos que él pudiera corresponderlos. Él compartía su zumo de manzana conmigo y me dejaba chupar de la misma pajita. Después del ensayo se quedaba unos momentos junto a mi bicicleta para charlar conmigo. Y cuando abandonó el coro porque su entrenamiento de baloncesto coincidía con los ensayos semanales, intentó convencerme de que yo también empezara a jugar al baloncesto. Yo no entendía nada; solo más adelante, cuando dejé de vivir en un mundo de fantasía y aprendí a lavar la ropa y a freír palitos de pescado, se me ocurrió que a lo mejor él también estaba enamorado de mí. Pero en aquel entonces no empecé a jugar a baloncesto, sino que me quedé en el coro y lloré en silencio. Casi nunca volvimos a coincidir; había dos patios en nuestra escuela, para que los alumnos de los cursos inferiores no se interpusieran en el camino de los mayores. Mucho más adelante, en la era de internet, en cierta ocasión introduje su nombre en el buscador y descubrí en qué se había convertido: era deshollinador.

En el asiento trasero, Cindi dice:

—En realidad, Plutón no es un planeta. Ha sido degradado, ¿verdad, Kath?

A veces me parece un mundo completamente diferente cuando recuerdo que nunca se me hubiera ocurrido no tratar de usted a los padres de mis amigas. Antes el peso del nombre de pila era mucho menor. Una se llamaba como su marido y daba igual que el apellido fuese ridículo, los nombres de pila

estaban reservados a los amigos íntimos y a los formularios oficiales, y si tus propios hijos se llamaban igual que muchos otros niños, eso solo confirmaba que tu gusto era el correcto. Incluso una ortografía distinta apuntaba a una secreta arrogancia de los padres. Ningún adulto debía mostrar sorpresa mientras alguien deletreaba el nombre de un niño después de —sin agacharse, por supuesto— haber preguntado con el tono de voz de una tía: «¿Cómo te llamas, pequeño?»

—Creo que hace ya unos años —digo, refiriéndome a Plutón y su degradación.

—¿Eh? —exclama Helli.

—Pluto solo es el perro del ratón Mickey —añade Cindi.

—Ah, vale —dice Helli.

La técnica de Cindi consiste en confundirlo todo cuando nota que supera a alguien. Seguro que no solo sabe que Plutón no es un planeta, sino también que es el dios del inframundo y un par de detalles sobre su matrimonio y su vida privada. Pero camufla su gran inteligencia convirtiéndolo todo en una broma.

Llegamos al patio de la escuela de equitación y nos detenemos en el aparcamiento. Las chicas se largan, conocen el lugar; a veces las acompaño hasta el establo, participo en la frustración y la alegría por los caballos que les tocan, inspiro polvo de paja y paseo por el recinto. De vez en cuando también observo la clase, pero solo rara vez, para no agobiar a Helli. En general, espero en el coche hasta que las dos regresan, sucias, sudadas, malolientes y dispuestas a volver a casa.

Hoy estoy cansada, no tengo ganas de bajar del coche, aunque sé que el frío exterior penetrará de un modo implacable. Cuando llega el invierno siempre llevo una manta en el maletero, por si el coche deja de funcionar en medio de la nieve del norte de Alemania y debo esperar acurrucada en el asiento trasero con las chicas a que llegue ayuda. También guardo dos barritas de muesli en la

guanteras y un paquetito de ropa interior y calcetines limpios para Helli. Antes solía quitarse los zapatos durante el trayecto y después se olvidaba de volver a ponérselos antes de apearse. Y tampoco hace mucho se distrajo camino al lavabo y solo recordó su propósito original cuando ya se había mojado las bragas. Llevo tiritas en el bolso, de colores y neutrales; una botellita de spray desinfectante; muchos pañuelos; gotas; caramelos para la tos y una navaja suiza. En la guantera, fijada a los papeles del coche con una pinza, también hay una nota en la que pone claramente: «En caso de urgencia, llamen a este número», y debajo, el número del móvil de Costas. No sé si otras madres recorren la región con el mismo equipo o si uno ha de convertirse en medio huérfana a los diecisiete años para actuar de esa manera.

Pronto será hora de llamar a Sissi, por cuyos problemas hoy no siento gran curiosidad. Dejo el móvil en el asiento del acompañante junto con el espejo retrovisor despegado, el pañuelo manchado de sangre y mi bolso. Pero aún es un poco temprano y vuelvo a poner el CD de esta mañana.

Protschka canta *Am leuchtenden Sommermorgen* y lo hace con voz tan dulce como si lo que susurran las flores realmente fuese encantador, delicado e idílico, como si murmuraran banales asuntos florales; pero con notas claras e intensas el piano habla del dolor constante e inextinguible del alma que el poeta ha de soportar, un dolor que no conoce alivio y que a partir de ese momento siempre estará presente en todo, de modo que incluso las flores del jardín solo conocen un tema: las penas de amor. Porque te engañaron, te abandonaron, y porque el amor aún es tan grande que un sentimiento tan nimio como la ira no tiene la menor oportunidad. Para alguien así no hay cura: sufre heridas pero sigue amando. Eso puede acabar contigo.

Escucho cantar a Protschka con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo: «No te enfades con nuestra hermana, hombre triste y pálido.» Por desgracia, algunas líneas del texto me conmueven hasta las lágrimas y se me

pone la piel de gallina. Me da vergüenza, pero siempre fue así, ni siquiera la experiencia que da la vida y la indiferencia hacia cierto sentimentalismo que la acompaña lo han cambiado. Antes lloraba cuando en las películas las mujeres sufrían desilusiones y el amor no tenía oportunidad. Desde que tengo hijos, esa situación ya no me conmueve demasiado, en cambio lloro a moco tendido cuando las familias se despiden en la estación de ferrocarril. Soporto toda suerte de tiroteos sin pestañear e incluso soy capaz de sentir cierto interés científico frente a cadáveres mutilados, pero hasta la más mínima referencia al maltrato o abuso infantil me da ganas de vomitar. Los chistes como ese en el que un vendedor le pregunta a un niño pequeño si quiere que se la menea, refiriéndose a una bola de cristal con nieve dentro, me paralizan. Se me pone la piel de gallina cada vez que escucho los mismos fragmentos musicales y cada vez vuelvo a sorprenderme; me avergüenza y también me alegra un poco, porque en mi vida parece haber cosas que no cambian y a lo mejor incluso existe algún tipo de núcleo de mí misma, conservado desde hace mucho tiempo y que aún vive en mí. No me he convertido en otra en todos los ámbitos de mi vida, aún existo.

En cierta ocasión, cuando ensayábamos la misa de Dvorák con el coro de la escuela de música, se me puso la piel de gallina en pleno verano cuando entonamos el *Agnus Dei*; era tan evidente, que Ann-Britt me pegó un codazo y susurró: «Te gusta, ¿verdad?» A partir de ese día siempre llevaba manga larga durante los ensayos del coro.

Abro los ojos, busco el cuaderno de notas en el bolsillo de mi abrigo y lo hojeo hasta hallar la página en la que pone:

Lista de las piezas musicales que siempre me ponen la piel de gallina:

- Cuarteto de cuerda de Schubert, 1.er movimiento, secuencia de violín.
- *Pequeña música nocturna* de Mozart, 2.º movimiento, todavía, incluso en

todas esas largas noches en las que la tarareaba para Helli, para que se durmiera.

- 2.^a suite de Bach, zarabanda, de preferencia interpretada por Sissi en la sala de estar con los ojos cerrados.
- *Così fan tutte*, terceto.
- Chopin, sonata para violoncelo, la grabación no tiene importancia, funciona incluso en las veladas musicales domésticas.

La lista es larga, prosigue del mismo modo hasta la mitad de la segunda página. Añado lo siguiente:

- *Am leuchtenden Sommermorgen*, último texto, quizá mejor la grabación de Pears/Britten.

Y también:

- Misa de Dvorák, *Agnus Dei*.

Alzo la vista del cuaderno, veo a Helli y Cindi salir del establo, los caballos están ensillados y llevan las riendas. Cada una conduce a su caballo, llevan los cascos bajo el brazo, solo se los pondrán en el último instante antes de montar.

Ahora, cuando una tiene once y la otra trece años, los cascos ya no les parecen tan estupendos. Cuando tenían nueve años estaban impacientes por ponérselos, como auténticas Amazonas. Ahora comenzará una época larga en la que la seguridad representa una especie de mal, algo contra lo cual —y dentro de lo posible— una se rebela. Me queda la esperanza que la sensatez aparecerá antes de que cumplan los dieciocho, porque a partir de ese día podrán decidir por su cuenta qué quieren hacer con su cabeza y a qué peligros quieren exponerla.

Helli conduce a *Aladino*; Cindi, a *Sherezade*, cuyo nombre casi no puede pronunciar ningún niño. La llaman *Sherri*, así que allí delante avanzan Helli, Cindi, *Sherri* y *Aladino*. Este último es un caballo muy terco, y él y Helli siempre son una combinación especialmente explosiva. A la profesora de equitación le gusta combinar jinetes y caballos según el siguiente principio: «Cada oveja con su pareja.» Ambas conducen sus caballos hasta el picadero cubierto, seguidas de otras chicas, todas con el casco bajo el brazo.

Las saludo con la mano, pero no me miran. Están sumidas en una conversación, y por los movimientos bruscos de Helli me doy cuenta de que están enfadadas. Automáticamente, abro la puerta del coche y me bajo. Tal vez no haya ningún problema, pero también es posible que el volcán —en el que mi hija puede convertirse en cualquier momento— esté a punto de entrar en erupción, de modo que considero prudente estar preparada. Quizá puedo evitar lo peor, pero ¿cómo hacerlo? Estoy demasiado lejos y llegaré demasiado tarde, como siempre, como todas las madres del mundo; no basta con advertir el peligro cuando ya se ha producido. Hay que anticiparse, y eso solo se consigue si no dejas de prestar atención ni un segundo, no escuchando música o deseando tener una vida propia.

Me acerco a las chicas y a sus caballos a grandes zancadas, grito el nombre de Helli para distraerla, pero de repente oigo que le chilla a Cindi:

—¡Zorra, jodida vaca, te pisaré la cara con mis botas hasta que estés muerta!

Un instante después mete el pie en el estribo y monta en *Aladino*. Todo ocurre con tanta rapidez que me pregunto cómo puede hacer todo eso, pero su cuerpo posee una energía increíble cuando está furiosa. Antes de comprender qué está haciendo, ruge:

—¡Os odio a todos!

Aladino se espanta, suelta un relincho, se encabrita agitando los cascos

delanteros como un caballo de una peli del Oeste y luego sale al galope. Cindi procura tranquilizar a *Sherezade*, las otras chicas observan con la boca abierta. Ellas y yo vemos cómo *Aladino* corcovea y resbala, se espanta cuando ve un gato que pasea de izquierda a derecha y galopa como un loco hacia al bosque. Mi hija rebota sin control en la silla mientras los estribos se balancean de un lado a otro. Ha soltado las riendas y se aferra a la silla de montar. Su casco está en el suelo, junto a Cindi.

Corro unos pasos tras ella, pero es inútil, por supuesto. Incluso un caballo que fuera tranquilamente al paso avanzaría más rápido que yo. Así que me vuelvo, arranco las riendas de las manos de Cindi y monto en *Sherezade*. Mis taconazos resultan un poco más violentos de lo que pretendía y el caballo echa a galopar con la cabeza alzada, persiguiendo a Helli y adentrándose en el bosque.

En el tarot, con el que Ann-Britt y yo nos entretuvimos durante un tiempo cuando éramos adolescentes, hay una carta, el Caballero de Espadas, en la que aparece un jinete montado en un caballo al galope y con una espada en la mano. Muestra una expresión obstinada mientras unas nubes fragmentadas flotan a sus espaldas, porque al parecer el clima tiene tanta prisa como él mismo. Sin embargo, su prisa parece inútil, pues en esa carta no aparece ningún enemigo. Yo detestaba esa carta porque siempre la cogía durante nuestras sesiones espiritistas y cada vez Ann-Britt se reía. Y cada vez volvía a leerme la interpretación del libro de instrucciones escrito por algún alumno de Bhagwan y en el que siempre mencionaban a Buda y a Osho: que el Caballero de Espadas trataba de solucionarlo todo mediante la sensatez y que por eso nunca lograba hacer algo positivo. Que sus ideas analíticas eran las espadas que destruyen todo lo bello y amoroso de este mundo. En algún momento esa

carta me inspiró temor y la quité del mazo en secreto. Ann-Britt nunca se dio cuenta.

Mientras cabalgo a toda prisa tras Helli soy presa del pánico y de la ira. Sé que no podré salvar a nadie, y mucho menos así, pero al mismo tiempo estoy absolutamente furibunda a causa de la estupidez de mi hija. Y en algún lugar, oculto entre esos sentimientos, hay un maravilloso placer, una alegría de vivir pura y nítida que no sentía desde hace una eternidad. El viento helado me azota la cara, los edificios de la escuela de equitación solo son sombras borrosas, lo único que veo con claridad es la cabeza del caballo justo delante de mí y quisiera gritar: «¡Para, Helli!», que sería lo adecuado, y no soltar el bramido de un buey, un grito primario terapéutico, como el alarido que salió de mí cuando tuve que expulsar la cabeza de mis hijos por mi estrecha pelvis.

Mientras voy por el bosque al galope tendido comprendo que la interpretación del tarot del alumno de Bhagwan estaba equivocada. El Caballero de Espadas no quiere matar ni cabalga hacia la batalla como un demente. Huye hacia delante. Está desesperado, sabe que no tiene más oportunidades, pero al igual que un animal acorralado opta por el ataque y se lanza hacia delante en un inútil intento de salvarse. No hay por qué temerlo, más bien es digno de compasión.

Helli está sentada en el sendero del bosque, que aquí es tan ancho como una pista forestal, y me contempla. *Aladino* está unos metros más allá, completamente sudado y con los flancos temblorosos. Mi caballo aminora la marcha, de modo que logro centrarme y recuperar el control sobre mí misma, las riendas y la situación. En cuanto *Sherezade* avanza al paso, me deslizo de la silla de montar y corro hacia Helli, que está llorando en voz baja, de un modo muy diferente de lo habitual.

—¿Te has hecho daño? —pregunto, jadeando.

—Creo que no. No mucho —dice ella.

Me muestra un par de rozaduras en el antebrazo y la mano, también tiene una en la frente, y la chaqueta está manchada de tierra.

Tengo calor, me arden las mejillas; aquí entre los árboles no sopla el viento frío, el suelo es fangoso, no está helado; al bosque le da igual que la temperatura esté bajo cero. Los caballos se acercan a nosotras, *Aladino* olisquea la capucha de Helli y suelta una pequeña lluvia de baba. Ella alza la vista, lo mira, le acaricia el morro y murmura:

—No te preocupes, chico. No ha sido culpa tuya.

No la reconozco. Ni el llanto suave y desesperado ni la confesión de culpa por propia voluntad encajan con ella. En general, su llanto es como la sirena de los bomberos y cuesta discernir si es de ira o de tristeza. En esos casos abre la boca, tanto que hasta se le ven las muelas, lanza la cabeza hacia atrás o se encoge en el suelo, a veces se tira de los cabellos o le pega puñetazos a la pared. Cuando quiero consolarla —algo que antes o después pide, porque no conoce otra estrategia para tranquilizarse cuando está triste—, he de abrazarla fuerte y sostenerla hasta que deja de sacudirse y se relaja por completo. Entonces se apoya en mi hombro o se acurruca en mi regazo, completamente exhausta, e hipa un par de veces cuando un sollozo rezagado le zarandea el cuerpo.

Si está furiosa o se trata de un enfado, los culpables siempre son los demás, por supuesto. Bastante a menudo, se trata de objetos que se le resisten, se interponen en su camino, se obstinan, a veces solo es el destino que la maltrata, pero en la mayoría de los casos la que tiene la culpa de sus ataques de ira soy yo. Le tiendo el vaso equivocado, lo lleno de la bebida equivocada; la distraigo de manera que no presta atención y choca contra la puerta abierta; le lanzo miradas de reproche para que se sienta culpable adrede por el

incidente en la cafetería del instituto del que en realidad no puedo saber nada; la torturo exigiéndole que haga los deberes, se peine, le dé las gracias al abuelo por un regalo de Navidad; ahuyento a sus amigas intentando hablar de temas intrascendentes y preguntándoles cuántos años tienen, cómo se llaman o dónde viven; y últimamente suele tratarse de que no habría tenido motivos para enfurecerse tanto si yo pudiera leerle el pensamiento.

Un día, hace muchos años, cuando Helli aún iba al parvulario, llamé a Costas al trabajo para decirle que volviera a casa. Helli se había levantado a las cinco de la mañana, empujó una silla ante la encimera de la cocina, se encaramó y sometió los estantes de la vajilla a una especie de examen. Al parecer, su plan consistía en eliminar todas las tazas y los platos que no le gustaban. Yo me desperté porque oí un estrépito en la cocina y, mientras me encargaba de recoger los fragmentos, Helli decidió tomar un baño y abrió todos los grifos. Llegué a tiempo de impedir que vaciara más de una botella de champú para obtener mucha espuma. No comprendió por qué no podía tomar su baño madrugador y me pegó patadas y me tiró del pelo mientras yo vomitaba en el váter. Estaba embarazada de doce semanas de Berenike y a mi estómago no le sentaba bien comenzar la mañana de esa manera. Más tarde, cuando el despertador sonó junto a mi cama, Helli se había vuelto a dormir entre Costas y yo, y los dos nos escabullimos de la habitación. Helli durmió tan larga y profundamente que llamé al parvulario y dije que ese día no iría, para que pudiera dormir hasta tarde. En realidad, supongo que tenía miedo de despertarla.

No recuerdo todos los detalles de aquel día. Sí sé que en cuanto Helli se despertó sufrió un ataque de ira tras otro. Pintó mensajes secretos en los muebles y se encaramaba una y otra vez a la encimera cuando yo me distraía.

Rompió libros y fabricó una especie de papel maché con trozos de papel higiénico y agua del váter. Experimentó con su orina intentando orinar en varios frascos grandes, después los derramó, mezcló la orina con copos de avena y preparó una sopa que quería llevar a los pobres sin techo que pedían limosna delante del supermercado. Cuando recogí el correo debí de olvidarme de cerrar la puerta principal con llave desde el interior; la cuestión es que Helli llegó con su sopa hasta el siguiente cruce antes de que volviera a encontrarla. Y me pegó, me mordió, me escupió y me arañó la mejilla. Mientras la llevaba desde el cruce hasta casa, derramó la sopa de copos de avena y orina en mis pantalones y echó a correr a la calle mientras yo vomitaba apoyada contra una farola.

Al final hasta llegué a pensar en el suicidio. Un modo sencillo: arrojarme delante de un camión en marcha, sin grandes preparativos ni planificación. Ya no recuerdo lo que sentía, pero me veo sentada en el borde de la cama mientras Helli se retuerce en el suelo, gritando de rabia. Veo mi cara, estupefacta y al mismo tiempo sin expresión, mi postura tensa y decidida, y me sorprende de mí misma. ¿Qué mecanismo puede impulsar a una persona a pensar en el suicidio en esas circunstancias? A veces la gente habla de padres que asesinan a sus hijos, los zarandean con demasiada violencia o los arrojan contra la pared, pero ¿cuántos casos se darán en que una madre se arroja delante de un camión en lugar de sus hijos, a los que no se permite zarandear o arrojar contra la pared, reprimiéndose con tanta eficacia que las ansias de matar se vuelven contra sí misma?

Llamé a Costas por teléfono y le pedí que volviera a casa de inmediato. Y lo hizo. En general, yo recurría a otras personas, por ejemplo a Heinz o a una madre amiga del parvulario. Dejé que Helli comiera helado y viera la tele, y me tendí en el sofá durante media hora hasta que volví a encontrarme un poco mejor. Era la primera vez que le pedía a Costas que volviera a casa, pero vino

en el acto y, cuando me vio, por lo visto no necesitó más explicaciones. Nunca le dije lo que había llegado a pensar, nunca se lo conté a nadie. Pero me veo a mí misma sentada al borde de la cama y siento la determinación de mi cuerpo, el vacío de mi mirada, y sé que, de hecho, las cosas podrían haber acabado allí, que una parte tenebrosa y trágica de mí misma estaba dispuesta a todo sin la menor ironía.

Trato de rodear a Helli con un brazo, pero ella me aparta con suavidad. Me aparta, no me empuja.

—Mamá —dice.

Y se me encoge el corazón porque todavía hay alguien en este mundo que me llama así. Alex ya me dice «madre», y a mí me gusta muchísimo ser la mamá de Helli, y deseo poder seguir siéndolo para siempre.

—¿Sí?

—¿Podemos conseguir esos medicamentos?

Durante un momento no sé de qué habla. Los caballos desprenden vapor, en el aire flota el olor a piel de caballo, a bosque y un poco a la impregnación de la chaqueta de Helli, y transcurren unos instantes antes de que logre recordar cómo he llegado aquí. Reina un silencio absoluto en el bosque invernal y durante un momento ya no me siento solitaria y perdida.

Hago un intento apresurado de recordar nuestras últimas conversaciones, en busca de la palabra clave. ¿Medicamentos?

—¿Te refieres a los analgésicos? ¿Te duele algo? Mueve las piernas — digo.

Mueve las piernas y se observa con mirada fascinada. *Aladino* y *Sherezade* empiezan a arrancar algunos restos de hierba del borde del sendero y poco a poco se forma una espuma verdosa alrededor del freno.

—No, mis piernas están bien —dice Helli.

—¿Te duele la barriga? —pregunto, y de inmediato recuerdo que, en mi juventud, la clase de equitación se convertía en una tortura cuando tenía el período.

Los zarandeos cuando trotaba eran un puro suplicio, me ardían los labios vaginales y después de la clase debía apresurarme a encontrar un váter, porque de lo contrario la sangre se derramaba por mis piernas. La compresa ya se había convertido en una salchicha ensangrentada cuando me apeaba de la silla de montar.

—¿Por qué? —pregunta Helli.

—Querías medicamentos.

—Ah, sí, me refiero a esos de los que habló esa mujer cuando hice el test. Por el TDAH.

Es típico que ignore el nombre de la médica y en cambio recuerde el diagnóstico, no se fija en lo que no le interesa.

Las lágrimas brotan de los ojos de Helli como si se hubiera abierto una compuerta, apenas puede hablar porque los sollozos la agitan.

—No sé qué pasó hace unos momentos. De pronto estoy en el bosque y caigo del caballo, y lo único que recuerdo es que me había puesto muy furiosa porque Cindi contó toda esa mierda. Y en el instituto solo tengo problemas y tampoco sé por qué. ¿Qué es lo que hago mal? ¿Qué es lo que debo hacer? ¿Qué debo ser?

—Solo has de ser Helli —digo, pero ella sigue llorando.

—Pues no. Ya no quiero ser Helli; ser Helli es una mierda.

—¿Y crees que un medicamento podría ayudarte?

—Ni idea. Pero si hace que mi cabeza cierre el pico ya me doy por satisfecha.

Inspiro profundamente. Aquí, entre los árboles, la escarcha también flota en

el aire, un frescor, como si contuviese más oxígeno por metro cúbico, los caballos irradian calor y se oye cómo arrancan la hierba. Quisiera quedarme aquí, con Helli. No quiero regresar a la civilización, aquí yo podría ser yo misma y Helli, Helli. Aquí no hay medicamentos ni quimioterapia.

—Además, los medicamentos te hacen adelgazar —dice Helli.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, pero ya sé la respuesta: de internet. Allí incluso las bulímicas intercambian las mejores estrategias para vomitar.

Cuando salimos del bosque llevando a los caballos de las riendas, la profesora de equitación corre hacia nosotras. Se llama Heike y tiene más o menos la misma edad que yo. Es una mujer robusta de cabellos cortos y voz penetrante. Cuando hace frío se sienta en su silla en el picadero cubierto con un gato en el regazo que le da calor. Nunca está enferma, nunca se queda afónica y jamás se pone nerviosa, pero tampoco es simpática. Las chicas sienten una gran admiración por ella y consideran que es alguien que lo ha logrado todo.

—¡Ahí estáis! —grita—. ¿Todo bien?

Agito la mano y asiento con la cabeza, para que pueda verlo desde lejos, y le pregunto a Helli:

—¿Quieres cabalgar o necesitas recuperarte?

—Cabalgar —dice.

Pero cuando alcanzamos a Heike y esta se hace cargo de *Sherezade*, mi hija cambia de parecer. Suelta las riendas de *Aladino*, se arroja en mis brazos y oculta la cara contra mi hombro. Ya es casi tan alta como yo, falta poco para que tenga que alzar la vista para mirarla; a lo mejor también resulta una extraña bendición morir antes de que tus hijos te superen en estatura. Tal vez así podría seguir siendo para siempre la mamá de Helli, alguien sobre cuyo hombro puede llorar.

—Creo que por hoy lo dejamos, Heike —digo—. Ahora atendemos a *Aladino* y después esperaremos a Cindi en el cuartito de los jinetes. ¿Le informarás de ello, por favor?

El cuartito de los jinetes es una fea habitación con una barra y taburetes de bar donde huele a humedad, pero donde al menos no hace frío. A esa hora somos las únicas ocupantes; cojo las dos barritas de muesli de la guantera y se las doy a Helli.

—¿Te las arreglas con los tampones? —pregunto.

Quiero indicarle que estoy dispuesta a charlar y no se me ocurre otra frase que cumpla con ese objetivo.

—¿Por qué papá no viene a casa? —pregunta ella con la boca llena.

No podré quitarle esta costumbre y en este momento eso supone un amargo reconocimiento. Lo que aún no le haya transmitido a Helli en cuanto a las más sencillas reglas de la convivencia ya no podré enseñárselo. El período en el que yo representaba una autoridad educadora para ella ha transcurrido sin pena ni gloria. Quizás un día comprenderá que para los demás resulta desagradable ver cómo masticas la comida haciendo ruido, tal vez una persona amable se lo indicará de una manera razonable, quizá primero tenga que romperse una relación a causa de ello. Pero puede que nunca deje de hacerlo y siga hablando con la boca llena, nunca baje la tapa del váter ni deje de ponerse ropa de otra gente sin pedir permiso.

—¿Por qué lo preguntas? —digo.

—Porque es fin de semana —responde ella.

—Pero si ya sabes por qué. Esta noche debe asistir a una fiesta de la empresa, es necesario, casi forma parte de su trabajo.

—¿Alguna vez te acostaste con Kilian?

—No, solo vivíamos juntos.

—¿Sabías que Alex tiene novia?

—Claro —digo—. ¿La conoces?

—Es una auténtica babosa. De verdad, podría ganar un concurso de babosas. ¿Hay algo más para comer?

Vacilo. Por supuesto, tengo más víveres para una emergencia, en el bolso llevo tarta de frutas, orejones de albaricoque, y chocolate; pero en realidad no tengo ganas de arrojar nada de todo eso en las fauces insaciables de Helli, porque son cosas que compré para mí, que me hacen bien y me ayudan a superar problemas circulatorios, depresiones y temores ocasionales. Por otra parte, no puedo negarle alimentos a una niña hambrienta, sobre todo porque me arriesgo a que sufra un ataque de ira, y ningún orejón del mundo podría compensar eso.

—Iré a buscar algo —digo—. Espera aquí.

Mientras me pongo de pie y me dirijo a la puerta, ella dice:

—¿Mamá? Creo que si no existieras no sabría qué hacer.

Mi cuaderno de notas está junto a la palanca de cambios, donde lo dejé al principio de la crisis con Helli. Lo cojo y debajo de él descubro el móvil, lo enciendo y en la pantalla pone: «8 llamadas perdidas»; también hay un SMS que leo con muy mala conciencia. Es de Sissi: «Si no quieres hablar, ¿por qué no lo dices y punto?» Una frase absurda, sobre todo en esta situación.

Dejo el cuaderno en el salpicadero y aparto el resto de los trastos para poder sentarme en el asiento del acompañante mientras contesto a Sissi. El castor aún está en el espacio para los pies. Tengo los dedos rígidos, quizá porque se me entumecieron durante la cabalgata, y me resulta difícil pulsar las minúsculas teclas, pero jamás se lo confesaría a ninguna de esas personas que

llevan tiempo queriendo convencerme de que me compre un smartphone. Ni hablar; me aferraré a mi pequeño teléfono móvil negro durante el resto miserable de mi vida, nadie me verá toquetear una cosa como esa como si fuese una demente. A veces solo se trata de morir a tiempo.

«Hola, Sissi. Lo siento. Un caso de emergencia. Después te lo explico y te llamaré cuando vuelva a estar en casa. Prometido. K.»

En general, ella me envía una respuesta tras un par de minutos cuando la palabra «emergencia» aparece en mi SMS, pero esta vez no. Tal vez se ha ofendido, pero es más probable que tenga el buzón lleno, lleno de mensajes ambiguos de su compositor que ella no quiere eliminar antes de haber interpretado hasta el último detalle.

En realidad, Sissi se llama Elisabeth, Elisabeth Maria. Mi segundo nombre es Victoria. Ninguno de mis antepasados era miembro de la nobleza, esos nombres tan monárquicos debieron de ser una fantasía de mi madre. Sissi es tres años menor que yo, y a diferencia de mí —tengo un rostro de payaso siempre dispuesto a sonreír— su cara es realmente aristocrática. Su cabello es castaño oscuro, largo y liso, y suele llevarlo suelto, porque al tener la frente alta no le cubre los ojos y jamás se le engancha en las cuerdas del violoncelo. Ella es la verdadera música, no solo porque es intérprete profesional, sino también porque no se le ocurriría tener hijos, reformar una casa o comprometerse de manera voluntaria, ya que nada de eso la haría avanzar desde un punto de vista musical. El único problema es su compositor. Si se tratara de un albañil o un dentista se habría dado cuenta hace tiempo, pero para ella un compositor no puede suponer un error.

Renunció a un puesto fijo en la orquesta de Nuremberg y se mudó a Hamburgo por amor al compositor. Desde allí, toca en diversas orquestas como suplente, participa en proyectos de conjuntos de música de cámara y

dedica la mayor parte de su tiempo a admirar a su amigo, que gana aún menos dinero que ella. Según mi hermana, eso es señal de creatividad.

Para mis padres, que Sissi tocara el violoncelo suponía una alegría y una carga. Una alegría porque su talento y su pasión por la música se volvieron evidentes con mucha rapidez, y ya a los diez años era capaz de producir sonidos tan maravillosos con su instrumento barato de la escuela de música que nuestra madre ladeaba la cabeza y escuchaba con los ojos cerrados; e incluso nuestro padre se quedaba sentado con una sonrisa soñadora en la cara, que le confería un aspecto muy joven y desconocido. También era una carga, porque a los doce años Sissi ya no quiso limitarse a ensayar durante una hora diaria. Al fin y al cabo, vivíamos en una casa adosada, y a derecha e izquierda vivían matrimonios que, en opinión de mis padres, podían quejarse por el ruido. Recuerdo que desde muy pequeñas nos advirtieron a Sissi y a mí que tuviésemos consideración con los vecinos, porque si no llamarían al timbre y se quejarían, algo que sin embargo jamás hicieron. Mis padres no querían someter a los vecinos de las casas adosadas a más de una hora de ensayo diaria. Durante un tiempo, Sissi se peleó, argumentó y suplicó; después cambió de idea y empezó a ensayar en la escuela de música, en una pequeña habitación junto al sótano donde guardaban las bicicletas, una habitación de la que le dieron su propia llave.

Desde el principio, yo había escogido el instrumento menos ruidoso. Podía ensayar con la flauta travesera durante más de una hora si quería, pero rara vez lo hacía. Al principio quise ser música, de hecho fui yo quien le metió esa idea en la cabeza a Sissi. Yo tocaba en la orquesta de la escuela y también en las veladas musicales en casa, y lo que más me gustaba eran los aplausos posteriores. Tenía muchas aficiones, pero ninguna otra ejercía ese efecto inmediato en el público, tan audible para todos.

Pero en algún momento, el instrumento de Sissi me pareció más versátil y

expresivo, y que encajaba muy bien con ella. Yo también quería un instrumento que encajara conmigo, que se convirtiera en una extensión de mi persona cuando lo sostuviera en la mano, de modo que a los dieciséis años decidí pasarme al oboe. Era el más bello de los instrumentos de viento: allí donde la flauta travesera siseaba y respiraba, trinaba y a veces soltaba agudos chillidos, el oboe cantaba, se elevaba y daba el contrapunto con voz sonora. Una vez más, mi madre recurrió al argumento de los vecinos cuando le hablé de mis planes. ¿Y si quería ensayar durante más de una hora? Pero yo lo había previsto, no me apetecía lo más mínimo ensayar en el sótano de una escuela de música. Tenía un papel firmado por ambos vecinos donde declaraban que no tenían inconveniente en que yo practicara con el oboe y donde aseguraban que la música, incluso fuera del horario de descanso habitual, no suponía ningún problema para ellos.

Había ido a sus casas, llamado a la puerta y preguntado si nuestra música los molestaba. A Sissi jamás se le habría ocurrido esa solución, y tampoco a mis padres. Descubrí que los vecinos de la izquierda —un matrimonio sin hijos llamado Dürkopp— casi nunca estaban en casa durante el día, mientras que la señora Hansen —la vecina de la derecha— manifestó expresamente que se alegraba de los ruidos procedentes de nuestra casa porque apreciaba cualquier tipo de vitalidad. De hecho, desde que su marido ya no vivía allí, un imponente silencio reinaba en casa de los Hansen; el señor Hansen se había trasladado a otro lugar que le sentaba mejor, o al menos eso fue lo que nos explicó mi madre a Sissi y a mí. Aún alcancé a verlo a primera hora el día que se mudó. Cuando hacía buen tiempo, nuestro padre solía dejar los zapatos en la pequeña terraza para ventilarlos durante la noche y así evitar tener hongos en los pies, según decía. Aquel día, me pidió que le llevara los zapatos, algo que yo hacía encantada porque me gustaba respirar el aire puro de la mañana. Cuando me enderecé con los zapatos en la mano, vi al señor Hansen en el

jardín vecino; solo llevaba una camiseta de punto y nada más, y orinaba contra un arbusto de grosellas. Lo saludé, pero él no reaccionó, sino que se dio la vuelta y se dirigió a la puerta trasera, la abrió y desapareció a grandes zancadas en dirección a la calle. Cuando entré en casa se lo conté a mi padre. Me preocupaba que el señor Hansen estuviera desnudo, el tráfico no tardaría en aumentar, y me inquieté aún más cuando oí la voz de la señora Hansen, gritando: «¡Klaus-Dieter!» Pero mi padre se tomó el café sin alterarse lo más mínimo y dijo:

—No te preocupes, eso no nos incumbe.

Consideraba muy importante no inmiscuirse en los asuntos de los demás, sobre todo en un barrio de casas adosadas.

Cuando le presenté el acuerdo a mi madre con gesto triunfal, sentí algo nuevo: como si hubiera descubierto que poseía una personalidad propia, mi manera de enfrentarme a las cosas, y que era capaz de conseguir mis propósitos sin tener que aprovecharme de los demás o ensayar en un sótano lleno de bicicletas. Por fin sabía cómo se sentía una persona adulta...

Poco después nuestra madre cayó enferma. Seguro que no existe la menor relación, pero hoy, aquí y ahora, no puedo evitar preguntarme si es posible que una madre solo encuentre un Algo, que solo se permita encontrar un Algo, cuando siente que puede irse sin causar un daño demasiado grande.

Alguien llama a la ventanilla de la puerta del conductor, alzo la vista y solo tras hacer ese movimiento noto que debo de haber estado contemplando mis propios pies durante un buen rato. Tampoco he oído pasos ni ningún otro ruido: al parecer, mis sentidos ya no son lo que eran, últimamente todo el mundo me pilla por sorpresa.

Conozco el rostro que hay al otro lado de la ventanilla, pertenece a la parte

de mi vida relacionada con el parvulario, pero no logro identificarlo. Me apeo del coche, lo rodeo y le tiendo la mano.

—Hola, soy la madre de Yonna —dice la mujer—. Hace un tiempo visité tu clase.

—Lo recuerdo —digo, porque de hecho ya me ha venido a la memoria—. Yonna está entusiasmada. Empezaremos con los habituales festejos de Navidad, pero para el año que viene pienso organizar una unidad rítmica que seguramente le gustará.

La mujer va vestida como para participar en una expedición al Polo Norte: gorro, guantes, bufanda, un abrigo plateado que le llega hasta las rodillas, calentadores de lana en las pantorrillas y botas forradas. Tiene las mejillas rojas, parece sana y satisfecha, tanto como para despertar la envidia de todos, no solo la mía. Y, en efecto, la recuerdo, recuerdo cómo irradiaba salud mientras permanecía sentada en un rincón haciendo punto durante mi clase de música y balanceaba la punta del pie cuando yo cantaba con los niños. Quería asegurarse de que su dinero estaría bien empleado antes de inscribir a su hija en mi curso. Al menos no he de temer que venga con que había imaginado que mi curso sería muy diferente y que, por favor, les ponga deberes a los niños.

—¿Tu hija cabalga aquí? —pregunta ella.

—Sí —respondo, y me parece recordar que se llama Anja.

—¿Estáis satisfechas? ¿Las clases son buenas y todo eso?

—Sí, muy satisfechas.

—He venido para echar un vistazo a las instalaciones. Pronto habrá clases para niños pequeños y tal vez inscriba a Yonna. No la he traído adrede, porque de todos modos todo le parecería fantástico.

Esto plantea una cuestión interesante, pero a lo mejor ha hecho lo correcto: se supone que no hay que dejar que los niños lo decidan todo, porque eso les

causa una presión excesiva. Aunque, por otra parte, ningún niño ha confirmado esta teoría, ni siquiera Helli.

—En todo caso, en la página web la escuela recibe muy buenas evaluaciones —dice Anja—. Pero nada supera una impresión personal.

—Por supuesto —digo.

—¿Y cómo son desde un punto de vista pedagógico? ¿Son inteligentes?

—Heike es un poco masculina, pero uno se acostumbra a ello. Creo que eso no guarda mayor relación con la pedagogía, pero tampoco soy del oficio.

—¿No? ¿Entonces qué eres?

—Musicóloga —contesto.

Me gustaría que mi título resultara un poco más impresionante; Anja me contempla con una sonrisa, pero también con cierta desconfianza.

—¿Es necesario serlo? Una amiga mía ofrece clases de manualidades para niños, y aprendió a hacerlo ella sola, de algún modo.

—Supongo que eso también es posible —digo.

En ese momento, Anja se da cuenta de que al principio mi carrera profesional estaba planeada de otra manera, y su expresión cambia.

—Yo me dedicaba a las relaciones públicas como autónoma, antes de que naciera de Yonna —dice ella, y me roza el hombre con suavidad—. Por cierto: tu espejo retrovisor se ha desprendido, ¿lo sabías?

Asiento con la cabeza y suspiro, para complacerla. Ella también suspira y ríe. Puede que ahora crea que un individuo desconsiderado y chovinista me arrancó el espejo.

—¿Todavía has de esperar mucho? Pareces muerta de frío, sobre todo ahí —dice, señalando mi cuello—. Toma. La semana que viene puedes dejarla en el cajón de Yonna, ¿vale? —añade, y me rodea el cuello con la bufanda—. Bueno, me voy a echarle un vistazo al picadero cubierto.

La bufanda es abrigada y un poco áspera, y desprende un olor ajeno. Me pregunto si se nota que me enfrento a un ajuste vital. A mi edad, algunos vuelven a empezar desde el principio, aprenden nuevos oficios, se separan de sus parejas o emigran. ¿Parezco alguien cuyas oportunidades se han agotado?

Mientras Anja, envuelta en su equipo polar menos la bufanda, recorre el patio sin volverse y yo intento comprender por qué estoy aquí, junto a mi coche, dónde está mi hija y por qué me siento culpable, de pronto se me ocurre una frase que oí una vez. Mientras mi madre agonizaba y yo estaba sentada junto a su cama de hospital, vino a verla un médico, un anciano de cabellos blancos que se limitó a echar un vistazo a su historial y a soltar unos gruñidos. Al salir y sin mirarme directamente, dijo: «A veces estas cosas vienen de la familia, cuídese mucho, jovencita.» Me invadió el espanto, seguramente por el hecho de comprender que a Sissi y a mí podía sucedernos lo mismo, y también por la falta de tacto del médico al dar una noticia tan horrenda como de pasada. Pero durante algunos segundos también me sentí invadida por una energía especial, un ardor y una determinación de agarrar la vida por los cuernos porque —qué frase tan desgastada— no se trataba de cuánto durara. Después, la sensación desapareció y mi cerebro almacenó la información del médico en algún oscuro trastero de mi inconsciente, junto con eso de tener cuidado. Algo debe de haber abierto la puerta del trastero, quizá la bufanda de Anja.

Theo, cuya infancia transcurrió en algún lugar de Baden-Württemberg y que recibió una educación muy religiosa, en cierta ocasión me contó qué le pasó con los dinosaurios. En aquel entonces aún era una niña pequeña, y todas las personas a las que quería y apreciaba, y a cuyos consejos prestaba oídos, estaban convencidas de que el mundo solo existía desde hacía seis mil años y que había sido creado en seis días, desde luego. En la escuela le resultó bastante fácil arreglárselas con el tema de la evolución. Durante sus horas

libres cuidaba a niños pequeños, ganaba unos marcos como canguro. Un día se topó con un niño de cinco años que estaba enamorado de los dinosaurios. Theo le leía un libro tras otro con mucha paciencia, descifraba todos los nombres difíciles, le ayudaba a ordenar las eras en períodos correctos: triásico, jurásico, cretácico, pero no dejaba de pensar: «Pobrecito, realmente cree en todo eso.»

Me dijo que hasta casi los treinta no comprendió que a quien le habían contado cuentos de hadas era a él. ¿Cómo pudo ocurrir eso? Me dijo que, retrospectivamente, se daba cuenta de que o bien había desconectado su cerebro o bien había pensado inmediatamente en otra cosa cuando alguien hablaba de animales prehistóricos, neandertales o saurios. Lo denominó «bloqueo automático del pensamiento», y se sentía muy inseguro respecto a ello, pero también sentía curiosidad: quería averiguar si en su cabeza había algún otro bloqueo de esos.

Cuando se trata de enfermedades que pueden venir de la familia, tengo un bloqueo automático. Supongo que Costas lo llamaría «irresponsabilidad» en caso de que se enfrentara al asunto. Él no cree que la psique sea capaz de engañarte de ese modo, aunque, claro, tampoco nos hizo las preguntas correctas, ni a mi madre ni a mí. Puede que ni siquiera sepa que las mujeres acostumbran a hacerse chequeos preventivos, pues ¿qué saben los hombres de esa clase de biorritmos a los que se someten la mayoría de las mujeres de los países industrializados? Ir cada seis meses al ginecólogo, hacerse un frotis del cuello del útero, un examen táctil de mama, cada seis meses un examen humillante, desagradable y ridículo; cada seis meses esperar, temer y cruzar los dedos para que todo aún sea correcto. No creo que los hombres se tomaran esas molestias de manera voluntaria. Todavía no he conocido a ninguno que pida hora al dentista antes de sentir dolor. En mi caso, cada seis meses pido hora, también para Costas, para hacernos la revisión dental y, si puede, nos

acompaña para ser un buen ejemplo para los niños. De momento, no ha tenido que hacerse ningún empaste.

Cuando enfermó mi prima Erika —me informó de su plan terapéutico a través de un mail en cadena—, tras varios meses de quimioterapia y mucho aguante optimista «volvió a estar al pie del cañón», como ella lo denominó; pero un año después, tras recibir la noticia de que el cáncer había vuelto, se tendió en las vías del tren; entonces mi bloqueo automático del pensamiento aún funcionaba perfectamente. Ahora que ha desaparecido, me gustaría que regresara.

Mi propia fantasía suicida predilecta es la siguiente: en medio de la noche gélida, cuando los chicos y Costas están dormidos, salgo de casa a hurtadillas. No dejo ningún mensaje, no hace falta. No necesito advertir a nadie de mi aspecto, pues en esa versión muero de una manera bastante estética. Siempre he respetado a Hanne-Lore Kohl por el hecho de que dejara una nota para la dueña de la casa en la cocina, y así ahorrarle el susto de encontrar un cadáver en el dormitorio sin previo aviso. Porque, aunque sé que algunas personas se suicidan para llamar la atención, no pertenezco a esa categoría. A mí me gustaría que las circunstancias demostrasen la máxima consideración para con los demás.

Así que salgo de casa y sigo caminando hasta alcanzar el mar, cuya orilla está congelada. Saco una botella de agua del bolso y tomo un somnífero. Me tiendo en el hielo, allí donde es lo bastante grueso para conservar mi temperatura corporal durante un buen rato. Así, sin más, boca arriba para poder contemplar el cielo, que en esa noche fría está cuajado de estrellas. Claro que sentiré el frío penetrando en mi cuerpo, porque tendré la nunca, los dedos y los muslos rodeados de hielo, pero no se puede tener todo. Las

pastillas me ayudarán; tras un par de horas estaré congelada. Me encontrarán los transeúntes cuando se haga de día, a lo mejor alguien que pasea a su perro. Como resultado visible desde lejos no asustaré a nadie.

En ese momento el clima sería ideal. En general, las olas de frío que cubren el mar Báltico de hielo son muy escasas, así que en caso de duda debería optar por el método de Virginia Woolf, que es menos romántico pero más rápido: adentrarme en el mar con piedras en los bolsillos del abrigo. Cuando la profundidad sea suficiente me hundiré, lucharé contra el pánico unos momentos (en este caso los somníferos también podrían ayudar). Pero, por desgracia, esta variante resulta mucho más desconsiderada para el pobre transeúnte que pasea con su perro, que en vez de toparse con una azulada reina de los hielos se encontrará con un cadáver empapado que rueda en el oleaje. En ese caso, puede que una pequeña nota en la cómoda del pasillo fuera adecuada, para que los niños y Costas no pasen días albergando esperanzas y temores, en caso de que debido a las piedras en los bolsillos el oleaje tarde más en devolverme a la orilla.

En este momento veo que Helli atraviesa el patio. Es bueno que se acerque a mí en vez de destrozar el cuartito de los jinetes porque está aburrída, sobre todo porque la culpa de eso sería mía, por haberla dejado sola y desocupada demasiado rato.

—¡Tengo hambre! —grita.

La puerta del acompañante todavía está abierta, ella se inclina hacia dentro y, antes de que pueda impedirlo, coge mi cuaderno de notas y empieza a hojearlo.

—Devuélvemelo inmediatamente.

Me lanzo hacia ella, quiero arrancárselo, pero ella brinca a un lado y me lo

impide, echa a correr, me saca ventaja y lee en voz alta mientras la persigo vociferando maldiciones.

—«Libros que debería leer sin falta y que se encuentran en mi estante: *La isla del tesoro*, *El cuento de la criada*, *Vía revolucionaria*, *Madame Bovary*, algo de Dostoievski...»

Me parece increíble que sea capaz de leer «Dostoievski» mientras corre, como también me lo parece que yo esté persiguiendo a mi propia hija por un patio fangoso agitando los brazos. Si viera esa escena en una película me echaría a reír. Cuando por fin logro atrapar a Helli —la lectura durante la carrera frena la marcha—, tengo que hacer un gran esfuerzo por no pegarle una bofetada.

He logrado no pegarles nunca a mis hijos, pero conozco muy bien ese impulso, lamentablemente: no surge de donde uno imaginaría, como una demostración de poder del más fuerte que quiere recordarle su lugar al supuesto súbdito rebelde, sino siempre de ese lugar en el que mi yo interior se siente amenazado en su existencia. Y los desencadenantes no son el agotamiento o la exigencia excesiva, sino la transgresión de un límite de cuya existencia solo me percaté en ese momento. A veces creo que, debido al hecho de ser madre, he desarrollado una especie de estructura similar a la de las amebas, como si me hubiera convertido en una masa capaz de adaptarse y de retroceder en lugar de exigir el espacio que otros necesitan; alguien sin forma propia y que se adapta a los obstáculos. Estoy tan acostumbrada a ser una masa, que me sorprende muchísimo cuando choco contra algo. Entonces mi reacción espontánea consiste en defenderme, y quien me roba mi cuaderno de notas y encima lo lee está tomando una decisión peligrosa. Pero esta vez tampoco abofeteo a Helli. Supongo que, con ese Algo en el pecho y las consecuencias resultantes de ello, dentro de poco tendré una buena

oportunidad para decir que nunca le he pegado una bofetada a nadie en toda mi vida.

Como no creo que vaya a ir al cielo, no puedo confiar en que, póstumamente, alguien me dé una palmadita de felicitación por mi autodominio. Debo hacerlo yo misma, y cuanto más me alabo tanto más paciente y controlada logro ser. Con ese fin, mi cuaderno de notas también contiene una serie de listas de alabanzas de mí misma que, gracias a Dios, Helli no descubrió durante su ataque de locura homicida. Una de ellas se titula «Cosas buenas que he hecho hoy – Lista de *scout* N.º 5».

Allí pone:

- Escuchar a Sissi durante más de una hora. Después ella estaba feliz (y yo, exhausta).
- Conseguir que Joelina participara con un sonajero (como acompañamiento a la canción de la serpiente marina).
- Comprar albahaca fresca (en el mercado), para que Costas pueda cocinar correctamente: hace semanas que habla de hierbas italianas.
- Comprar una tarjeta de cumpleaños para la insoportable profesora de canto de Alex. Eso hará feliz a mi hijo. Le demostrará que estoy de su parte, haga lo que haga. Confío en que a ella le guste el kitsch. (Tonterías: ¡claro que le gusta el kitsch!)
- Encargar cortadores de galletas en forma de notas musicales. Ya he pensado en los preparativos para Navidad en el parvulario. Soy genial.
- Contestar el mail de mi padre, incluso en tono bastante afectuoso. Prometer enviarle fotos de nosotros (aunque resultará difícil: de momento parece imposible reunirnos a todos en el mismo lugar aunque solo sea durante cinco minutos).

Debo ser más prudente con mi cuaderno de notas; ahora que Helli lo ha descubierto ya no me dejará en paz. No debe volver a hacerse con él porque también contiene páginas delicadas. A lo mejor más tarde tendré tiempo de

hacer una nueva lista: «Objetos que debería quemar antes de adentrarme en el mar Báltico.»

Mi móvil suena en el coche, quizá sea Sissi que intenta comunicarse conmigo por novena vez. Estoy demasiado lejos para contestar, no tengo ninguna posibilidad a menos que vuelva a echar a correr como un gamo.

El timbrazo ha distraído a Helli. Mientras permanezco de pie en el fango, jadeando, con mi cuaderno de notas en la mano y esforzándome por controlar mis impulsos violentos, ella me deja plantada y se dirige al establo. En ese momento una hilera de chicas sale del picadero cubierto con sus caballos —y, en efecto: no hay ni un solo varón— ; los conducen de las riendas por el patio delantero hasta el establo, donde los desensillarán y les palmearán el cuello antes de montar en el coche de sus padres, apestando, para que las lleven a casa. Algunos coches entran en el aparcamiento. No logro imaginar qué hacen los padres durante la hora y media en que su hija está ocupada. El tiempo no alcanza para ir de compras; el trayecto hasta una gasolinera, una institución o incluso solo un kiosco es demasiado largo para que merezca la pena. Tal vez todos conducen hasta uno de los numerosos recodos de uno de los numerosos caminos, se encuentran y aprovechan la oportunidad para practicar sexo automovilístico.

Helli desaparece en el establo, me siento en el coche, guardo mi cuaderno de notas en el fondo del bolsillo del abrigo y empiezo a comer orejones. Noto que estoy mareada, quizá de hambre. Logro comer todo el paquete sin que me interrumpen; el móvil tampoco suena y me invade una maravillosa y profunda sensación de paz, esa calma que solo se da después de una terrible tormenta, un estado posterior al hambre-miedo-esfuerzo. Casi noto cómo aumenta el nivel de azúcar en sangre. Entonces veo a Helli y Cindi atravesando el patio y,

por el modo en que avanzan, a pisotones por el fango, deduzco que no va a pasar nada bueno. La expresión de ambas es adusta, sus bolsas con el cepillo de almohazar, el pincho para eliminar piedras de los cascos y el peine para las crines cuelgan a media asta. Sin tan siquiera sacudir sus botas sucias, pegoteadas de barro y paja, ocupan el asiento trasero y Helli se deja caer con tanta violencia que el coche se inclina hacia un lado.

—¿Ocurre algo? ¿Todavía estáis enfadadas?

—¿Enfadadas? —pregunta Helli.

—No —dice Cindi.

—¿De qué se trataba? —pregunto—. ¿Por qué os peleasteis?

En el espejo retrovisor veo que Helli hace una mueca, como si le hubiera hablado en chino. Por lo visto no sabe a qué pelea me refiero.

Cindi traduce:

—Antes, cuando estabas tan furiosa. Antes de galopar hasta el bosque en busca de tu felicidad.

—¿Eh? —exclama Helli.

Durante un instante se me encoge el corazón. A excepción de ella, no conozco a nadie tan absolutamente incapaz de ser rencoroso, sencillamente porque en escasos instantes su cerebro se encarga de borrar de un plumazo y para siempre todos los acontecimientos, tanto los positivos como los negativos. Aunque en lo cotidiano eso me pone de los nervios, esa actitud vital oculta un minúsculo fragmento del paraíso.

—Pero si os peleasteis, o al menos discutisteis. Estabas furiosa y dijiste que detestabas a todos. ¿No lo recuerdas? —digo.

—Ah.

A través del espejo retrovisor veo que Helli frunce las cejas y cavila.

—Se trataba de Berlíín... —canturrea Cindi.

—Mamá —dice Helli, y se inclina hacia delante para hablarme al oído—.

Has de ir a Berlín, has de asistir a esa fiesta esta noche.

—En primer lugar, no es una fiesta, sino una celebración. En segundo lugar, no puedo ir a Berlín así como así. Y en tercer lugar, no me apetece lo más mínimo.

—Pues yo creo que deberías ir.

La voz de Helli se vuelve chillona y comprendo que ahora será mejor que escuche con atención.

—¿Por qué?

Ella calla. Me resulta difícil escuchar a mi hija con atención mientras estoy sentada en el asiento del conductor vuelta hacia atrás cuando ella calla, pero supongo que es un dilema común y el motivo por el cual los terapeutas están sentados en sillas frente a sus pacientes.

Lo intento con el viejo y eficaz método de la escucha activa, recomendada por todos los consejeros modernos, que consiste en devolver la frase del niño en forma de pregunta en vez de pensar en preguntas propias.

—¿Crees que debería hacer acto de presencia? ¿Mostrarle a la gente que existo?

—Exactamente.

—¿Por qué?

Ella vuelve a callar. El tipo de comunicación que sugieren esos consejeros no guarda relación con la vida real. ¿Cómo debería proseguir, según ellos? Pero al ver la expresión de Helli, desesperada, desconcertada y curiosamente temerosa, todo al mismo tiempo, me doy cuenta de que le faltan las palabras adecuadas. Cindi no dice nada; sospecho que podría ayudar, pero le encantan las situaciones familiares conflictivas y siempre espera que se produzca una discusión interesante. Puede que eso se deba al hecho de tener varios hermanos mayores.

Intento formularlo para Helli.

—La gente debe ver que papá está casado, ¿verdad?

—Mmmm, más o menos.

—¿Porque crees que a lo mejor no lo saben?

—Bueno...

—¿O porque quizá saben que está casado, pero no del todo? ¿No lo bastante, por así decirlo?

—Sí, no lo bastante.

—¿No lo bastante como para mantener alejadas a otras mujeres?

Helli suelta el aliento y se derrumba. El acertijo está resuelto, puede dejar de concentrarse.

—¿Por eso os peleasteis? ¿Porque papá podría tener una aventura en Berlín?

—Lo dijo Cindi, no yo —asegura Helli—. Y las otras opinaron que seguro que era verdad. Porque él está solo durante toda la semana y eso.

—Yo también estoy sola durante toda la semana y eso, y sin embargo no tengo ninguna aventura.

—Pero es que tú no eres un hombre —interviene Cindi.

—Ah, sí, es verdad, ya no me acordaba. Los hombres no pueden aguantar ni cinco días sin sexo. Y ahora papá se queda en Berlín también el fin de semana, así que basta con sumar dos y dos, ¿no? Pues, a riesgo de robaros vuestras inocentes ilusiones acerca de los actuales clichés sobre los sexos, os aseguro que eso es una soberana tontería.

—Para ti es distinto, porque ya hace mucho tiempo que estás casada, ¿verdad? —apunta Cindi.

—¿Eh? —dice Helli.

Suelto una carcajada, pongo el coche en marcha y recorro lentamente el patio. Es hora de volver a casa; mientras conduzco por encima del fango, que

en algunos lugares está congelado y forma surcos resbaladizos, oigo que Cindi le dice a Helli:

—Mi padre acaba de tener una aventura con la señora de la limpieza.

—¿Tenéis una señora de la limpieza?

—Ya no —contesta Cindi.

Cuando a paso de tortuga paso junto al picadero cubierto, sale Heike y se arroja sobre el capó. Freno y la empujo unos metros antes de que el coche se detenga. Las chicas sentadas en el asiento trasero expresan su sorpresa, soltando obscenidades a gritos. Me bajo y exclamo:

—¿Te encuentras bien, Heike?

Ella se limpia la parte superior del pantalón de montar y me sonrío, como si considerara que esta clase de encuentro es completamente normal. Quién sabe, puede que, al menos para una parte de la población, sea normal detener vehículos con el cuerpo en vez de saludar con la mano desde una distancia prudencial. A lo mejor la humanidad se divide entre los que detienen de manera activa y los que saludan con la mano. No cabe duda de a qué tipo pertenezco yo.

—Quería hablar un momento contigo —dice Heike—. Eso de antes fue una mala idea de las dos.

—Comprendo —digo—, si hubiera ocurrido algo el seguro no lo habría cubierto, etcétera.

—Haz el favor de explicarle a Helena que no puede cometer otro error si quiere seguir cabalgando aquí. Ni el más mínimo. Tarjeta amarilla, por así decirlo.

—Sí, desde luego, lo comprendo —digo—. Hablaré con ella y le explicaré la gravedad de la situación.

Las frases brotan de mi boca como si las hubiese aprendido de memoria. No es la primera vez que mantengo esta conversación.

—Y aplícate el cuento —añade Heike en el último momento, y se despide golpeando el capó con la palma de la mano—. Tú también tienes una tarjeta amarilla, ¿queda claro?

Sé lo que eso significa «tarjeta amarilla». Significa que pronto tendremos que buscar otra afición para Helli. Solo es cuestión de tiempo: tarde o temprano siempre mete la pata o declara que cierto reglamento sensato viola sus derechos, por lo cual considera que ignorarlo es prácticamente su deber. Desde que era una niña pequeña y asistía al parvulario hemos probado toda una larga serie de aficiones y no ha abandonado ni una sola por propia voluntad. En la clase de gimnasia para madres e hijas insistieron en que nos marcháramos porque todas las otras madres se quejaron de mi hija ante la profesora. Y eso que en realidad me había sentido orgullosa de que todo saliera tan bien, aparte de que a Helli parecía gustarle. Pero bastó con que mi hija mordiera a otro alumno en dos ocasiones para que todas las madres hicieran piña. Luego expulsaron a Helli de judo tras la sexta clase, y también allí recibí la famosa última advertencia, porque Helli se tomó el combate —en el que solo debía ensayar movimientos— en serio y se defendió con excesivo entusiasmo. En el grupo de danza infantil impidió cualquier intento de alcanzar una buena formación durante un montón de tiempo porque la abrumaba recordar todos los pasos y al mismo tiempo tomar conciencia de los niños que la rodeaban, hasta que la profesora se enfadó tanto que tuvimos que sacar a Helli de la clase antes de que pasara algo peor. Durante la clase de monociclo eléctrico se produjo un misterioso accidente que nunca llegó a aclararse del todo; pero como Helli se negó a disculparse ante otra chica por su presunta participación, primero me llegó una última advertencia, luego una ultimísima y finalmente me enviaron una carta donde me explicaban que, con su negativa,

Helli minaba la autoridad del profesor y me rogaban que la retirara del grupo, porque se perfilaba una dinámica negativa y solo disponían de esa persona que pudiera dar las clases. En la de tenis empezó por destrozar la red y después le pegó una patada en la espinilla a su profesora. En los *scouts* se perdió varias veces durante las excursiones; se llevó a casa objetos pertenecientes a la asociación sin pedir permiso; y durante una acampada de varios días debió de portarse tan mal que, cuando fui a recogerla antes de tiempo, me rogaron que me la llevara sin darme ninguna explicación. Lo único que me dijeron fue que no volviera nunca más. En las clases de fútbol al menos fueron más sutiles: allí, después de un par de pequeños incidentes en los vestuarios, la dejaron sentada en el banquillo hasta que ella misma comprendió que no la querían en el equipo. Pero cabalgar había funcionado muy bien durante bastante tiempo y yo ya había suspirado de alivio en mi interior.

De nuevo al volante sonrío valientemente para darme ánimos, al tiempo que conduzco hacia el camino asfaltado.

—¿Puedo quedarme a dormir en casa de Cindi esta noche? —pregunta Helli, y suelta un sonoro eructo. Cindi ríe.

—Eso han de decirlo los padres de Cindi —contesto.

El interior del coche se caldea lentamente y empieza a notarse el olor a estiércol. Mi móvil suena y vibra.

—No tendrán inconveniente —dice Cindi, y también eructa.

Helli suelta una carcajada tan violenta que se atraganta, y cada vez que Helli eructa Cindi también suelta una carcajada.

—¡Ya, pero hay que preguntárselo! —grito entre las carcajadas.

—No habrá problema, de verdad. Mi madre dice que a partir de cuatro

niños ya le da igual cuántos se añaden, que no hay ninguna diferencia —dice Cindi, sin dejar de reír.

A mí también me gustaría poder decir eso, porque a mí nada me da igual.

—Además, así podrás ir a Berlín esta noche —añade Helli.

Y me doy cuenta de que ambas han planificado mi vida mientras yo mantenía una estrambótica conversación con la profesora de equitación.

Si Helli duda de la fidelidad de su padre, se preocupa por nada, pues hace tiempo que eso acabó. Por otra parte, la fidelidad está sobrevalorada; es un ideal inalcanzable siempre traicionado; quien confía en la fidelidad solo puede sufrir un desengaño. En todo caso, hace tiempo que Costas y yo nos las arreglamos sin esa ilusión. Hace mucho que él se traicionó a sí mismo aceptando ese empleo de puta en Berlín y me fue infiel al no contarme lo que le pasaba, qué pensaba, a pesar de que eso —y solo eso— fue la base de nuestro vínculo durante todos estos años, el acuerdo tácito de que jamás nos excluiríamos mutuamente. Así pues, ¿qué importaría si también se acostara con otras mujeres? En todo caso no sería peor y tampoco más peligroso para nuestro matrimonio. El auténtico peligro consiste en el distanciamiento, y en ese sentido tengo motivos para estar asustada. En el fondo, en este último año solo nos hemos dicho la verdad mientras nos peleábamos. Solo en medio de la ira dejamos entrever quiénes somos en realidad.

Llevamos ya diecisiete años casados y eso es bastante tiempo. Logramos contraer matrimonio justo antes de que naciera Alex, aunque en realidad yo nunca le había dado importancia a eso: no necesitábamos un papel oficial para criar a un hijo entre los dos. Por otra parte, ¿qué tenía que ver el estado civil con nuestra relación? No era preciso que nos prometiéramos nada ni firmáramos en parte alguna para unificar los apellidos, todo eso no era más que una forma de banalizar nuestra decisión de estar juntos. Pero subestimé el efecto de las hormonas durante el embarazo: el impulso de crear un nido

apareció con tanta vehemencia que no solo vacié todos los cajones de nuestro apartamento y volví a ordenar su contenido, sino que también caí presa de una monstruosa inquietud al pensar en mi futuro sin una alianza. Finalmente, cuando ya estaba en el noveno mes de embarazo, le pedí a Costas que acudiéramos al registro civil. Me puse el único pantalón de vestir que aún me cabía y una de las camisas blancas de Costas, deslicé un anillo en su dedo y en ese preciso instante sentí tanto alivio que me mareé. Me fallaron las piernas, caí al suelo y arrastré a Costas. Recuperé el conocimiento incluso antes de que él se apartara de mí y vi su rostro muy cerca del mío, vi su barba hirsuta en el mentón y el surco en su labio inferior, olí su loción para después del afeitado y su permanente aroma a panecillo, y en ese momento confié en que un día moriría ante él.

Y eso que él ya trabajaba como arquitecto, tenía su primer empleo en un despacho, la sucursal de una empresa de Hamburgo en la que había realizado prácticas durante las vacaciones semestrales. Trabajó durante todas esas vacaciones, realizó una práctica tras otra, en parte porque estaba previsto así en la carrera, pero también porque eso podía mejorar sus posibilidades de obtener un puesto que realmente encajara con él. No quería trabajar en cualquier parte o hacer cualquier cosa. No le gustaba dejar las cosas libradas a la casualidad cuando creía que podía aportar algo para darle un giro positivo. Trabajador, previsor y muy idealista: así era mi marido.

Al cabo de tres años entró a trabajar como socio en un despacho que un antiguo compañero de universidad había fundado en Lübeck. Les fue muy bien, incluso más que bien, durante doce años. Entonces se produjo la crisis coyuntural que afectó gravemente a numerosas pequeñas empresas, el despacho de arquitectos se unió a una multinacional para sobrevivir y en el transcurso de las supuestamente necesarias reestructuraciones, Costas perdió

su empleo. Había sido socio, había trabajado con empeño, había contado con todo, pero no con eso.

Resultó que a él no se le daba muy bien lo de adaptarse a circunstancias diferentes. A lo largo de los años, la que ha resultado más capaz de adaptarse he sido yo, y mi ingenuo deseo de morir ante él se ha convertido en lo contrario.

—Eh, ¿eso es una momia? —pregunta Helli desde el asiento trasero.

—Mira, Katha, una momia —dice Cindi, y me muestra su smartphone.

Le echo un rápido vistazo y asiento con la cabeza para indicarle que he visto lo que me quería mostrar, aunque en realidad no he visto casi nada.

—Hace poco había una foto de un ahogado en un archivo adjunto, era realmente asquerosa —añade Cindi.

—¿Aún la conservas? —pregunta Helli en tono excitado.

—Te la busco —dice Cindi.

—¿Sabes una cosa, mamá? Ayer, en la tele, hablaron de un hombre que no volvió a abrir la puerta de su casa porque estaba muy viejo y entonces los vecinos llamaron a los bomberos para que derribaran la puerta. Y encontraron a su mujer en la cama, pero hacía dos años que estaba muerta. Repugnante, ¿verdad? Qué asco.

—No —dice Cindi—. No es repugnante, él también la amaba así.

—Pero no cuando ya estaba podrida.

—Su aspecto le daba igual. Ah, aquí está la foto del ahogado. ¿Estás lista?

Cindi le tiende el móvil a Helli y echo un vistazo al espejo retrovisor para no perderme su expresión: se asemeja a la que tenía cuando siendo muy pequeña se metió una col de Bruselas en la boca por primera vez.

El día que despidieron a Costas no se le notaba nada. En las últimas semanas en las que aún trabajaba, su conducta se volvió cada vez más extraña: regresaba a casa temprano sin hacer las habituales horas extra, los fines de semana se quedaba sentado sin saber qué hacer aunque fuera la escalera de la terraza crujía y los muebles del jardín solo estaban medio lijados, ya no cocinaba para la familia y por las noches se quedaba viendo la tele. Cuando el despido entró en efecto se presentó en la oficina para tramitar el paro y eso fue

casi lo último que hizo fuera de casa si no es que había un motivo tan urgente como para salir. A partir de entonces se pasaba los días en su estudio.

Esa situación duró un año entero. Fue en ese año que casi expulsaron a Helli de la nueva escuela, porque quiso descubrir si las cortinas ardían mejor si primero les rociaba un producto químico, que por lo visto había obtenido en el laboratorio fotográfico del colegio. Fue el año en el que Alex participó en un proyecto musical para jóvenes y ensayaba en Neumünster dos veces por semana, y yo tenía que acompañarlo hasta allí porque, no sé cómo, Alex logró convencerme de que su futuro y toda su felicidad dependían de ello. Fue el año en el que murieron los conejillos de Indias y compramos unos sustitutos, el año en el que los parvularios de los alrededores de repente descubrieron que las clases de música para niños pequeños agradaban a los padres, y no suponía un esfuerzo ni grandes costes, de manera que querían ofrecer todo tipo de cursos. Había escasa competencia en nuestra región y dieron conmigo con rapidez. Pronto tuve dos grupos completos en la escuela de música, y tres mañanas por semana conducía de un parvulario a otro porque no me atrevía a rechazar ninguna posibilidad de tener ingresos. Fue el año en el que me había propuesto retomar mi tesis. Tras el nacimiento de Berenike había abandonado definitivamente la idea de dedicarme a la docencia en Lübeck, pero me consolé con el plan de seguir avanzado y trabajar en mi doctorado, que llevaba años en el cajón de mi escritorio. Y, en efecto: logré seguir escribiendo un poco y me confeccioné un plan de trabajo antes de verme obligada a abandonar. Fue el año en el que me convertí en una profesora de parvulario por completo y dejé de mentirme a mí misma sobre la esperanza de que un día realmente pudiera hacer algo más allá de batir palmas rítmicamente y tocar el bongó.

¿Qué hacía Costas en su habitación? En esa época nunca abría la puerta cuando alguien llamaba al timbre, aparecía a la hora de comer con desgana,

reaccionaba a nuestras conversaciones ante la mesa con una horrenda sonrisa ausente que durante las primeras semanas me hería profundamente, después me ponía muy nerviosa y por fin casi me sacaba de quicio.

Cuando el espantoso año llegó a su fin, Costas salió de su habitación para hablar conmigo. Dijo que había decidido estar por su familia y hacerse cargo de sus responsabilidades, y que por eso aceptaría un puesto en Berlín que no era el que más le agradaba, pero que se las arreglaría.

Yo estaba tan contenta de que me hablara, de que me informara y volviera a dejarme participar de sus ideas, que ni se me ocurrió contradecirlo. El temor de que volviera a su mutismo era mayor que las dudas que me inspiraba su extraña decisión. Poco antes de que se acabara el subsidio del paro, hizo la maleta por primera vez y desapareció en Berlín durante cinco días. Eso ocurrió hace más de un año y es como si desde entonces Costas no haya vuelto a ser realmente sincero conmigo. Solo el hecho de que nos peleemos más a menudo que nunca me permite albergar cierta esperanza, pues, cuando se enfada, Costas se vuelve tan apasionado, enérgico y vivo como yo lo recuerdo. Mientras pueda seguir enfadándose por su situación no todo está perdido. Pero últimamente ha comenzado a hablar mejor de su empleo. Durante el año pasado nunca se le ocurrió que su presencia en una celebración de la empresa fuese tan necesaria como para no regresar a casa el fin de semana. Quizá realmente se deba a alguna bonita colega, pero también es posible que haya dejado de ser la persona que yo conocía.

Solo cuando estuve segura de que se encontraba en Berlín me atreví a entrar en su estudio. Temía lo que encontraría allí: quizás un ejército de figuras de plastilina, tal vez notas confusas, el principio fracasado o exitoso de una novela, textos de canciones de moda o recortes de periódicos revisados en busca de noticias en código. A lo mejor encontraría trozos de papel o montañas de garzas de origami. Por otra parte, cabía la posibilidad de que no

encontrara nada y eso hubiera sido muy difícil de soportar, porque habría significado que Costas había estado sentado ante su mesa un día tras otro con la vista clavada en el vacío.

Por fin, me limité a quedarme allí de pie en medio de los doce metros cuadrados que en el pasado habían sido una especie de trastero. Apenas se notaba que hacía meses que nadie había limpiado, no había nada extraño tirado o apoyado en el escritorio, solo resmas de papel de dibujo que al parecer habían cogido una y otra vez y vuelto a dejar en su lugar sin alinear los bordes. Me senté en su silla e intenté imaginarme cómo habría sido quedarse sentado allí todos los días. Después tendí la mano y cogí una hoja tras otra del montón y vi lo que aparecía en ellas. No: Costas no había estado sin hacer nada mientras estuvo en el paro. Al parecer, no solo había enviado su currículum a todo el estado federal, también había dibujado como un poseso. Era un tipo anticuado, prefería dibujar a mano y solo utilizaba el ordenador cuando resultaba necesario para el proceso del trabajo. Había proyectado un edificio tras otro y tardé un buen rato en comprender que no estaba viendo nada nuevo, sino metamorfosis de edificios antiguos, reciclados arquitectónicos. Identifiqué una escuela primaria en la cual una vez dirigí un proyecto durante una semana, un edificio de los años setenta contaminado de amianto, de techo plano cubierto de gravilla. Una piscina pública, un edificio de oficinas, una tienda, un banco, una construcción con placas y silos de Raiffeisen. Costas les proporcionó un nuevo aspecto a todos, planeó y diseñó su reforma hasta que todos perdieron su aspecto miserable y parecieron más flexibles y prácticos.

No sabía si reír o llorar. Reír, porque durante todos esos meses espantosos y detrás de su puerta, Costas había seguido siendo él mismo. Llorar, porque por lo visto había acabado cediendo y se había conformado con su destino para no dejarnos a nosotros —su familia— en la estacada. Llorar porque

éramos nosotros quienes le impedíamos ser ese que él quería ser. Llorar, porque había tantas cosas que no quiso o no pudo contarme. Opté por la risa y, sentada en su silla de escritorio, reí con voz ronca. Recuerdo que parecía estar tosiendo.

A pesar de la admirable actitud de la madre de Cindi, insisto en que Helli pregunte a un adulto si puede quedarse a dormir, mientras yo espero en el coche. Saco mi cuaderno de notas del bolsillo en cuanto la pierdo de vista, para confeccionar una nueva lista de cosas para hacer el resto del día: pasar la aspiradora, lavar la ropa, Kilian, Sissi... Debido a lo que ha hecho Helli en la escuela de equitación el punto de lectura se ha caído y, mientras busco otra página en blanco, hojeo el cuaderno y leo:

Temas que me impiden conciliar el sueño:

- Tráfico de mujeres.
- Niños soldados.
- Sustancias nocivas en los alimentos.
- Organizaciones de pedófilos.
- Energía nuclear.
- Cambio climático.
- *Casus foederis* en la OTAN.

Justo debajo pone:

Temas que deberían impedirme conciliar el sueño pero no lo hacen:

- Paro.
- Pobreza en la tercera edad.

- Enfermedades graves.

Rápidamente, añado:

- Divorcio.

Cuando levanto la vista, Helli está en el umbral, saludándome con la mano. No sé cuánto hace que está ahí, es típico de ella que se niegue a dar unos pasos hasta el coche y golpear la ventanilla. De pronto me asalta la duda de si toda esa historia de pasar la noche en casa de Cindi es buena idea. Esta mañana mi hija ha sufrido una hemorragia nasal cuyo origen los médicos aún no han aclarado y que, por tanto, aún no sabemos si es inocua; hace unos momentos se ha caído del caballo. Supongo que una madre mejor que yo no la perdería de vista durante las próximas veinticuatro horas.

Bajo la ventanilla con la manivela —esa es la clase de coche que tengo, pero al menos eso permite que una vieja haga un poco de ejercicio— y Helli grita:

—¿Puedes traerme mis cosas después?

Tengo mala conciencia maternal y me alegra hacer algo para contrarrestarla.

—¡Claro que sí! —grito.

Al fin y al cabo, dentro de un rato tendré que volver a meterme en el coche para recoger a Kilian, los amplificadores y la funda del contrabajo, o sea que no me cuesta nada desviarme y llevarle a Helli su pijama y unos cuantos tampones.

Ella se vuelve y entra en la casa; todavía lleva los pantalones de montar y las botas sucias. Aunque ya está tan oscuro que se encienden las farolas de la calle, desde el coche veo que tiene los cabellos sudados y apelmazados. En el norte de Alemania, en invierno, oscurece temprano. Confío en que esta noche alguien pueda convencer a Helli de que tome una ducha o un baño. Me la

imagino sentada con Cindi en la bañera... ¿aún harán eso a su edad, bañarse juntas? Las veo ante mí: Helli con su michelín de grasa en la barriga, Cindi con sus pechos aún pequeños pero inconfundibles, chapoteando y riendo, dos niñas cuyos cuerpos han decidido que ha llegado la hora del cambio y nadie puede impedirlo.

El jardín delantero presenta un aspecto descuidado; me resisto a arrancar y dejar a Helli en esa casa, donde da igual un niño más o menos. Caigo en la cuenta de que ni siquiera sé si ha llegado algún progenitor y si ella realmente ha pedido permiso para quedarse. Pero al mismo tiempo lo único que quiero es largarme.

Subo la ventanilla, enciendo el motor, presiono el botón que pone en marcha el estéreo y miro mi móvil en busca de un SMS. Protschka entona canciones sobre sueños, mundos de cuentos de hadas y fantasías. En la pantalla pone «¿Cuándo vienes? En tu sala de estar hay una muñeca Barbie bebiendo una infusión de manzanilla. Heinz.»

Heinz no ha mentado. La persona que está sentada en nuestro sofá y contempla con mirada arrobada a mi hijo —que en ese momento sirve una taza de té— parece una muñeca. Cuando veía a esa clase de chicas en los catálogos siempre suponía que su existencia se debía al Photoshop, pero este ejemplar se mueve y respira y demuestra que también funciona sin la ayuda de un ordenador.

Heinz y Theo se han acomodado en los sillones, saben cuáles son los más cómodos de la casa y no tienen el menor inconveniente en apoderarse de ellos. Nuestro sofá es bonito, pero resulta imposible sentarse en él y relajarse un poco. Costas lo denomina el sofá-sexo, y no porque lo hayamos comprobado, porque el peligro de que un niño pase justo por ahí camino de la nevera es

demasiado elevado, sin importar qué hora del día o la noche sea. Heinz y Theo beben cerveza, deben de haberla traído de su casa, porque en la nuestra solo hay zumos... y martini para esta noche. De la tetera que Alex vuelve a dejar en la mesa cuelga una bolsita que no me resulta conocida, y me pregunto si la Barbie no se habrá traído su propia infusión de manzanilla.

He comprobado que las personas guapas tienen una voz desagradable: es aguda, gutural o chillona, hablan como la Cerdita Peggy o un personaje de dibujos animados. A lo mejor es el precio que han de pagar por su belleza. Antes de dirigirme a la Barbie me preparo para disimular en caso de que presente ese problema fonético, porque, en general, ocultar el espanto no se me da muy bien.

—Hola —digo, y le tiendo la mano—. Soy Katharina, la madre de Alex.

La Barbie me coge la mano, la presiona con suavidad agradable y dice:

—Encantada de conocerte por fin. Soy Leonie.

Su tono de voz es amable y melódico, de *mezzosoprano*, una voz que invita a sumergirse en ella, a escucharla mientras te lees audiolibros eróticos, una voz que promete consuelo en medio de la desesperación. No sé qué cara pongo, pero sospecho que, por desgracia, mi sorpresa resulta evidente.

Al parecer, mi presencia supone un alivio para ella y también para Alex. Él me saluda con la cabeza, se sienta junto a su Barbie y le rodea los hombros con su fuerte brazo.

Comprendo por qué se han alegrado al verme cuando Heinz dice:

—Solo pasábamos para agradecerte tu ayuda tras el accidente. Y para mostrarte el vendaje de Theo —añade. Se inclina hacia Theo, le coge el brazo y lo alza—. Hemos llamado al timbre, pero aún estabas fuera. Alex nos ha dejado pasar, hemos traído cervezas y en ese momento ha llegado Leonie para recoger a Alex, pero los dos son demasiado amables como para echarnos, así

que han decidido acompañarnos hasta que se acabe la cerveza o tú puedas adoptar el papel de anfitriona.

—¿Os marcháis? —le pregunto a Alex.

—Hoy es viernes, ¿no? —dice la Barbie, como si con eso todo quedara explicado.

Y tal vez tenga razón, quizás en su mundo todo es muy sencillo y ordenado: los viernes hay que salir. Todas las otras noches uno se acuesta temprano, pues necesita un sueño reparador y al día siguiente hay clase. En mi vida también debió de haber una época en la que fue así. No estoy muy segura de que esta idea me proporcione fuerzas, más bien se parece a un recuerdo inconsciente de la existencia en el cuerpo materno: está pegado a cada hora del día en forma de nostalgia insaciable y ensombrece incluso las épocas menos caóticas.

Me siento en el suelo, en uno de los cojines de meditación que aún provienen de la época en que Costas y yo solíamos recibir invitados y nunca había suficientes sillas. Leonie bebe la infusión a sorbitos, sopla la superficie, me dirige una sonrisa un tanto tímida. Yo vuelvo la mirada hacia Heinz y Theo, que siguen sentados en sus sillones, sonriendo y bebiendo cerveza, mientras nos observan como si fuésemos personajes de una serie televisiva. Me toca iniciar una conversación, es como ofrecer el tuteo: comienza el que es mayor.

Leonie tiene el pelo largo y de color miel, un tono indudablemente natural. Su cutis es perfecto, también lo es el maquillaje: perfecto y decente. Es evidente que sus manos han sido objeto de una manicura profesional, como se observa en casi todas las chicas de hoy en día: cada uña es del mismo largo relativo, la superficie es lisa y brillante, y sin darme cuenta contemplo mis propias manos. Aparte de la piel seca y las cutículas, mis uñas muestran unas manchas blancas que supuestamente indican la carencia de vitaminas de algún tipo, algo de lo que no tengo tiempo de ocuparme. Dos de ellas parecen haber sido cortadas con un formón, aunque ya están creciendo de nuevo después de

que gran parte se desprendiera como consecuencia de la legendaria enfermedad de CreutzfeldtJakob que me contagiaron en el parvulario en octubre. Aunque llevo las uñas cortas desde que tengo hijos, están sucias. En verano, cuando me pintaba las uñas de los pies, nunca lograba quedarme sentada el tiempo suficiente para que se secase el esmalte, así que de vez en cuando aparecían restos de calcetines o trocitos de plantas pegados al esmalte. Me pregunto de dónde sacan tiempo las chicas como esta para ocuparse de sus uñas, además de todo lo demás, puesto que el cabello y el cutis exigen bastante atención. Después también hay que depilarse las cejas, eliminar durezas, aplicarse crema en los codos y finalmente afeitarse diversas partes o hacerse la cera para que las zonas íntimas siempre presenten un aspecto infantil. Supongo que Cindi se lo explicará a Helli a su debido tiempo. De todos modos, me parece que hoy en día ser joven consume un tiempo increíble.

Me doy cuenta de que quizás huela a caballo y me gustaría contarles a todos que hoy he cabalgado, que he comprendido el significado de una carta del Tarot, que en el bosque hace menos frío que fuera de él, pero este tipo de narraciones no se me da bien. Los cuentos de mi madre nunca me interesaron y ahora que me gustaría escucharlos, ella ya no está.

—¿Tú y Alex os conocéis del instituto? —pregunto.

Seguro que es mejor que no finja que Alex me ha hablado de ella.

—Del coro. Estoy en el mismo grupo que él.

Siento una punzada, como si yo fuese la única que tiene derecho a los romances de los coros escolares.

—¿Eres contralto? —pregunto.

Alex frunce el ceño: no estoy haciendo las preguntas correctas.

—Sí, casi siempre. Pero si no hay una segunda soprano, yo canto su parte.

—Yo siempre era contralto —dice Heinz, en tono soñador—. Contralto

bajo. La voz me cambió a los catorce años. ¿Qué te pasa, Theo? Seguro que tenías voz de soprano, ¿verdad?

—Procuraba no cantar a menos que fuera absolutamente necesario — responde Theo. Coge su botella de cerveza y contempla el interior—. Pero fui a clases de ballet. Con tutú y laca en el moño.

La Barbie parece desconcertada, se nota que está reflexionando. No es porque sea tonta; Heinz y Theo siempre suponen un misterio para quienes han gozado de una infancia medianamente protegida.

—Entonces, ¿te presentarás a la selectividad el año que viene? —pregunto.

—Sí, exactamente —contesta ella, y deja la taza en la mesa.

Vuelve un poco la cabeza para ver la reacción de Alex sin mostrarse descortés frente a mí.

—¿Qué harás después? —pregunto.

—Estudiaré medicina.

Heinz y Theo sueltan una exclamación, una mezcla de nerviosismo y risa dolorosa.

—Pero si eso es estupendo —digo, y dirijo una mirada severa a Heinz.

Entonces por fin Alex interviene en la conversación.

—Pues sí. Seguro que para Leonie era muy interesante lo que le has contado de tu trabajo, Heinz, y del accidente de Theo, pero ahora hemos de marcharnos. Venga, téminate la infusión, Leonie.

Quizás hace demasiado rato que los dos están aquí sentados, escuchando por pura cortesía una historia clínica tras otra, cada una más desesperada que la siguiente, pero todas con perspectivas de mejoría gracias a Heinz y sus bolitas de azúcar curativas, que encajan exactamente con la canción que cada uno de los pacientes entona de manera inconsciente. Es normal que Alex tenga prisa por largarse; sin embargo, en su tono hay algo que me molesta. La última frase que ha dirigido a su novia parece esconder todo el anticuado y

lamentable reparto de roles contra el cual esta generación tiene la oportunidad de oponerse por primera vez.

Y al ver que ella vacía la taza a toda prisa me doy cuenta de que no me equivoco. Cuando se pone de pie junto a Alex —es casi de la misma estatura que él y los dos son delgados y rubios—, durante un instante ambos parecen Barbie y Ken.

Cuando tenía unos veinte años, en cierta ocasión Costas me comentó que tenía un aspecto muy gracioso por las mañanas, cuando me despertaba: despeinada, soñolienta, monísima. A partir de entonces, me esforcé por presentar un aspecto lo más despeinado posible, porque quería gustarle. No lo hacía conscientemente, no era un gesto calculado, solo que un día reparé en ello. Por ejemplo: me había acostumbrado a restregarme los ojos con los puños, como una niña pequeña. Antes no lo había hecho nunca y tampoco resultaba muy efectivo. Cuando me despertaba, a menudo me enderezaba y durante unos segundos me quedaba sentada, desorientada, me desperezaba, bostezaba y me revolvía los cabellos. Por lo visto, una parte de mí había decidido ofrecerle un buen espectáculo a Costas, ya que a él le gustaba ese aspecto gracioso.

En cuanto me di cuenta de lo que hacía, abandoné esa costumbre. No solo porque consideraba que me hacía parecer tonta, sino también porque sabía que ese numerito tenía fecha de caducidad: lo que a los veinte años parecía gracioso resultaría ridículo cuando cumpliera los cuarenta. Entre todas las cosas que Costas apreciaba de mí, cabía suponer que las gracias matutinas serían una de las primeras que arrojaría por la borda. Nunca quise ser hermosa, me parecía demasiado complicado. Sissi, en cambio, es muy guapa, sobre todo cuando está sentada detrás de su violoncelo con los ojos cerrados,

sumida en la música, los dedos finos y largos apoyados en el diapasón, el instrumento entre los muslos, lo cual dirige las miradas a sus tobillos... y los tobillos de Sissi podrían inspirar a un poeta. Es posible que eso le haya proporcionado alguna ventaja en alguna situación, solo puedo especular al respecto. De lo que sí estoy segura es de que muchas veces ha tenido que enfrentarse a la envidia. En el caso de mi hermana, era inútil que la primera ronda de interpretaciones para obtener un puesto en una orquesta tuviera lugar detrás de una cortina o que en el jurado hubiera el mismo número de mujeres que de hombres: siempre había quien se dedicaba a murmurar cuando Sissi ganaba un concurso, le ponían una buena nota u obtenía un puesto. Por otra parte, también sé que muchos no la toman en serio. Nadie espera ideas ingeniosas ni pensamientos profundos de ella. En cuanto lleva prendas que realzan su belleza, nadie presta mucha atención a la música. A veces Sissi se queja de los intentos de ligar con ella y del acoso sexual que ha sufrido en las situaciones más inverosímiles, pero lo peor es que —al menos eso me confesó en una ocasión— no se fía de ningún amor con el que se topa. A las personas agraciadas y a las ricas les ocurre algo similar: nunca pueden estar seguras de que las amen por sí mismas. Para muchos, mi hermana puede convertirse en un adorno, algo que permite destacar, como una valiosa obra de arte. De hecho, ella divide a sus amigos en cazadores y recolectores: los primeros quieren exhibirla como un trofeo, mientras que los otros prefieren guardársela para ellos solos y contemplarla una y otra vez. Su compositor, al que hace mucho tiempo que se mantiene fiel, es un recolector, incluso yo me doy cuenta de ello.

Al igual que la gracia, la belleza es algo pasajero. No es una característica por la cual una quiera ser amada, porque no puede estar segura de que el amor perdure cuando ese rasgo desaparezca. Por eso me siento satisfecha con mi cara de payaso y los cabellos rubios de perro callejero, y no se trata de que carezca completamente de atractivo, sino que confío en que hubiera más

motivos por los que Costas se enamoró de mí. De hecho, siempre tuve la agradable sensación de que mi matrimonio perduraría aunque yo sufriera un pequeño accidente con el horno de gas.

En todo caso, me imagino que para una médica que parece una muñeca la vida debe de ser muy complicada; en cambio, para un cantante de musicales la belleza solo puede suponer una ventaja.

Alex era un niño maravilloso, vivaz e inteligente, sincero y simpático. Se las arreglaba con todo y con todos, uno podía ir de viaje con él, dejarlo con los abuelos o en casa de unos amigos a pasar la noche sin sentirse culpable. Se atuvo prácticamente al manual en cuanto al desarrollo, los dientes le salieron en el orden correcto y empezó a caminar, a hablar y a ir al baño en el momento esperado, justo cuando empecé a contar con ello. Ya de pequeño era sumamente cortés, los de su misma edad lo aceptaban con rapidez y todo lo que hacía le salía bien y sin problemas. Tal como era de esperar, la escuela no le supuso ninguna dificultad. Seguro que, en retrospectiva, idealizo muchas cosas y en realidad ambos pasamos por fases difíciles; desde luego, tuvo que haber desilusiones... pero en general Alex fue un niño que siempre se comportaba como uno deseaba.

Al principio de la pubertad adquirió un aspecto un tanto extraño: sus brazos parecían demasiado largos; la nariz, demasiado grande para la cara; le salieron granos en la frente y, de lejos, sus movimientos recordaban los de un mono. Cuando cumplió los dieciséis todo se arregló y el resultado de la metamorfosis de niño-mono a jovencito es más que considerable.

Costas y yo nos alegramos de la facilidad con la que se dejaba conducir y la aprovechamos a fondo. Escuchaba nuestros consejos, que le brindábamos a placer. Respetaba las reglas y eso nos resultaba muy cómodo. Rara vez discutía, no se rebelaba, sino que buscaba el aspecto positivo de cualquier situación. La resistencia de cualquier tipo le parecía una insensatez. Hoy en

día sigue siendo así, y en realidad eso debiera alegrarme. Recorrerá su camino, cantará musicales siempre con una rubia a su lado que lo admirará y se beberá la infusión cuando él considere que es hora de hacerlo. Se atenderá a las reglas y no se cuestionará la vida que se desarrollará ante él como una alfombra, y quizá ni siquiera se aburra.

En este momento, en el que está ante mí como Ken, me pregunto si durante diecisiete años no lo habré apoyado en las cosas equivocadas, si en realidad no era mucho más importante desarrollar una personalidad propia que resultar una persona adaptable.

«¿Adónde iréis?», quiero preguntar. «¿Qué haréis allí? ¿Cuándo volveréis?», pero hago un esfuerzo, me comporto como una buena madre y digo:

—Que os divirtáis.

—Puede que esta noche duerma en casa de Leonie —dice Alex, el buen hijo.

Quiero decir: «Entonces no te encontrarás con Kilian», quiero decir: «Utilizad un condón.» Pero digo:

—No hay problema. Kilian se quedará hasta después del desayuno. Si quieres, puedes venir y charlar con él, de músico a músico.

En esta familia nadie me consideran una música.

—Claro, mamá. Kilian. Ya lo sé. Supongo que yo también debería decirte que te diviertas.

Alex me palmea el hombro, saluda a Heinz y Theo con la cabeza, coge a Leonie de la mano y desaparece con ella por el pasillo. Ella alza la voz y se despide de mí, sabe que es lo correcto, pero su atención ya está centrada en Alex, como un perro que pierde todo interés en sus juegos cuando la persona con la que guarda un vínculo principal entra en movimiento. Leonie ya debe de

tener dieciocho años, en el camino de entrada está aparcado un nuevísimo Nissan Micra negro.

—¿Has dado de comer a los conejillos de Indias? —grito.

—Sí, claro.

Los tres permanecemos en silencio hasta que la puerta de entrada se cierra. Entonces Theo dice:

—Eso sí que es un auténtico objeto de prestigio. Me quito el sombrero. Los otros muchachos estarán muy envidiosos.

—Coral pétreo —interviene Heinz—. De momento solo es una sospecha, pero estoy casi seguro de que acierto. Esas cosas son muy bellas cuando las pules, pero pueden causar heridas graves. Una vez tuve un paciente que me envió un coral pétreo desde las Galápagos. Bueno, en realidad el paciente no era él, sino su perro. Pobre animal, estaba en las últimas. Lo había recogido en algún lugar de España, uno de esos perros vagabundos, y lo había intentado todo: veterinarios, psicólogos de animales, entrenadores caninos de toda clase, pero el perro no dejaba de sufrir ataques, permanecía tendido en un rincón, jadeando, como si sufriera un infarto, aunque físicamente todo parecía estar en orden. Tal vez se trataba de un shock postraumático, pero eso no se le ocurrió a ninguno. Le administré belladona. Seguramente diréis que es un remedio estándar, pero de hecho sus síntomas durante esos ataques eran idénticos a los de un envenenamiento. El hombre fue incapaz de describir el detonante, pero estoy seguro de que podría haber acertado aún más con un remedio si hubiese dispuesto de más tiempo para observar el asunto, pues, al fin y al cabo, los animales también cantan una canción. Sea como fuere, el perro empeoró, parecía a punto de estirar la pata, durante tres días solo se arrastraba y bebía agua como si tuviese la rabia, pero entonces de pronto todo pasó. Y jamás volvió a tener otro ataque. Entre tanto, el hombre —uno de esos trotamundos que venden y se adornan con bisutería elaborada por ellos

mismos— hacía tiempo que volvía a recorrer el planeta, pero me escribió. No le quedaba ni un céntimo, antes de partir me había dejado veinte euros en la mesa por el tratamiento, incluida la anamnesis, pero le dije que me pagara con algo bonito que encontrara por el mundo. Y un día llegó un paquetito de las Galápagos con un gran trozo de coral y una carta. Theo conoce la historia.

Theo asiente con la cabeza. Siempre me sorprende al comprobar que hay historias de pacientes que ni siquiera yo he oído antes. A veces sospecho que Heinz y yo diferiríamos en cuanto a lo que suele entenderse por verdad.

—Yo también viajaría a las Galápagos de inmediato —digo.

Me pregunto si he de incluirlo en mi lista de cosas que todavía me gustaría experimentar o emprender, pero me parece demasiado indiscriminado. Las Galápagos o Lanzarote, Namibia o Mongolia. ¿Cómo optar por uno de estos sitios?

—Yo no —dice Heinz. Theo calla y sonrío. Esa parte también la conoce—. Ni diez caballos me harían montar en un avión o en un barco. El viaje más largo que he hecho fue hasta la Selva Negra y el clima no me sentó nada bien. Parece ridículo, pero sufrí síntomas del mal de altura. Soy y siempre seré una planta de la costa, aquí tengo mis raíces, aquí me quedo, y si el aire no huele a sal me marchito.

—Salicornia —apunto—. Cantas la canción de la salicornia.

—Oye, no está mal —dice Heinz.

Me señala con el dedo, como si hubiese contestado correctamente a una pregunta en un programa de la televisión regional.

Me resulta difícil comprender que existan personas que no ansíen encontrarse en otro lugar, al menos de vez en cuando, pero supongo que el trayecto de un sexo a otro ya es lo bastante largo y difícil para una vida. ¿Cómo sentir interés por otras culturas cuando uno, literalmente, empieza a

sentir en su propio cuerpo que las categorías humanas artificiales ya no son aplicables a su caso?

Me temo que tendré que echarlos, porque no creo que se vayan *motu proprio*. Pero, por supuesto, primero me tomo mi tiempo para admirar el vendaje de Theo, tan grueso y abultado que es difícil imaginar qué aspecto tendrá su mano sin el pulgar. Además, Theo se ha tendido en el sofá, está mareado porque ha mezclado los analgésicos con alcohol. No puedo decirle que se vaya si no se encuentra bien, pero el tiempo corre: dentro de media hora debo recoger a Kilian en la estación, antes he de llamar a Sissi y mientras tanto quizá logre recoger las cosas de Helli al vuelo. Sería ideal si pudiera cambiarme de ropa, deshacerme de las prendas que huelen a caballo y, aunque Kilian —si es que no ha cambiado por completo— no da demasiada importancia al aseo personal, siento la necesidad de presentar un aspecto decente, al menos exteriormente. Ya que no he logrado arreglar la habitación de huéspedes, a lo mejor puedo distraerlo con mi sorprendente atractivo; después de todo hace años que no nos vemos. ¿Y de qué más dispongo? ¿Con qué podría impresionarlo? Cuando lo que uno ha alcanzado es tan distinto de lo que se propuso en un principio, solo puede evitar las preguntas desagradables y los comentarios pseudopsicológicos compasivos si se presenta como alguien que está satisfecho con su vida. Y en mi armario tengo prendas que pueden ayudarme a alcanzar mi propósito.

Nunca se me habría ocurrido que un día cuestionaría esa faceta importante —si uno quiere emprender una carrera o abrirse paso en el campo profesional que elija— como ama de casa o como madre. Sin embargo, siempre he tenido presente que mi campo profesional no existe, que todos los que han recibido una formación similar a la mía y se aventuran en la selva del mercado laboral

solo pueden contar consigo mismos. Mi plan era encontrar un empleo estable en algo que me gustara.

Mi primer contacto con la vida profesional consistió en hacer prácticas en el ámbito de la dramaturgia musical. Una actividad sorprendentemente tediosa y aburrida que incluía preparar muchos cafés y hacer fotocopias. Mi mentora, una mujer de treinta y tantos años que cambiaba de teatro y de ciudad cada dos años, siempre hacía la pausa del almuerzo demasiado tarde. Yo solo era la profesora en prácticas que asistía como oyente a las clases de su mentora, así que me adapté. Cuando por fin llegábamos las dos a la cantina, al entrar ella gritaba: «¿La freidora aún está caliente, Harald?», porque ya no quedaba comida normal. Me alimentaba mal, dormía poco, trabajaba todo el día y por la noche aún asistía a un concierto o a la ópera, pero el ambiente del teatro me gustaba. Incluí alguna actividad del teatro en la lista de posibles profesiones.

Mientras estudiaba también trabajé en la casa Buddenbrook. Uno de mis deberes consistía en recorrer las salas de exposición por las noches y apagar las luces, una vez hechas las cuentas. En ese recorrido me sentía como el ángel de la muerte, que arrastra la oscuridad a sus espaldas. Estuve un tiempo trabajando en el guardarropas del teatro y durante unas semanas limpié despachos desiertos; era tan aburrido que empecé a mover los objetos decorativos de los escritorios, cambiaba la disposición de todas las figuritas salidas de los huevos sorpresa, los pitufos, las plantitas y las fotos de familia, confiando en que al día siguiente los empleados se alegrarían. Pero, de hecho, cuando volvía a limpiar, todo ocupaba el mismo lugar de antes y eso me frustraba tanto que me despedí. Realicé otras prácticas —que debían abrirme un nuevo campo profesional— en la radiodifusión de Alemania del norte, en la redacción musical. Allí me sentí mal de inmediato, estaba rodeada de hombres que nunca dejaban pasar la oportunidad de advertirme que no contara con conseguir un empleo fijo, porque ningún jefe de personal sería tan tonto como

para contratar a mujeres menores de treinta años que se quedarían embarazadas en el acto y dejarían de trabajar. Por otra parte, las de más de treinta suponían un riesgo mayor —en serio, decían «riesgo»—, porque o aún no tenían hijos, de modo que el tictac de su reloj biológico era todavía más perentorio, o bien ya tenían una familia y por eso ya no se podía confiar en ellas como empleadas.

Así que al final de mis estudios decidí concentrarme en mi tesis, también con la esperanza de que, gracias al doctorado, me tomarían más en serio. La palabra «doctora» antes de mi nombre demostraría a mis colegas masculinos que podía jugar en su liga. Eso era absurdo, por supuesto; ninguno de los que trabajaban en la redacción musical tenía el título de doctor, pero en aquel entonces me parecía lógico que yo estuviera obligada a ofrecer más si quería llegar a alguna parte.

Cuando Alex tenía tres años me sentí preparada para retomar mi profesión, solo que no había acabado la tesis, ni siquiera había algo que pudiera retomar. No era solo que de pronto hubieran transcurrido muchos años, tampoco tenía la menor experiencia profesional aparte de aquellas miserables prácticas. Debía empezar de cero, pero para entonces ya era una de esas mujeres con hijo en las que ya no se podía confiar como empleada. De hecho, entre tanto, cargar con semejante día de trabajo, como lo había hecho en el teatro, se había vuelto imposible.

Cuando la profesora de Alex en la escuela de música dejó el trabajo durante un tiempo, la sustituí de manera espontánea y nada burocrática. En algún momento me asignaron mi primer curso propio, pero para mí todo eso solo debía ser una transición; en el fondo, más bien un favor que yo hacía a la escuela de música. Desde luego, no lo consideraba una profesión.

Luego, Helli empezó el parvulario y se hizo evidente que me había quedado atrapada: mi hija hubiese torpedeado cualquier empleo normal a jornada

completa. Cada dos días recibía una llamada porque se había caído del columpio, se había metido una alubia en la nariz o casi se había arrancado una oreja tratando de saltar de un lavabo mientras jugaba al escondite.

En algún momento las cosas parecieron mejorar y decidí que, cuando Helli fuera a la escuela, por fin intentaría volver a iniciar mi carrera profesional. Hice planes, me puse en contacto con antiguas compañeras de estudios, me hice fotos, las incluí en mi currículum y envié una solicitud a mi antigua universidad, porque me veía dando clases allí. Anhelaba demostrarme a mí misma que mi antiguo Yo aún existía, la Katharina que un día creí ser, esa mujer motivada, adaptable y competente. Pero entonces llegó Berenike y, cuando más adelante logré recuperar el impulso suficiente para seguir viviendo, Costas perdió su empleo, y en vez de poder hacerme cargo de mi familia y mantenerla, me convertí definitivamente en maestra de música, lo que incluía transportar niños de un lugar a otro.

Con el tiempo me he vuelto acomodaticia. Al menos me alegro de hacer algo relacionado con mi formación. Doy clase en el parvulario, en la escuela de música y, durante diversas semanas dedicadas a proyectos, en las escuelas primarias. No resulta satisfactorio, no supone un reto intelectual, no deja huellas visibles, las horas dedicadas a la enseñanza apenas conforman algo que podría denominarse un empleo, pero me divierte y es mejor que nada. En los días buenos logro convencerme a mí misma de que hago un importante trabajo de base. Que supone una aportación mucho mayor a nuestra sociedad entonar canciones infantiles con niños pequeños y maltratar instrumentos tipo Orff que redactar artículos sobre temas científicos y meterles todavía más información en el cerebro a alumnos desinteresados. En los días malos siento náuseas al pensar en lo que podré contemplar retrospectivamente en mi lecho de muerte.

—Theo puede quedarse en el sofá hasta que se encuentre mejor —digo—. Pero ahora he de ser descortés y debo dejaros solos. Tengo que estar en la estación de tren dentro de menos de media hora.

Heinz está sentado en el sillón observando cómo Theo, con los ojos cerrados y el dorso de una mano apoyado en la frente, imita a una señorita indispueta. Bebo un rápido sorbo de té de la taza de la Barbie y subo a la habitación. Mientras me desvisto, reflexiono si aún me queda tiempo para hacer la cama de la habitación de huéspedes. Pero entonces me vería obligada a decepcionar a Sissi una vez más, y se ofendería mucho si averiguara que la había dejado de lado por culpa de una manta. Solo son las cinco y media, la noche aún es larga, la cama puede esperar.

Voy al baño en ropa interior y me aseo un poco mientras canto el terceto de *Così fan tutte* y me aplico abundante desodorante. Cojo mi perfume del estante, uno que uso muy rara vez, se llama Zen y es de una empresa japonesa, es tan viejo que quizás hace años que no lo elaboran. Eso tampoco tiene importancia para mí, porque tal vez no vaya a necesitar otro frasco de perfume en esta vida. Me lo aplico en la nuca y después un poco en las bragas, a la altura del vello púbico, corto y áspero. Es una costumbre de un tiempo pasado y no guarda relación con Kilian. Contemplo mi rostro en el espejo, me paso las manos por el pelo y muestro los dientes para comprobar si están limpios. Hace una eternidad que no veo a Kilian. Fue mi compañero de piso durante los años de carrera, pero sobre todo era un amigo, aunque en aquel entonces no lo hubiera denominado así porque me faltaba experiencia para juzgar lo que significa la amistad. Cuando conocí a Costas, nuestra era llegó a su fin. Después perdimos el contacto durante mucho tiempo. Hace seis años Kilian me envió un mail en el transcurso de un período sentimental en el que al parecer dedicó mucho tiempo a buscar en internet a antiguos compañeros de estudios y amigos del instituto. Es fácil encontrarme en línea: mi nombre

aparece junto a una foto en la página inicial de la escuela de música. Desde entonces nos escribimos de vez en cuando; nuestros mails siempre comienzan con una minuciosa disculpa por haber tardado tanto en responder. Hace dos años quisimos encontrarnos en Hamburgo, él tenía un concierto allí, pero ese día Helli se escapó de la escuela tras una pelea con la maestra y desapareció durante cuatro horas, así que tuve que anular el encuentro. Ahora por fin su camino lo conduce a Lübeck, donde dará un concierto y pasará una noche con nosotros. Puede que también quiera ahorrarse el hotel, y de pronto lamento haber comprado la botella de Martini.

Siempre me resultó difícil separar lo práctico de lo romántico. Al fin y al cabo, compartir un envase de zumo puede ser ambas cosas, y temo que en muchos casos me he equivocado al interpretar las señales. No reconocí la amistad y tampoco el amor cuando me salía al paso. Pero Costas me cortejó de un modo curioso y planeado. Nos conocimos en una fiesta en la que durante mucho rato le bastó con una copa de vino tinto, mientras que yo —al igual que todos los demás— bebí todo lo posible y todas las mezclas a mi alcance. Cuando era estudiante asistí a numerosas fiestas: estudiar e ir de juerga parecían actividades que abarcaban todos los ámbitos de la vida y cubrían todas las necesidades básicas. La cultura, los contactos sociales, comer y beber: no necesitaba más. Ni siquiera era consciente de que vivía en una de las ciudades más bonitas de la República Federal, donde cuando sopla el viento del oeste el aire huele a mar y forma las más increíbles configuraciones de nubes en el cielo. Mis últimos años en casa habían estado marcados por la ausencia de mi madre y por una atmósfera en la que la tristeza y la soledad de mi hermana y mi padre flotaban como una bruma a través de la cual me abría paso todos los días. En cuanto llegué a Lübeck y ocupé mi habitación de universitaria en un piso compartido, noté la intensidad de los colores, lo fácil que resultaba respirar, con cuánta nitidez sonaba mi voz, y eso me gustó tanto

que me acostumbré a reír más sonoramente que los demás cuando algo me hacía gracia. Comprobé que podía prorrumpir en carcajadas y las soltaba en cualquier momento y lugar: abría la boca y dejaba que brotaran. En las fiestas podía escuchar mi propia risa que flotaba como una bengala por encima de los murmullos de los otros y de la música de los altavoces. Bebía mucho porque eso hacía más fácil todo lo que ya era fácil.

Más adelante, Costas me dijo que lo que lo atrajo fue la risa. La oyó y la siguió, y estuvimos charlando hasta que tuve que ir corriendo al váter para vomitar. Después él desapareció y era improbable que volviéramos a vernos en un tiempo previsible, porque los arquitectos y los músicos rara vez coinciden. Pero Costas tomó cartas en el asunto a su modo: con determinación pero de manera sutil y, justamente por eso, sostenible. Me descubrió el juego desde el principio.

Un martes por la mañana estaba sentado en un banco ante el que yo pasaba de camino a la universidad. Nos saludamos y me alegré de volver a verlo, pero tenía prisa y no sabía cómo entablar una conversación después de que nuestro último encuentro acabara de un modo tan abrupto y poco agradable. Pero el siguiente martes Costas volvía a estar sentado allí, y también al otro. La segunda vez llevaba un paraguas para no mojarse y leía un libro. Nos saludamos, nos sonreímos e intercambiamos unas palabras. El cuarto martes me senté a su lado para charlar unos momentos más, pero no quise mostrarme insistente. A lo mejor no estaba sentado allí por mí, quizás en su casa el olor era desagradable y por eso se pasaba las mañanas sentado en un banco. Tal vez, después de que yo pasara, acudía la mujer a la que realmente esperaba. Quizá solo se trataba de una costumbre suya.

Mi expectativa ante nuestros encuentros aumentaba al mismo ritmo que el temor de que no estuviera sentado allí. Pero Costas se tomó su tiempo; ya en aquel entonces había comprendido lo que por lo visto yo nunca aprenderé: que

lo bueno lleva su tiempo. Por otra parte, él no tuvo que descubrir que a veces a uno el tiempo se le escapa y las personas se marchan aunque prometieron aguantar hasta Navidad.

Me visto con la mayor rapidez posible, porque de lo contrario la tentación de palpar el Algo es demasiado grande. Solo acabaría por comprobar lo mismo de siempre: que está allí, del mismo tamaño, insensible e inmóvil; las peores características cuando uno confía en un diagnóstico benigno. No tengo ni idea de cómo lo sé, supongo que por las revistas que venden en las farmacias. En los últimos años, mi bloqueo de pensamientos debe de haber pasado por momentos de debilidad. Opto por ponerme una camiseta negra, por encima una cazadora marca Wollwalk de lana negra donde no se notan las manchas de sudor, que estiliza la figura, abriga y es adecuada para cualquier ocasión. Es mi uniforme para las situaciones que, en cierta medida, exigen confianza en uno mismo. Con una cazadora negra Wollwalk ninguna mujer de unos cuarenta años hace el ridículo en ningún lugar de Alemania. Permanezco un momento ante el espejo del armario, me inclino hacia delante y contemplo mi cara, mi buena y vieja cara sonriente que presenta el mismo aspecto de siempre: cejas arqueadas que confieren una permanente expresión de asombro a mi mirada, labios un poco demasiado suaves y carnosos que se agrietan cuando hace frío y cuyos bordes se vuelven azulados. Sonrío, levanto la nariz y me fijo en el punto donde se tuerce. Me pongo seria y luego sonrío de nuevo: mi nariz vuelve a estar torcida. Mientras vuelvo la cabeza hacia un lado y hacia el otro para contemplar mi nariz desde diversos ángulos, me invade una trágica mezcla de entusiasmo y desesperación. Negarlo es imposible: mi nariz es asimétrica. Me parece maravilloso, distintivo y además siempre fue así, ¿o acaso el cambio se ha generado en los últimos años? ¿Qué significa? Aunque

en el pasado nunca había deseado poseer una nariz distintiva y asimétrica, ahora que la he descubierto me alegro. Lo que me agrada en otras personas es precisamente lo torcido, lo irregular, lo desparejo. Costas, que aún parece salido de un catálogo de moda masculina, ha ocultado muy bien sus imperfecciones, pero a lo largo de los años las he descubierto todas y conservo ese saber como si fuera un secreto. Una nariz torcida proporciona algo audaz a mi rostro amable e inofensivo y, al mismo tiempo, es como si alguien gritara en mi interior, a todo volumen y con respiración prolongada. No quiero oírlo, pero lo oigo, como un zumbido en los oídos: «¡Demasiado tarde —grita—, demasiado tarde! Ojalá hubieras descubierto tu nariz a tiempo, ahora es demasiado tarde. Pronto esa nariz audaz solo servirá de alimento a los gusanos.»

De camino al teléfono fijo echo un vistazo a los señores que siguen instalados en la sala de estar; no puedo evitarlo, es como una obligación. Esta gente vino con sus propias bebidas sin ser invitada, así que dadas las circunstancias nadie puede exigirme que sea una anfitriona excelente. Theo vuelve a estar sentado y charla con Heinz, cada uno sostiene una taza de té; la tetera aún está casi llena. Heinz debe de haber ido a por tazas, pues la de la Barbie sigue sobre la mesa. Los saludo con la mano, separo el pulgar y el meñique y me los llevo a la oreja como un auricular de teléfono. Vuelvo a pasar por la sala de estar con el teléfono en la mano, los saludo e indico que recorreré la sala, como si formara parte de una comedia: mujer pasa corriendo junto a la puerta y hace gestos. Mientras tanto, marco el número del móvil de mi hermana, echo un vistazo a la jaula de los conejillos de Indias debajo de la escalera, donde todo está tranquilo y sereno, y voy al cuarto de baño para

recoger las cosas de Helli. No hace falta que entre en su habitación, puedo sacar la ropa de la secadora.

—Por fin—dice Sissi.

No me atrevo a iniciar la conversación diciéndole que solo disponemos de unos diez minutos. Fuera, en el pasillo, oigo el pitido de mi móvil apoyado en la cómoda. Sissi habla y yo corro de un lado a otro recogiendo cosas para Helli. Mentalmente, repaso la rutina habitual de una adolescente para no olvidar nada: cepillo de dientes, pasta dentífrica, champú, gel de ducha, desodorante, espuma fijadora, cepillo, crema antiacné, lápiz corrector, colonia. Helli usa una horrorosa con un aroma que me da dolor de cabeza, pero es barata y la venden en todas las parafarmacias. A su edad, solo le robaba unas gotas de colonia de lavanda a mi madre.

—No sé cuánto tiempo seguiré aguantando a Richard —dice Sissi—. De verdad. Creo que me voy a separar de él. Cuando llegue el momento, ¿podré quedarme en tu casa, tal vez durante un par de semanas? ¿Hasta que encuentre un apartamento?

En realidad, su compositor no se llama Richard. Él mismo se cambió el nombre a los dieciocho años, en honor a Richard Wagner. Cuando Sissi excepcionalmente tiene sus cinco minutos de maldad, dice que lo eligió por Richard Clayderman, pero solo lo hace cuando él no está presente. Nunca lo provocaría adrede. Y hasta ahora tampoco creí que fuera a separarse de él, pero hoy la cosa parece más grave que de costumbre, al menos me pregunta si puede quedarse en casa. ¿Qué pasará si esta vez lo dice en serio? ¿Qué pasará si, además de todo lo que llevo encima, mi hermana se instala aquí? Por otra parte, hace tiempo que tiene un apartamento propio, uno de un único ambiente en Hamburgo-Barnbek; sin embargo, hace años que una amiga lo utiliza para reunirse con su amante casado y por tanto no está disponible las veinticuatro horas. Si lo he comprendido correctamente, su amiga pasa mucho tiempo allí,

de modo que Sissi tendría que empezar por echarla. Mi hermana aún conserva algunas cosas en el apartamento, de vez en cuando se traslada hasta allí, lava la ropa, se cambia, practica el violoncelo gracias a un vínculo especial con un conserje de la ópera. En todo caso, no vive con Richard oficialmente. Él necesita su espacio, aunque solo sea simbólico.

—Pues claro, siempre puedes contar con nosotros —digo.

Mientras tanto, pienso que sería mejor que me llevara dos bragas, quién sabe cuánto absorben los tampones, si Helli se acordará de cambiarlos a tiempo y cuánta sangre pierde mientras duerme. El ciclo de la lavadora ya ha terminado, también el de la secadora; con una mano tironeo de la ropa seca y la dejo en el suelo, meto la mojada en la secadora sin clasificarla, pongo el programa «secar para guardar en el armario» porque me gusta la expresión y considero que suena como si así no hubiera error posible. Casi siempre escojo ese programa. Hurgo entre el montón en el suelo en busca de las bragas de Helli.

—Es un egocéntrico —continúa Sissi—. Él es el único que decide y a mí que me den. Creo que le da igual si estoy allí o no. Para él solo soy algo, como un abrigo.

Me parece una buena comparación, pues un abrigo es bastante útil pero no vital. Por otra parte está la siguiente pregunta: ¿de verdad hay personas que resultan vitales para otras?

—El sábado pasado estábamos delante del cine —dice Sissi—. Sabine, Frank, Michaela, toda la gente, y habíamos de hacer cola un par de minutos porque era sábado, Dios mío. Es lo que cabe esperar cuando uno va al cine en un día así. Todos estábamos de buen humor, y Sabine y Frank nos mostraron fotos de sus hijos en el móvil. De pronto, Richard interrumpió la conversación y dijo: «Me voy a casa, que os lo paséis bien.» Todos intentaron convencerlo, pero nada. Ni siquiera se puso dramático, solo quería ir a casa, había

cambiado de idea, prefería estudiar una partitura en vez de ver una película de Tarantino, qué sé yo. Y entonces yo también decidí irme, no podría haber disfrutado de la película ni un minuto si me hubiera quedado, pero él nunca tiene en cuenta esas cosas. Después de tanto tiempo, sigue sin comprender lo que siento. De camino a casa le pregunté qué mosca le había picado para dejarlos a todos plantados, que al fin y al cabo son nuestros amigos, etcétera; y entonces, en tono serio, él dijo que había decidido cuidar mejor de sí mismo, que últimamente había comprendido que se adaptaba demasiado y que con demasiada frecuencia hacía cosas que no quería hacer solo porque los demás esperaban que las hiciera. Que a partir de ese momento quería prestarse mucha más atención a sí mismo y cagarse en las convenciones, y que dejar plantados a los amigos de vez en cuando formaba parte de ello, cuando uno nota que en realidad no tiene ganas de estar con ellos. «¿Y qué pasa con la cortesía? — pregunté—, ¿con los compromisos, la confianza y todo lo demás? ¿Es que a partir de ahora solo hemos de hacer planes provisionales, porque puede ser que de pronto se te ocurra que no tienes ganas de hacer algo y prefieres volver a casa?» Y él dijo: «Sí.» Se limitó a decir: «Sí.» Y me quedé de piedra, aunque en el fondo comprendí a qué se refería y pensé que tenía razón: primero hay que averiguar lo que uno quiere de verdad, etcétera. Le pregunté: «¿Y qué pasa conmigo?» Y él contestó: «Podrías haber ido al cine, ¿no? No estamos hablando de ti.» ¿Lo comprendes, Kathi? Lo dijo así, literalmente: «No estamos hablando de ti.»

—Mmm —murmuro, y cierro la cremallera de la bolsa de gimnasia de Helli con los dientes.

—Quiero decir que ya sé lo que le pasa. Siempre ha hecho lo que debía, siempre se ha adaptado como los demás esperaban de él, es una especie de pubertad tardía. Ahora tiene que averiguar qué quiere realmente, qué le gusta y qué no, lo que encaja con él y lo que no. Y en esos casos, uno empieza siendo

un tanto excesivo; de jóvenes nosotras también lo fuimos y ahora Richard lo está recuperando, pero no sé si puedo acompañarlo en este viaje. ¿Qué pasa si la semana que viene, mientras el indio le prepara su curri vegetal en la estación de tren y tiene tiempo para reflexionar, se da cuenta de que no tiene ganas de estar conmigo y que solo seguimos juntos porque es lo que hacen todos o porque yo insistí o porque hasta ahora ha sido demasiado perezoso para separarse?

Ese es su auténtico temor. Es lo de siempre, no guarda la menor relación con los impulsos de una pubertad tardía de Richard.

—Sissi —digo, y tomo aire.

Ya he recogido todas las cosas de Helli, forman un montoncito en el suelo, solo debo meterlas en una bolsa, luego echar a dos señores y después conducir a la estación como alma que lleva el diablo; ya me he retrasado demasiado para llegar puntualmente y saludar la llegada del tren sonriendo y agitando la mano.

—Tengo que irme. Kilian me espera en la estación.

—Ah, entiendo.

Después calla, pero no soy capaz de colgar el auricular.

Ya hace casi seis años que Richard es el compositor de Sissi. Mi hermana tuvo la mala suerte de enamorarse de él precisamente cuando su reloj biológico empezaba a hacer tictac. Por desgracia, el compositor le hizo saber que, aunque era capaz de imaginar una familia y los niños le gustaban, a la larga le supondrían un esfuerzo demasiado grande. En cierta ocasión le expliqué que existe una diferencia entre los hijos ajenos y los propios, con la esperanza de que cambiara de parecer. Cuando recibes la visita de niños ajenos uno se agota enseguida porque quiere que estén contentos y satisfacer sus necesidades. Con los propios, las condiciones mejoran rápidamente, aparte de que no es necesario estar siempre al cien por cien para poder

prestarles la atención adecuada; es como aprender una lengua extranjera: al principio hay que traducir mentalmente palabra por palabra, construir una frase, pelearse con la gramática, pero, poco a poco, con los meses y los años, se vuelve más fácil, más fluido, uno tiene fragmentos de frases preparadas y por fin toda una colección a la que puede recurrir porque deja de pensar en la propia lengua. En cambio, quien no tiene hijos propios o no pasa mucho tiempo con ellos, permanece en el esforzado modo constructivo que consiste en acoplar un ladrillo al siguiente y ha de invertir mucha energía para aceptarlos como son. Richard prefiere dedicar toda su energía a la composición, toda su cotidianidad está dirigida a ahorrar energía o a incrementarla, todo al servicio de la composición. Practica al piano todos los días y lee partituras durante horas. Hace yoga, pasea, come muy bien, de una manera casi monótona pero sana. Intenta dormir lo suficiente y se toma muchas molestias con su peinado. Pero, por desgracia, la profesión de compositor no es tan sencilla, recibe escasos encargos, así que resulta práctico que su monótono estilo de vida sea tan barato. Hace años que logra mantenerse a flote, y seguro que se encuentra mejor desde que Sissi vive con él y se siente responsable de llenar la nevera.

Ella lo venera. Cuando me los imagino a los dos la veo languidecer a sus pies, tendida en un cojín de seda: es la clase de persona capaz de organizar algo así, pues puede adoptar una expresión tan devota como para despertar desconfianza; mientras Richard está sentado ante el piano con los ojos cerrados, con las manos alzadas y en una posición que le permite tocar un maravilloso acorde en el acto; en el fondo, en la pared, una foto de Franz Liszt de mayor, en la que parece el sabio jefe de los siux.

Sissi nunca se separará de Richard, así que no debo preocuparme: no se mudará a mi casa. Tampoco se separó de ninguno de sus otros artistas, sin

importar con cuánta frecuencia lo proclamara. Es incapaz de separarse y punto. Tal vez ella canta la canción del percebe.

Aún está al teléfono, pero guarda silencio.

—No te enfades, Sissi —digo—. ¿Quieres que te llame más tarde? ¿Dentro de alrededor de una hora?

—¿Dónde estás?

—En el cuarto de baño. Huele a quemado.

—¿En el baño? ¿Quemado?

—Creo que es la secadora —contesto, y me inclino hacia delante para olisquear el aparato.

—¿Olvidaste el suflé en la secadora? —pregunta, y ahora parece divertida.

Me inclino un poco más. Después grito:

—He de colgar, creo que la secadora se está quemando.

Mientras desenchufo el aparato y después corro hasta el lavabo y lleno de agua el único recipiente que encuentro —el anticuado *lota* con el logotipo de una empresa farmacéutica— llamo a Heinz y Theo. Vierto agua en las pequeñas llamas que surgen de la parte trasera de la secadora, vuelvo a correr hasta el lavabo y derramo más agua, las llamas sueltan chasquidos y humo. Mis vecinos aparecen en el cuarto de baño y se quedan contemplando la escena con fascinación.

Su única ayuda consiste en buenos consejos, consideran que una toalla mojada podría resultar prometedora y una llamada indignada al fabricante, imprescindible. Se burlan del *lota*, elogian mi presencia de ánimo por haber desenchufado el aparato sin parecer muy convincentes, apoyan la palma de la mano en la secadora apagada y, basándose en la temperatura del aparato, proclaman que lo más probable es que se trate de un fuego lento. Dicen que en

una ocasión asistieron a una conferencia de los bomberos acerca de ese tema. Saco la ropa húmeda del aparato y, en un esfuerzo conjunto, Heinz y yo levantamos la secadora. Theo, que parece asombrosamente entusiasmado teniendo en cuenta que hace un minuto aún estaba tendido en el sofá con su gran vendaje como un ciervo herido, nos dirige a través del pasillo. Jadeando, transportamos la secadora al jardín, la dejamos caer en la hierba helada y nos llevamos las manos a la espalda a la altura de los riñones. Entre tanto, seguro que Kilian está en la estación de tren, escudriñando la cara de todas las mujeres que se acercan a él.

—Deberíamos abrir la parte trasera de la secadora —dice Theo—. ¿Tienes una palanqueta?

Este es el momento en el que tengo que echarme a reír. No quiero hacerlo, pues en realidad quiero llorar, aullar en la oscuridad como un lobo y agitar los brazos. Quiero destrozar la secadora con un bate de béisbol y pegarles patadas en las espinillas a estos dos hombres tan poco prácticos que están en mi jardín. En vez de eso suelto una carcajada aguda y sonora, me inclino hacia delante porque no puedo respirar, los ojos se me llenan de lágrimas, gruño igual que un cerdo, chillo e hipo hasta caer sobre mi trasero como un saco de patatas, incapaz de mantenerme en pie. Hace mucho que Theo y Heinz ríen conmigo, para ellos unirse a la risa es una cuestión de honor. Si hubiese podido llorar, ellos también habrían llorado, desde luego: ambos tienen excelentes modales.

Finalmente me quedo sentada con las piernas encogidas en la hierba crujiente, Heinz está tendido por encima del aparato, Theo está en cuclillas y apoya la espalda contra la secadora, se cubre la cara con las manos, una de ellas envuelta en el vendaje, que brilla en la penumbra invernal.

—No sé si tenemos una palanqueta —digo—, pero iré a mirar.

Dentro de casa busco en los cajones pertinentes. En el cobertizo hay

herramientas, pero espero encontrar algo adecuado sin tener que ir. El cobertizo es propiedad de Costas y evito hurgar allí. Quizá tengo miedo de encontrar algo que no quiero encontrar. Regreso al jardín con un destornillador, una tenaza, un mazo, una pequeña llave inglesa y un cuchillo para cortar pasteles. De camino, me detengo un momento en el pasillo para echar un vistazo a mi móvil: aún no hay un mensaje inquieto de Kilian. El SMS cuyo pitido oí mientras hablaba por teléfono con Sissi es de Costas. Siento una punzada en el estómago que no dura más de un segundo y juro silenciosamente que leeré el SMS en cuanto haya apagado el fuego lento. En este momento, la presencia de Costas habría sido inútil, pero lo hubiera cambiado todo. Nunca debería haber consentido que aceptara ese empleo de puta en Berlín.

Lo que más complace a Heinz es el destornillador, pero el cuchillo resulta útil cuando la pared posterior de la secadora no se desprende de inmediato. Está muy oscuro, la escasa luz proviene de las ventanas de la casa. Los tres nos inclinamos hacia la parte trasera de la secadora y contemplamos sus entrañas con expectativa. Ninguno de los tres sabe qué aspecto tiene un fuego lento. Heinz inclina el aparato hacia delante para examinar el interior y lo golpea con el mazo, revela pasadizos y escondrijos secretos en los que podría ocultarse el pérfido fuego para aparecer cuando menos lo esperáramos, pero no hay nada que encontrar. Para asegurarme, cargo con un cubo de diez litros de agua desde la cocina y Heinz se encarga de derramarla por encima del destripado aparato.

Mis vecinos están de muy buen humor, se marchan alegremente a su casa y me alegro de haber podido endulzarles un poco este día lamentable, aunque para ello haya tenido que sacrificar un caro aparato. Reúno las cosas de Helli, meto la ropa mojada tirada en el suelo del baño en una cesta, cojo mi abrigo y me siento en el coche para, finalmente, ir a recoger a Kilian.

Las farolas iluminan los arbustos cubiertos de escarcha a derecha e izquierda de la calle. Hace mucho frío, no puedo acelerar tanto como quisiera; en el laberinto del barrio de edificios nuevos donde se encuentra la casa de los padres de Cindi, de pronto vuelvo a recordar el SMS de Costas y me detengo a la derecha para leerlo. Pone: «Punto muerto. Demasiado cansado para trabajar, demasiado hambriento para esperar el bufet. En tren Tú estarías aquí en tres horas: piénsatelo. Heinz puede cuidar de los niños. Esta noche me muero de aburrimiento sin ti. C.»

Me siento exhausta y al mismo tiempo terriblemente atosigada. ¿Qué debo contestarle? Al parecer, ha olvidado que hoy tengo visita. Tecleo: «En tren Tú estarías aquí en tres horas. Tu colega femenina puede ocuparse del bufet. K.»

En el fondo me conmueve que haya escrito «Tú» con mayúscula. Hace que sienta que me toma en serio y evoca sentimientos tiernos en mí. Mi Costas, que se toma las mismas molestias con las minucias que con las cosas importantes. Conecto el CD y sigo conduciendo para llevarle la bolsa a Helli.

Ahora Kilian está en la estación de ferrocarril. Joseph Protschka canta *Die alten bösen Lieder* y, demasiado tarde, noto que he cerrado los ojos y que el neumático derecho se ha montado en la acera. Es la última canción del ciclo y el texto es triste, pero no me provoca el llanto y eso es algo que aprecio mucho. El acompañamiento posterior del piano es otra cosa, me invade el alma y difunde un frío gélido. Heine sabía muy bien lo que hacía, y Schumann también. Escucho la canción y apago el CD antes de que empiece a sonar el alevoso piano y el cantante comente su desesperanza recordando el motivo de la decimosegunda canción. Puede que en mi lápida no deba aparecer un epitafio acuñado por mí, sino uno dirigido a Costas: «No te enfades con nuestra hermana, hombre pálido y triste.»

Ante la casa de Cindi hay una única farola de luz titilante. Aparco el coche justo debajo de la farola y, con la bolsa de Helli en la mano, me acerco a la

puerta bañada por el cerco de luz y llamo al timbre. Al principio nadie contesta, pero tras el segundo intento se abre la puerta y aparece un joven completamente desconocido cuya expresión refleja mi propia sorpresa.

—¡Vaya! —exclama—. ¿A quién tenemos aquí?

Me doy cuenta de que no está sobrio. Se aferra al marco de la puerta y me dirige una mirada seria y directa que demuestra que se esfuerza por disimular su estado. Los bajos de la música a todo volumen que suena en la casa producen una vibración apagada.

—Aquí tenemos a la madre de Helli —digo—. Con el cepillo de dientes.

Levanto la bolsa para que él pueda verla sin tener que bajar demasiado la vista. Helli aparece detrás de él, lo aparta de un modo casi maternal, no brusco, pero decidido y lo bastante firme como para que el joven no pierda el equilibrio ni la dignidad. Antes de que casi cierre la puerta y solo deje una rendija, capto un vistazo de la habitación más allá del recibidor: parece bastante poblada. Helli se da cuenta en el acto de lo que estoy pensando; su capacidad de adivinarme el pensamiento vuelve a dejarme atónita. ¿No cabría esperar que alguien que sufre una dolencia cuyo nombre incluye «déficit de atención» tuviera cierta dificultad para adivinar los sentimientos de los demás? Pero las madres no son personas normales, no todo lo que tiene validez para otros puede aplicarse a ellas. Quizá todas las madres son como un libro abierto para sus hijos, pero la mayoría de los hijos son demasiado corteses como para dejar que ellas lo noten. ¿Conocía a mi propia madre de esa manera? Más bien creo que yo era completamente ciega con respecto a ella.

En todo caso, Helli inmediatamente emprende una perorata destinada a tranquilizarme y que resulta eficaz:

—Solo es una pequeña fiesta, nada más. Roland ha aprobado un examen y ha invitado a unas cuantas personas. No se quedarán mucho rato, ha sido algo

espontáneo. Cindi y yo podemos participar un poquito, pero es la fiesta de Roland, después iremos a la habitación de Cindi para ver una película. Todavía queríamos pedir pizza para todos, eso es todo. Cindi y yo no tenemos nada que ver con eso. Hauke, el que te abrió la puerta, está un poco loco, no debes tomártelo en serio porque es inofensivo, de verdad, solo que nunca comprueba nada.

—Pues a mí me ha parecido que está bastante borracho —digo.

—Puede ser. Seguro que ya bebió antes de venir. Ya te digo: es rarillo. Los demás solo escuchamos música y celebramos un poco porque Roland ha aprobado ese examen.

—¿Qué examen?

—Ni idea. Siempre tienen exámenes en la universidad. Pregúntaselo a Alex. Espera, creo que fue de karate. Cinturón lila o marrón. Me da igual. Lo principal es que pedimos pizza.

—¿Cuánta gente hay allí dentro?

—Un par. Unos cuantos, no sé.

—¿Y dónde están los padres de Cindi?, ¿están en casa?

—No lo sé —dice Helli. Se vuelve, entreabre la puerta y grita—: ¡Cindi!
¿Tus padres están en casa?

La voz de Cindi resuena en el interior, parece tener la boca llena.

—Ahora mismo no. Vendrán más tarde. Díselo a tu madre.

—Pues de momento no están aquí —dice Helli, y vuelve a casi cerrar la puerta—. Pero vendrán más tarde.

El móvil suena en el bolsillo de mi abrigo; seguro que es Kilian que se pregunta por qué está solo en el andén oscuro y desierto. Le alcanzo la bolsa a Helli y trato de atraparla para darle un beso en la cabeza. Se lo doy en la oreja, pero ella ya ha entrado en la casa y me ha olvidado en cuanto me ha dado la espalda.

Saco el móvil del bolsillo, le doy a la pequeña tecla verde del auricular y digo:

—Katharina Theodoroulakis.

Pero quien llamara ya ha colgado. Corro al coche y, solo por costumbre, saludo con la mano en dirección a la puerta a través de la ventanilla mientras arranco, pero nadie me ve.

Me digo que Helli solo tiene once años, aún es una niña. Por supuesto que las fiestas le interesan, y tal vez también los chicos mayores. Y quizá también las bebidas alcohólicas. Pero para todo lo que va más allá del mero interés aún es demasiado temprano. Sin embargo, sé que eso no es verdad, que me estoy mintiendo a mí misma. Sí, lo creía... hasta ayer. A partir de hoy debería tener presente que he perdido la conexión con lo que Helli hace o deja de hacer y dónde se encuentra a estas alturas de su vida. En algún momento debe de haberse producido el gran cambio sin que yo lo notara, se ha superado un límite y no me he dado cuenta de ello. Puede que Helli todavía deambule entre dos mundos, que se encuentre en la confusa tierra de nadie entre la infancia y la pubertad, un ser intermedio, ni carne ni pescado, pero ¿no es justamente esta época la más peligrosa? ¿La época en la que la niña que aún es puede sufrir una herida que quizá la afecte y la traumatice para siempre? Temo que pase por experiencias destinadas a los jóvenes en las que —y eso es lo peor de todo— Helli se meterá por su cuenta porque su parte púber la impulsará a ello. Hago un esfuerzo e intento acordarme de mí misma, pero el único sentimiento que recuerdo de esa época —aparte de mis fantasías románticas con Dirk, el chico del coro— es el temor de sufrir vómitos y morir sola, sentada en el váter. Durante la transición entre la infancia y la pubertad no hubo fiestas, no para mí.

El día en que me di cuenta de que había superado el límite y entrado en el mundo de los adultos no fue espantoso. Fue más bien como si durante mucho

tiempo hubiese sido incapaz de ver con claridad y por fin me hubiera puesto unas gafas. Un día de otoño me quedé más tiempo en el establo porque soplaban el viento y hacía frío. Aunque la clase de equitación había terminado hacía rato, no tenía ganas de volver a casa en bicicleta. Me quedé en el cuarto donde guardaban las sillas de montar y jugué con los gatos del establo. Fui pasando por delante de los boxes y acaricié los caballos, recorrí los pasillos, soñé y reflexioné cuál de los caballos compraría si tuviera mucho dinero. En uno de los pasillos había una yegua a la que estaban preparando para un torneo; la dueña le trenzaba la cola, le lacaba los cascos y la observé durante unos minutos. En algún momento se abrió la puerta de la cuadra y condujeron a uno de los sementales al interior. Se llamaba *Florencia*, porque en ese establo todos los sementales llevaban nombres de ciudades: un hecho que en esa época no me extrañaba lo más mínimo. *Florencia* era un animal muy grande, nervioso y asustadizo. Un joven lo llevaba de la soga por el establo mientras le decía palabras tranquilizadoras. *Florencia* solía encontrarse en otra cuadra, separaban a los caballos de la clase de equitación de los de propiedad privada y de la zona destinada a la reproducción. Tal vez estaba tan nervioso por el entorno desconocido. Pero entonces descubrió a la yegua en el pasillo, se detuvo abruptamente y empezó a resollar como una locomotora. El joven intentó tirar de él, pero fue inútil. *Florencia* se despatarró jadeando y, como en cámara lenta, surgió su enorme pene, que colgó bajo su panza como un tubo.

Lo miré fijamente.

—Sacad a esa yegua de ahí de una vez —dijo el joven en tono irritado.

La dueña se apresuró a desatar a su yegua y la condujo a un box mientras *Florencia* temblaba, resollaba y piafaba como si se preparara para una corrida de toros. La laca de los cascos de la yegua aún estaba húmeda, la paja del box se quedaría pegada y supongo que también tendrían que volver a trenzarle la cola, pues las crines se aflojaban con cada movimiento. El joven arrastró a

Florencia hacia delante, le pegó una palmada en el trasero, tironeó, empujó y presionó hasta que por fin logró dejar atrás el box de la yegua.

Entonces se volvió y le gritó a la mujer:

—¡Sabes que las yeguas en celo deben estar en el box!

—¡Nadie podía saber que justo ahora dos tipos calientes pasarían por aquí!

—gritó la mujer.

Y entonces lo comprendí. Me di cuenta de que todo era muy distinto de como había creído. Eso de lo que hablaban los adultos, eso que contaban los anuncios publicitarios, eso que impulsaba a la naturaleza, los animales, las plantas, a toda la evolución: todo era sexo, ni más ni menos.

Pedaleé hasta mi casa y llamé a Ann-Britt por teléfono para hablar con ella del asunto, pero pronto me di cuenta de que no me comprendía. Para ella todo seguía siendo normal, sencillo y unidimensional. Las cosas eran como eran, carecían de doble fondo, de un segundo nivel. Tuvo que pasar un año antes de que ella cambiara de punto de vista y pudiese reír conmigo sobre el nuevo significado de las palabras. Porque todo nos parecía cómico. Las salchichas, el cable telefónico, las ramas, los instrumentos de viento de pronto se volvieron tan procaces que lo único que podías hacer era reír. Bolsos, paños húmedos, destornilladores, conejos, gasolineras, licor de huevo... ¿cómo no me había dado cuenta antes? A ello se añadían las conversaciones de los adultos, sus miradas, sus sonrisas al margen de los niños, que no comprendían nada. Ahora yo formaba parte de ellos y podía soltar risitas de complicidad. Comprendía el sentido de la ropa, de la moda, y de repente advertí que las palabrotas —que hasta entonces solo había clasificado según la reacción de los adultos— significaban algo muy distinto de lo que había imaginado. Cuanta más relación tenía una palabra con el sexo, tanto peor era.

Ya había pasado por un proceso similar mucho antes, en la escuela, cuando de un día para otro aprendí a leer. Antes me costaba un gran esfuerzo

descifrarlo todo, formaba las palabras letra por letra, pero de repente —como por arte de magia, como si le hubiera dado a un interruptor— lo que leía cobró sentido, las letras formaban palabras que conocía. A partir de ese momento empecé a leer todo lo que me caía en las manos y, aunque ello me gustaba y me brindaba nuevas oportunidades, a veces, agotada y nerviosa, maldecía mi nueva capacidad. Ansiaba poder volver a sentarme ante la mesa del desayuno sin tener que leer «copos de avena», «leche Hansano» y «muesli». De vez en cuando incluso sentía un poco de miedo, porque sabía que me era imposible regresar a un mundo lleno de signos sin significado.

En el caso de Helli, yo todavía no había notado esas miradas de complicidad, esas risitas de los iniciados, pero mi error había consistido en esperar esas señales. Los tiempos han cambiado, los tabúes han sido abolidos, todo ese secretismo ya no existe. Internet proporciona contenidos sobre sexo a cuantos se aventuran en la red y, en cualquier momento arbitrario, un pene real de caballo resulta innecesario como detonador para encontrar la salida de la tierra de nadie. Hace tiempo que el mundo de la adultez irrumpe en la infancia y la vuelve porosa e insegura. Hace tiempo que Helli se encuentra en un terreno inestable, y yo era demasiado estrecha de miras para verlo.

En este instante, mientras en la casa de Cindi se celebra una especie de fiesta adolescente, casi me alegro de que mi hija parezca una masa fermentada sin hornear, a lo mejor eso todavía la protegerá durante mucho tiempo.

A esa hora la estación de ferrocarril ya está desierta. Los que viajaban de Lübeck a su lugar de trabajo ya bajaron del tren, salieron de la estación, montaron en coches, bicicletas y taxis, partieron en varias direcciones, desapareciendo en la ciudad, los alrededores y la noche. Cuando paso junto al edificio me empuja un viento gélido en el que flota el olor a frío, a frenos de

tren y tal vez un hálito de algas y sal, un aroma al que mi nariz está tan acostumbrada que solo lo percibe si hay un contraste. En el coche huele a coche, fuera huele a mar.

Los adoquines de la plaza de la estación están dispuestos en filas uniformes pero desplazadas entre sí, de modo que vistos de manera vertical forman una hilera de casillas del Cielo y el Infierno, como en la rayuela. Siento en las piernas el impulso de saltar, la sensación se vuelve insuperable. Podría reprimirlo, hasta ahora he podido reprimirlo todo cuando ha sido necesario, pero aquí y ahora nadie me ve. ¿Qué puedo perder? Hasta tengo la sensación de que mis piernas tienen razón: salta, Katharina, salta mientras aún puedas hacerlo. Y salto. Primero apoyada en un pie, después, en ambos, me acerco al edificio de la estación, avanzo hasta entrar en calor y me invade una sensación de vivacidad insuperable. En ese estado me encuentro con Kilian.

Al igual que yo, ha envejecido. A diferencia de mí, en su caso supone una ventaja; siempre fue un muchachito menudo, delgado y con unos ojos infantiles demasiado grandes como para parecer viril y adulto. Por lo visto ha tenido que superar los cuarenta para convertir su aspecto infantil en encanto juvenil. Está en el edificio de la estación, a su lado hay una bolsa deportiva, la funda del instrumento y un amplificador de tamaño mediano. Examina los horarios de salida y llegada en la vitrina de la pared, aquí casi no hay nada con lo que entretenerse. Su largo gabán no parece muy grueso, es una especie de gabardina que uno no le recomendaría a nadie que midiera menos de un metro ochenta. Cuando se vuelve hacia mí —por supuesto que me ha oído llegar, pero espera ante la aburrida vitrina y finge estar sumido en la lectura de los horarios porque resulta que es un músico de jazz, y lo que más aborrecen esas personas es demostrar entusiasmo o impaciencia—, de inmediato veo las arruguitas en torno a sus ojos. Sonríe y las arrugas se extienden de los ojos casi hasta las orejas, solo interrumpidas por la gruesa montura de sus gafas.

Parece amable y experimentado y, junto con la alegría que me invade por el reencuentro, me asalta una punzada de envidia. Con su aspecto actual, debe de resultar atractivo para muchas mujeres, y eso que en mi imaginación de algún modo siempre me perteneció a mí en exclusiva. Todas las mujeres con cierto déficit de autoestima deberían buscarse un amigo con quien no pudieran mantener una relación.

—Dios mío, Kathinka —dice.

Su voz es más profunda de lo que recuerdo. Me pregunto si la baja un par de tonos adrede porque eso encaja mejor con su nueva imagen.

—Bueno... —digo, y me encojo de hombros.

Abre los brazos, ladea la cabeza y yo adopto una sonrisa condescendiente antes de entregarme a su abrazo.

En cuanto me enamoré de Costas, en cuanto mi cabeza o mi corazón o lo que, en última instancia, realmente compite con estas cosas optó por él y únicamente por él, me cegué. A partir de entonces, todo lo que veía estaba relacionado con él, porque si no era así, la cosa en cuestión perdía interés en el acto, la olvidaba, la pasaba por alto, no le prestaba atención. La relación con Costas bastaba para satisfacerme, las otras personas con las que debía relacionarme se convirtieron en sombras al borde del campo visual, y eso también incluía a Kilian. Pero antes no era así, antes de Costas, Kilian había ocupado un lugar fijo en mi vida; era mi compañero de piso, un muchacho enclenque pero lleno de energía, con un sentido del humor que no todos comprendían y que siempre tenía el aspecto de un escolar. Tenía escasa suerte con las mujeres, y como eso no parecía molestarlo me sentía muy bien en su presencia.

Hoy toca el contrabajo en una orquesta de jazz, de vez en cuando trabaja

como técnico de sonido y da clases. Pero en aquel entonces, en Lübeck, Kilian todavía estudiaba contrabajo clásico y cada vez que pulsaba las cuerdas del gigantesco instrumento hacía una mueca sin darse cuenta. Su madre es japonesa, antaño sus cabellos eran rizados y negros como el carbón, y era casi lampiño. Era desordenado y también un poco desaliñado; a veces acumulaba platos sucios en su habitación y en algún momento los lavaba bajo la ducha porque superaban la capacidad de nuestro fregadero. Cuando ambos estábamos en casa oía como ensayaba en la habitación contigua, a menudo eran escalas musicales, porque lo que más difícil le resultaba era tocar limpiamente. En cuanto hacía una pausa para ir a la cocina a fumar un cigarrillo, yo también interrumpía mi tarea y me reunía con él para preparar un té. Las otras dos compañeras de piso rara vez estaban en casa durante el día, ensayaban en la universidad y asistían a seminarios, se sentaban en las bibliotecas y las cafeterías, eran diligentes abejas universitarias que más adelante —eso fue lo que me contaron— se casaron y acabaron igual que yo.

Durante nuestras pausas, Kilian y yo solíamos sentarnos juntos; yo bebía té, él fumaba o liaba cigarrillos de manera incansable, y mientras tanto hablábamos de todo lo que se nos pasaba por la cabeza y nos interesaba: sobre teoría musical, por qué el jazz era mejor que la música clásica —una cuestión que en aquel momento le atraía muchísimo—, sobre mujeres, hombres y nuestras fantasías acerca de una buena vida. Casi todo giraba en torno al futuro, el presente solo era un trampolín desde el que debía empezar todo, allí lo único que podíamos hacer era ensayar. En el futuro residía todo lo bueno, lo correcto y lo que era digno de esfuerzo. Kilian no aspiraba a gran cosa: una familia, música, una casita en una zona donde hiciera calor en verano y nevara en invierno. Quería libertad, expresarse, establecer sus propias reglas, no tener un jefe y no rendirle cuentas a nadie. Quería comodidad, contemplación. La emoción, el movimiento y las experiencias de todo tipo ya se presentarían

inevitablemente debido a los numerosos viajes que conllevaba el hecho de tocar en una orquesta de jazz. No daba importancia al dinero, le interesaba mucho más encontrar el estilo correcto, porque al fin y al cabo también se podía vivir una vida estilosa sin dinero. En última instancia, solo había que conseguir que llevar prendas desgastadas fuera un sello personal. Kilian hablaba mucho sobre los modelos de gafas.

Cuando yo parecía deprimida me cogía la mano; si me quejaba de mi plan de estudios, se levantaba y me masajeaba los hombros. A diferencia de la época del instituto, durante la carrera tuve que aprender a aprender y a prepararme. Una vez él me encontró en la cocina. Era muy tarde y yo, temblorosa y exhausta, bebía una taza de leche caliente. Estaba muy nerviosa por un examen y no podía dormir. Él me condujo a la cama y se tendió a mi lado, el vientre contra la espalda y, percibiendo su respiración en la nuca, me dormí en un par de minutos.

Consultaba a Kilian cuando me vestía para acudir a una cita, pues, al parecer, sentía gran interés por la ropa interior y tenía opiniones útiles. Le confesé mi dificultad en relajarme durante el acto sexual; él me recomendó técnicas y asentía a todo lo que yo manifestaba acerca del tema. Cuando me duchaba nunca cerraba la puerta, dejaba que Kilian me aplicara crema en la espalda y después lo abrazaba y besaba, a menudo debido a que mis sentimientos se habían desbordado por algo completamente diferente.

Recuerdo una mañana, tras un examen que no me había ido bien porque había dormido mal durante toda la semana, estaba agotada, como si tuviera resaca. Era temprano, tenía tiempo libre y estaba sentada a la mesa de la cocina como un animal herido, ante una taza de café sin leche ni azúcar porque me daba demasiada pereza ir a buscar ninguna de las dos cosas. Kilian se acercó. De mañana siempre se mostraba lacónico pero activo, y ese día se

preparó un abundante desayuno a base de fruta, yogur y una gran cantidad de copos de avena sobre los que espolvoreó cacao sin azúcar.

—Porque hoy es fin de semana —dijo.

Desde la muerte de mi madre, yo había abandonado cualquier intento de seguir una dieta saludable y todas las molestias que se tomaba Kilian para prepararse el desayuno me resultaban impresionantes. Se sentó a mi lado y empezó a comer. Todavía había café más o menos caliente en la cafetera y él se sirvió sin preguntarme, alzó la vista y murmuró:

—Tengo la boca llena, mejor que hables tú.

Pero yo no tenía ganas de hablar. El examen me inquietaba, siempre me sentía insegura en la asignatura de armonía. Todo me parecía lógico y adecuado hasta que alguien sugería otra cosa y de pronto mi propia teoría me parecía tonta y demasiado obvia.

—De acuerdo —dije por fin—. Entonces hablaré. En primer lugar, me sorprende lo mucho que piensas comer. Eres menudo y delgado, y supongo que tu estómago no será más grande que un pomelo, ni siquiera estando lleno. Si quieres meterte entre pecho y espalda todo lo que te has puesto en el plato, tendrás que comer muy despacio, para que el estómago pueda trasladar una parte al intestino antes de que lleguen más provisiones desde arriba.

Kilian soltó un gruñido satisfecho y asintió sin dejar de comer.

—Pero supongo que para tocar el contrabajo hace falta mucha energía —proseguí—. A lo mejor debería comer más copos de avena, así podría pensar mejor y no me haría falta especular sobre si la primera canción de *Amor de poeta* es en fa menor o en la mayor. Me inclino por el fa menor, pero entonces sería como un agujero negro: uno sabe que está ahí porque todo gira en torno a él, pero no hay modo de verlo. ¿Cómo se le ocurre a uno la idea de iniciar un ciclo de canciones con una pieza en la que el tono fundamental solo es un vacío? Qué locura.

Kilian bebió café para tragarse los copos de avena y pudo decir algo.

—Schumann estaba loco.

—Pero no en ese caso —aduje—. Es imposible interpretar semejante vida y obra siempre desde atrás, desde el final. Es una estupidez científica. Resulta que un autor muere de forma prematura y todos atribuyen a este hecho la rapidez con que llevó a cabo su gran producción. Como si el susodicho lo hubiese sabido previamente. Es tan tonto como cuando uno observa que en otoño hay muchos hayucos y dice que el invierno será muy frío. ¿Cómo habrían de saber las hayas qué tiempo hará dentro de dos meses?

Entonces Kilian rio y se limpió la boca.

—¿De qué hablas? ¿De árboles?

—¡No! —grito—. De la vida. De la obra de un ser humano. De lo que hace, de lo que crea y de todas las tonterías que cuenta la gente para dar sentido a la visión de conjunto.

—Pero es que la muerte forma parte de la vida —señaló Kilian. Dejó de comer y apartó el plato—. Si uno contempla la vida en su conjunto, la manera de morir también forma parte de eso; la manera de morir está oculta por todas partes como pauta, de modo que al final parece lógica. Si alguien fuma constantemente sufre cáncer de pulmón; si uno siempre corre riesgos, al final cae al abismo, y si alguien es cuidadoso y frugal, vivirá muchos años y morirá aburridamente en su cama. Si las explicaciones pueden ser tan sencillas como eso, ¿por qué no podrían ser complejas también? ¿Por qué no habrían de encontrarse indicios de enfermedad mental en la obra de Schumann si al final fue su organismo quien decidió que ese camino era el que había de recorrer? Su muerte debe encajar con el todo.

—Ya, pero también puedes cruzar la calle y morir atropellado —objeté—. Puede que yo sea una persona frugal y tranquila, pero algún imbécil borracho

dobla una esquina y me aplasta. En ese caso, ¿cómo encajaría mi muerte con la visión de conjunto?

—Los científicos también podrán narrar tu vida a partir de este hecho. En vez de buscar indicios sobre tu muerte en tu obra o tu conducta, lo interpretarán todo desde el punto de vista de tu trágica muerte. Es imposible narrar una vida sin tener en cuenta la muerte en todo momento.

—No voy a creer a ningún contrabajista que se dedica a filosofar. Vuestro cerebro no está hecho para eso.

Me había despertado y estaba curiosamente inquieta. La cocina en la que me encontraba, que hacía unos instantes me parecía inútil, pequeña, ahumada y sucia, de pronto me resultó confortable de un modo informal, porque realmente era mejor mantener una buena conversación que tener la vajilla limpia, y cualquiera con dos dedos de frente lo sabría. En el fondo, el caos y la falta de higiene de nuestra cocina compartida eran una demostración de hasta qué punto estábamos concentrados en lo intelectual. Me puse de pie y fui a por leche y azúcar.

Nos quedamos allí sentados hasta la tarde bebiendo café. Kilian fue a su habitación en busca de unos libros para mí, los miré y los amontoné junto a mi taza. Él fumaba un cigarrillo tras otro, hablábamos y reíamos, y el tiempo se independizó y nos dejó en la cocina sin indicarnos su paradero.

Cuando se acabó el café instantáneo nos pusimos el abrigo y dimos un largo paseo hasta un supermercado que todavía estaba abierto. Compramos café, Martini y una única ración de lasaña congelada que después compartimos. No teníamos dinero para comprar dos.

Hace relativamente poco, en la sala de espera del pediatra, leí una revista en la que había una lista de preguntas que debían ayudarme a descubrir cuál de

los cinco tipos de felicidad era la mía. Contesté las preguntas mentalmente y sin reflexionar demasiado. Una era la siguiente: «Piense en un día de su vida que le gustaría revivir porque fue realmente feliz: ¿qué elementos contuvo ese día? A) Amigos y familia. B) Lugares exóticos, espectáculos naturales. C) Aventuras y emoción.»

Cerré los ojos un instante para recordar un momento de mi vida en el que me hubiera sentido dichosa y, aunque hacía años que no pensaba en ello, al instante recordé aquel día en la cocina del apartamento compartido en el que había mantenido profundas conversaciones de estudiantes con Kilian y comido lasaña congelada.

Después, cuando disponga de un minuto tranquilo, quiero hacer una lista que se titulará: «Días que me gustaría volver a vivir.» Dejo el día con Kilian en el pasillo de la casa de mis padres para volver a encontrarlo allí más adelante. Con toda seguridad, en esa futura lista también debería figurar uno de los días de la época en la que solo estábamos Costas y yo, cuando aún no había una casa, ni hijos ni conejillos de Indias. Seguramente será un día muy normal, uno de esos en los que veíamos la tele, íbamos a pasear y por fin nos dormíamos el uno junto al otro.

—¿Recuerdas esa vez que nos pasamos todo el día en la cocina? —le pregunto a Kilian.

Se pone el cinturón de seguridad tras haber hecho desaparecer el espejo retrovisor que aún estaba en el asiento del acompañante con envidiable elegancia.

—Por supuesto. Hablamos de libros infantiles y al final te hice un masaje en los pies.

—¿Libros infantiles?

—Resultó que de niños, a los dos nos gustaban los mismos libros. ¿No lo recuerdas?

—¿Libros infantiles? ¿Estás seguro?

Él ríe.

—Pues espero que al menos recuerdes el masaje en los pies. Porque lo hice lo mejor que pude: pensaba que con eso quizá podría demostrarte que yo era el hombre indicado para ti.

Río y no digo nada. No recuerdo ningún masaje en los pies y, de hecho, sus palabras me resultan un tanto sorprendentes.

El indicador de temperatura del salpicadero parpadea y pita para advertirme de la presencia de escarcha. Estrellas confeccionadas con ramas de pino artificiales cuelgan de las farolas y sus guirnaldas de luces resplandecen de un modo irritante. A lo largo del curso de mi vida, estas lucecitas se han ido volviendo más pequeñas y deslumbrantes. Con nostalgia, recuerdo las velas de plástico cálidas, poco luminosas y amarillentas de mi infancia. Recorremos calles donde se alinean casas de ladrillo detrás de cercos de cipreses, y en cada jardín delantero hay una guirnalda de bombillas colgada sobre un arbusto. Es el mismo aspecto que presentan centenares de ciudades y pueblos del norte de Alemania antes de Navidad. ¿Qué efecto ejercerá sobre Kilian esta discreción, esta moderación que aquí es inherente a cualquier estilo?

—¿Qué tal tu concierto? —pregunto.

—Divertido —contesta—. Interpretamos canciones navideñas, pero antes no tuvimos tiempo de ensayar. Creo que cada uno de nosotros las recordaba de un modo distinto, pero el público no lo notó. Creyeron que el jazz suena así.

—¿Tienes hambre?

—Un poco. Me dieron un par de bollos y me los comí en el tren. Supongo que formaba parte del pago, esos se sentían culpables.

—Aún tengo que hacerte la cama.

Ahora me gustaría redactar una pequeña lista, todavía hay muchas cosas en

las que debo pensar esta noche... Mentalmente, entro en casa de mis padres para dejar un par de cosas, pero el pasillo ya está ocupado por el día en la cocina del apartamento compartido y cambio de idea, porque ahora debo conducir y a mi lado Kilian charla en tono animado, y porque confío en que las cosas importantes se me ocurrirán cuando me encuentre ante ellas.

—Antes pasó algo muy cómico: Clemens intentó cantar *Suena, campanita* y no sabía la letra. Quise ayudarle y también empecé a cantar, pero yo tampoco me acordaba...

Kilian sigue hablando y, entre tanto, freno ante el semáforo y compruebo que el indicador de temperatura tenía razón cuando me advirtió. La calle está resbaladiza, pero conozco los caminos de aquí, cada curva, cada puente, cada lugar sombreado donde la nieve se acumula; podría conducir a ciegas porque hace mucho que vivo aquí. E incluso podría cantar la letra de *Suena, campanita* si me despertaran de un sueño profundo en medio de la noche. Puedo cantar la canción, silbarla y tocarla en diversos instrumentos, puedo enseñársela a los niños, explicársela e interpretarla con ellos. Si celebráramos una fiesta navideña con el grupo de la escuela de música, seguro que entonaríamos alguna variante de esa canción. En el grupo de la escuela de música nadie se rasga las vestiduras por los contenidos cristianos, en el parvulario los padres irían a las barricadas por una frase como «niño divino, qué bendición». Me gustaría coger a Costas de la mano y llevármelo a uno de mis cursos para mostrarle lo que soy incapaz de explicar: que cuando uno mantiene un contacto profesional con niños, siempre se enfrenta a toda la sociedad.

De repente me parece una irresponsabilidad haber dejado a Helli en casa de Cindi. Evitar un ataque de ira debido a la decepción, la visita de Kilian, un cuarto de hora a solas en el coche: nada de eso justifica el hecho de no habérmela llevado de inmediato cuando un chico bastante mayor que mi hija,

al que jamás había visto con anterioridad y que no parecía en posesión de sus facultades mentales, me abrió la puerta. ¿Qué clase de madre soy, que le brindo tan escasa protección a mi hija de once años? Una hija que quizá sufra TDAH, que encima puede ser una adicta y que está dispuesta a correr riesgos, que es casi incapaz de controlar sus impulsos y no tiene en cuenta las consecuencias; una hija para la que lo único que existe es el presente y lo que en ese momento le viene en gana. Empiezo a sudar. Kilian habla y habla, pero ya no puedo prestarle atención, las imágenes en mi cabeza me superan. Me detengo al borde de la calle y cojo el móvil sin apagar el motor. Tengo el número de los padres de Cindi en la agenda porque a menudo tenemos que quedar para la clase de equitación. Kilian parece irritado y enmudece.

—Seré breve —digo, mientras sostengo el móvil contra la oreja—. De lo contrario me volveré loca, por desgracia.

El móvil suena cuatro veces antes de que conteste el padre de Cindi.

—Estás en casa —digo.

—Pues claro —responde él—. ¿Dónde iba a estar?

«En casa de la señora de la limpieza», pienso.

—Antes, cuando le llevé sus cosas a Helli, no os encontré.

—Mmm —dice él.

De pronto la llamada hace que me sienta incómoda.

—Solo quería saber que todo está bien.

—Todo está bien —confirma él.

—Genial. Gracias por dejar que Helli se quede a pasar la noche en tu casa.

Se puso tan contenta...

—No hay problema.

—Pues que lo paséis bien. Buenas noches.

—Lo mismo te deseo —dice él, y pone fin a la conversación.

Kilian no ha dejado de mirarme de soslayo durante todo el tiempo. A la luz

de la decoración navideña de las farolas veo que se divierte mucho. Pongo el intermitente a la izquierda antes de volver a arrancar.

—No preguntes —digo—. No lo entenderías.

A veces se me ocurre que solo podría ser libre si mis hijos no existieran. Mientras vivan permaneceré maniatada y encadenada a ellos, torturada por las preocupaciones, carcomida por las dudas, y jamás podré tomar ni una sola decisión respecto de mi propia vida que no tenga en cuenta sus sentimientos.

Pero sé que eso no es verdad. Si ya no estuvieran, si estuviesen muertos... Nadie de este mundo es menos libre que los padres que han perdido a sus hijos. Lo sé. Costas lo sabe. Nos encadena sin importar las vueltas que dé la vida, para nosotros la posibilidad de ser individuos aislados ya no existe. En el caso de Berenike, el hecho de ser padres es fatídico y, a diferencia del caso de Helli y Alex, esa relación se ha vuelto inmodificable. Si pronto estaré bajo tierra, Costas puede volver a enamorarse cuando quiera, puede casarse con diez mujeres nuevas, a fin de cuentas, en su testamento pone que quiere ser enterrado a mi lado. A mi lado, porque soy la madre de Berenike y, a través de ella, ambos estamos vinculados por toda la eternidad.

Por fin la casa está desierta, a excepción de los conejillos de Indias. Theo y Heinz vuelven a estar juntos en su hogar, Barbie y Ken disfrutan de la velada del viernes en alguna parte, Helli se encuentra a salvo con una familia en la que su presencia no supone una carga, Costas pronto me enviará un SMS nocturno y yo no tardaré en mandarle una respuesta simpática, porque un SMS nocturno nunca debe recibir una respuesta mordaz o ambigua, ni por mi parte ni por la suya, dado que los dos necesitamos descansar. En nuestro matrimonio, los comentarios malvados a horas tardías se consideran crímenes de guerra y una infracción contra los acuerdos tácitos de los Theodoroulakis.

Kilian deja sus amplificadores en el pasillo, apoya la funda del contrabajo contra la cómoda y desaparece en el lavabo sin quitarse el abrigo. Cuando vuelve, dice:

—¿Queda cerca el mar?

—A un cuarto de hora andando —contesto—. Pero hoy hace un frío considerable.

—No importa, iremos de todas formas —dice, y me coge de la mano.

La suya aún está húmeda, pero eso no me molesta, pues al menos sé que tras visitar el lavabo se lava las manos y eso me resulta más importante que una mano secada con una toalla.

Él es el huésped, él puede decidir. Estoy muy cansada y en las últimas horas he tomado muy pocas decisiones propias, incluso para mis baremos. No he pasado la aspiradora en el piso de arriba ni he hecho la cama de la habitación de invitados, no he echado un segundo vistazo a mis correos electrónicos, seguro que la luz del contestador parpadea, tengo mucha hambre porque después del almuerzo solo he tomado té y orejones. A cambio he montado a caballo, he consolado a niños y he cargado con electrodomésticos en llamas. A pesar de todo eso, la perspectiva de dar un paseo hasta el mar me resulta atractiva. Hace semanas que no voy; en coche siempre conduzco en dirección opuesta y, aunque solo está a un cuarto de hora a pie de casa, no he logrado ir hasta la costa ni una sola vez. ¿Cuándo dispones de un cuarto de hora para ir a ver el mar en esta vida?

Vuelvo a ponerme todas las prendas de abrigo. Con el gorro, de pronto me siento ridícula ante Kilian, porque sé que no me queda muy bien. En cambio me sientan de maravilla los sombreros, por ejemplo los de verano de ala ancha, esos que hoy en día ya no lleva nadie, a menos que quiera llamar la atención; además, esos sombreros nunca han servido de nada en el norte de Alemania, porque hace demasiado viento. Pero con un gorro, mi cabeza ya de

por sí pequeña parece aún más pequeña, y en combinación con un abrigo grueso parece la cabeza de un alfiler pinchada en una albóndiga. Por debajo, mis cabellos asoman como la paja de los brazos de un espantapájaros, pero al menos hay cabellos: durante la quimioterapia, para alguien de mis características resulta imprescindible llevar peluca.

Sin embargo no me quito el gorro, me da igual lo que le parezca a Kilian, hace demasiado frío para la vanidad. Tras conducir el coche, tengo los dedos helados y entumecidos, y al cabo de unos minutos, después de abandonar la casa, los dedos de los pies anuncian que pronto estarán en el mismo estado. En todo caso, Kilian está de buen humor y recorre la acera con pasos de gigante.

Pero el mar, Dios mío, el mar. En mi imaginación se vuelve cada día más anodino, pienso en algas, medusas y playas pedregosas sembradas de latas de Coca-Cola oxidadas. En mi recuerdo, el mar es liso o rizado, gris o verdoso, y cada día que paso sin verlo con mis propios ojos su extensión y su aliento se reducen, y se transforma en un agua de olor penetrante, disponible a todas horas para alguien como yo. Estoy en medio del atasco del fin de semana, entre innumerables vehículos con matrículas de toda Alemania, y lo primero que me pregunto es qué buscan aquí esas personas. A veces pasan meses sin que vea el mar. Con frecuencia veo el río por el que los voluminosos barcos de pasajeros flotan como icebergs. Pero si uno cruza las calles desde nuestra casa y se encamina directamente hacia la playa, hay un momento en que los edificios del paseo marítimo dejan un hueco y se puede dirigir la mirada al mar abierto. Cada vez que llega ese momento me quedo sin aliento unos segundos, pues el mar nunca es anodino, aburrido y gris. En realidad, es lo único que merece la pena en este mundo, lo sitúa todo en la perspectiva correcta. La tierra que pisamos solo es una isla, los seres vivos que

conocemos son meros apuntes en un libro de texto. Nos consideramos grandes e importantes, pero allí abajo, en las profundidades, existen monstruos gigantescos que se reirían de nosotros si pudieran reír. Todo lo que hace de nuestro planeta un lugar especial está relacionado con el agua y, de vez en cuando, por ejemplo ahora, cuando estoy ante el mar Báltico congelado y miro de soslayo a Kilian, que parece contento pero un tanto impresionado, pienso que tal vez los hombres no pueden comprender cabalmente todas estas cosas. Sus cuerpos no están sometidos a ningún ritmo; ante un fenómeno como las mareas lo único que pueden hacer es investigarlo, jamás experimentarlo. En el pasado apartaba tales ideas de mi cabeza, porque son presuntuosas y contraproducentes para el importante asunto de la igualdad de derechos, pero cada vez más me invade la sospecha de que uno de los motivos de la rapiña y la destrucción a que ha sido sometido nuestro planeta es el hecho de que los hombres, y solo ellos, son desde hace siglos los que han tomado las decisiones. Lo ignoran todo sobre los ciclos y los ritmos.

—Como paseante no es necesario que pagues la tasa de balneario —digo—. Podemos pasear por aquí gratuitamente. Es estupendo, ¿verdad?

—Para un músico de jazz, nunca hay suficientes cosas gratis —responde Kilian—. ¿Eso de ahí son tómpanos?

En el mar hay una línea congelada que las olas no dejan de empujar, los diques golpeados por las olas están cubiertos de hielo, la arena bajo nuestras botas se parte a cada paso como la superficie de una *crème brûlée*. No imaginaba que la playa fuera a tener este aspecto, aunque en los últimos días ha habido una ola de frío como hace tiempo que no teníamos. El aspecto del hielo es tan bello que resulta doloroso, y encima las nubes no cubren del todo el cielo y dejan ver el estrellado firmamento nocturno, tal como suele estar cuando hace mucho frío. Incluso se ve la luna, una versión un tanto reducida, y me apresuro a comprobarlo en la guía: es menguante. Y en este preciso

instante lo comprendo: moriré. Todo esto seguirá existiendo; a veces, la orilla del mar estará helada; otras, brillará bajo el sol; otras, las tormentas otoñales azotarán su superficie; y yo no estaré presente.

—¡Guau, qué panorama tan estupendo! —exclama Kilian, y echa a correr por la arena hasta la orilla.

Los témpanos apiñados crujen y se parten bajo sus pies. Lo sigo y también pisoteo y rompo todo el hielo que puedo. Me ayuda un poco a combatir la sensación que me atenaza el pecho y me tensa la nuca.

Pisoteamos el hielo durante un buen rato, luego recorreremos la playa y disfrutamos del hecho de que sea gratis. O más bien quien lo disfruta es Kilian, lo sé porque no puede dejar de hablar de ello.

—Tasa de balneario —dice—. ¿Quién inventó esa mierda? Cuando tengo dinero, seguro que no me lo gasto en pasear por la playa, primero me compro algo para comer, pero sin un carrito de la compra, porque entonces debería meter una moneda. ¿De verdad llegué a afirmar alguna vez que el dinero no era tan importante, que lo principal es poder hacer lo que te gusta? Para serte sincero, creo que te envidio. Yo también quiero tener una casa, una cuenta en el banco, un crédito y un sueldo, como tú. Si pienso que por nuestra actuación de esta noche en el fondo nos han pagado con bollos navideños, se me quitan las ganas de reír...

No digo nada. Ni siquiera menciono que yo tampoco cobraré un sueldo —lo que de todos modos y en mi situación tampoco es que sea tan importante—, que por casi todo lo que he hecho en los últimos años solo he recibido bollos en pago, y que siento tanta envidia por lo que él ha aportado a este mundo con su música, algo que antes no existía, algo que él ha producido y que dejará una huella, que podría reventar.

El viento es gélido y sopla de mar a tierra, desde el horizonte, desde Escandinavia. Siento el frío en los pulmones, me lagrimean los ojos y la cólera por el Algo y toda su perversa existencia aún permanece, pero me ha invadido las piernas y las alimenta con la energía necesaria para dar pasos apresurados, uno tras otro, sin pausa.

—Voy a ser padre —dice Kilian cuando alcanzamos la parte empinada de la orilla.

—Enhorabuena —digo—. Por fin una buena noticia.

Mi alegría es sincera, aunque confirma lo que ya suponía antes: que hace mucho tiempo que no me pertenece solo a mí. Por otra parte, alegrarse es casi un reflejo. En cuanto uno mismo tiene hijos, de pronto deja de comprender cómo alguien se las arregla sin ellos.

—Más bien no —contesta él—. Apenas conozco a la mujer y tampoco quiero conocerla más íntimamente. Nos encontramos un par de veces en Berlín, cuando toqué allí, y ahora está embarazada y quiere que la mantenga, faltaría más. En estos casos ni siquiera te preguntan. Ella puede hacerse una prueba, ir al médico y tomar una decisión: tenerlo o no tenerlo. Pero a mí no, a mí me comunican muy formalmente que voy a ser padre y que durante el resto de mi vida tendré que pagar la manutención del niño. Solo espero que el pobre bebé no sea un varón.

—¿Por qué?

—El sexo incorrecto.

—Ya.

—No es solo que, como hombre, debido a un condón defectuoso (que por cierto salió del cajón de su mesilla de noche, no de la mía) puede encontrarse económicamente a la intemperie de un día para otro sin tener el menor derecho a veto. Eso solo es el final de la historia. En serio, lo leí por primera vez hace poco, es un problema de todo el mundo occidental: en todas partes hay

educadoras y maestras de primaria que consideran que los chicos no deben comportarse como tales. ¿Sabías que por eso los niños obtienen peores notas en la escuela? Las niñas, mucho más modositas, se quedan con todas las buenas notas y quien alborota o molesta queda excluido. Por lo visto, la mayoría de los que abandonan los estudios son varones. La lista de las desventajas es interminable. Los hombres mueren antes y están más expuestos a sufrir adicciones. Hoy en día, incluso los libros infantiles están repletos de chicas fuertes y listas, y en las series policiales de la tele siempre debe aparecer una comisaria que reciba apoyo y refuerzos por parte de todos. Como chico, y más adelante como hombre, tienes que limitarte a abrirte paso sin interponerte en el camino de nadie o venirte abajo. Es para echarte a llorar, ¿no te parece?

—Sí —digo—, para echarse a llorar.

Inspiro el aire frío y es como si así pudiese asimilar el mar y la arena y el cielo estrellado. Kilian y sus libros infantiles me hacen sonreír, por lo visto son importantes para él. Lo cojo del brazo. Está confuso, quién no lo estaría en su situación. Todo le parece injusto, interpreta todas las estadísticas de forma autocompasiva, incluso el hecho de que los hombres vivan menos que las mujeres debe de parecerle una traición del destino. Supongo que, para compensar lo de mi madre, lo de mi madre y lo mío, en alguna parte ha de haber otras mujeres que vivan hasta edades muy avanzadas a fin de que la estadística se mantenga. Y si Kilian inesperadamente viviera muchísimos años, quizá primero se sorprendería y después se daría cuenta de que entre los bebés varones la tasa de mortalidad es más elevada, lo cual hace descender el promedio. Pero hay muchas otras cosas de las que no se dará cuenta por sí mismo, no podrá verlo porque no le ocurre a él o porque no le interesa. Confirmado por la estadística o solo de un modo empírico: que las niñas reciben durante menos tiempo lactancia materna, por ejemplo; que en su

mayoría, las becas escolares las reciben los chicos, a quienes desde el parvulario les permiten mucha más agresividad, desobediencia y competitividad. Que en casi todos los deportes les exigen más. En cuanto a los libros infantiles, puede que jamás llegue a preguntarse por qué Joanne Rowling decidió ocultar su nombre de pila, y se reiría de mí si le dijera que fue porque una editorial temía que los chicos nunca quisieran leer un libro escrito por una mujer. Admitiré como problema complejo que al final sean los pobres y desfavorecidos varones quienes consiguen los mejores empleos, los puestos directivos y las medallas de oro, mientras que las mujeres con sus diplomas sobresalientes los saludan desde la segunda fila; un problema con demasiados factores como para poder generalizarlo. Quizá se sorprenda al descubrir el número de estudios donde se demuestra que en todos los ámbitos las mujeres son menos valoradas cuando se conoce su sexo, mientras que en los test anónimos su rendimiento no se diferencia del de los hombres. Ni siquiera empezaré a hablar de semejantes minucias, como las diferencias salariales, las condiciones profesionales más difíciles, las cuotas más elevadas del seguro médico, la esperada pobreza entre las mujeres ancianas y el hecho de que la mayoría de los beneficiarios de las ayudas públicas sin posibilidades de llegar a ser independientes siguen siendo las mujeres que crían solas a sus hijos. En cambio presiono el brazo de Kilian y me detengo. Una nubecilla pasa por delante de la luna, este lugar es tan bonito... Y entonces, a unos cincuenta metros de nosotros, en la playa helada iluminada por la luna, veo un zorro que avanza a lo largo del acantilado. No tiene prisa, no nos ve. Le resultamos completamente indiferentes.

Durante todo el día casi he logrado no pensar en Berenike, pero mis pensamientos son rebeldes: aparecen cuando les da la gana, como melodías

pegadizas, y si uno no se enfrenta a ellos con determinación, hacen lo que se les antoja. La banda sonora de la historia de Berenike es la *Elegía* de Fauré para violoncelo y orquesta. La melancolía inicial en la que se entremezclan los tonos como un sirope espeso, después el progreso regular sin prisa, el intento de alcanzar una normalidad a través de un ritmo conocido... pero de pronto estalla la ira, la apasionada rebeldía en la que la orquesta ruge como una tormenta y el violoncelo irrumpe como un relámpago, hasta que vence el agotamiento y al final no queda nada salvo la eterna e insaciable nostalgia en la que el violoncelo y la orquesta alcanzan un acuerdo.

Antes de que naciera Berenike arreglamos la habitación de matrimonio. Habíamos comprado un cambiador y lo encajamos junto al armario. Costas había construido una cama supletoria con una vieja cuna y la fijó al marco de nuestra cama mediante abrazaderas, de manera que, incluso adormilada, pudiera tender la mano y acariciar al bebé o trasladarlo a la cama cuando quisiera darle el pecho, y el bebé oiría mi respiración mientras dormía.

Helli había pintado un dibujo donde ponía: «Bienvenido, Osito de goma.» En la primera ecografía el bebé parecía un osito de goma y así fue como lo llamó durante mi embarazo. A lo mejor Costas y yo nos pusimos tan rápidamente de acuerdo sobre el nombre porque hacía tiempo que «Osito de goma» nos resonaba en el oído. El dibujo era un tanto psicodélico, no resultaba del todo idóneo para una habitación de bebé, pero era el único estilo en el que Helli podía dibujar; rara vez conseguía acabar un dibujo y, cuando tenía un buen día y lo lograba, parecía un viaje de LSD para niños. Sin embargo, colgamos el dibujo sobre la cama. Alex había comprado un móvil con su paga y Costas lo fijó al techo; era de animales marinos y procedía de una tienda de recuerdos cerca de la playa donde a veces se encontraba con sus amigos.

La diferencia de edad entre el nuevo bebé y sus hermanos formaba parte del

plan. Alex y Helli también se llevaban casi seis años y eso resultó muy práctico. No sabíamos si nuestro tercer hijo requeriría tantos cuidados como Helli y, según nuestra experiencia, era mejor tener las manos libres y que los hermanos estuvieran ausentes, al menos por las mañanas. Pero durante el embarazo ya noté que el Osito de goma era más tranquilo. Mientras que Helli nunca dejó de patear —más adelante llegué a sospechar que, en mi vientre, apuntaba sus patadas a los lugares donde causaba el mayor dolor—, Berenike dormía mucho y se movía de un modo soñador y prudente dentro del líquido amniótico. Me la imaginaba como alguien autosuficiente, hilada en su propia realidad, no afectada por acontecimientos exteriores y sin mayor interés por las reacciones del entorno. Cuando Costas y yo nos comunicábamos con ella mediante una pequeña presión, ella nos la devolvía, pero nunca más de una vez. Se negaba a jugar y jamás exigía atención por propia iniciativa. Por las noches, Costas apoyaba la mejilla contra mi barriga y escuchaba, y yo sabía que él creía que Berenike era como él y que eso le hacía feliz.

Todo lo relacionado con ese embarazo y ese parto estaba planeado y reflexionado. Ambos sabíamos que sería nuestro último hijo. Yo ya no me sentía con edad para enfrentarme una vez más a las exigencias físicas que suponía el embarazo, el parto y el amamantar. Al cabo de seis meses habría una plaza de docente libre en la escuela de música, y una antigua colega de la universidad, que por entonces trabajaba allí, me había indicado que recomendaría mi nombramiento si yo estaba dispuesta a presentarme. Costas había prometido pedir un permiso de paternidad; antes de su nacimiento ya habíamos encontrado una plaza en la guardería a la que nuestra hija iría cuando cumpliera un año y la habíamos inscrito. Nos sentíamos más capaces que nunca de estar a la altura de nuestra nueva tarea. Esa vez todo era diferente, dos adultos maduros y con experiencia se enfrentaban al asunto. Ya no éramos los universitarios enamorados que se olvidaron de los

anticonceptivos entre risitas y que después se enfrentaron a la cuestión temerosos, preocupados y confusos; tampoco los jóvenes padres entusiastas que creían saber cómo funcionaba todo y que, ingenuamente, creían en pautas y repeticiones que nunca más podrían volver a asustarlos. Habíamos logrado superar los primeros años con Helli sin volvernos locos o divorciarnos, y éramos lo bastante inteligentes como para considerar que otro hijo sería una aventura. Cuando Berenike nació no nos peleábamos, nos movíamos en un mundo de satisfacción hormonal y de un dinamismo voluntarista. Costas dibujó los planos de una trona de madera maciza, rodeó el estanque del jardín de tela metálica y me bajaba una caja tras otra llena de prendas infantiles del desván.

La noche en que me puse de parto, Sissi vino en coche desde Hamburgo y se quedó con los dos niños. La avisamos a las tres de la mañana y solo tardó una hora en llegar. Rompí aguas y ya tenía contracciones dolorosas, así que no dudamos en ir al hospital. De camino escuchamos los *Davidsbündler Tänze* de Schumann en el coche y me sentí tan fuerte e insegura, tan temerosa y contenta que la música parecía compuesta para mí personalmente. Cuando Costas cambiaba de marcha, yo apoyaba la mano en la suya y disfrutaba de su tibieza.

El parto se desarrolló sin complicaciones ni dramas. La comadrona nos aseguró que, si todo seguía igual, podríamos volver a casa a mediodía. Habíamos traído un pequeño asiento para bebés, una diminuta y abrigada rebeca, y un gorro con la imagen de un avión que Alex y Helli ya habían llevado cuando volvimos a casa en el coche.

Nadie sabe por qué de pronto todo dejó de avanzar. No hubo ningún aviso previo, el corazón no empezó a latir más despacio y las contracciones no se interrumpieron. Podrían haber preparado una cesárea de urgencia en diez minutos, pero a nadie se le ocurrió que eso pudiera ser necesario. En algún momento del parto, Berenike debió de decidir que quería permanecer en su propio mundo, que le bastaba con darnos unos golpecitos y después quedarse

en su realidad amniótica. No dejo de decirme a mí misma que la decisión fue suya, pues nada le impedía nacer y contemplarnos a Costas y a mí, sus padres. Quizás hubiese sido demasiado para ella. Tal vez, a medida que el parto avanzaba, notó que no soportaba los estímulos a los que de pronto se veía expuesta.

Me di cuenta de que durante las últimas contracciones ella no colaboraba, no dejaba de deslizarse hacia atrás, así que me esforcé por realizar el trabajo yo sola. Berenike nació a las ocho y doce minutos, pero debió de morir en algún momento de los diez minutos anteriores sin que lo notáramos.

Volver a casa con el pequeño asiento y el gorro no fue terrible. Explicarles lo sucedido a los niños, que, alborotados, corrieron hacia mí resultó posible. Pude sobrellevar el entierro. Cuidar de mi cuerpo, que había superado un parto inútil y que debía modificarse porque no había un bebé que necesitara su leche y su aroma, su tibieza y su piel suave, en gran parte resultó tolerable. Pero entrar en la habitación ya me resultó imposible. Contemplar el dibujo psicodélico de Helli y el móvil colgante de Alex, la cama de bebé adosada y el cambiador... Dormía en el sofá de la sala de estar. Por otra parte, Costas era incapaz de retirar las cosas del bebé. Vivía entre ellas, se bañaba en ellas, yo le gritaba que retirara la camita para que pudiese volver a la habitación, pero él se negó. Todo debía permanecer exactamente como estaba.

Solo después de seis semanas algo cambió. Entonces él desmontó las cosas y las guardó en el desván. Por la noche volví a tenderme en nuestra cama y me vi obligada a rechazar sus intentos de acercamiento, que me parecían absurdos. Los únicos momentos en los que ambos nos encontrábamos bien eran cuando nos aferrábamos el uno al otro y permanecíamos tendidos e inmóviles. La vida solo era soportable en esa posición.

Kilian va a ser padre y eso es una situación excepcional, una en la que nadie

está obligado a pensar de manera lógica y justa. Solo tiene miedo porque su vida ya no será como antes. No sabe la suerte que tiene.

Cuando volvemos a casa bebemos té con ron. Kilian ha traído el ron, una de esas pequeñas petacas que suelen exponer junto a la caja del supermercado. La lleva en el bolsillo del abrigo, en el mismo sitio donde yo guardo el cuaderno de notas. No es una infusión de manzanilla, sino un oscuro té de Assam con sabor a malta que compro a granel y conservo en una lata bien cerrada para momentos como este. Suelo beberlo a solas porque los invitados siempre quieren café y porque en la familia no le gusta a nadie más. Lo bebo cuando tengo la sensación de que no toco el suelo con los pies y no sé muy bien si no hace tiempo que me he caído al precipicio sin darme cuenta, como un estúpido héroe de dibujos animados. El ron endulza el té y el efecto térmico se duplica: al calor del té se suma el ardor del alcohol en las tripas. Tengo tanto calor que me sudan las axilas y, tras beber unos pocos tragos, me siento mareada y aturdida.

Kilian visita el lavabo por segunda vez y yo voy al pasillo a por mi cuaderno de notas, me dirijo a la cocina y me apresuro a confeccionar una lista:

Bebidas cuyo consumo me sienta bien
(sobre todo físicamente):

- Té con ron (los días fríos, cuando cae la noche).
- Café (de mañana y solo).
- Becherovka (alivia el dolor de la garganta como los caramelos para la tos de mi infancia).
- Whisky (sabor vaquero, estimula la seguridad en uno mismo).

- Leche caliente con miel (sin comentarios).

No puedo seguir porque Kilian está de pie detrás de mí; escondo el cuaderno de notas bajo el periódico de esta mañana.

—¿Tenéis animales? —pregunta él.

—¿Por qué?

—En el pasillo huele a animal.

—Son los conejillos de Indias. Tenemos la jaula en el hueco de la escalera. Hasta les hemos puesto una casita y un tubo para que se paseen, y de día les permitimos salir.

Me palmeo la frente, un gesto que solo hago cuando ya he bebido un poco. Como si bajo la influencia del alcohol tuviese que respaldar mis procesos mentales con movimientos. Golpearse la frente equivale a tener una ocurrencia, y si surge una ocurrencia hay que aferrarla, porque de lo contrario puede desvanecerse enseguida en la bruma del ron. Esta vez la ocurrencia es la siguiente: he olvidado de cerrar la trampilla de los conejillos de Indias. Mientras que hace unas horas aún estaba lo bastante lúcida como para preguntarle a Alex si les había dado de comer, yo misma he olvidado cumplir con mi tarea cotidiana, es decir, cerrar la trampilla de la jaula cuando oscurece. De día confío en que los conejillos de Indias decidan a qué temperatura quieren salir, en cambio de noche cierro la trampilla.

—Tengo que encerrar a los conejillos de Indias —digo, y me enderezo.

Tras mi anterior excursión por el pasillo sé que el efecto del ron se empieza a notar cuando te levantas, de modo que estoy preparada y, antes de dar los primeros pasos, me estabilizo apoyando las manos en el respaldo de la silla. Kilian me sigue hasta el hueco de la escalera. Y en efecto: los conejillos de Indias no están. Quién puede tomárselo a mal; casi nunca tienen la oportunidad de contemplar el cielo estrellado porque yo soy una persona muy concienzuda.

Tendré que incitarlos a entrar en casa antes de poner la tabla. Me llevo el móvil y Kilian me sigue al exterior.

Hace mucho frío. Por encima de nosotros, el firmamento resplandeciente, la Vía Láctea es fácil de identificar. Los comprendo perfectamente: no quieren perderse este espectáculo. En esta parte de la ciudad la iluminación nocturna es limitada, la gente corre las cortinas, para quienes viven aquí la intimidad es sagrada. Aquí todos disponen de una valla que bordea su terreno y también de una cerca. Durante un instante me mareo, por el ron, el frío, las estrellas que brillan en lo alto. Sobre todo por las estrellas. Al igual que el mar, sitúan mi existencia en un contexto completamente diferente. Kilian no parece sentir lo mismo, solo se vuelve hacia el jardín y grita:

—¡Hora de dormir para los conejillos de Indias. Todos adentro!

—Baja la voz —digo.

Él ríe.

—¿Acaso crees que tus vecinos ya están durmiendo? Solo son las siete.

«Las siete y ya estoy borracha», pienso, pero digo:

—Cuando todo está tan tranquilo no hay que hacer ruido. Además asustas a los conejillos de Indias.

—Comprendo. Me consideras un asustador de conejillos de Indias, ahora entiendo que es así como me ves. —Le pego un puñetazo en el brazo y él añade—: Además, no es bueno que todo esté tan tranquilo. Deberías agradecerme que haga un poco de ruido.

Me acerco al corral de los conejillos y pronuncio sus nombres en voz baja.

—¿Qué haces fuera con este frío, *Pink*? Entra, dentro hace calor, *Floyd*. Vamos, cariñitos, entrad.

El corral está desierto. Ilumino todos los rincones con el móvil, que al menos tiene una función de linterna, bajo las ramas y en el ladrillo de hormigón donde a veces se acurrucan. Entonces veo que una parte de la malla

de alambre está doblada, como si alguien le hubiera pegado una patada a la valla, abollándola y levantando el borde inferior. El hueco es tan estrecho que hubiese apostado que ningún animal más grande que una rana —y además provisto de un esqueleto— habría podido deslizarse por ese hueco. Pero los conejillos son capaces de cualquier cosa, como queda demostrado. No hay más remedio que emprender la búsqueda y albergar esperanzas. Porque si bien los conejillos son capaces de cualquier cosa, con estas temperaturas bajo cero no sobrevivirían una noche al aire libre.

—Mierda —digo—, ¿tienes tu móvil, Kilian? En vez de ser un asustador de conejillos de Indias puedes convertirte en un salvador de conejillos de Indias, para variar.

En general, los animales no acuden cuando los llaman. Tampoco son muy confiados, y ¿en quién podrían haber confiado excepto en mí? Viven debajo de las escaleras desde hace un año y medio. Esta vez fue Costas quien pudo elegir los nombres tras haber criticado los de sus antecesoras —*Ratzi* y *Putzi*— durante tanto tiempo que Helli y Alex se negaron a opinar sobre el tema.

También fue él quien insistió en comprar otros conejillos. Yo dije que los chicos ya eran demasiado mayores para seguir interesándose por ellos y, al fin y al cabo, ¿quién se ocuparía de los animales? ¿Acaso él? Pero tras reflexionar un par de noches, acabé cediendo. Dos nuevos conejillos de Indias, oficialmente para los niños, pero en realidad para mi marido. Al parecer, los conejillos eran lo bastante importantes para Costas como para impulsarle a salir de su estudio; hacía meses que no lo hacía y al menos comprendí que se trataba de su reacción ante la pérdida. *Ratzi* y *Putzi* murieron —lo llamativo es que lo hicieron con escasos días de diferencia, sospeché de Helli, pero por otra parte eran hermanas y tal vez habían nacido con una diferencia de segundos—, de modo que era preciso conseguir otros conejillos lo más rápidamente posible para llenar el vacío. Me desagradaba

recordar la época tras el nacimiento de Berenike en la que Costas se arrastraba hasta mi lado de la cama. Me veía obligada a rechazarlo, mi estado parecía resultarle totalmente indiferente. Aunque más adelante afirmó que su deseo incontenible por mí le resultaba inexplicable, yo tenía claro que, en última instancia, se trataba de engendrar un nuevo bebé lo antes posible.

Nos regalaron a *Pink* y a *Floyd*. Un chico de la misma clase de Alex había montado una especie de granja de conejillos en su casa. Pretendió que solo lo hacía por mero interés biológico, pero no logré desprenderme de la sensación de haber salvado a dos conejillos de Indias bebé de un destino potencialmente cruel. El chico las trajo en una caja de cartón y, como agradecimiento, aceptó un montón de tebeos del Ratón Mickey, que Alex había conservado durante años pero de los que por fin se deshizo. Costas salió de su estudio para observar a los animales liberados de su caja. Vacilaron unos instantes y abandonaron la caja en cuanto la dejamos en el suelo. Por más pequeños y jóvenes que fueran, no parecían sentir ningún temor. A día de hoy siguen siendo temerarios e intrépidos, se meten por cualquier agujero sin el menor escrúpulo y superan todos los obstáculos, impulsados por una curiosidad irresistible por lo desconocido.

Eso hace que buscarlos resulte especialmente difícil, porque no se les ocurre hacer lo que haría yo en su lugar: acurrucarse bajo un arbusto y esperar que los rescaten.

—¡*Pink!* —grito en medio de la oscuridad.

—*Floyd* —dice Kilian en tono seductor, e ilumina debajo del arbusto de grosellas con el móvil.

El césped cubierto de escarcha cruje bajo nuestros pasos. Noto que soltaré una risita, aunque no quiera hacerlo, por la voz de Kilian al pronunciar el

nombre de *Floyd*, por la silueta de su cuerpo encorvado que expresa tanto entusiasmo como cautela, empeñado en ser el primero en descubrir a los animales y convertirse en héroe. Pero, al mismo tiempo, temo que a esas horas algo pueda estar acechando entre las plantas del jardín. Observarlo resulta un tanto doloroso: las personas que se comportan como tales me conmueven.

—Pitas, pitas, pitas —digo—. Mininas, mininas.

Kilian me ilumina la cara.

—Estás loca, todos vosotros los estáis. ¿Y qué clase de nombres son esos?

—Nombres ingleses —contesto.

Kilian dirige el haz de luz bajo la cerca.

—¿Y esto qué es?

Se agacha, recoge algo pequeño entre la hierba, algo que no puede ser un conejillo, se endereza e ilumina lo que sostiene en la mano.

—¿Es un dedo?

—Ah, eso es de Theo —digo.

Kilian sostiene el pulgar con la punta de los dedos; sin una iluminación directa parece una colilla de cigarro o un trozo de salchicha.

—Antes lo estábamos buscando —digo—; Theo se alegrará.

Pero entonces me doy cuenta de que es demasiado tarde para volver a coser el pulgar. Theo solo podría embalsamarlo en resina sintética y ponerlo en su escritorio como pisapapeles. A lo mejor Heinz quiera triturarlo y convertirlo en glóbulos: quién sabe para qué podrían servir; puede que allí fuera alguien cante la canción del pulgar de Theo. Si mal no recuerdo, Alex también demostró interés por él. En todo caso, no soy yo quien ha de decidir qué hacer con el pulgar de Theo una vez desprendido de su mano, y limitarme a arrojarlo al contenedor de residuos biológicos me parece inadecuado.

—Se lo llevaremos a Theo y Heinz —digo—. ¡Pero silencio! —añado, y me llevo un dedo a los labios.

Kilian quiere decir algo, inspira y después cambia de idea y asiente con expresión seria.

Sin hacer ruido, me encaramo a la valla y él me sigue. Vamos siguiendo los árboles, la valla, el cobertizo de las herramientas para que no puedan vernos desde ninguna ventana. Nos iluminamos mutuamente una y otra vez, nos llevamos el dedo a los labios, gesticulamos o atisbamos en la oscuridad como indios de tebeo. Mientras avanzamos silenciosamente, alzamos las rodillas o agitamos la cabeza con cada paso, como las gallinas. Oigo hipar a Kilian, después suelta un gruñido nasal, yo misma debo detenerme un par de veces porque temo que las piernas no me sostengan debido a todas esas risas reprimidas.

Remontamos el camino de entrada de Theo y Heinz procurando no hacer ruido, la gravilla cruje, Kilian ilumina en todas direcciones como si asegurara el terreno. Depositamos el pulgar ante el umbral, pero volvemos a recogerlo: alguien podría pisarlo sin querer. Lo depositamos sobre el buzón, pero también descartamos eso. Me arrastro hasta una azalea que en la oscuridad parece un dragón agazapado, arranco una hoja y la pongo en el buzón debajo del pulgar. Apoyado en la hoja, el pulgar presenta un aspecto pacífico, la disposición no carece de dignidad. Kilian levanta la mano y chocamos los cinco en silencio, después emprendemos el camino de regreso, esta vez rápidamente y sin tener en cuenta el ruido, porque ya no logramos reprimir la risa ni un segundo más. Como adolescentes que acaban de gastar una broma tonta, echamos a correr a nuestro jardín, donde por fin, jadeando de risa, ambos nos aferramos.

—No veo el momento de que me cuentes la historia —dice Kilian cuando cobra aliento.

Pero antes de que yo consiga recuperar el control y pueda contarle la

historia del pulgar en el jardín, él descubre la secadora en medio del césped, la ilumina y dice:

—Y también la de eso.

De pronto ya no tengo ganas de reír, tal vez no sea una buena señal que aquí todo me parezca normal; puede que mi cotidianidad no sea tan de término medio como siempre supuse.

—¿Es una lavadora? —pregunta Kilian.

—Una secadora. Antes se incendió, aunque no sé cómo.

—Pero ¿ya no resulta peligrosa?

Se acerca al aparato sosteniendo el móvil como un arma cargada. No menciono el posible fuego lento. Como si fuera un policía de película que examina un objeto sospechoso, abre bruscamente la puerta de la secadora e ilumina el interior. Allí están *Pink* y *Floyd*, acurrucados y durmiendo como bebés.

Cuando Kilian y yo hemos trasladado cuidadosamente a los conejillos a casa y hemos cerrado la trampilla de la jaula, me dejo caer en el sofá y solo ahora me doy cuenta de lo muerta de frío que estoy. Tiemblo y tengo ganas de llorar. Me cuesta soportar la imagen de conejillos y bebés dormidos cuando es demasiado sorpresiva. Así que no solo tiemblo de frío, pero Kilian no lo sabe. Pide ponche caliente y encuentra otra petaca de ron en la maleta del contrabajo. Sabe preparar un ponche.

—El ron es necesario, puede llevar azúcar, el agua es innecesaria —dice y, tras echarme un vistazo, añade—: sé que se dice de otra manera, pero no sé hablar bajo alemán.

—Ya que estás en la cocina enciende el horno —digo—. Tengo lasañas congeladas, podemos compartirlas.

—Eres una sentimental, Kathinka. Quién lo hubiera dicho.

Kilian parece feliz y a mí me gusta hacer feliz a las personas, así que añado:

—También tengo Martini.

Él se acerca, se inclina y me da un beso en la frente, después desaparece en la cocina para preparar su receta de ponche.

Kilian es oriundo de Baden, su madre solo chapurrea el alemán y su padre rara vez abre la boca. Sería mentira afirmar que sé hablar bajo alemán, aún llegaría a comprender la receta del ponche, pero en las frases más largas se nota de inmediato que no es mi lengua materna. Al menos entiendo casi todo porque los padres de mi padre hablaban bajo alemán. Él se crio en el Geest, un tipo de terreno elevado de las llanuras del norte de Alemania, la parte de Schleswig-Holstein, el único estado que no tiene la menor oportunidad de atraer turistas porque no puede ofrecer paisajes atractivos. Mis abuelos maternos vivieron mucho tiempo en Flensburg. Cuando alcanzaron la edad de la jubilación se trasladaron a Dinamarca, a la patria de mi abuela. Desde allí rara vez venían de visita, y cuando lo hacían alborotaban toda la casa, de modo que en general me sentía aliviada cuando volvían a marcharse. Nunca los visitamos en Dinamarca; mi padre no quería pasar sus vacaciones demasiado breves en un país en el que uno no podía confiar en que el clima fuera propicio. Mi madre sabía danés, pero nunca nos habló en ese idioma siendo nosotros niños, de modo que no lo aprendí. Mi abuela murió a los sesenta y tantos de una enfermedad de la que no se hablaba en mi familia, aunque tengo mis sospechas. Después mi abuelo encontró una alegre compañera danesa y se quedó en el norte.

Mis abuelos, tanto los paternos como los maternos, siempre me resultaron ajenos, personas ancianas y extrañas cuyo mundo era tan distinto del mío que parecían surgidos de una época completamente diferente. Cuando murió mi madre acudieron al entierro, unos con la modesta presencia de los campesinos

del Geest, silenciosa e invisible dentro de lo posible; los otros ruidosos, alborotados y desconcertantes. Después nunca volví a ver a mi abuelo materno. Mi propio padre no parecía tener el menor interés en verlo ni en que lo tuviéramos presente en nuestras vidas y apenas pensaba en él. A Sissi debe de haberle sucedido lo mismo, pero de todas maneras en aquella época apenas pensaba en otras personas, a menos que se tratara de un compositor fallecido o de músicos vivos. Los padres de mi padre murieron pocos años después, y Sissi y yo heredamos una suma importante que en parte sirvió para financiar mis estudios. Un tío, el único hermano de mi padre, al que no he vuelto a ver desde mi confirmación, heredó la granja cerca de Leck. Mi madre tenía tres hermanos, pero después de que ella muriera no volvimos a mencionarlos, más que nada por falta de oportunidad. Por otra parte, todos vivían fuera de SchleswigHolstein y eso parecía tan lejano que estaba fuera de nuestro alcance. Más adelante, cuando apareció el correo electrónico, mis primas de vez en cuando enviaban un mail.

Tras la muerte de mi madre, nosotros tres —mi padre, mi hermana y yo— nos habíamos reducido a una unidad que ya tenía bastante con cuidar de sí misma. Solo más adelante comprendí que las familias pueden tener ramificaciones mucho más extensas y que uno puede convertirse en una araña en una telaraña, en la que cabe un montón de gente. Que eso es lo que nos sostiene. A lo mejor le pido a Sissi que invite a los hermanos invisibles de mi madre y a nuestros primos y primas a mi entierro. Me parece que cuantas más relaciones familiares tengan nuestros hijos, mejor.

Kilian trae una bandeja con dos vasos humeantes, hasta se le han empañado las gafas. Ha cogido vasos de agua y eso delata que es del sur de Alemania: una copa de ponche requiere un asa porque la bebida está hirviendo. Cojo el

vaso con la mano protegida por la manga del jersey y bebo un sorbito con mucho cuidado. El alcohol se me sube a la cabeza como un cohete de Nochevieja. Entre el traguito de ponche y el mareo no transcurren ni dos segundos; antes de beber otro trago cautelosamente pienso que Helli aún es una niña bastante pequeña que por las noches necesita a su mamá para dormirse. Sin embargo, bebo. Antes del tercer trago decido que, en caso de urgencia, tendré que llamar un taxi para recoger a mi hija. Antes del cuarto ya no pienso nada más. Los temblores desaparecen y el torrente sanguíneo transporta el alcohol hasta mis miembros, que de inmediato parecen peces muertos: una sensación agradable. Había olvidado por completo con cuánta rapidez el ponche me deja fuera de combate. Y si en este momento tengo un deseo, es este: que me dejen fuera de combate, dejar mi sensatez colgando en el armario y no tener que levantarme de este sofá durante un par de segundos.

Kilian se ha dejado caer a mi lado, muy junto a mí; en la mano sostiene la tarjeta postal de los maoríes.

—Yo también la recibí, exactamente la misma —dice—. Quizá siempre compra varias a la vez.

No sé a qué se refiere. Como si no tuviese importancia, vuelve la tarjeta del revés y lee lo que escribió AnnBritt. A mí no se me ocurriría hacer algo así jamás en la vida. Antes, cuando había tarjetas postales en el buzón más a menudo, siempre me limitaba a leer la dirección, de vez en cuando echaba un vistazo a la firma, pero nunca, ni durante un instante, sentí la tentación de leer frases que no estaban dirigidas a mí. Por otra parte, supongo que jamás ponía algo que yo no debiese saber. Ponía cómo era el clima en Italia o lo cómodo que era el alojamiento. Hace años que apenas llegan tarjetas postales, excepto las de Ann-Britt, que solo están dirigidas a mí.

—Al menos el texto no es el mismo —dice Kilian, satisfecho.

Comprendo lentamente, pese al ponche o a lo mejor precisamente por eso,

pues el alcohol no solo me aletarga, a veces me ayuda a pensar.

—¿Ella también te escribe a ti?

—Sí, desde hace quince años. A eso lo llamo yo auténtica fidelidad, ¿no te parece?

—¿Te escribe a ti? ¿A ti? Pero si tú no la conoces.

—Supongo que tienes razón, porque ¿quién conoce a Ann-Britt? Por otra parte, las tarjetas no son especialmente reveladoras.

—Pero ¿por qué?

—Fuimos pareja. ¿No lo sabías? Dios mío, debes de haber ido por la vida con orejeras. Siempre Costas, ¿verdad? Para ti era lo único que existía. De vez en cuando dejabas a tu vieja amiga sentada en nuestra cocina porque el señor Theodoroulakis disponía de media hora para estar contigo. Pues cuando eso sucedía, el simpático, siempre disponible pero sin embargo bastante atractivo compañero de piso debía intervenir y hacerle un poco de compañía. Entonces los dos podíamos lamernos las heridas mutuamente, porque en ese momento no existíamos para ti y eso a veces genera las aventuras amorosas más peculiares. Luego seguimos viéndonos, cuando ella estaba en Alemania, pero era evidente que lo nuestro no podía convertirse en nada serio. En general, ella no estaba interesada en mantener una relación. Después empezó a enviarme tarjetas postales. Casi nunca le contesto porque nunca tengo sellos en casa. Como mucho, le envío mensajes de texto, pero parece bastarle. Me parece increíble que compre las tarjetas a pares. O a lo mejor compra más de dos. Quién sabe a cuánta gente escribe, se lo preguntaré.

Saca su smartphone del bolsillo del pantalón y empieza teclear.

—¡Alto! —exclamo.

No sé por qué lo hago. Todo sucede con demasiada rapidez. Toda esa sociedad del smartphone es demasiado rápida para mí. Uno hace una pregunta y, en vez de buscar una respuesta en la que participan todos los presentes, tras

unos segundos alguien lee en voz alta lo que pone sobre el tema en la Wikipedia. Confieso que me gusta romperme la cabeza por los demás, a pesar de que en general eso se considera fastidioso. Claro que es más fácil limitarse a preguntar a las personas qué quieren para su cumpleaños, si la hora de la cita les viene bien o si prefieren comer platos vegetarianos, pero yo disfruto cavilando sobre esas preguntas. Me agrada ocuparme de las personas a las que aprecio, reflexiono sobre ellas y trato de ponerme en su lugar. Dado que no soy una nativa digital, en general ni se me ocurre que uno pueda hacer una rápida pregunta. En mi mundo existe la pausa de mediodía, el fin de la jornada laboral y los fines de semana durante los cuales no se puede molestar a los demás. He heredado el mandato que prohíbe llamar por teléfono entre las ocho y las ocho y cuarto de la noche; por el contrario, mis hijos ya ni siquiera saben cómo funciona el televisor; les extraña y les sorprende que el canal siga emitiendo mientras ellos van al lavabo, que las películas empiecen sin su presencia, que al día siguiente no puedan volver a verla otra vez.

—Primero he de comprenderlo, Kilian —digo, porque él me mira con expresión asustada y sostiene su teléfono fuera de mi alcance, como si temiera que se lo fuera a quitar y lo sumergiera en el ponche caliente para convertirlo en algo inocuo—. Tú tenías una relación con AnnBritt de la que no me enteré, ¿y desde entonces te escribe tarjetas postales, puede que las mismas que me envía a mí? ¿Solo que con otro texto? ¿Con qué texto?

—Desde luego, no habla de orquídeas y jerséis.

—¿De qué, si no?

—De su marido, por ejemplo. O de su empleo, o de sus planes.

—O de su gata.

—¿Tiene una gata?

—¿Qué planes tiene? —pregunto.

—Siempre unos diferentes, porque está insatisfecha con su empleo. Quería

volver a solicitar un trabajo en Alemania, pero ignoro qué pasó. Su marido tampoco la acompañaría, pero tal vez estaría muy conforme con eso. Creo que se psicoanaliza o algo por el estilo y durante el tratamiento han surgido muchos traumas infantiles. Sospecho que de todos modos se separa de su marido, con o sin un nuevo empleo y domicilio. Ella siempre ha hecho esas cosas. No sabe lo que quiere, solo sabe que no es lo que tiene en ese momento.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá y suelto el aliento. Nunca es una sensación agradable cuando uno debe comprender que aquello que uno cree saber sobre alguien en realidad no es así. Que uno solo es capaz de ver diminutos recortes con los que forma una imagen que puede ser tan errónea que es como para volverse loco.

El pitido del móvil en el pasillo es un auténtico alivio. Es más fácil no pensar que mi más antigua amiga tal vez no sea esa por la que la tomé, ni en todo lo demás que me perdí, dejé de hacer o pasé por alto en esta vida, cuando a todas horas la banal realidad llama por SMS y quiere que la recojan, la aconsejen o la rescaten.

Puedo tomarme mi tiempo mientras me levanto del sofá y trato de recuperar el equilibrio. Hay que leer los mensajes de texto más o menos inmediatamente, por lo visto todos están de acuerdo al respecto y no piden explicaciones. Dejar plantados una conversación, un huésped y una bebida no tiene nada de malo si en algún lugar un móvil ha soltado un pitido. Por otra parte, no estoy obligada a echar a correr porque probablemente no se trata de una urgencia. Si Alex quisiera saber cuáles de las herramientas del trastero podrían servir de gato porque la carroza de la Barbie ha sufrido un pinchazo, me llamaría. Y también Helli si se ha encerrado en el lavabo de huéspedes en casa de Cindi y piensa quedarse allí hasta que yo esté ante la puerta para sacarla de ese cenagal.

El mensaje es de Costas y pone: «Qué pena que no pueda enviarte fotos.

Necesito tu ayuda en la elección de la corbata. ¿Estampada o lisa? Odio las corbatas. Te am. C.»

Durante un momento la fórmula de despedida hace que me tambalee y debo agarrarme a la cómoda. Después noto que falta una «o», que no faltaba en ninguno de los otros mensajes, y eso vuelve a estabilizarme un poco. Le contesto: «Estoy a favor de sin corbata. K.» No da para más letras y, de todos modos, debido al ponche y al té con ron, los signos se han vuelto bastante borrosos. Puede que el ponche junto al sofá ya haya alcanzado la temperatura ideal, pero debe esperar, pues justo ahora no quiero retomar la conversación con Kilian ni imaginarme a Costas en Berlín, con o sin corbata.

Tras echarles un vistazo a los conejillos, cuyas colitas asoman de su casita y delatan su escondrijo, primero voy al cuarto de baño. Si algo he aprendido en el transcurso de mi vida adulta es que, en ciertas ocasiones, nunca está de más ir al lavabo. Hace años que hago mis necesidades cuando llega el momento indicado, no cuando debo. Como un perro cuando sale a pasear.

El hueco dejado por la secadora presenta un aspecto lamentable, como un descampado entre la lavadora y la bañera, lleno de polvo y suciedad, pelusas y trapos arrugados que absorbieron el agua utilizada para apagar el fuego. Cuando uno retira un componente de un sistema que funciona siempre aparece el caos. Todo orden se limita a ser una superficie, y si uno mira por debajo descubre la mugre y las migajas. Visto así, el caos no es nada peligroso, sino la cosa más normal del mundo.

Cuando vuelvo, Kilian está sentado en el sofá y casi ha acabado de beber el ponche. Palmea el asiento a su lado y dice:

—El lugar a mi derecha está libre, quiero que lo ocupe Katharina.

Ya de niña me disgustaba el juego de las sillas porque todos tenían

dificultades para pronunciar mi nombre. Es sencillamente imposible pronunciar las palabras de la canción en el ritmo correcto si un nombre tiene cuatro sílabas. Al parecer, en aquel entonces el ritmo correcto era muy importante para mí. La cosa mejoró cuando todos empezaron a abreviar mi nombre, aunque nunca lograron ponerse de acuerdo sobre una única versión.

Me dejó caer junto a Kilian, cojo el vaso de ponche y bebo. Cuando me repantigo, noto que su brazo está apoyado en el respaldo, percibo el contacto en la nuca. Estamos sentados exactamente como lo estaban Alex y su Barbie, las posiciones que adoptamos son antiquísimas, pero es tan agradable que casi me avergüenzo. ¿Tan desesperada estoy? ¿Tan grande es mi necesidad de contacto humano que considero que un brazo apoyado en el respaldo es una oportunidad maravillosa? ¿O es que a todos les pasa lo mismo?

Claro que estoy necesitada de contacto. Hace más de un año que mi marido y yo mantenemos una relación de fin de semana, mis hijos están en una edad en que, como los gatos, deciden por su cuenta cuándo quieren caricias y, como los gatos, seguro que no las quieren en los momentos en los que me hace falta proximidad, sino siempre cuando sostengo el teléfono con una mano y con la otra intento abrir la lata de alubias. En realidad, en mi vida hubo una época en la que habría dado cualquier cosa por estar sola y que nadie me tocara. De bebé, Helli pedía pecho cada media hora y estaba pegada a mí como un chicle. Cuando era una niña pequeña se arrastraba hasta mi cama y trepaba sobre mi barriga, donde roncaba con la boca abierta sin la menor consideración. Si la apartaba con suavidad se despertaba, volvía a trepar y se agitaba, pataleaba, y pegaba patadas mientras dormía. En aquella época, Costas rara vez estaba en casa porque tenía que trabajar, pero cuando estaba me estrechaba entre sus brazos siempre que se presentaba la oportunidad, para demostrarme cuán importante era yo para él. Alex todavía era el pequeño y adorable alumno de

primaria que quería sentarse en mi regazo cuando algo le dolía. ¿Por qué esas cosas no pueden estar mejor dosificadas?

Kilian aún no tiene hijos. No conoce el exceso de contacto de cuando todo el mundo considera que tiene derecho a tocarlo. Desconoce la sensación de estar literalmente unido a un ser vivo; que eso cambie cuando sea padre no está claro. No tiene pechos y, desde ese punto de vista, eso ya supone una ventaja. Nadie se deslizará por debajo de su camiseta en busca de sus dos amigos, considerados dueños de una personalidad propia y que incluso reciben un nombre —Hanni y Nanni, Dios sabe cómo se le ocurrieron a Helli—, nadie le meterá automáticamente el brazo en el escote para jugar con sus pezones durante varios minutos porque eso resulta tranquilizador. Tal vez por eso envidiará a la no amada madre de su hijo, pero quizá también comprenda que disfruta de una enorme ventaja, porque en parte él mismo puede decidir el grado del contacto físico con su hijo. No experimentará el exceso y tampoco la privación que siempre se presenta cuando se ha acabado.

Kilian vacía el vaso y lo deja, pero sin despegar el brazo de mi nuca: es un hombre flexible, que además tiene una mayor tolerancia al alcohol que yo.

Me pregunto si aún toma fruta con copos de avena para el desayuno, espolvoreados con cacao los fines de semana. Considero que eso no encaja con un músico de jazz. ¿O es que en esa profesión no tener en cuenta la propia salud no es casi una obligación?

—¿Ya no fumas? —pregunto, e inclino la cabeza hacia atrás con cuidado, para percibir el contacto con su brazo pero sin espantarlo con mi avidez.

—Lo dejé durante los estudios.

—¿Tomas drogas?

—Por supuesto.

—¿Cuáles?

—Las que están a mano —dice Kilian.

—Muy práctico. Supongo que no puedes convertirte en adicto porque eres demasiado cómodo para hacerte con algo tú mismo, ¿verdad?

—Eres una monada, Kathinka. ¿Qué crees de mí? ¿Que soy un embarazador de mujeres incapaz de mantener una relación, siempre colocado e irresponsable? ¿Que lo único que tengo en la cabeza son esquemas de blues y que aprovecho cualquier oportunidad para entregarme al hedonismo? Pues debo decepcionarte. Sigo siendo el antiguo y bueno de Kilian de la época en la que vivíamos en Lübeck, que te hacía masajes en los pies cuando tenías frío y consideraba que Schumann era un músico sobrevalorado; aunque ahora en general toco jazz y me pagan con bollos, en vez de ser el tonto con el instrumento monstruoso en un rincón oscuro del foso de la orquesta.

De pronto siento una gran nostalgia por el tonto con el instrumento monstruoso que me masajeaba los pies helados, nostalgia por los viejos tiempos, por los días llenos de conversaciones y la sensación de que todo era como debía ser. La nostalgia es tan intensa que creo que me volveré loca si ahora mismo no me brindan una prueba de que todo eso realmente existe en este mundo. Dejo el vaso, me vuelvo hacia Kilian y lo beso en la boca. Él se queda sentado con absoluta indiferencia y solo estira la mano libre para agarrar el vaso de ponche apoyado en la mesa.

El mareo aumenta y los labios de Kilian no son suaves, sino firmes, finos e increíblemente interesantes. Pronto hará casi veinte años que no he besado a nadie excepto a Costas. Pienso en la «o» que falta en su mensaje de texto, pienso en secretarias y corbatas, en tarjetas postales de maoríes y en el hedonismo.

No se trata de que siempre haya deseado engañar a mi marido, al contrario. Y las cosas tampoco han de ir tan lejos, bastaría con besar de un modo un poco más atrevido. ¿Qué es eso que puedo perder que, según parece, de todos

modos estoy a punto de perder? En mi situación resulta fácil decir que uno se llevará un secreto a la tumba y decirlo en serio.

Cuando acerco mi cara a la suya, Kilian me sonrío y se quita las gafas.

—¿Sabes que estaba enamorado ti? —pregunta, mientras las apoya en la bandeja junto a los vasos—. Sí, desde la época en que ibas dando saltos por ahí en ropa interior porque creías que me daba igual.

En aquel entonces, la situación a la que se refiere me pareció totalmente inocua. Me estaba preparando para ir a una fiesta y tenía ganas de compañía, así que me cambié en la cocina, donde Kilian estaba bebiendo una cerveza. Charlamos, me cambié, y ni hablar de que hubiese brincado por ahí.

El primer beso digno de ese nombre que recibí fue a los diecisiete años. Mi madre acababa de morir y me invadía una sensación extraña, tanto de abandono como de liberación; besé a Björn en la cocina de los padres de AnnBritt y lo único que pensé fue: «Ajá, así que esto es así», pero también era bonito, suave y seco, incluía un cosquilleo en el estómago y el suelo temblaba bajo mis pies.

Durante un tiempo, Björn siguió regalándome casetes de piezas musicales escogidas por él y trató de convencerme de dar un paseo o de ir al cine, pero yo estaba demasiado ocupada con mi familia como para sentir el interés necesario por él. Si me hubiera esquivado, quizá podría haberme atraído. Me habría gustado volver a probar lo del beso, pero como eso suponía una larga serie de compromisos sociales —hablar con él, gastar la paga, acudir a citas—, consideraba que mi tiempo era demasiado precioso para pasarlo con Björn. Escuchaba sus casetes, pero después siempre tenía que escuchar a Mozart durante unos minutos para limpiarme los conductos auditivos. He oído que hoy en día Björn es un funcionario importante. Recuerdo que en sus casetes había muchas piezas de Chris de Burgh.

El segundo beso digno de ser tomado en serio me lo dio Costas. Todo lo

sucedido entremedio fueron besuqueos que no cuentan. Sin embargo, tal vez podría tratar de hacer una lista de todos los hombres a los que he besado en mi vida cuyos nombres todavía recuerdo. Entonces podría añadir a Kilian y poner la fecha.

A lo mejor mi fase salvaje comenzó un tanto tarde, incluso para aquella época en la que nadie que yo conociera tenía el período a los once años o podía asistir a las fiestas de cinturón lila de su hermano mayor. Y de pronto había tantas oportunidades... Supongo que nunca sabré por qué experiencias ya habrá pasado Helli a los diecisiete, a menos que, sorprendentemente, me encuentre en una nube desde la que pueda observar la vida de mis hijos: de hecho, verlo todo y no poder impedir nada sería una auténtica pesadilla. Alex tiene a su Barbie y ha recibido cuidadosas instrucciones de su padre y mías respecto de las precauciones y las diversas consecuencias, y es de suponer que sus relaciones sexuales son limpias, ordenadas y no arriesgadas. En mi caso no fue así.

El recuerdo de mi época de estudiante, antes de concentrarme en Costas, cuando besuqueaba, practicaba el sexo y no quería cargar con las consecuencias posteriores no está transfigurada, marcada por una ligereza que parece haber sido experimentada por una persona ajena. Desde fuera todo parecía sencillo, pero en realidad debió de ser muy complicado. ¿Cómo fue todo eso? Por ejemplo, ¿cómo se planteaba el tema de la precaución? ¿Y cuándo? Tras el nacimiento de Berenike mi ciclo nunca volvió a normalizarse. Así que en aquel entonces, ¿cómo diablos se las arregló mi Yo más joven para no tener la menstruación cuando llegaba el momento del acto? ¿De verdad jamás había comido algo con cebolla y ajo justo antes? En todo caso, seguro que nunca se saltó la imprescindible ducha matutina porque debía confeccionar dos listas, quitar el hielo del coche y, antes de dar clase en el parvulario, hacer la compra. Y ese Yo tampoco perjudicó la calidad de los

momentos amorosos afeitándose el vello del pubis cinco días antes, para divertirse y por el tedio cotidiano; y después no volvió a afeitárselo, de manera que entre tanto se ha vuelto áspero y los pelos asoman a través de una ropa interior que tiene al menos diez años.

—Ya no me acordaba de las lasañas —digo, y me pongo de pie.

No cabe duda de que es mejor que comamos algo; me dirijo a la cocina con ímpetu demostrativo. No obstante, seguro que no causa buena impresión que me quede de cuclillas ante la nevera durante una eternidad porque no encuentro las lasañas. En algún momento Kilian aparece a mis espaldas y me da un golpecito en la cabeza. Vuelve a llevar las gafas.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparar unas lasañas —digo—. Por motivos nostálgicos.

Kilian me ayuda a revisar los estantes una vez más. Encontramos espinacas y extraños paquetitos de carne de cuya existencia no tenía ni idea, pero que podrían formar parte de la compra de Costas del fin de semana pasado — conoce un granjero que vende carne—, además de frambuesas, grosellas, higos y guindas de cosecha propia, de las que, al igual que todos los años, me encargué yo sola y de mala gana porque mi marido y mis hijos insistieron en que las plantara y prometieron solemnemente que se encargarían de la fruta. Si mal no recuerdo, hubo descripciones imaginativas de tartas de fruta y visiones de mermeladas. En el fondo de la nevera encontramos más bayas de los años anteriores, tan cubiertas de hielo que uno solo puede adivinar qué son. Encontramos varitas de pescado, salmón y polos de zumo de manzana que deben de proceder de una época en la que Alex no se consideraba demasiado mayor para tomar algo así, pues Helli aún adora los helados de zumo, pero es incapaz de formar los polos y después introducirlos en el congelador: eso

supondría demasiados pasos previos y a mitad del proceso decidiría que prefiere preparar panqueques, tarea que no tardaría en abandonar a favor de un batido de leche, y así *ad limitum*, hasta que la cocina pareciera una de esas cocinas de película en las que han cocinado los hombres. Pero no encontramos las lasañas. Casi me pongo a llorar un poquito porque era una idea bonita y romántica y porque me siento insegura sin las lasañas, pues, después de todo, una de las posibles explicaciones de su desaparición es que sufro una suerte de demencia incipiente y que no las compré por error o porque, sumida en mi trance, las dejé en otro estante, donde ahora se descongelan y después quizá se pudran, y solo las encontraré cuando los gases de la putrefacción abomben la tapa y los primeros gusanos se hayan acomodado en ellas.

Kilian apaga el horno y me consuela mientras machaca el viejísimo zumo de manzana en un cuenco de plástico, pues tras echar un vistazo a la nevera encontró el Martini y opina que sabe muy bien mezclado con el zumo de manzana.

Finalmente, nos sentamos ante la mesa de la cocina y, en vez de lasañas calientes, tomamos una especie de puré helado a base de zumo de manzana machacado, sobre el que ha vertido el Martini.

—Y que ahora alguien se atreva a decir que no sé cocinar —dice Kilian, satisfecho.

Aún logro escribir la palabra «taxi» en un papel, con ello quiero decir que debo llamar un taxi en caso de que Helli quiera que la recojan. La palabra me lo recordará si en el momento decisivo tuviera un agujero en el cerebro y no supiera qué hacer. Es el rudimento de una lista, y basta para tranquilizarme. Noto que hay más cosas que anotar, pero al menos he apuntado lo más importante. Ahora puedo soltarme y olvidar. Sé que soy irresponsable y, en algún lugar de mi conciencia, me avergüenzo de ello. El resto es una modorra que guarda la misma relación con el pensar como el puré de manzana con una

manzana. Sorbemos los restos líquidos de nuestra cena directamente del cuenco, luego tomo una especie de decisión: agarro la mano de Kilian y lo atraigo hacia mí.

Tras besarnos intensamente durante un buen rato, tanto que considero que en la cocina ya es suficiente, nos dirigimos a la sala de estar. Nos llevamos la botella y volvemos a sentarnos en el sofá: Barbie y Ken, viejos, decréptos y ebrios, pero no derrotados por el destino.

—Y ahora debes contarme por qué antes encontré un dedo en el jardín y por qué *Pink* y *Floyd* pudieron refugiarse en una secadora en medio del césped — dice Kilian.

—Bueno, aquí las cosas son así. Desde el exterior, tranquilidad y complacencia de Alemania del norte, pero detrás de las cercas se esconden los miembros cercenados y los electrodomésticos incendiados, y estos narran una historia muy diferente —digo.

Me agradecería proseguir con los besos, hablar es tan agotador...

—No me digas. ¿Es que los otros jardines presentan el mismo aspecto?

—Probablemente —contesto—. Solo hay que dejarse caer por allí en el día correcto.

Le quito las gafas a Kilian y las dejo en la mesa para indicarle de un modo decente que el tiempo de la conversación ha llegado a su fin, pero él vuelve a ponérselas en el acto. Quiere decir algo más, lo dejo hablar y escucho.

Quiere contarme con todo detalle que estuvo enamorado de mí, y supongo que con eso quiere indicar que, hasta cierto punto, resultaría justificable que ahora se lanzara a mis brazos. Desea una absolución previa, además desea más alcohol; sirve Martini en los vasos de ponche vacíos y me doy cuenta de que ha adivinado mis intenciones y que, al igual que yo, espera disolver el último resto de mi sensatez para que me muestre dispuesta y obediente, porque estoy harta de ser responsable... Ahora, en este preciso momento, tengo la

sensación de que hace muchos muchos años que no he hecho nada de eso que sencillamente tenía ganas de hacer sin que fuera útil para la familia, la casa, el futuro y el matrimonio. Incluso cuando entro en una cafetería para tomar un café con leche a solas, lo hago en un margen de tiempo que les venga bien a todos y siempre con la excusa de recuperarme y darme un gusto a mí misma con algo bajo en calorías, tal como me aconseja todos los meses la revista de venta en farmacias si no quiero acabar agotada, algo que por otra parte tendría consecuencias graves para todos los demás. Acostarme con Kilian durante un marco de tiempo casual, y sin la bendición de la revista de venta en farmacias, me parece una manifestación de la última libertad de la que todavía dispongo. Siento que soy un ser humano libre y actúo en consecuencia. Mediante otro par de tragos de Martini también lograré desprenderme de la premonición de la culpabilidad que intenta hacerse oír en mi cabeza.

Estoy segura de que no he sido amada menos a menudo ni con menor pasión que otras chicas y mujeres de mi entorno, solo que no me di mucha cuenta de ello. No me parecía que Dirk y sus envases de zumo, ni Björn y sus casetes de música guardaran mucha relación con el auténtico amor, y aunque he olvidado el interés y el aprecio que Kilian me brindó durante toda nuestra convivencia, disfruté de ellos, a pesar de que nunca los vi como lo que realmente eran. Hasta que conocí a Costas, en el fondo estaba convencida de que hasta entonces nadie se había enamorado de mí de verdad.

Sin embargo, visto a la inversa, el asunto presentaba un aspecto muy distinto. Desde los doce años ardía de pasión por las cosas más diversas, y lo que todas tenían en común es que eran inalcanzables. Quien era capaz de besarme en la cocina de mi mejor amiga jamás podía despertar mi amor apasionado. No obstante, quien me adelantaba diariamente con la bicicleta

camino de la escuela sin saludarme tenía muchas posibilidades de convertirse en objeto de mis más desafortunadas fantasías. Yo amaba apasionada e incondicionalmente, y ni la edad ni el aspecto desempeñaban un papel importante. Durante un tiempo consideré que un profesor de trombón de la escuela de música era el hombre de mi vida, durante todo un maravilloso verano suspiré por un estudiante australiano de intercambio. Eso no me hacía sufrir, al contrario: disfrutaba al máximo de ese enamoramiento desesperado; encajaba con la música que escuchaba, con Chopin y Dvorák. Durante casi toda la pubertad tarareaba las melodías, sentía que amar era algo estupendo y que yo era la única capaz de dominarlo en este mundo.

Lo único que quedó curiosamente intacto de la agonía de mi madre, de su muerte y de toda la tristeza y el trabajo subsiguientes fueron la música y mis enamoramientos. Regresaba a ella cuando amenazaba con fracasar en todo lo demás, la conocía y me servía de consuelo.

En el fondo, reaccioné ante el amor de Costas como ese personaje femenino de Shakespeare que dice: «¿Me ama? ¡Eso ha de ser correspondido!» Y mis años de experiencia respecto del enamoramiento me ayudaron a convertir ese asunto en algo muy grande.

Kilian adopta una expresión seria mientras habla de la esperanza y del desencanto y de la sensación que en última instancia se superpone a todo: que las cosas deben salirme bien, da igual cómo, con o sin un contrabajista a mi lado, que acostarse con mi mejor amiga no supone el peor acto de sustitución, pues al fin y al cabo entre las sábanas se encontraban dos personas abandonadas en la misma medida. Lo dice de un modo tan convincente y conmovedor que no tarda en resultarme casi insoportable y deseo tener una cantidad un poco mayor de mentalidad de músico de jazz y una un poco menor de autenticidad. Al menos no termina la historia diciendo que hace veinte años que me espera porque no podía fijarse en ninguna otra. Ese amor pertenece a

la época universitaria, a Lübeck y un apartamento compartido, a una fase de la vida en la que había que optar entre la música clásica y el jazz. Por fin, Kilian hace una pequeña pausa, se quita las gafas y, con una sonrisa pícaro, dice:

—En caso de que sigas teniendo el propósito de besarme, este es el momento en el que debes decirme que hace tiempo que tu matrimonio ha dejado de ser el no va más.

En vez de contestarle lo atraigo hacia mí y en ese instante comienza una nueva era: en vista de un futuro sombrío, Katharina se olvida de la sensatez, del pubis no depilado, de la ropa interior vieja y de los votos matrimoniales; abandona el terreno del orden superficial y se entrega al caos.

Kilian se comporta de manera muy profesional, al menos eso me parece. Nada de lo que hace parece improvisado o delata inseguridad y eso resulta sumamente agradable, como bailar con un bailarín experto que se hace cargo de conducirte pero que al mismo tiempo no te causa la sensación de ser dominada. Besa durante mucho tiempo y deja de hacerlo a tiempo. Sus movimientos no son bruscos pero sí determinados. Cuando empieza a levantarme la camiseta por debajo de la cazadora lo hace justo en el momento en que parece adecuado, ni un minuto antes ni un minuto después. A lo mejor la mayoría de las personas de nuestra edad dominan esta sincronización perfecta cuando se trata del sexo, pues es de esperar que la mayoría lo haya practicado lo suficiente. Pero lo dudo, y quizá nunca lograré averiguarlo, entre otras cosas por falta de oportunidad.

Sin embargo, con respecto a mi plan de que mi cerebro siga pareciendo puré de manzanas, debo capitular: una y otra vez se forman pensamientos que me distraen y procuro tener en cuenta lo que aprendí acerca de la meditación cuando aún trataba de reducir el estrés cotidiano con ejercicios de atención y técnicas de respiración: dejo que los pensamientos pasen, como las nubes,

acompañadas por *Lo mejor de Carmina Burana*; debo resignarme a que cada situación escoja su propia banda sonora.

Los toques de Kilian son alucinantes, es como si yo solo consistiera de terminales nerviosas. Está arrodillado en la alfombra y se dedica a mi vientre, y es como si hoy ya fuera Navidad. Hace años que mi pobre vientre no ha visto el sol, los únicos roces que conoce son los de la cinturilla del pantalón y unos pellizcos críticos con dos dedos para controlar su elasticidad, siempre seguidos por un suspiro de resignación. A Kilian no le molesta la piel blanca y demasiado blanda y tampoco las estrías, que no resultan muy visibles debido a la mala iluminación de la sala de estar, pero sí perceptibles. Hunde la cara en mi ancho ombligo, que, según la posición corporal, sonrío o parece enfadado.

Siento la necesidad de decir algo y digo:

—A que no lo sabías, ¿verdad? Que a los cuarenta las barrigas de las mujeres son así.

Cuando me dispongo a explicarle qué es una panza de la menopausia, él levanta la cabeza y me lanza una sonrisa tan tierna que vuelvo a cerrar la boca.

—Tu barriga es absolutamente fascinante, ahí dentro ha habido dos niños. Es un milagro total.

Luego vuelve a sumergirse e intento relajarme, pues tiene razón: es un milagro. No obstante, se equivoca en una cosa: no fueron dos niños, sino tres. Pero no hay mucha gente que lo sepa, aparte de la familia: hay cosas que uno no cuenta para proteger a los demás.

Suena el teléfono y Kilian alza la vista, me llevo un dedo a los labios y espero. Nos quedamos muy quietos. Tras varios timbrazos salta el contestador y oímos mi voz, que dice: «Este es el teléfono de la familia Theodoroulakis, ahora no podemos ponernos, pero deje su mensaje, por favor.»

Noto mi tensión, las palpitaciones de mi corazón, la presión en el pecho debido a que he contenido el aliento desde que sonó el primer timbrazo. Mis

músculos están dispuestos a dar un salto, a lanzar el cuerpo hacia delante, hacia el teléfono, si en ese momento oyera la voz de uno de mis hijos. No queda ni rastro del mareo, la bruma o el puré de manzanas.

Suena el pitido, el mismo tono de la época en la que el contestador aún grababa mensajes en pequeñas bandas sonoras. Recuerdo el temor que sentía cuando tenía que dejar un mensaje; más de una vez dejé mensajes crípticos, bochornosos y entrecortados porque la perspectiva de hablar con una máquina me superaba por completo. Entonces oímos una respiración y un carraspeo: «¿Rina? Soy Kirsten. Llamo por la celebración de Adviento con los padres la semana que viene. Supongo que tú también estás ensayando las canciones con tu grupo para que durante la celebración las voces no sean tan débiles. Tal vez también hagáis algo con vuestros instrumentos, ¿no? ¿Pensáis interpretar una pieza más larga? Debo saberlo de inmediato. Llámame, ¿sí? Espero que todo esté bien con tu hija.»

El teléfono suelta un zumbido y un clic, vuelven a sonar dos pitidos y a continuación reina el silencio. Inspiro y espiro. Kilian apoya la cara en mi vientre y noto que ríe.

—¿Rina? —dice—. ¿Esos te llaman Rina? Parece un apodo cariñoso de un bonito rinoceronte.

Le rodeo el cuerpo con las piernas y lo atrapo. No quiero que deje de hacer lo que estaba haciendo, no quiero que se distraiga.

—Rina —murmura contra mi ombligo—. Rina —susurra junto a mis costillas.

Es como me llaman los niños del parvulario, porque mi nombre les resulta demasiado complicado. Y con ese apodo que solo utilizan ellos, me transformo: como Rina, me convierto en una especie de criatura paciente y de piel gruesa que solo habla en tono simpático y siempre está de buen humor. Rina no conoce la ironía ni el sarcasmo, lo que dice siempre es lo que quiere

decir y sus bromas están destinadas a los niños de cuatro años y provocan sus risas. Rina lleva collares llamativos o pañuelos de colorines porque eso despierta la atención de los niños y hace que sea más fácil que miren en la dirección correcta. Lleva un inmenso bolso impermeable en el que caben tantas cosas que a veces olvida lo que hay en el fondo. Rina jamás le grita a nadie, no se toma nada personalmente, incluso logra encontrar algo adorable en un niño pequeño, sucio y mocososo de expresión taimada y un claro potencial para la violencia, y es capaz de explicar su negativa a trabajar de manera pedagógica. Rina es perfecta, de un modo que podría volverla antipática. Pero descubrir que soy capaz de ser esa persona mientras que en casa a menudo oscilo entre el nerviosismo extremo y la furia me regocija.

—Rina —gorjea Kilian, y desliza la camiseta hacia arriba.

Hay una cosa que he olvidado durante el recuento de lo que podría impedir que alguien incurriera en un ligue de una noche: un Algo en el pecho izquierdo. Dicen que hay personas que amasan los pechos de las mujeres para darles una alegría, a ellas o a sí mismas. Recuerdo con horror un besuqueo con Ann-Britt cuando, con mi ayuda, quería comprobar si era lesbiana; mientras lo hacía, me estrujó mis pobres pechos de adolescente hasta tal punto que llegué a temer que después no recuperasen su forma.

Cojo la mano de Kilian y la aparto con gesto decidido pero cordial. Él intenta alcanzarlo una vez más y yo sigo mostrándome cordial pero decidida; sin embargo, tras el tercer intento la cordialidad ya no es tan manifiesta: en todo caso, Kilian deja de hacer todo lo que está haciendo, me mira a la cara y pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Tienes un problema con las tetas?

Río hasta quedarme sin aliento: «problema con las tetas» también es una

manera de expresarlo. Pero las carcajadas dan paso a los sollozos, no puedo impedirlo, no puedo volver a convertirlos en risas y entonces las lágrimas se derraman, mi cuerpo tiembla y de mi garganta brota un gemido que ni el amante más borracho podría tomar por una carcajada.

Kilian se incorpora de inmediato y vuelve a abrazarme. Sé que la escena de seducción ha llegado a su fin porque ningún encuentro erótico se recupera tras semejante ataque de llanto y consuelo. La distancia entre ser un manojo de nervios y convertirse en una amante apasionada es demasiado grande, y habría que dar demasiados pasos intermedios hasta que desapareciera la más mínima sospecha de que se trata de sexo por compasión.

Mi cerebro genera una pequeña idea y la envía a la consciencia: Gracias a Dios. Y en efecto: le estoy agradecida al Algo. Ha evitado que cometa un error del que me habría arrepentido mañana mismo. Seguro que no se trata de eso que los médicos consideran una ventaja mórbida secundaria. Por otra parte, es de suponer que sin el Algo jamás hubiese acabado empapada en alcohol.

Mientras tanto, todavía procuro controlar los sollozos, puesto que no logro volver a convertirlos en risas. No es fácil. El abrazo de Kilian se vuelve una desventaja porque casi me desafía a dejarme consolar. Rebusco un poco de rabia en mis entrañas porque eso podría someter el llanto, la furia por la presencia del Algo, o por Kilian o bien por mí misma, pero lo único que descubro allí dentro es un agujero negro profundo como un abismo y rebosante de un espanto indecible por la situación en la que me encuentro.

—Ya, ya —dice Kilian—. ¿Qué te pasa?

En mi cuaderno de notas hay una lista titulada: «Preguntas que preferiría que no me hicieran.» La redacté hace dos semanas, poco después de descubrir el Algo. Allí pone:

- ¿Cómo estás?
- ¿Dónde te ves dentro de diez años?
- ¿Qué quieres hacer ahora?
- ¿Crees en la vida después de la muerte?

Me libero del abrazo de Kilian y me levanto del sofá. Debo encontrar mi cuaderno de notas, sin demora y ahora mismo. Todavía está en la cocina, oculto bajo el periódico; hay un bolígrafo prendido a la solapa, la luz del extractor por encima de los fogones es suficiente. No sé por qué antes solo pude escribir «Taxi», pues es muy fácil escribir las letras en el papel, tal vez la capacidad de pensar con claridad o de manera desordenada y caótica solo es una cuestión de voluntad y nada más. Puede que el alcohol siempre se limite a ser una excusa.

Al final de la lista pongo: «Ya, ya, ¿qué te pasa?»

Mientras permanezco allí de pie, inclinada sobre los fogones con el boli en la mano, mientras aún noto las lágrimas en las mejillas, esa humedad desacostumbrada que hoy solo pueden causar el viento frío en la playa y una melodía de Schumann, me invade el impulso de hablarle a Kilian del Algo. Contárselo a todos, realmente a todos, desde Heinz hasta Cindi, pues ¿acaso no tienen derecho a saberlo? ¿No soy alguien importante para ellos? Una madre, una esposa, una hermana, una amiga... estoy enredada, entrelazada, todo lo que me concierne también los concierne a ellos. ¿Cómo he podido ocultarles lo que me pasa? ¿Cómo he podido creer que algo como un fin de semana normal es posible cuando sé algo que ellos ignoran? ¿No fue Kilian quien, en nuestra cocina compartida, me dijo que todas las vidas se pueden explicar comenzando desde atrás, vistas desde la muerte, porque la muerte proyecta una sombra sobre todo lo que acontece antes de ella, porque ya forma parte de todo, y ya lo ha empapado todo con su secreto? Así que en cuanto sabemos cómo vamos a morir, la visión de la vida en el presente está obligada

a modificarse. Ha sido absurdo pensar que, en estas circunstancias, la normalidad era posible. Si es verdad que soy una araña en una telaraña, entonces cada movimiento en los hilos es perceptible, da igual en qué dirección. Si le va mal a alguien, a uno solo, toda una estructura familiar puede tambalearse. ¿Cómo he podido olvidarlo?

En este momento Costas está en una sala de Berlín, con una copa de champán en la mano, de pie ante un atril, flirtea con una secretaria e ignora que pronto todo cambiará. No es justo. En nuestro matrimonio siempre nos hemos contado todo lo importante, al margen de lo distanciados que nos sintiéramos en algunas fases de la vida, porque lo contrario sitúa al que sabe menos en una posición más débil. ¿No se basó en eso nuestro matrimonio: en que siempre nos informáramos mutuamente? Tal vez lo más triste de todo es que en los últimos meses ambos hemos dejado de hacerlo. Ninguno de los dos tenía fuerzas para modificarlo, excepto cuando nos encolerizábamos. Quiero que eso se acabe. Pondré fin a esta situación penosa.

Cuando vuelvo a la sala de estar me apoyo en la pared y recupero el equilibrio agarrándome del marco de la puerta.

—Kilian —digo con la mayor claridad posible—, tenemos que ir en coche a Berlín.

Él ha de volver la cabeza para verme y su flexibilidad me llama la atención una vez más; puede que solo los padres de nuestra edad sufran dolores de espalda, todos los demás se conservan en forma.

—¿Qué?, ¿ahora mismo? —pregunta él—. Pero si estábamos a punto de analizar tu problema con las tetas.

—Debo ir con Costas —añado—. Tengo que contarle una cosa.

—¿Estás loca? Llámalo por teléfono o espera hasta mañana. Habla

conmigo, yo estoy aquí y te escucho, da igual de qué se trate. Deja que tu pobre marido se dedique tranquilamente a disfrutar de la celebración, por amor de Dios, no hay nada peor que una esposa que insiste en contarte algo.

—Pues para mí no hay nada peor que los hombres que están borrachos y sin embargo se consideran capaces de juzgar cualquier situación. Además, tú no tienes ni idea de lo que significa estar casado. Puedes quedarte aquí, si quieres. La cama de huéspedes no está hecha, pero puedes dormir en mi habitación.

—No sabes lo que dices —replica Kilian, y se pone de pie—. Nadie en su sano juicio se quedaría aquí si pudiera ir a Berlín e irrumpir en una fiesta.

Es sorprendente. Al igual que antes, cuando le describí el asunto del pulgar, Kilian parece comprender que este no es el momento indicado para insistir en las preguntas. Por lo visto, su cerebro también es más flexible que el de otras personas.

Echo un vistazo al reloj junto a la estufa danesa que hace años solo utilizamos en Navidad y tardo un momento en ver qué hora es: son las ocho y diez. Todavía podemos estar en Berlín antes de medianoche. Cabe esperar que para entonces la celebración aún esté en marcha y no se haya trasladado a otro lugar.

—Entonces vamos —digo—. No hay tiempo que perder.

Cojo el abrigo, la bufanda y los guantes, el móvil y el cuaderno de notas y recojo el bolso. Después tal vez también encuentre un poco de chicle; Kilian se lleva sus gafas y la botella empezada de Martini, apagamos las luces, cerramos la puerta principal y lo hacemos todo correcta y responsablemente. Los conejillos están a buen recaudo, tienen agua y comida; la secadora sigue en el césped y no puede hacer daño, aunque más adelante decidiera estallar.

Descendemos la escalera de entrada paso a paso, para que ninguno de los dos resbale y ponga en peligro mi plan, que consiste en poco más que determinación. Una fina capa de hielo vuelve a cubrir el coche aparcado en el camino de entrada, la llave del contacto está en la casa y de todos modos ninguno de los dos se encuentra en condiciones de sentarse al volante. Atravieso el césped y paso por encima de la cerca, seguida de Kilian.

Llamamos al timbre en la casa de Heinz y Theo. Se enciende la luz de detrás de la puerta y, cuando Heinz la abre, el haz nos ilumina: al parecer, nuestro aspecto no le causa buena impresión, pues retrocede automáticamente un par de pasos.

—Tenemos que ir a Berlín ahora mismo. ¿Puedes llevarnos?

Durante un momento reina el silencio mientras aguardamos la reacción de Heinz, después se vuelve y alza la voz:

—Voy a llevar a Katja y a su invitado a Berlín, Theo. Supongo que regresaré mañana.

Deja la puerta abierta y vemos que se calza unas gruesas botas. Theo sale de una habitación trasera.

—¿Es que no puede conducir ella? —pregunta, después me ve y ríe—. Comprendo. Mañana tendrás dolor de cabeza.

—Me llevaré unas gotas, puedes tomarlas antes de dormir, así no tendrás resaca, prometido —dice Heinz, atándose los cordeles de las botas—. Erizos de mar, yo mismo las he preparado. Es...

—Eh, tú —dice Kilian, señalando a Theo—, hemos encontrado tu pulgar. Lo hemos dejado encima del buzón.

—Ah, sí, muchas gracias —dice Theo, y, un tanto desconcertado, echa un vistazo a su vendaje.

—¿Quieres que te lo alcance? —pregunto.

—No, déjalo allí. Todavía no estoy preparado para volver a encontrarme

con él y, dada la temperatura, no se estropeará —responde Theo.

Heinz se endereza y, en tono preocupado, pregunta:

—¿Estarás bien, Theo?

—Claro que sí. Marchaos, esta noche me dedicaré al calentador. Hace tiempo que algo traquetea en su interior. —Al ver nuestras expresiones suelta una sonora carcajada—. Era broma, tontos. Largaos de una vez, daos prisa.

Cuando Heinz ha recogido todo lo necesario se dirige al garaje con Kilian. Aparto a Theo y hago algo que nunca he hecho antes: le confío mi móvil a otra persona.

—Tienes que sustituirme mientras yo no estoy —digo—. Esta noche Helli se ha quedado en casa de una amiga y Alex está fuera con su Barbie. Si uno de los dos llama y quiere que lo recojan, envíale un taxi, ¿de acuerdo? Y si mañana al mediodía no hubiéramos regresado, por favor, coge la llave de casa y espera a que lleguen los niños. ¿Harías eso por mí?

Con el rostro serio, Theo acepta el móvil y asiente con expresión solemne. Ambos sabemos que es un momento especial. Entonces voy al garaje y ocupo el asiento trasero del Volvo de Heinz, el coche más seguro del mundo, tal como él siempre afirma.

Más allá del límite de la ciudad las calles están menos lisas, Heinz puede conducir con mayor rapidez, pero la velocidad sigue siendo poco satisfactoria. Hay una melodía pegadiza de la que no logro desprenderme: el tema de las *Geistervariationen* de Schumann. La más bella es la cuarta variación, pero preferiría que fuese otra. Sacudo la cabeza un par de veces, de vez en cuando funciona como con uno de esos iPod que uno agita para que la *playlist* pase a

otro título, pero mi cerebro pasa al *Trommelkönig von Kalimbo*, una canción infantil, y entonces le pido a Heinz que encienda la radio.

Sin mi móvil como linterna, me veo obligada a utilizar la luz del techo del coche para apuntar algo. Heinz protesta y dice que le molesta al conducir, pero lo acepta porque le está soltando un discurso a Kilian, atrapado en el asiento del acompañante. Trata de música de jazz y homeopatía, que guardan algún tipo de relación, a lo mejor porque los músicos de jazz también cantan una canción especial. Mi letra es casi ilegible, pero al menos logro formar las palabras. Escribo lo siguiente:

El tema del Algo y el mundo exterior.

¿Qué tener en cuenta?

- Siempre contarlo todo personalmente, jamás por teléfono o por mail (excepto en el caso de Ann-Britt, para ella sirve una tarjeta postal... o sencillamente callarlo por venganza).
- No asustar a los niños, pero tampoco maquillarlos: permitir las preguntas, pero no imponer información, como en la educación sexual (en ese caso también funcionó maravillosamente, como queda demostrado).
- Es imprescindible aceptar la ayuda que se ofrezca (siempre que se trate de una auténtica ayuda).
- Abandonar el trabajo a largo plazo en el parvulario, a causa del peligro de infección (y reemplazarlo por otra cosa: ¿Deporte? ¿Encaje de bolillos?).

La lista es un disparate. No la continúo, más que nada porque no me proporciona ninguna tranquilidad y, al fin y al cabo, ese sería su único fin. En realidad, nadie necesita listas, excepto tal vez para hacer las compras de Navidad. Abandonar los grupos de música será atroz; como si no bastara con perder el cabello y luchar contra las náuseas, por lo visto también hay que eliminar el último restito de normalidad de la vida de uno. Supongo que mis

alumnos de música serían los únicos que se enfrentarían a mí con absoluta ingenuidad, pues para ellos la vida supone una adivinanza interminable que deben aceptar. Nada permanece igual, nunca, ni siquiera el tamaño de sus zapatos. Por eso solo viven en el momento: porque para ellos no existe un futuro planificable. Algunos solo notan segundos antes de sentir arcadas que están a punto de vomitar o se sorprenden al ver el charco en el suelo que parece haberse materializado de la nada entre sus zapatillas. Si un día la maestra apareciera en clase calva, puede que los más listos hicieran alguna pregunta; los demás lo notarían pero no lo considerarían extraño porque, de todos modos, la maestra siempre lleva un jersey diferente.

El grupo de la tarde de la escuela de música está formado casi exclusivamente por chicas. También en el parvulario, donde imparto educación musical temprana, la clase tiende a estar formada por niñas. Algunas son alborotadoras y gritonas; otras, calladas y lentas; hay una niña llamada Emily que es tímida como un cervatillo y al mismo tiempo tan grande y compacta que uno podría tomarla por una alumna del segundo curso. Es amiga de uno de los chicos: Leon, menudo, flexible y con una carita que me recuerda a un zorro. En una ocasión, su madre me dijo que en realidad debería haber jugado al fútbol, pero como era mucho más pequeño que los niños de su edad, prefirió inscribirlo en la clase de música. Supongo que cuando pegue el próximo estirón lo meterán en el equipo de fútbol, donde aprenderá a comportarse como un auténtico chico. A Emily, en cambio, le espera una carrera difícil si comienza a tomar clases de ballet. A las niñas grandes y robustas siempre las ponen en la última fila.

Cuando estamos sentados en círculo en el suelo, cada uno con un bongó y cantamos *Atte katte nuwa*, a veces me quedo petrificada mientras observo a esos niños, porque pienso que para ellos la gran clasificación no tardará en comenzar. A mis niñas, esas niñas pequeñas, listas y entusiastas, con sus voces

altas y claras, y la salvaje alegría que les causa el movimiento, podrán desanimarlas sistemáticamente y a la chita callando. Ninguna de ellas llegará a ser música. Los futuros pianistas, violoncelistas y flautistas de valía no asisten a mis clases, están en casa y reciben clases particulares, y en su mayoría son varones. A lo mejor algunas de mis niñas seguirán los pasos de Sissi. Puede que conserven su entusiasmo pese a todas las dificultades y se aferren a su meta, pero como mucho al final de los estudios sus sueños se habrán desvanecido. Ninguna de ellas dejará algo para la posteridad, una grabación, una composición... Tal vez logren formar parte de una orquesta hasta que el primer hijo impida que compaginen su cuidado con los conciertos nocturnos periódicos.

En realidad no tengo razón al pensar todo esto, lo sé. Solo proyecto mi propia historia en cada una de mis alumnas. Debería dirigir la mirada sobre lo bueno y entonces descubriría que el mundo se ha vuelto mejor. Siempre lo he intentado, sin éxito: dirigir la mirada en la dirección correcta. Todo lo que he logrado es brindar cierto optimismo calculado, tal como una madre debe hacerlo para que el barco no se hunda con mayor rapidez. Si por las mañanas no exclamo «Buenos días» en tono alegre y finjo que el día que nos espera merece la pena ser vivido, entonces nadie lo hace. Es importante que no olvide eso.

Cuando mi madre agonizaba, Sissi se estaba preparando para el concurso regional «La juventud interpreta música». Como siempre, ensayaba de manera empecinada y al mismo tiempo como una sonámbula. Observarla resultaba fascinante, porque su ambición y su entusiasmo estaban envueltos en una ausencia de alternativa blanda como el algodón: no podía hacer otra cosa, la

música la llamaba y la reclamaba, y Sissi, como si estuviera hechizada, tenía que desatender todo lo demás, no le quedaba más remedio.

Nuestra madre falleció, pero no en casa, y tampoco ingresó en una clínica. Nadie quería admitir lo que le ocurría, ni siquiera los médicos. Parecían tener centenares de buenas ideas respecto de todo lo que aún se podía intentar y probar, qué camino brindaría esperanza, y sobre qué indicaría plazos largos que podríamos considerar; pero cuando las puertas de la habitación de mi madre estaban cerradas, los médicos adoptaban una expresión preocupada y trataban de convencer a mi padre. Yo intentaba visitarla con la mayor frecuencia posible, pero no logré hacerlo tan a menudo como más adelante deseé. La escuela, las tareas del hogar y mi hobby me lo impedían. Cuando estaba sentada junto a su cama, mi madre sonreía y decía que pasaría las Navidades en casa, que lo prometía, y yo la creí y no hice caso de las caras de aflicción de los médicos.

Hasta que en algún momento dejé de creer: cada vez que la visitaba su creciente debilidad resultaba evidente, a veces se dormía antes de que me hubiese despedido, tenía un aspecto extraño y nuestras conversaciones eran circulares. Cuando por fin comprendí que estaba cada vez peor y que solo empeoraría aún más, obligué a Sissi a visitarla.

Durante mucho tiempo me dejé engatusar con el concurso para el que no podía dejar de ensayar, pero un día eso se acabó. Sissi no podía esquivar eternamente el encuentro con nuestra madre. De todos modos, el concurso iba a celebrarse en primavera, pero Sissi se resistió. De repente no tenía tiempo, decía que le dolía la cabeza o estaba resfriada y no quería contagiar a nadie. Decía que quería comprar un regalo pero las tiendas estaban cerradas, que no merecía la pena ir tras las clases y los ensayos, que mejor otro día, cuando no tuviera clases, por ejemplo pasado mañana. En dos ocasiones emprendió el camino ella sola y en las dos hizo otra cosa, porque en el trayecto se había

dado cuenta de que necesitaba colofonia con gran urgencia o que lo mejor sería pasar personalmente por la consulta del dentista para pedir una cita. Por fin, la recogí directamente del sótano de la escuela de música y no acepté más excusas.

Le quité el violoncelo y lo dejé en un rincón, le metí los brazos en las mangas de la chaqueta y le alcancé el gorro, la cogí de la mano y no la solté hasta que ambas estuvimos sentadas en el autobús. Al principio siguió hablando, protestando y maldiciendo, pero cuando llegamos al hospital calló, se puso pálida y apretó los labios. No dijo nada cuando nos apeamos del autobús, nada cuando entramos en el edificio y montamos en el ascensor, nada cuando nos encontramos ante la puerta de la habitación de nuestra madre. Y tampoco cuando entramos. No dijo ni una palabra durante todo el tiempo que permanecimos allí. Nuestra madre se alegró mucho de verla. Tosía y solo podía susurrar, pero estaba feliz porque por fin, por fin también había acudido Sissi. Mi hermana se quedó a los pies de la cama y no quiso sentarse. No tocó a nuestra madre y yo me enfurecí muchísimo con ella, pero también sentí una gran admiración, porque en realidad yo también habría preferido quedarme inmóvil en vez de mantener estúpidas conversaciones sobre el tiempo, hablar de la escuela y percibir la piel fría y húmeda del dorso de la mano de mi madre.

Cuando tuvimos que marcharnos, nuestra madre lloró, pero de todas formas nos fuimos. Teníamos que hacer los deberes, coger el autobús y en casa me aguardaba un montón de ropa y varitas de pescado.

Mientras Heinz empieza a hablar de los mojones de mar y la sabiduría de los cardúmenes de arenques, Kilian pasa de una emisora de radio a otra y no

se detiene durante más de un par de compases, no encuentra nada digno de sus oídos.

Abre la guantera, se inclina hacia delante, hurga bajo el asiento y tantea en busca de compartimentos ocultos en el techo del coche antes de decir:

—No tienes música.

—Mientras conduzco reflexiono o ensayo mis discursos —dice Heinz—. Pero si buscas CD, pregunta en el asiento trasero. Seguro que allí habrá una pequeña colección.

—¿Es verdad, Kathinka? ¿Tienes música? —pregunta Kilian, y se vuelve hacia mí.

Le alcanzo mi bolso, él extrae una pila de CD, los examina a la luz del techo y lee:

—Bruckner, *Séptima Sinfonía*, vales de Chopin, suites para violoncelo de Bach, un recital de Sokolov, canciones de Schumann, *In der Weinachtsbäckerei* de Rolf Zuckowski. —Suspira—. Así que después de tantos años sigues escuchando toda esta basura, ¿verdad? —Luego añade, dirigiéndose a Heinz—: Los amantes de la música clásica se quedan estancados. Permanecen en su adolescencia musical y afirman que una nueva interpretación de una pieza antigua es lo mismo que una nueva composición. Es como un trastorno psíquico del cual el interesado no es consciente. El amante de la música clásica repite sus pautas una y otra vez y no avanza ni un solo paso, pero cuando uno se lo menciona dice que aquí o allá ha habido un cambio enorme, cuando en realidad solo es una diminuta variación de lo siempre idéntico.

—Comprendo —dice Heinz—. Sé a qué te refieres.

—Bueno, ¿qué quieres oír?

—Algo que tenga letra —contesta Heinz—. La música instrumental me aburre.

Kilian desliza un CD en el aparato y Matthias Goerne, acompañado por Vladimir Ashkenazy, empieza a cantar: «En el maravilloso mes de mayo, cuando todas las flores se abrían, fue entonces cuando nació mi amor.»

Apago la luz.

Kilian tiene razón. Me encanta volver a escuchar las mismas canciones, entonadas por otra persona, acompañadas por otra persona. Una y otra vez, y lo que diga Heinz al respecto me es indiferente.

Los tres callamos y escuchamos la música. Goerne canta sobre la rosa, el lirio, la paloma y el sol, pero esta vez no pienso en Dante y en mi época de estudiante, sino en un espejo retrovisor desprendido, en la nariz de Helli, en el frío en el coche y en la loca señora Neumann o Kaufmann o como se llame. En el mundo, tal como era esta mañana.

—¿Algo así es amor? —pregunta Kilian—. ¿Flores y el dichoso mes de mayo y los coros de ruiseñores? ¿O es kitsch?

—No, no —dice Heinz—. Así es el amor. A veces. Al menos para mí. Ni idea de lo que piensa Theo al respecto.

—Para mí no —dice Kilian—. ¿Y para ti, Kathinka?

No contesto, pero cojo la botella de Martini que él me alcanza y bebo un trago. Temo el momento en el que el efecto del alcohol se reduzca y vuelva a ver con claridad. Quién sabe lo que veré entonces.

—Una pregunta tonta —dice Heinz—. ¿No nos dirigimos a Berlín en plena noche por carreteras heladas por amor a ella? Por Dios, espero que exista un motivo que, como mínimo, guarde relación con los lirios, porque por menos yo no participaría en esta tontería.

Escuchamos el *Amor de Poeta* desde el principio hasta el final e incluso Heinz cierra el pico. Nos rodea la oscuridad, al parecer no hay más poblaciones, no hay luz. De vez en cuando aparece un área de descanso con iluminación chillona, después solo oscuridad durante kilómetros.

Logramos llegar hasta la última canción. Entonces Kilian no aguanta más, se vuelve hacia Heinz y, en medio de los últimos acordes del piano, dice:

—Pero en realidad tú eres una mujer, ¿no?

Cierro los ojos y procuro reflexionar sobre lo que haré cuando lleguemos. Debería trazar un plan, preparar palabras, tal vez algo relacionado con los lirios, pero mis pensamientos no me obedecen, no se interesan por el futuro.

De pronto recuerdo una tarde en la playa, poco después de que Costas y yo sostuviéramos una prueba de embarazo positiva en la mano. La bruma era tan densa que solo veíamos arena en torno a nosotros; oíamos el rumor del agua, el oleaje suave y regular, tal como suena cuando no hay viento y el movimiento de las aguas es mínimo. Paseamos durante unos momentos y hablamos, luego nos sentamos en la arena húmeda y contemplamos la bruma. Sabía que el mar estaba más allá, lo oía y lo olía, pero no lo veía, era una sensación extraña. En mis entrañas crecía un niño cuya existencia solo conocía porque había orinado sobre una tirita y rogué porque viviera y creciera. Unos meses antes, una compañera de estudios había perdido un bebé durante las primeras semanas del embarazo y me lo había contado. En aquel momento realizaba una práctica en Múnich y una médica local constató que el corazón del embrión había dejado de latir. Quería hacerse un aborto porque, al parecer, el cuerpo podía tardar semanas en poner fin al embarazo por sí mismo. Y ella quería concentrarse en su práctica sin tener que contar con hemorragias cada minuto. Pidió una cita en la Uniklinik de Lübeck porque quería estar en un entorno familiar, montó en el tren y regresó a su casa durante unos días, así que hizo el trayecto en tren con un niño muerto en el vientre. Esa idea me parecía tan espantosa que durante un tiempo me resultó difícil utilizar los medios de transporte públicos sin mirar a las personas que me rodeaban y preguntarme

qué ocurría en su interior. No psíquicamente, no en su alma, sino de un modo muy concreto. ¿Había otras mujeres que iban por la vida con embriones muertos en el cuerpo? ¿Con corazones donados por víctimas de accidentes? ¿Con hígados destrozados, cálculos renales, pulmones afectados y apéndices inflamados? ¿Con edemas en lugares impensables?

Todavía no sabía que quien estaba en mi vientre era Alex. No notaba nada y anhelaba el día en que percibiría un cambio, porque todo era diferente desde aquella mañana, en realidad desde hacía mucho más tiempo. Me ponía nerviosa pensar que el cambio ya se hubiera producido hacía tiempo, antes de que pudiera sospecharlo siquiera.

Costas me sostenía la mano y la rozó con el dedo. Sentí un temblor interior y creo que él también. Teníamos tantas expectativas... Si aquella tarde en la playa, en medio de la bruma, me hubieran preguntado qué deseaba, no habría sabido qué responder. Todo estaba bien tal como estaba y lo que me esperaba me parecía tan emocionante e interesante, tan milagroso y al mismo tiempo tan claro y sencillo, que no sentía temor. Me esperaba la vida, con Costas y un bebé, y el concierto para violín de Beethoven.

Costas se puso de pie y me soltó la mano, bajó la vista y, en tono muy serio, dijo:

—Ahora me adentraré en esta bruma, seguiré en línea recta porque creo que hoy es el día indicado para caminar sobre las aguas. Te aviso cuando llegue a Suecia.

Entonces avanzó unos pasos hacia la pared blanca, vi su figura y después solo su silueta, oí un chapoteo, me tendí de espaldas en la arena con las manos apoyadas en el vientre y aguardé a que regresara con las perneras mojadas.

Nieva en Brandeburgo, en Berlín los techos están blancos y la nieve, densa

y blanda, cae del cielo. Aquí no sopla el viento del este que impulsa los copos sin rumbo y los lanza contra los cristales de las ventanas y el rostro de las personas. Aquí la nieve es algo romántico, al menos mientras cae. Heinz dispone de un GPS; el hotel en el que tiene lugar la celebración de la empresa se encuentra al sur de la ciudad, los caminos hasta allí son sinuosos y no podría desandarlos ni estando sobria, suponiendo que quisiera encontrar el camino a casa por mi cuenta.

Cuando llegamos al hotel, Heinz aparca el coche en la nevada acera justo en la puerta, aunque está prohibido aparcar allí. Me siento agradecida, porque no sé si podré andar muy bien. Es casi la una de la mañana, debido al mal tiempo hemos tardado mucho más de lo que habíamos previsto. Kilian y Heinz también se apean, dejamos nuestros abrigos en el coche, solo me envuelvo el cuello con la bufanda de Anja y los tres nos acercamos a la entrada.

—En marcha, muchacha —dice Kilian, y me empuja hacia delante.

—Te deseo mucha suerte —dice Heinz—. Para lo que sea. *Omnia vincit amor.*

Nadie nos detiene mientras recorremos un largo pasillo y seguimos los carteles en los que aparece el logotipo de la empresa para la que trabaja Costas: dos letras y por encima de ellas un techo puntiagudo. Finalmente entramos en una gran sala llena de gente. El nivel de ruido es considerable, suena alguna clase de música en una cinta, aunque los altavoces y los instrumentos se encuentran en el escenario. Por lo visto, los músicos han acabado su programa o hacen una pausa. Busco a Costas con la vista; aún no sé qué haré cuando lo vea, pero creo que ya se me ocurrirá algo. No tengo ningún plan maestro —¿cómo habría de tenerlo?—, nadie sabe cómo decirle a otro que tiene un Algo en el pecho y que pronto yacerá calvo y tembloroso en una cama de hospital y abandonará este mundo.

Hace casi veinte años me hallaba ante un banco de Lübeck en el que estaba apoyada una zapatilla deportiva y comprendí que el amor puede crear grandes contextos y, al igual que en aquel entonces, siento que seré capaz de actuar en cuanto me encuentre frente a Costas. En ese momento todos los sentimientos ocuparán el lugar que les corresponde, todo encajará y se volverá comprensible. Kilian me pega un empujoncito y Heinz me acaricia el brazo cuando descubro a Costas. Está en la parte posterior de la sala, junto a un atril, al parecer rodeado de mujeres; yo alzo la mano y lo saludo. Grito, salto un poco para sobresalir por encima de la multitud, pero él no me ve. ¿Cómo habría de hacerlo, si no cuenta con mi presencia?

Así que intento abrirme paso hasta él, pero es difícil. Me detengo una y otra vez para agitar la mano, saltar, gritar, y cada vez lucho por conservar el equilibrio. Sin embargo, no logro abrirme paso y me invade el pánico, como en una pesadilla en la que uno sabe que solo hay que alcanzar un lugar preciso para que todo salga bien, pero no puede avanzar. Aparto a personas, en el centro de la sala están bailando y a mis espaldas Kilian me empuja con impaciencia. Entonces cambio de rumbo porque se abre un callejón y me dirijo hacia el escenario.

—¿Adónde quieres ir?! —grita Kilian.

Pero ya he llegado, he alcanzado la escalerilla que conduce al escenario y al micrófono, que se conecta dándole a un pequeño interruptor.

—Hola —digo.

Pero mi voz es inaudible y, desconcertada, vuelvo a darle al interruptor, pero nada cambia. Entonces noto la presencia de Kilian, que me ha seguido hasta el escenario. Allí, semioculta detrás de los pliegues de la cortina, está la mesa mezcladora. Él hace un gesto afirmativo con la cabeza y luego se ocupa de los interruptores y los botones. De pronto el volumen de la música se reduce y por fin se apaga por completo. Los bailarines se detienen y miran en

torno. Soplo cuidadosamente contra el micrófono y entonces se oye una sonora respiración en la sala: Kilian ha conectado el altavoz.

—Costas —digo—. Soy yo, estoy aquí.

Todas las cabezas se vuelven hacia mí, pero yo solo lo miro a él. Los demás no me interesan, aquí solo son extras. Quiero que él solo me vea a mí, solo me escuche a mí y noto que ahora soy capaz de actuar, tal como supuse. Costas mueve los labios, pero no comprendo qué dice. Me zumban los oídos y él empieza a abrirse paso a través de la multitud para acercarse.

—Sé que esto resulta bochornoso porque estoy muy borracha —digo, hablando al micrófono—. Pero en realidad también da igual. Estoy aquí porque debo decirte algo y no sé cómo hacerlo. Por mí, ya lo pueden escuchar todos los demás, porque susurrar al oído es algo que queda descartado en una fiesta como esta. La música está a demasiado volumen y hay que gritar. Bueno, estoy aquí porque ya no soporto seguir callando: voy a morir. Porque tengo un Algo y no sé qué hacer. Nada es como debe ser. Nada es lo que yo quería, nada, y ahora estoy aquí y tengo que escucharme diciendo: «¿No estaba claro como el agua? Tú lo sabías, Katharina, sabías que iba a pasar.»

Noto que las lágrimas empiezan a derramarse. Dirijo la mirada a Costas, de pie en medio de la multitud mientras una mujer lo agarra del hombro. Me señala y le habla en tono insistente, directamente al oído, para que nadie más oiga sus palabras. Entonces me enfado, ay, ¡cuánto me enfado! Primero trato de tragarme la rabia, de respirar, pero no puedo: demasiado borracha, demasiada rabia. Nunca me había invadido una rabia semejante: aumenta, me llena y asume el poder sobre mi cerebro, deja correr las lágrimas y permite que mi boca siga hablando sin que yo pueda impedirlo.

—Y tú, mujer que ahora tironeas de mi marido. Seguro que alguna vez has querido verlo, ¿verdad? El aspecto que presenta una que está rota por dentro.

Pues, créeme, no se nota en absoluto. Visto desde el exterior, todo es completamente normal. Suelta a mi marido y mírame, así podrás comprobarlo.

Me desprendo de la cazadora, logro hacerlo bastante bien aunque tardo un poco más de lo habitual. Después la dejo caer, me quito la larga bufanda de Anja y la camiseta. En la sala reina la inquietud, pero hago caso omiso del rumor. Pero entonces oigo los gritos de Costas, por fin lo oigo. Entre tanto ya he llegado al sujetador y lo desprendo. No me dejo intimidar.

—Mira con precisión, mujer. ¿Se ve algo? Exacto: ahí no hay nada. A lo mejor tú también estás llena de Algos y nudos y conflictos no resueltos, quizá cantas la canción de las trufas y las patatas o lo que sea que cantéis en Berlín y en Brandeburgo. Desde fuera nunca se ve nada. Y tú también, Costas. Míralo bien, porque pronto ya no seré así. Pronto me operarán y me lo quitarán todo, irradiado, contaminado, envenenado y destruido, y en algún momento ya no quedará nada, solo la canción de la lombriz.

Me quito los pantalones, me despellejo como una araña. Kilian se encuentra a mi derecha y alza los pulgares con gesto entusiasta; abajo, delante del escenario, veo que Heinz menea la cabeza y mueve las manos como un limpiaparabrisas. Debe de haber personal de seguridad en esta sala, ya sea del hotel o de la propia empresa productora, pero nadie sube al escenario para detenerme. Este momento es exclusivamente mío, puede que no aprueben lo que hago, pero no osan interponerse e impedirlo. Perciben la ira que me abrasa y realmente creo que le pegaría un puñetazo en la cara a cualquiera que intentara agarrarme.

También me quito las bragas, para rematar el asunto, porque estoy harta de permitir que siempre me interrumpen y dejar las cosas a medias. Lo único que aún no he logrado quitarme son las medias, me falta la capacidad motora, pero lo intento pese a todo, salto sobre una pierna, me agarro al soporte del micrófono sin dejar de llorar y sin dejar de gritar una y otra vez:

—Miradme, miradme tranquilamente, esta soy yo, llevé a tres niños en mis entrañas, cargo con cuarenta años y ya no me queda mucho tiempo.

Finalmente Costas me alcanza y por un fugaz instante me tambaleo y me dispongo a dejarme caer en sus brazos, desmayada, pero entonces la sensación pasa y sé que nunca más dejaré que alguien me recoja, ni siquiera él. Puedo mantenerme en pie yo sola, a fin de cuentas no he venido para que él me sostenga, sino para hacer honor a un acuerdo que convirtió nuestro matrimonio en algo especial: informarle de lo que me ocurre. Aunque puede que no lo esté haciendo de una manera muy diplomática. Estamos el uno frente al otro y no sé qué hará él, pero me abraza, desde luego, me estrecha entre sus brazos y de repente mi ira se esfuma. Kilian vuelve a aumentar el volumen de la música.

A través del tejido de la chaqueta de Costas oigo cantar a Bob Dylan, su voz es inconfundible: «... *don't get up, gentlemen, I'm only passing through.*» Conozco esa canción, ¿cómo se titulaba? No tiene importancia, hace mucho tiempo que no siento esta paz interior.

No tengo claro cómo hemos vuelto al coche. Debemos de haber atravesado la puerta del hotel; luego, la entrada; después, la acera cubierta de una capa de nieve fresca, y todo eso más o menos vestida. De nuevo llevo mi abrigo, sin embargo me muero de frío en el asiento trasero; a mi lado, pero demasiado lejos como para darme calor, está sentado Costas.

Ambos llevamos el cinturón de seguridad, entre los dos hay un asiento libre. Heinz está al volante, a su lado se repantiga Kilian y fuma. ¿De dónde diablos ha sacado el cigarrillo? Costas nos guía a través de la ciudad, nos detenemos ante una casa en la que él ocupa un pequeño apartamento y aguardamos en silencio mientras él recoge algunas cosas. Entonces vuelve y seguimos viaje

rumbo a nuestro hogar. El limpiaparabrisas no deja de quitar la nieve del cristal.

—Pero si no sabes qué es —dice Costas, y se vuelve hacia mí en la medida que el cinturón de seguridad se lo permite—. También podría ser algo completamente inocuo.

—Lo sé. Y en ese caso lo que ha ocurrido esta noche será una anécdota bochornosa durante el resto de mi vida que podrás contar en todas las ocasiones menos oportunas, y eso ya hace que merezca la pena no vivir mucho tiempo más.

—Vamos, acércate a mí, Kath, por favor. Aunque quisiera, no puedo sentarme en el asiento del medio, tengo las piernas demasiado largas y se entumecen. Pero tampoco soporto que estés triste, sentada en tu rincón.

Me quito el cinturón y me deslizo al asiento del medio. A la luz inconstante de la ciudad tanteo en busca del otro cinturón, pero no lo necesito en absoluto, no habrá un accidente de coche y no moriré. Entonces me acurruco contra Costas y él me rodea con el brazo. Ambos callamos. En algún momento deposita un beso en mi cabeza, es lo último que hace antes de que su respiración se vuelva regular y su brazo empiece a pesar tanto que al cabo de unos momentos me lo quito de encima.

En Lübeck, tras haber pasado por delante de Costas durante varios martes camino de la facultad de música, me había acostumbrado a su aspecto y a su saludo hasta tal punto que casi me sentía condicionada; a veces incluso tenía la sensación de que mi mano se alzaba de manera automática. Y, en efecto, también la alcé ese día, que fue el primero y el último, un día de fina llovizna como es tan frecuente en estas latitudes, un sirimiri prolongado que cubre el gorro y la bufanda como el rocío.

Mi mano se alzó para saludar, dirigí la mirada al banco, mis labios se disponían a sonreír... pero esa vez Costas no estaba allí. Me quedé inmóvil y de pronto el dolor que me carcomía las entrañas hizo que comprendiera lo que hasta ese momento había negado: que estaba perdidamente enamorada. Eso no era un coqueteo, un pequeño episodio romántico; en realidad, Costas había entrado sigilosamente en mi vida y se había acomodado hasta tal punto que su ausencia dejaba un hueco que me martirizaba. En ese momento solo quería una única cosa: que él estuviera sentado allí, todo lo demás me daba igual. ¿Y si eso fuera el final? ¿Y si nunca más volvía a estar sentado en ese banco y no pudiera saludarme? O aún peor: ¿y si ese día estaba sentado en otro banco y saludaba a otra mujer? La idea era insoportable, era como si tuviese ganas de vomitar; sin Costas en ese banco la vida era un asco, no merecía la pena seguir adelante. Y mi amor por él era exactamente igual, solo que hasta entonces no había utilizado ese concepto. Pese a toda la pasión y el romanticismo, el amor, tal como lo conocía hasta entonces, siempre había estado sometido a mi control. Yo decidía a quién amaba, cuándo y durante cuánto tiempo, y eso se me dio bastante bien. En cambio, en ese momento estaba allí de pie y me sentía muy mal.

Había un zapato apoyado en el banco, una zapatilla deportiva. Parecía poco usada y estaba exactamente en el lugar donde Costas solía sentarse. La recogí y seguí en la dirección en la que apuntaba la zapatilla hasta que encontré la segunda: estaba apoyada en un cubo de basura y señalaba a la derecha.

En realidad mi intención había sido ir a la universidad para asistir a una conferencia sobre músicos y medicina, y después pasar puntualmente por la estación de tren porque Ann-Britt venía a pasar unos días conmigo.

Cuando encontré la segunda zapatilla solo tardé unos segundos en tomar una decisión: no iría a la conferencia, y ya sospechaba que también había decidido no encontrarme con Ann-Britt. Ella sola se las arreglaría para encontrar el

camino a mi apartamento compartido. Cogí la segunda zapatilla y seguí caminando en la dirección que señalaba.

Hacía varios semestres que vivía en Lübeck y todos los días atravesaba la ciudad vieja, aunque siempre recorría el mismo tramo: pasaba junto a Costas y su banco, pasaba por las calles rectas primero cuesta arriba y luego cuesta abajo hasta encontrarme ante la universidad. En el fondo, la ciudad me resultaba desconocida. Lo siguiente que encontré fue una corbata atada al soporte de un cartel indicador. La desaté, me la llevé y enfilé por la callejuela correspondiente. Era estrecha y debía de haber pasado junto a ella a menudo. Las casas a derecha e izquierda eran viejas e inclinadas, pero bien conservadas y cuidadas. En los alféizares de las ventanas —tan bajas que el borde superior se encontraba a la altura de mis ojos y podía ver el interior de las cocinas, los pasillos, las salas de estar y los vestíbulos— había pequeñas estatuillas, floreros de cerámica, objetos de cristal o plantas. Todos los habitantes de esa callejuela parecían haberse esforzado en configurar un entorno lo más bonito posible. En ningún lugar había cortinas o persianas, como si el hecho de que yo observara el interior no supusiera un problema, como si estuviese expresamente permitido. Y no dejé de observar, observé todas las viviendas ajenas y, por primera vez desde que abandoné mi hogar, comprendí algo muy irritante acerca de la realidad: que existe una vida distinta para cada uno de nosotros, que ninguna vida se asemeja a otra. Me había criado en un barrio de casas adosadas, mis amigas de la facultad parecían haberse encontrado en caminos predeterminados, el origen de todos los estudiantes con los que me relacionaba era similar y también sus objetivos. Hasta ese día, en ese lugar, realmente no había comprendido que, aunque en todo aquello existían grandes similitudes, una mirada más minuciosa siempre permitía descubrir que predominaban las diferencias. Cada vida era diferente y, al parecer, precisamente por eso buscábamos similitudes de un modo

automático y las considerábamos muy importantes. Porque, en última instancia, reconocer las diferencias suponía admitir que todos estábamos solos y únicamente podíamos comprendernos de manera superficial.

Encontré una camisa blanca colgada sobre una boca de incendio. La cogí y la observé: era muy grande y estaba muy planchada, y la utilicé como bolsa de la ropa para tener una mano libre. La boca de incendios estaba delante de un arco y, tras él, un túnel bajo y oscuro conducía a un patio. En medio del túnel había un cinturón en el suelo y me indicó la dirección. Me agaché y recorrí el túnel; al otro lado pude volver a enderezarme y allí me esperaba una especie de *bullerbü*, un lugar idílico y ficticio de Suecia, cuya existencia ignoraba por completo. Las pequeñas e inclinadas casitas de la callejuela poseían una cara posterior, desde luego, y allí, a ese lado, por lo visto se desarrollaba la auténtica vida de los habitantes. Allí había pequeños jardines que albergaban mesitas y sillas, allí se secaba la ropa, había pequeños cobertizos de madera llenos de juguetes infantiles, sombrillas plegadas y cenadores amorosamente amueblados. En el gris del día lluvioso competía el brillo deslumbrante de las dalias y las rosas, mientras un gato regordete dormitaba sobre un pequeño muro, bajo un toldo. Avancé a lo largo del pequeño sendero hasta que llegué a otro túnel que volvió a escupirme a una calle más ancha. Sobre una de las pequeñas columnas techadas de los teléfonos públicos reposaba un sombrero.

Seguí la huella de la bufanda, de las camisetas y de las chaquetas a través de la ciudad vieja de Lübeck. Había muchos más patios posteriores, más callejuelas, más ventanas a través de las que podía mirar, y fue como si se me hubieran abierto los ojos y contemplase una ciudad llena de vida, de personas y destinos allí donde antes solo había visto fachadas. ¿Era eso lo que Costas quería mostrarme? Quizás en aquel entonces él no había pretendido tanto; pero es verdad que, sobre todo, él siempre ve a las personas cuando contempla las cosas. Un objeto solo se convierte en algo bello e interesante cuando puede

averiguar quién lo confeccionó, lo compró y lo utilizó. Una casa solo le gusta cuando se ha llenado de vida y las personas la han ocupado. Desprecia los edificios de oficinas, que deben ser funcionales y donde un lugar de trabajo únicamente se diferencia del otro gracias a los muñequitos o las fotos de familia apoyadas en el escritorio.

La meta de mi vagabundeo a través de Lübeck era una vieja iglesia que, tras su destrucción durante la guerra, había sido convertida en una galería de arte. Allí, un calcetín me indicó el camino de entrada. La exposición estaba cerrada, pero uno podía tomar un ascensor y subir a la torre. El mirador abría oficialmente al cabo de media hora, pero en la taquilla ya estaba sentada una mujer mayor que me saludó con la cabeza. Estaba haciendo calceta y, cuando me acerqué para comprar una entrada, dijo:

—Acaban de pagar por ti.

Así que remonté unos peldaños, llamé al ascensor y subí. Entre tanto, la camisa que utilizaba como bolsa se había vuelto pesada y voluminosa.

Al llegar a la torre pisé la plataforma; un viento frío me azotaba la cara. Me encontraba en una especie de galería por cuyas aberturas se veía la ciudad y sus alrededores. En el centro las paredes ocultaban la vista al otro lado, solo se podía caminar en círculo. Al parecer, me encontraba justo debajo de la punta de la torre. Rodeé el revestimiento interior y descubrí a Costas sentado en una manta de lana, contemplándome ante dos tazas y un termo. Se incorporó y se quedó allí de pie, con las manos colgando, y yo no supe qué hacer. En realidad, quería correr hacia él, arrojarme en sus brazos y quedarme allí hasta el fin de mis días, en cambio dije:

—Me alegra comprobar que llevas algo puesto, porque acabo de encontrar el contenido de tu armario en la calle.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza que percibía los latidos en los oídos y tenía la vista borrosa. Tenía que sentarme, por eso pasé junto a Costas

y sus brazos colgantes y me dejé caer en la manta. Ignoraba si lo que hacía era lo correcto y lo indicado, supongo que me comportaba como una paleta descarada, pero ello no parecía molestar a Costas. Se sentó a mi lado, sirvió té en las tazas y me tendió una. Después cubrió nuestras piernas con una punta de la manta y, en tono satisfecho, dijo:

—Ahora por fin te tengo aquí. Primero has de beber un trago, después podemos hablar.

—¿Sobre qué? —pregunté con voz aguda.

—Sobre nuestro futuro —dijo—. Y sobre si deberíamos besarnos, si se tercia.

En Brandeburgo reina la misma oscuridad anterior. Desde mi asiento vislumbro el diminuto trozo de carretera iluminado por los faros mientras la nieve cae en copos más finos. Es como si la carretera continuara solo debido a la suerte, y avanzamos en línea recta embargados por una mezcla de esperanza y experiencia.

Imagino cómo será Alex dentro de cinco o diez años. Lo veo de pie ante mí sobre el escenario, iluminado por los focos y envuelto en un ridículo traje de gato, cantando con su bella y bien educada voz ante un diminuto micrófono sujeto a su cabeza: «Skimbleshanks un gato de tren, un gato de ferrocarril...» Obtener ese papel le ha costado sangre, sudor y lágrimas, y está feliz. Los textos estúpidos y la historia extravagante no le molestan, pues las melodías conmueven a los espectadores que acuden a cada espectáculo desde todos los rincones del mundo y que sobre todo disfrutan de la perfección inherente a todo cuanto acontece en el escenario. En realidad, es el único motivo por el que acuden, y Alex se alegra de poder formar parte de ese concepto sumamente exitoso y, como mucho, le da un poquito de rabia que fuera de allí

nadie conozca su nombre, sino solo el de su personaje gatuno. Se maquilla en el camerino como todas las noches y da igual si está sano o enfermo, si tiene ganas o no, Alex domina la rutina del maquillaje, quitarse el maquillaje y cambiarse incluso dormido. En su casa lo espera su mujer, sus dos hijos ya están dormidos, una niña y un niño, con nombres de moda cuidadosamente escogidos, cuyo quid consiste en que se escriben de un modo un poco distinto de lo habitual. Su mujer parece una muñeca Barbie, pero él no es consciente de ello: todas sus amigas parecen muñecas Barbie y se casó con esta porque tocaba y a él siempre le gusta atenerse a lo que corresponde. ¿Y por qué no? El orden tiene su sentido, y de momento respetar las convenciones le ha resultado de provecho. Pero a lo mejor todo es completamente diferente, quizá su mujer es de esas que lo miran a los ojos cuando se dirige a él; por eso se casó con ella y no con ninguna de las otras. Seguro que en Navidad pensará en mí, da mucha importancia a las tradiciones y hay ciertas ocasiones que se prestan al recuerdo. Es un padre devoto y un esposo atento. Tiene un círculo de amigos amplio y alegre del cual él es la figura central y nadie rechaza innecesariamente una de sus invitaciones. Está sentado en medio de su propia telaraña, una araña gorda y satisfecha que ya no le hace más preguntas a la vida.

En cambio, puede que Helli ni siquiera acabe los estudios, pero ¿quién sabe? Su TDAH y la pubertad pueden combinarse y formar una mezcla explosiva y reventar todo lo que parecía depararle el destino. Por otra parte, en breve tomará medicamentos y de pronto logrará hacer cosas que jamás consideró posibles. A ello se añade la habitual falta de apetito como efecto secundario, y dentro de diez años la Helli que yo conozco será alguien muy distinto. Sin embargo, jamás la abandonará la falta de objetivos con que deambula por la vida. A pesar de los medicamentos, no se convertirá en una persona que siempre sabe lo que quiere y cómo obtenerlo. La veo ante mí,

caprichosa y caótica, está embarazada y no sabe muy bien cómo ocurrió. Su novio es un videojugador y le parece genial que ella quiera instalarse en su apartamento, siempre que él pueda seguir sentándose delante del ordenador sin que lo molesten. Abandonó una formación porque el jefe era un idiota. No emprendió otra porque hubiera supuesto trasladarse hasta el otro extremo de la ciudad y nadie puede pedirle que se levante temprano y haga el trayecto de tres cuartos de hora en autobús, tanto si llueve como si brilla el sol. Se alegra de tener el bebé, le gustan los bebés. Más adelante, Helli piensa retomar los estudios porque, de lo contrario, ¿para qué soportó la tortura del instituto? En todo caso algo relacionado con las personas, tal vez sociología o etnología. Para estudiar no es necesario levantarse muy temprano, y de todos modos su novio suele estar en casa y podrá cuidar del niño cuando ella tenga que ir a la universidad. Se pregunta si debería casarse con él; él aún no sabe nada de la suerte que le espera. Pero le agrada su apellido, breve y contundente, y hace poco vio un vestido blanco tan fantástico en una tienda online que tuvo que encargarlo: siempre puede devolverlo en caso de que él diga «No». O guardarlo para otra ocasión. En todo caso, le gustaría tener muchos hijos, eso es seguro. Pero quizá sería mejor ser niñera o educadora. Percibe que su bebé será una niña, lo percibe y punto. Recuerda a su madre y a su hermana, a la que nunca vio y cuyo nombre detestaba. Su hija se llamará Tessa, suena bien y no es griego. Y si el bebé resulta ser un varón, entonces le pondrá el nombre de Franz, pero sería mejor una niña. Su novio aún no tiene ni idea, ella aguarda el momento apropiado para decírselo y entonces, si no reacciona correctamente, ella se mudará. O se alegra de verdad o se acabó; ella es capaz de arreglárselas sola con el bebé. No necesita a nadie, nunca ha necesitado a nadie. Si quiere conseguir algo se encarga de obtenerlo. Si ignora algo, pues entonces pregunta, para eso no hace falta formación. Puede que su telaraña tenga menos hilos, que sea más caótica y endeble en ciertos puntos, pero

resulta que ella es una araña: si en algún lugar hay un agujero, una se limita a producir nuevos hilos y soluciona el asunto. Una araña nunca ha de preocuparse.

¿Y Costas, que respira por encima de mi cabeza y quizá sueña con casas que no consumen energía? ¿Qué hará sin mí? No lo sé. A lo mejor vuelve a encontrar a alguien para quien pueda cocinar.

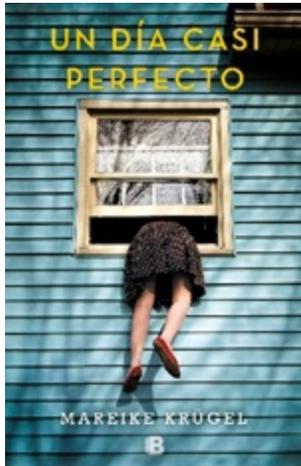
Kilian ronca sonoramente en el asiento del acompañante; noto la tibieza a Costas a mi lado, solo sigo sintiendo frío a la derecha. Heinz conduce a través de la oscuridad y los remolinos de nieve, terca y rítmicamente. En mi cabeza oigo las *Geistervariationen* de Schumann. La cuarta es la más bella, estoy demasiado cansada para menear la cabeza. De algún modo, Schumann encaja.

La posición que ocupó me impide alcanzar mi cuaderno de notas y además está demasiado oscuro para apuntar algo, de lo contrario buscaría la lista titulada «Nombres bonitos de lugares que he visto con mis propios ojos» y debajo escribiría «Herzsprung».

Los párpados me pesan. La cuarta variación es la más bella, pero lo inolvidable es el tema. Hay un instante antes de dormirse en el que uno aún nota que ha llegado el momento y que se desliza hasta el otro estado. Hubo días en los que ya durante la hora de la cena sentía que llegaba ese momento e intentaba no perdermelo, porque es sencillamente delicioso. Un instante lleno de paz y de aceptación con todo lo que acontece: es lo más hermoso que conozco.

Si morir realmente se asemeja a quedarse dormido, entonces no hay motivo para tener miedo.

Una novela profunda, divertida, sutil y conmovedora sobre lo que significa perderse de vista a una misma en medio de las prisas del día a día y las exigencias de la maternidad



Kat es madre de dos hijos: Alex, que cada vez parece necesitarla menos, y Helli, una niña imprevisible que siempre la requiere en el momento menos oportuno. Su marido, Costas, hace meses que trabaja en Berlín y solo vuelve a casa los fines de semana, aunque precisamente este viernes no lo hará, pues debe asistir a una fiesta que celebra su empresa. Kat elabora listas y listas de todas las cosas que tiene que hacer y así, además, se recuerda a sí misma que no es solo la chófer de sus hijos y la gestora de las crisis familiares. Pero hace dos semanas se detectó un bultito en un pecho y, de pronto, no deja de interrogarse acerca de cuál será su legado si finalmente resulta ser fatal.

En medio del caos absoluto de un día casi normal, casi perfecto, reiremos y lloraremos de la mano de esta mujer que se pregunta en qué momento de su vida dejó de mirarse, de ser mirada y se volvió invisible.

«Junto con el caos de la vida de Katharina y el humor de su voz narrativa, esta novela, tan bien escrita como sorprendentemente compleja, aporta una inesperada seriedad.»

The Canberra Times

Mareike Krügel nació en 1977 en Kiel y vive con su familia en la costa del mar Báltico. *Un día casi perfecto* es su cuarta novela, tras *Die Witwe, der Lehrer, das Meer*; *La hija de mi padre*, y *Bleib wo du bist*. Por su obra la autora recibió varios premios literarios, entre ellos el Friedrich Hebbel.

Título original: *Sieh mich an*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2017, Piper Verlag GmbH, München/Berlin

Representado por A.C.E.R. Agencia Literaria

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Irene Saslavsky, por la traducción

Fotografía de portada: © Brooke Di Donato

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6436-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

[1] ¿Es un tampón lo que veo ante mí?

[2] «Todavía noto el olor de la sangre. Todos los aromas de Oriente no bastarían para quitar de esta pequeña mano mía el olor de la sangre.»

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un día casi perfecto

Sobre este libro

Sobre Mareike Krügel

Créditos

Notas